

CC

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

AMICIS

704  
VIBIA  
MILITAR

PO 4683

BOCENOS

RAILED  
PO4683  
.A3  
V58





1020027115



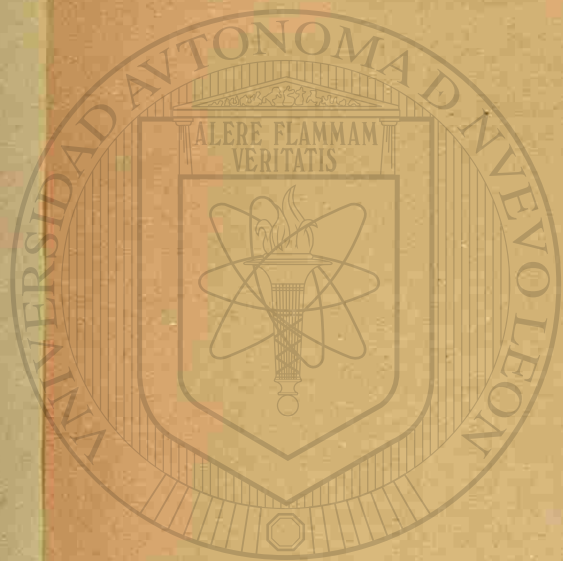
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BOCETOS

DE

LA VIDA MILITAR

POR

EDMUNDO DE AMICIS

OFICIAL DEL EJÉRCITO ITALIANO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS DE H. GINER DE LOS RIOS

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

*El Colegio de Bolonia*, (en colaboración), obra ilustrada, ptas. 6,50.  
*Filosofía y Arte*, con un prólogo de D. Nicolás Salmeron, 3,50.  
*Biología y Ética* (2.ª edición), para la 2.ª enseñanza, 3.  
*Programa de Filosofía moral*.—(Agotada.)  
*Programa de Psicología, Lógica y Ética*, 1.  
*Programa de Biología y Antropología*, 1.  
*Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.*—(Agotada.)  
*Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad*, con un Programa de Arte y su historia, 1,50.  
*La Enseñanza obligatoria*, trad. de Fieberghien (2.ª edición), 2,50.  
*Moral elemental para las escuelas*, id. de id., 2,50.  
*Krause y Spencer*, id. de id., con una biografía del autor, 2.  
*Mendelssohn*, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.  
*Paris en América*, por Laboulaye, id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25.  
*Discordia entre la Iglesia y la Italia*, traducción del italiano, 2,50.  
*Elementos de Filosofía moral*, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada.)  
*Pío IX y su sucesor*, por Bonghi, trad. del italiano, 3.  
*Leon XIII y la Italia*, por el mismo, id. id., 3.  
*Poesías de Rios Rosas*, publicadas por H. G.—(Agotada.)  
*Anuario de la Institución libre de enseñanza*.—(Agotada.)  
*Fragmentos, relatos y traducciones*, por H. G.—(Agotada.)  
*Amicis*.—1870 y 1871, *Recuerdos*; un vol., 3.  
*Amicis*.—*Constantinopla*; 2 tomos, 5.  
*Amicis*.—*Holanda*; (en colab.), un vol., 4.  
*Amicis*.—*La vida militar*; 2 tomos, 6.

*Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.  
*Historia de un crimen*, drama en tres actos y en prosa, 2.  
*A tiempo*, comedia en un acto y en verso (en colaboración), 1.  
*El último sacrificio*, drama en un acto y en verso (id.), 1.  
*Los parientes del difunto*, sainete lírico y en verso (id.), 1.  
*En busca de protección*, juguete original en verso (id.), 1.  
*Fiera domada*, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREPARACION.

*Estudios*.—*Fuambres*.—*Crítica*.  
*Lógica*, para la 2.ª enseñanza.  
*Obras completas de Rios Rosas*.  
*Ampliación de Psicología y Nociones de Ontología y Cosmología*.

OBRAS DE AMICIS

LA  
**VIDA MILITAR**  
 BOCETOS

TRADUCCION DEL ITALIANO

POR

H. GINER DE LOS RIOS



MADRID  
 IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, 29

1884

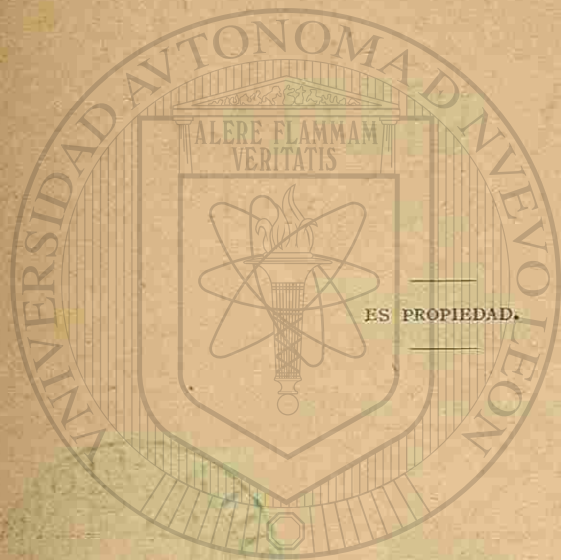
85989

31056

PQ 9683

A3

V58



AL

EJÉRCITO ESPAÑOL

*Dedica esta traducción*

H. GINER DE LOS RÍOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

88928 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

82016



DEDICATORIA DEL AUTOR.

Á MI MADRE

TERESA BUSSETI DE AMICIS

DEDICO ESTE LIBRO,

SINTIENDO NO PODER UNIR SU CARO NOMBRE

Á UNA OBRA GENEROSA COMO SU CORAZON,

SUBLIME COMO SUS VIRTUDES,

SANTA COMO SU VIDA.

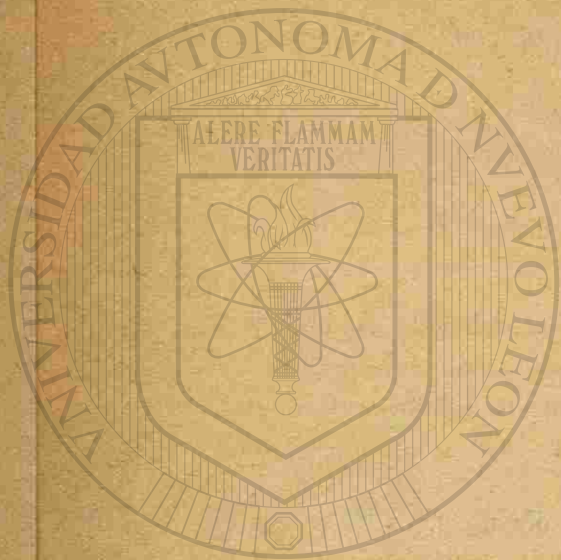
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



850

A.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ADVERTENCIAS.

Hace tiempo que hablando de uno de estos bocetos dos lectores que muy fácilmente se conmovían, significaron sin quererlo, el doble objeto que me propuse al escribir este libro.

Un hombre del pueblo, dijo:—«Al acabar de leerlo, habría dado un apretón de manos al primer soldado que me hubiese encontrado en mi camino.»

Un soldado, dijo:—«Son capítulos que consuelan, y que hacen que se tenga para todo y para todos, buena voluntad.»

Que quiera y estime al soldado el pueblo, y que él cumpla su misión con buena voluntad: hé ahí mi deseo. Si consigo con esta



obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más clara é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también harto compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



## UNA JORNADA EN ESTÍO.



ERA un día hermosísimo de Agosto: no había una nube, ni corría un soplo de viento. El tiempo estaba sereno y bochornoso. A la carretera por la cual caminaba el regimiento, ancha, recta y larga, no se le veía el fin. Hallábase cubierta de finísimo polvo, que se levantaba en espesas nubes, penetrando por ojos, boca y entre las ropas, blanqueando barba y cabellos. A derecha é izquierda del camino, ni un árbol, ni un césped, ni un palmo de sombra, ni una gota de agua. La campiña estaba seca, pelada, desierta. En las pocas chozas diseminadas acá y allá reinaba tal silencio y quietud, que parecían deshabitadas. No se podía fijar la mirada en la carretera, ni en las paredes, ni en los campos: tan fuerte rever-

obra ambas cosas, me daré por recompensado de mi trabajo.

EDMUNDO DE AMICIS.

He creído conveniente sacrificar muchas veces el brillantísimo estilo del autor, con objeto de hacer más clara é inteligible para toda clase de lectores el asunto de los diversos capítulos de la presente obra.

Al traducir, he procurado, sin embargo, no desvirtuar en lo más mínimo el pensamiento de Amicis.

En ocasiones he cambiado denominaciones, cosas, personas y lugares, con el fin antedicho.

Si mi traducción despierta en los lectores los sentimientos de que el autor habla en la advertencia precedente, me consideraré también harto compensado de mi trabajo.

HERMENEGILDO GINER.



## UNA JORNADA EN ESTÍO.



ERA un día hermosísimo de Agosto: no había una nube, ni corría un soplo de viento. El tiempo estaba sereno y bochornoso. A la carretera por la cual caminaba el regimiento, ancha, recta y larga, no se le veía el fin. Hallábase cubierta de finísimo polvo, que se levantaba en espesas nubes, penetrando por ojos, boca y entre las ropas, blanqueando barba y cabellos. A derecha é izquierda del camino, ni un árbol, ni un césped, ni un palmo de sombra, ni una gota de agua. La campiña estaba seca, pelada, desierta. En las pocas chozas diseminadas acá y allá reinaba tal silencio y quietud, que parecían deshabitadas. No se podía fijar la mirada en la carretera, ni en las paredes, ni en los campos: tan fuerte rever-

beraba el sol. Había necesidad de andar con la cabeza inclinada y los ojos entornados; en resumen: un hermosísimo día de Agosto, y un pésimo día de marcha.

El regimiento caminaba hacia poco más de una hora. A pesar de aquel polvo, y de aquel calor sofocante, los soldados estaban alegres y bromistas como en el momento de partir. Dos filas marchaban á la izquierda y dos á la derecha del camino; de un lado á otro se repetía continuo tiroteo de burlas y chistes, y de vez en cuando grandes risotadas y aplausos, á lo que seguía siempre un — «A su sitio cada cual,» — que restablecía momentáneamente el silencio y el orden.

Oíase cantar á tres, á cuatro y á cinco voces, aquí el alegre *stornello* toscano, allí la patética romanza meridional, más allá la canción guerrera de los Alpes; y mil acentos y dialectos distintos se entremezclaban. La marcha seguía en todo y por todo la norma reglamentaria: las filas apretadas, el paso franco, los oficiales en su sitio, todo en perfecto orden, y anda que andarás...

Pero, mirad allá: el segundo número de la primera fila, comienza á perder distancia.

—Ahora lo arreglaré yo. ¡Eh! ¿quereis cerrar ese claro? ¿Sí, ó no?

Ya está en su sitio.

Diez ó doce pasos más adelante, otro rompe la estricta formación.

—¿Seguís el paso, sí ó no? ¡Oh! mirad cómo va aquella cola. ¡Voto á brios!... ¡Animo! apretad el paso; ¡á la carrera!

Una rápida carrera, un rumoroso golpear de las cantimploras, un continuo ruido de los cartuchos en las cartucheras, una confusión, una polvareda que todo lo invade... La cola está ya reunida al resto del regimiento. Se necesitan pulmones de hierro para respirar... El sol derrite los sesos... y esta carretera, que no concluye nunca... y este képis que se calienta... Si encontrásemos algún árbol, algún poco de sombra, algún sorbo de agua... Pero nada... esto es un desierto.

Las canciones que se oían antes, han bajado de tono ya una nota. El diálogo es ménos vivo, las filas ménos apretadas; el comandante del primer peloton va ya á la cabeza de la segunda escuadra. El comandante del segundo está á la cola de la tercera. Bien se ve que el regimiento lleva de marcha tres horas.

La carretera, que era rectísima, comienza á torcerse y serpentear. Los ojos no pueden recorrer de antemano el camino y detenerse en los lejanos techos de una aldea, en el campanario de alguna iglesia, en algo que sea indicio de vivienda humana y prometa una parada, un poco de descanso, un algo de respiro... un momento de vida. ¡Gran Dios, qué camino! No se ve á cien

pasos de distancia.—¡Animo! cinco minutos más y llegaremos á la revuelta. ¿Quién sabe si al volver nos aparecerá á lo lejos un villorrio ó una arboleda donde nos hagan detener? La esperanza vigoriza las fuerzas; se apresura el paso, llegamos á la revuelta del camino, corremos por tomar la nueva direccion, alargamos el cuello, tendemos ávidamente la mirada... ¿Casas? ¿Arboles? ¿Aldeas? ¿Sitios de parada?: ¡nada, carretera, carretera, y siempre carretera. ¡Qué desesperación! La barba cae sobre el pecho, los ojos miran al suelo, la espalda se encorva bajo la mochila. Las filas, por momentánea prisa estrechadas, se aclaran, la cola afloja el paso; el comandante del primer peloton está ya á la cabeza del segundo; el comandante del segundo se halla á la cabeza de la compañía que viene detrás. El capitán... ¿dónde está el capitán?

Las canciones que se oían hace dos horas, bajaron de tono dos notas. Cantan porque comenzaron á cantar, pero no comenzarían ahora. El diálogo apenas se sostiene, los chistes carecen de sal: bien se ve que el regimiento está en marcha hace cuatro horas.

Y anda que anda; el rostro quemado por el sol, bañado de sudor, negro, contraído, desfigurado, afanosa la respiración, pendientes los labios, gruesa la lengua, hinchadas las manos, escaldados los piés, lánguido y perezoso todo el cuerpo,

las mochilas sobre los riñones, la cantimplora sobre el vientre, el capote desabrochado, el corbatín suelto, el kópis sobre la nuca ó caído por delante hasta tropezar con la nariz. Los ojos, lastimados por la demasiada luz, ó se fijan inmóviles en las huellas del compañero que va delante, ó vagan acá y allá en busca de una fuentejilla, de una acequia, de... un pantano, de cualquier cosa con tal que se mitigue el fuego infernal que abrasa las entrañas...

—¡Oh! ¡la sed! y aquí asaltan la mente imágenes varias y confusas de los cafés, en días más felices frecuentados; véñse los parroquianos, sentados á las mesas de mármol, sorber lentamente las altas copas llenas de espumante y fresca cerveza; véñse manantiales de abundante agua que brota limpia y clara de una roca; óyese su agradable murmullo, vislúmbrase su resplandor cristalino serpeando entre la hierba...

—¡Oh! cuando llegue al punto de etapa, beberé hasta reventar, iré en seguida al café, apuraré de un sorbo una botella, ó dos, y si no bastan, tres...

Y anda que te anda. Las canciones han cesado, el diálogo ha concluido, una broma inoportuna se escapa á veces de los labios de los más fuertes y sufridos. Inútilmente: es acogida con glacial silencio. Marchan callados. Muchos que iban al frente se encuentran á la cola, y los más

fuertes de los que en la cola estaban, vedlos, sin advertirlo, á la cabeza. Las compañías se confunden.

—A su puesto cada cual, ¡vive Dios! á su puesto cada cual. ¿Qué modo de marchar es éste?

—No hacen caso, es predicar en desierto.

—Vosotros, muchachos, ¿por qué os deteneís?

¡Animo y adelante! ya queda poco.

—Siempre dicen que queda poco, y nunca se hace alto, y el aguardiente de esta mañana era agua clara, y el plus aún no nos lo han dado, y con este sol bien se podía partir un poco más temprano, y no se hace alto nunca... y el aguardiente... y el plus...

—¡Paso, paso! ¿qué es? ¿quién viene?

—Un precipitado trote de caballo, una espesa polvareda... ya pasó. Era un oficial de Estado Mayor.

—Mira, esos son los que nos hacen correr. Es muy cómodo para los que van á caballo gritar ¡adelante! á los que van á pié. Si fuesen cargados con la mochila... Oye, tú, levanta esos piés, ¿no hay bastante polvo aún?

Muchos se detienen; muchos, acortando el paso, dejan adelantarse á su compañía para descansar cuando no los vean. La voz de los jefes suena con más aire de mal humor que de autoridad, las órdenes se repiten á cada momento.

—El comandante del primer peloton... ¿dónde está el comandante del primer peloton?

Bien se ve que el regimiento está en marcha cinco horas há.

¿Qué es esto? se oye un toque de corneta. Un ¡oh! prolongado le hace eco de un extremo al otro de la columna; detiéndose todos, y comienza una confusión, un barullo, un ruido de culatadas en el suelo, un movimiento de mochilas, un correr á derecha é izquierda... En dos minutos el regimiento ha desaparecido.

En las márgenes del camino, dentro de los fosos, en los campos inmediatos, dispútanse los dispersos á empellones y codazos un palmo de sombra; van sedientos por aquellos bancales en busca de agua, como las procesiones de hormigas que corren por la corteza de un árbol: unos piden de beber con acento lastimoso, otros responden que no, con voz airada, ó lo conceden de mala voluntad, y se quitan de las manos las cantimploras con enojo y rabia. Poco á poco, el tumulto amengua, cesa el movimiento, todos reposan, todos cierran los ojos... un minuto más y todo el regimiento dormirá.

—¡Paso, paso, muchachos! Abrid paso. Tú, aparta; mira que te pasará la rueda por encima; y tú, quita aquella mochila de en medio de la carretera... ¡Paso, abrid paso! ¡Oh! ya está aquí nuestro amigo, nuestra providencia: ¡el cantinero!

Los que estaban durmiendo se despiertan, estiran los brazos, restréganse los ojos, clavan los codos en el suelo; ¡arriba, arriba! ya están en pie. Corren y se agrupan en torno del carro, formando bullicioso corro, en el que todos tienden las manos, todos agitan los brazos, todos sueltan los cuartos; muchos se lamentan de no haber podido comprar nada todavía, y no pocos amenazan al asendereado mercader... El pobre hombre, aturdido, suda, bufa y pide por Dios y por todos los santos de la corte celestial, que tengan paciencia y le den un poco de respiro.

Otro toque de corneta: toque de *atención*. Un prolongado murmullo de sorpresa y descontento hácele eco.

- No hay tiempo para tomar un bocado.
- Para eso más valía no detenerse.
- Quieren matarnos.
- Eso es.

El grupo se deshace lentamente, los que estaban tendidos se sientan, pausados y perezosos; algunos se ponen en pie malhumorados; otros permanecen inmóviles, saboreando el último minuto, el último segundo; poco á poco todos han salido de los fosos, todos están en la carretera, todas las mochilas han vuelto á la respectiva espalda, todas las filas están ordenadas. Otro toque: la primera compañía se mueve... la segunda, la tercera... El regimiento está en marcha.

—Cada cual á su puesto, ¡que nó se repita el barullo de ántes!

Durante media hora las cosas van algo mejor que hasta allí, aunque los miembros se resienten dolorosamente del breve descanso y no todos hayan matado la sed.

—Pero ¡mirad cómo marcha aquella cola! ¿Queréis apretar el paso?

Durante media hora, como decía, las cosas van algo mejor. Las filas se han ordenado, los rezados se han unido á sus compañías; los oficiales han vuelto á su sitio... pero ¡cómo quema el sol! Hace un calor africano, es imposible aguantar más... Los piés no tienen fuerza para levantarse del suelo, los brazos cuelgan inertes, el cinturón lastima las caderas, las correas de la mochila cortan los hombros, el capote oprime el pecho... y no llegamos nunca ¿adónde nos querán llevar?

¡Una fuente! ¡una fuente!—un grito de júbilo responde á aquel aviso, rómpense las filas y todos acuden á grupos de cinco, de seis, de diez, se arrojan sobre el agua, gritos, empujones, codazos, disputas, golpes...

—A su sitio cada cual,—grita un oficial indignado: la tropa se esparce en todas direcciones; muchos, con el vientre lleno de agua, intentan en vano alcanzar su sitio: otros llegan á él después de una carrera precipitada, y vense obli-

gados á detenerse poco despues; algunos se quedan aún allá para beber otro sorbo, para alcanzar otra gota, un breve momento, un solo minuto... Faltan las fuerzas, los claros se ensanchan en la filas, las márgenes del camino se pueblan de despeados... De pronto al revolver el camino, un campanario, un pueblo:

—¡Es la meta, la meta del camino, el término de la caminata!

Este es el grito que se propaga en un instante de la cabeza á la cola. El efecto es admirable, las fuerzas se restauran, las filas se estrechan, las compañías se organizan, los rezagados vienen corriendo; todo está cambiado, se prepara la música, llegamos al pueblo, entramos.

Las puertas de las casas, las embocaduras de las calles, los balcones, las ventanas se llenan de curiosos. Acá y allá se asoman lindos rostros femeninos llenos de compasiva curiosidad.

—¡Pobrecillos, cuán cansados estarán!

¡Qué efecto el de aquellos ojos! Los que estaban encorvados se enderezan, por última vez, con un supremo esfuerzo; los que cojeaban pónense á andar marcialmente, el que estaba á punto de caer, extenuadas las fuerzas, se hace ánimo y sigue adelante...

—Tú muchacho, ¿adónde vas?

—Por un sorbo de agua, mi teniente.

—Nada, nada, á su sitio.

—¡Oh! ¡qué crueles! murmuran las madres compasivas. ¡Cómo los tratan á los pobres chicos! Ni tan siquiera un vaso de agua...

El regimiento ha pasado, ha depuesto las armas, ha armado pabellones... ¡Oh! ¡qué campamento tan alegre! ¿Y las fatigas, y las angustias de la marcha? ¿Eso no se recuerda ya?

¡Ah!... ni siquiera por soñación.





## EL ASISTENTE.



ACIA cuatro años que vivían juntos, y en todo ese tiempo no había olvidado el uno por un solo momento que era el oficial, ni el otro que era el asistente. El uno, militarmente severo; el otro militarmente sumiso.

Y se querían; pero con aquel afecto austero, varonil, mudo, que no hace alardes, que no se manifiesta, que oculta un trasporte de afecto bajo un ademán seco y desdeñoso; elocuente cuando calla, inepto y torpe cuando habla; enemigo de caricias y mimos, y acostumbrado cuando le asalta la necesidad de llorar, á apretar los labios y sorber las lágrimas por no parecer cobarde y afeminado. Se comunicaban con un lenguaje constantemente lacónico, rápido, desabrido; se entendían con mo-



nosílabos, miradas, ademanes; intérprete comunera era el reloj, que lo regulaba todo, hasta los pasos y las palabras, con la disciplina más estricta.

—Mi teniente ¿manda algo?

—Nada.

—¿Puedo marcharme?

—Vete.—Esta era la fórmula cotidiana de despedida.

Nunca una palabra más. Y habían pasado los días, los meses, los años,—cuatro años—en el cuartel, en el alojamiento, en marcha, en el campamento, en la guerra; y creció poco á poco en el corazón de entrambos un afecto profundo, severo y casi desconocido para ellos mismos. En aquella inalterable taciturnidad, en aquel lenguaje militar, en aquel cambio fugitivo de miradas que querían decir, la una:—*haz esto*, y la otra:—*está bien*, había, para quien conociese el carácter de entrambos, tanta amabilidad y tanta cortesía, que comparadas con ellas era débil é insignificante la más expresiva correspondencia de mutuo cariño.

Se encontraron uno al lado del otro en campaña, en los instantes más solemnes, á trescientos pasos de los cañones enemigos, y á cada silbido de las granadas, cada cual volvió rápidamente los ojos en busca del otro, y al encontrarlo, había exhalado un suspiro pensando: *¡esa ha pasado ya!* Velaron juntos en las avanzadas más de una no-

che fría y lluviosa, con los piés en las charcas del pantano y el rostro al viento; y por la mañana, al llegar el batallón de relevo habían cambiado una sonrisa, como para decirse mutuamente «ahora volvemos al campamento, alégrate, podrás descansar.» Muchas veces durante una larga marcha de verano, habíanse vuelto los dos hacia atrás á un mismo tiempo, para mirar las piedras miliarias, á la orilla del camino, y habían contado algunas veces más de cuarenta, cruzando, cuando llegaban á las últimas, una mirada de consuelo y complacencia, que quería decir: *quedan dos nada más, nada más queda una, ¡estamos ya!* Varias noches en el campamento, cuando se dispone el ánimo á las descargas, que quizás vengán á interrumpir el sueño, luego que uno de ellos se había echado bajo la tienda y el otro lo había cubierto bien con el capote para defenderlo de las brisas nocturnas:—Buenas noches, señor teniente,—había dicho el soldado, alejándose; y al teniente le había parecido que aquella voz temblaba algo y que la última palabra no salió entera de sus labios. Y con igual acento le había devuelto el saludo. Alguna otra vez mientras el uno entregaba al otro una carta, y este alargaba ávidamente la mano para tomarla, hubiera podido notarse en ambos rostros ligerísima sonrisa:—¿Es de casa, conozco la letra, tu madre te escribe!—Había querido decir el uno.—¿Gra-

cias,—había querido contestar el otro,—me has anticipado la alegría!

Después, volvían entrambos á los acostumbrados hábitos taciturnos y severos: ni una sola vez el soldado, al presentarse á su oficial ó al despedirse de él, olvidaba cuadrarse, levantando la cabeza y llevando enérgicamente la mano al képis, rígido, inmóvil y formal.

Vivían juntos cuatro años solamente; pero el soldado, que entró de asistente, pasado el primer año de servicio, estaba para cumplir su tiempo.

Un día, recibió el comandante del batallón la orden de licenciar su clase.

Aquel día mediaron muy pocas palabras más de las de costumbre entre el oficial y el soldado; pero los dos corazones conversaron largamente:

—¿Manda otra cosa?

—Nada... ha llegado la orden de licenciar tu clase. Dentro de diez días marcharás.

Siguió breve silencio, sin que sus ojos se encontrasen...

—¿Puedo retirarme?

—Retírate, pues.

Esta vez había añadido el oficial un *pues*, y esto era un gran paso en el camino de la afectuosidad y de la espontaneidad.

Estrechóseles el corazón á los dos, pero no igualmente á ambos. El uno perdía un amigo, más que un amigo, un hermano, que lo amaba

con cariño reverente y religioso. El otro perdía también un amigo, un hermano; pero aquél permanecía en el regimiento, y éste volvía á casa. Y ya era sensible consuelo volver á casa. Después de tantos años, después de tantos peligros, después de haber pensado tantas veces en la madre por la noche en el campamento, cuando suenan las largas y melancólicas notas de la retreta, y bajo las tiendas se apagan las luces en aquella movable ciudad de lienzo, poco antes tan animada y alegre, después de haber pensado tantas veces en la madre preguntándose,—¿qué hará en este momento aquella pobre mujer?—era, en verdad, una gran cosa volver á casa!!!...

Después de haber oído tantas veces, al caer de la tarde, á los campesinos que venían del trabajo, repitiendo aquellas mismas canciones que cantaban en otro tiempo allá en el hogar, cuando velaban en verano á la luz de la luna y entre tantas voces de deudos y amigos se escuchaba una temblorosa, diferente de todas, clara, argentina, que sabía tan bien el camino del corazón, después de haber bendecido tantas veces aquellas canciones, como un saludo de nuestra madre lejana... ¡volver á casa! ¡Volver cuando no nos esperan; ver de nuevo aquellos campos, aquella aldea, reconocer de lejos aquella casa, presentarse de pronto ante la puerta, reconocer de-

lante á la hermanita, hecha ya una moza, al hermano más pequeño, convertido en gallardo adolescente, acudir á sus gritos todos los demás, arrojarse en medio de ellos; despues, apartarlos á todos, entrar en la casa, llamar á la anciana madre, verla venir á nuestro encuentro con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas, echársele al cuello y sentirse oprimido por aquellos queridos brazos, y probar las más santas delicias humanas... ¡Cosas son éstas que sólo el pensarlas dulcifica cualquier amargura y cura cualquier herida!

Y sin embargo, aquel buen muchacho le traspasaba el alma la idea de tener que separarse de su oficial. Y además, un soldado valeroso no se quita nunca el tosco capote que le ha servido largos años de abrigo y almohada, y en el cual ha trabajado tantas veces con la aguja ó el jabon, sin sentir cierta opresion en el pecho, cierta extraña ternura, como al separarnos de un amigo que se ha portado mal con nosotros, pero á quien en el fondo estimamos siempre. Aquellas faldriqueras de detrás, donde en el cuartel se escondía la pipa al presentarse al oficial de guardia, las buscarán las manos instintivamente, y será triste cosa no encontrarlas ya.

El buen oficial se habia quedado pensativo, sin añadir ni una sola palabra á las fórmulas acostumbres, y lo mismo su asistente. Pero sus

miradas se encontraban con más frecuencia, y parece que se decían: — lo sientes, ya lo sé.

El soldado hacia las faenas despacio, para entretenerse en casa más largo rato compensando así en aquellos últimos dias la separacion completa inminente. Al principio, procedía con cierta lentitud, despues con una lentitud claramente estudiada; por último, hacia como que quitaba el polvo de las sillas y las mesas; pero las más de las veces, absorto en un triste pensamiento, agitaba á ciegas el plumero sin tocar los muebles. Entre tanto, el oficial, en pié é inmóvil, con los brazos cruzados ante el espejo, que reflejaba la imágen del asistente, seguía con atencion sus pasos, sus actitudes y sus ademanes, y evitaba sus miradas, afectando un aire distraido.

— Mi teniente, ¿puedo irme?

— Vete, pues, — y el soldado se iba.

No habia bajado dos escalones, cuando sonaba en el cuarto un presuroso: «Ven aquí,» y volvía.

— ¿Manda otra cosa?

— Nada, quería decirte... nada, nada, lo harás mañana. Vete pues.

Quizás le habia vuelto á llamar para verle, y viéndolo otra vez partir, continuaba con los ojos fijos en el umbral de la puerta por donde saliera.

Llegó, por fin, el dia de la marcha. El oficial estaba en su cuarto sentado á la mesa, enfrente

de la puerta entornada. Dentro de media hora tenía que venir el asistente para despedirse de él. Fumaba, arrojando al aire nubecillas de humo, y seguía inconscientemente con los ojos sus lentas espirales, hasta que se perdían desvanecidas en el aire. Sin duda el humo, que le daba en los ojos, le hacía lagrimear, y de vez en cuando se los enjugaba con el envés de la mano, notando con sorpresa que caían lágrimas tan gruesas como si en realidad llorase. Atribuía la causa al humo: pretendía engañarse acerca de su emoción, disimularse, achacar al cigarro lo que del corazón provenía, y pensaba:— Sí, era de esperar, ¿por qué, pues, tomarlo tan á pecho? ¿No sabía yo, cuando lo elegí, que no lo retendría á mi lado siempre? ¿Ignoraba que el servicio no dura más que cinco años? ¿Desconocía por ventura que ese pobre chico tiene una casa, un campo, una familia, en medio de la cual nació, donde ha crecido, de la que partió con dolor y á la que con júbilo vuelve? ¿Había de pretender que continuase siendo soldado por mi bella cara? Hubiera sido un egoísta... y lo soy. ¿Qué vínculo de gratitud lo liga á mí? ¿qué he hecho por él? ¿qué es lo que me debe?... ¡Oh! ¡mucho en verdad: no le he hecho nunca más que desaires! Siempre que se me pone delante, me ve con esta maldita cara de perro... Es carácter mio; ¿qué le hemos de hacer? Nada. Yo no sé encontrar palabras para decir ciertas

cosas. Y despues... esas cosas no deben decirse; pero... al ménos ponerle un rostro algo afable... Ahora, se va. Vuelve á su casa á labrar sus campos, á recobrar su existencia anterior; y poco á poco perderá los hábitos militares, lo olvidará todo... su regimiento, sus camaradas, su oficial. ¡No importa, con tal de que viva contento! Pero yo, ¿podré olvidarlo tambien? ¡Cuánto tiempo habrá de pasar antes de que me acostumbre á una cara nueva, antes de que por la mañana, al abrir los ojos, no me parezca que le veo en un rincón del cuarto, entretenido en las faenas, sin mover ruido, casi sin respirar, por no despertarme ántes de tiempo!... ¡Cuántas veces, así que me levante, lo llamaré por su nombre! Tantos años de compañía, de leal adhesión, de servicio afectuoso, y al cabo... ver que se marcha así... Pero ese es nuestro oficio, y no tiene remedio. Hay que conformarse. ¡Qué buen muchacho! ¡qué corazón! Si en las marchas, rendido por la fatiga, abrasado por el sol, sofocado por el polvo, me detenía un instante y volvía los ojos como para buscar un poco de agua, en seguida se me presentaba delante un botijo y oía una voz que me decía:— «¿quiere beber mi teniente?» Era él. Había salido de filas sin que lo notasen, corrió á buscar agua... léjos quizás, quién sabe dónde; vuelto en un abrir y cerrar de ojos, anhelante, cubierto de sudor se había venido detrás de mí,

y había esperado que mostrase yo deseos de beber. En el campamento, si me dormía á la sombra de un árbol y el sol poco á poco llegaba á darme en la cabeza, una mano solícita colgaba una manta de las ramas, ó ponía tres ó cuatro morrales uno sobre otro, y ya no me molestaba el sol. ¿De quién era aquella mano? ¡Siempre la suya! Al terminar la jornada, despues de seis, siete, ocho horas de marcha, apénas preparadas las tiendas, desaparecía; yo lo buscaba y lo llamaba á gritos por el campo, y exclamaba:—Quién sabe dónde se habrá metido; vaya un modo de portarse; ya se lo diré yo de misas;—y de allí á un momento lo veía venir de léjos, encorvado bajo un gran monton de paja, con pasos desiguales, tropezando aquí y allá con las cuerdas de las tiendas, disputando á derecha á izquierda con los que querían quitarle un puñado de la carga, saltando las zanjas y los fosos, pisando los morrales y las camisas tendidas al sol, y atrayendo sobre su cabeza una tempestad de juramentos é imprecaciones. Llegaba á mi lado, echaba la paja al suelo, arrojaba un gran suspiro, enjugábase la frente y exclamaba receloso:—Señor teniente, ¿he tardado mucho, no es verdad? Pero he tenido que ir muy léjos.—Esparcía la paja sobre la hierba en la extension de una persona, amontonaba una parte, colocaba encima su morral, á guisa de almohada, y despues volviéndose hácia mí:—¿Mi teniente,

preguntaba, estará bien así?—Buen muchacho, pensaba yo, he hecho mal en incomodarme contigo;—«anda, le decía despues, anda á descansar, que buena falta te hace.»—¿Pero, estará bien así? repetía, si no, iré á traer más paja.—Sí, sí: está bien, anda á descansar, anda, no perdamos más tiempo.

A veces en las marchas nocturnas, si notaba yo que me vencía el sueño, y caminaba vacilante cruzando de una parte á otra de la carretera, y me acercaba demasiado á la orilla de la cuneta, una mano suave tocaba mi brazo y me empujaba lentamente al centro del camino, miéntras una voz humilde y sumisa me decía:—Mire, señor teniente, que ahí está el bache,—¡y siempre era él!... Pero, ¿qué le he hecho á ese muchacho para que me rodee de cuidados solícitos como una madre? ¿qué es lo que soy? ¿qué es lo que tengo, para que me ame con tanto afecto, con tanta virtud? ¿qué méritos he contraído para con él, que no vive más que para mí y que por mi estoy seguro daría la vida? ¿Por qué razon ese pobre chico, de aspecto tan rústico, con las manos encallecidas por la esteva, con los miembros endurecidos por los trabajos y las necesidades, sin cultura, sin educacion, nacido y crecido en solitario albergue del campo, ignorante de todo humano refinamiento, se ha convertido en amable y solícito como gentil damisela y detiene la

respiración para no despertarme, y me toca la manga con mano suavísima para apartarme de una zanja, y me presenta una carta, cogiéndola con la punta de los dedos, como si temiese profanarla, y se considera feliz cuando alcanza una sonrisa benévola, una palabra amable, una mirada que quiera decir: «¡está bien!...» ¿En qué consiste esto?...

¡Ah! preciso es confesar que el corazón humano adquiere bajo este uniforme palpitaciones nuevas y desconocidas para quien no es ó ha sido soldado. No suponen las gentes en nosotros más afectos que los que agitan el espíritu en los días borrascosos de la guerra; pero las gentes nos conocen muy poco: no saben que en los soldados el corazón léjos de envejecer, rejuvenece y se vuelve á abrir á las suaves ternuras de la edad primera, y en ellas vive y goza mucho mejor que en los tremendos júbilos de la guerra... ¡Oh! quien no sea soldado no comprenderá nunca el cariño que me liga á ese honrado mozo. Es imposible. Hay que haber pasado muchas noches en el vivac; haber hecho muchas marchas en los meses de Julio y Agosto; haber estado muchas veces en las avanzadas, sufriendo una lluvia continua; haber padecido hambre y sed; y haber encontrado siempre á vuestro lado un amigo que os ha echado encima su capoté para guardaros del frío, que os ha secado la ropa, que os ha

traído un sorbo de agua, que os ha ofrecido un pedazo de pan, privándose de él...

—¡Servidor, criado! ¿y hay quien lo llame así? ¡Oh!—exclamaba con ademán de indignación— ¡es una blasfemia! Sí... porque cuando ese hombre se me presenta ahí en la puerta y me saluda, contemplándome con aquella mirada llena de sumisión tímida y cariñosa, siento que es tan respetuoso el ademán que hago para que baje la mano, como el suyo para levantarla... Y ese hombre me abandona, me deja solo, marcha, y nunca volverá. No, no, iré á buscarlo; iré á buscarlo cuando esté licenciado: sé el nombre de su pueblo; preguntaré por su casa, correré á ella; lo sorprenderé labrando los campos, lo llamaré por su nombre.—¿No conoces ya á tu oficial? le preguntaré.—¡Qué veo, mi teniente! contestará todo conmovido.—¡Sí, sí, tenía necesidad de volverte á ver; ven aquí y abrázame!...

En este punto sintió pasos por la escalera, lentos y desiguales, como de quien sube titubeando. Prestó atención, sin volver la cabeza; los pasos se aproximaban. Sintió que se le oprimía el corazón. Volvióse: allí estaba ¡era él! el asistente.

Tenía el rostro turbado y los ojos enrojecidos. Saludó militarmente, dió un paso adelante y permaneció allí mirando al oficial. Este tenía el rostro vuelto hácia la parte opuesta.

—Señor teniente, me marchó...

—Hasta la vista—respondióle el oficial apretándose los labios á cada palabra y mirando siempre á otra parte.—Hasta la vista... que tengas buen viaje... vuelve á casa... trabaja... continúa siendo buen muchacho... como lo has sido hasta ahora... y... hasta la vista.

—Señor teniente, repuso el soldado con voz temblorosa y adelantando un paso hácia él.

—Anda, anda, que no se te pase la hora; anda, ya es tarde.

Y le alargó la mano. El soldado se la estrechó fuertemente.

—Que tengas buen viaje... y acuérdate de mí, ¿sabes? acuérdate alguna vez de tu oficial.

El buen muchacho queria responder. Probó á decir algunas palabras y lo que salió de sus labios fué un gemido. Estrechó otra vez aquella mano, volvióse, miró la puerta, miró otra vez al oficial, que continuaba con la cabeza vuelta al otro lado, dió un paso adelante...

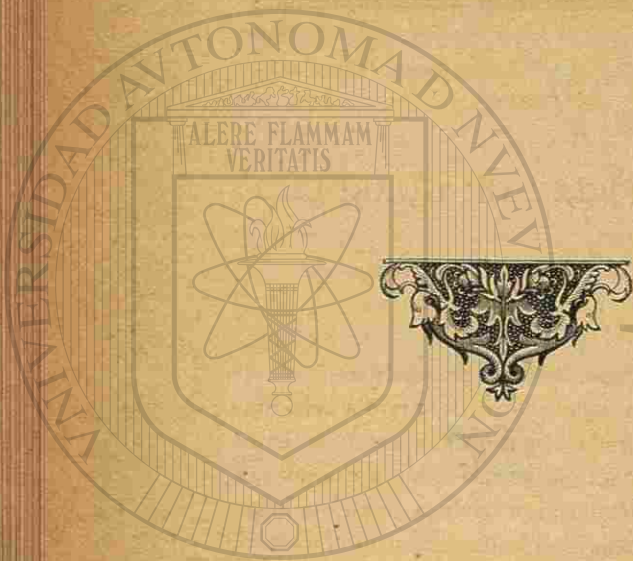
—¡Ah, señor teniente! exclamó sollozando, y echó á correr.

El otro, solo ya, miró alrededor, estuvo un corto rato con la vista fija en el umbral de la puerta; despues apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos; formáronsele en la cavidad de sus ojos dos gruesas lágrimas, brillaron un instante dentro de ellos, y rodaron rápidamente por sus mejillas, como temerosas de ser vistas.

Se pasó la mano por los ojos, miró el cigarro: ¡estaba apagado!

¡Ah! lo que es esta vez eran lágrimas de veras. Inclino la cabeza sobre uno los brazos, y las dejó correr todas, que bien lo necesitaba!





## EL OFICIAL DE GUARDIA.

**D**ESPUES de haber mandado toque de silencio, el oficial de guardia echó una mirada al patio del cuartel: no habia nadie. Se asomó á las escaleras que conducen á los dormitorios de la tropa: no habia nadie. Alzó los ojos á la terraza: nadie tampoco. Dió un vistazo al porton: estaba cerrado. Hizo una visita al cuerpo de guardia: estaban todos. Los faroles del patio y los de los corredores hallábanse encendidos. Los centinelas encontrábanse en su puesto. Todo estaba en orden, todo tranquilo: el regimiento dormia. ¿Qué le faltaba hacer al oficial de guardia? Nada, dormir tambien y eso es lo que se propuso. Volvió los ojos alrededor una vez más; miró arriba, miró abajo, se acercó á la puerta de la cantina, la tentó con



la mano: estaba cerrada; aproximó el oído: nada se oía.

—Ahora puedo ir á dormir,—dijo entre sí, y se dirigió hácia su pabellon. Murmuró primero algunas palabras al oído del sargento de turno:—¿Lo entendeis, eh?—y habiendo tenido por contestación un respetuoso—«no tengais cuidado,»—acompañado de un movimiento de la mano hácia el pecho, en actitud de concienzuda promesa, entró, cerró, quitóse el képis, el sable y la bandolera, acercóse á la cama, arregló el embozo de la sábana, y llevó la diestra mano al primer boton de la levita...—Pero, ¿y la ronda?—pensó, haciendo un ligero movimiento de cabeza, como si dirigiese la pregunta á otro; y tomando la luz con ademán de despecho, fué á plantarse, tieso como un palo, ante la tablilla de la *orden del dia*, colgada en la pared, bajo el retrato del rey. Puso el índice en medio del papel, y comenzó á seguir las líneas, leyendo rápidamente y masticando las palabras de un modo inarticulado y confuso, hasta que se detuvo de pronto y pronunció con voz clara:—*Ronda en el interior del cuartel, á las once.*—¡Uf!—añadió de pronto, volviéndose hácia la cama y dejando violentamente el candelero sobre la mesilla; y permanecía en pié, inmóvil, rígido, con los ojos fijos en la almohada y las manos en actitud de desabotonar la levita.

—¡Ronda, ronda! púsose á decir despues, ha-

ciendo salir lentamente los botones uno por uno de sus respectivos ojales.—Despues de haber estado en pié todo el dia, despues de haber corrido de acá para allá, de arriba á abajo, sin un minuto de descanso, despues de haberse quedado sin voz, gritando y porfiando desde la mañana hasta la noche, llega por fin lá hora de dar algo de descanso á los huesos en ese lecho fermentido y gustar un momento de reposo... pero, no señor, ahora hay que pensar en la ronda: y ¿á qué hora? ¡á las once! Preciso es coger uno la linterna, y si no tiene otra faena, ponerse á recorrer y registrar todo el cuartel, á vigilarlo y acecharlo todo, para que los soldados, sin excepcion alguna, estén metidos entre sábanas, para que la cantina esté bien cerrada, para que no se abra el porton, para que nadie se asome á las ventanas...

Diciendo así, había tirado la levita sobre una silla junto á la cama.

—Pero yo tambien soy de carne y hueso, como todos los demás, y no quiero dejar el pellejo en el servicio. ¡Oh! no, de seguro. Continuar de este modo es imposible. La verdad es que ni tan siquiera hay tiempo para comer, y ahí está la *orden del dia*, que lo puede probar. Nada mas fácil... (Y los pantalones habían ido á hacer compañía á la levita.)

—Nada mas fácil que expedir una *orden del dia*, sentado á la mesa con un buen almuerzo en el

cuerpo y un rico habano en la boca: no hay cosa mas fácil. El que está debajo es el que se fastidia. Que un pobre oficial de guardia no tenga tiempo de respirar, ¿qué les importa á esos señores? ¡Que se fastidie! Pero, bien pensado... (Y las botas habían ido á parar bajo la silla, donde yacian ya levita y pantalon.)

—Bien pensado; ¿quién ha de llegarse por aquí á esta hora, á las diez? ¿A quién se le ha de ocurrir el disparate de venir á ver si hago la ronda ó no la hago? Por ahí fuera hace un frio de mil diablos y un viento que corta la cara. Despues, buena está la calle para romperse la crisma á cada paso. El coronel vive al otro extremo de la ciudad y no es aficionado á dar sorpresas. El comandante de servicio... ¡Oh! ese es casado... y no hay peligro de que salga de casa. El capitán de inspeccion se halla á estas horas jugando su partida de tresillo, y no le ocurrirá la extravagancia de llegarse por estos andurriales; y despues aunque viniese... tiene que llamar... (Entre tanto se habia metido en la cama todo trémulo de frio, y acurrucándose y revolviéndose muellmente bajo la manta, entreabria los labios con una risita de voluptuosa pereza.)

—Tiene que llamar para que le abran, y ántes de que el cabo de guardia le oiga, y acuda á la puerta, y encuentre el agujero de la cerradura, y abra, pasan cinco minutos y tengo tiempo para

vestirme bien ó mal, correr á la puerta, abrirla, coger el farolillo del cuerpo de guardia, meterme en los dormitorios para representar mi papel... (Y al decir esto dió un soplo y apagó la luz, echóse la cubierta á la cabeza, se volvió de lado, buscó una postura cómoda, y cerró los ojos pensando:—Meterme en los dormitorios para representar mi papel.)

—¡Oh! ¡qué gusto es echarse en la cama despues de haber corrido todo el día como un azacan! ¡Oh! qué oficio tan divertido! ¡Y pensar que con toda mi buena voluntad nunca logro reconciliarme con el insufrible capitán! ¿La carne está cruda? pues mia es la culpa. ¿Las escaleras están sucias? pues yo tengo la culpa tambien. ¿Los dormitorios están desarreglados? yo he de ser siempre el culpable... No es maleja esta cama... Y á creer á algunos caballeritos, nosotros somos unos zánganos, que no hacemos otra cosa que llenar de humo los cafés y acosar á las muchachas. Venid, venid, á ver la vida que llevan los zánganos... Y á fe que la paga es buena... y ahora, con el descuento...

Poco á poco, divagando en aquella defensa de la pereza, los pensamientos y las imágenes se le fueron mezclando y confundiendo. El capitán, el comandante, la mujer del comandante, la paga, el descuento, se revolviéron en una extraña mescolanza, que se desvaneció lentamente y que vino

á parar en un sueño profundo. Pero no se había dormido sin algo de inquietud, sin un poco de remordimiento. Cada vez que se le venía á las mientes la idea de la ronda, sentía una opresión interior, lo mismo que le sucede al muchacho discolo, que falta á la escuela para ir con sus camaradas á hacer novillos. La imágen del maestro y de su madre se le presenta á cada paso y lo atosiga, y cuanto más quiere apartarla de sí, más importuna vuelve como zumbona mosca.

Soñó; comenzaron á pasarle por la imaginación uno tras otro aquellos diez ó doce soldados revoltosos que en todos los regimientos logran fama por sus escapadas nocturnas, por las barahundas que mueven, y le parecía que cada uno de ellos, al pasar, le murmuraba al oído: *Duerme, duerme, que hoy te la pego*. Y al decir esto desaparecían, y cruzaban también ante sus ojos, con el cigarrillo en la boca, un ramillete de flores en la mano, los más elegantes y relámidos alféreces del regimiento, los que llevan el képis caído sobre la oreja, y tienen dos ó tres novias en la ciudad, y cuando pueden hacer de las suyas, á la luz de la luna, no lo piensan dos veces; y le parecía que cada uno de ellos, al pasar, le decía con refinada sorna: *Duerme, duerme, que hoy te la pego*. El mismo sargento de guardia, que poco ántes le había contestado aquel respetuoso *no tenga V. cuidado*, y hecho aquel ademan tan tran-

quilizador, parecíale notar que le resplandecían los ojos maliciosamente, y que bajo sus bigotazos había encorvado los labios de una manera sospechosa, como diciendo: *Vé, pues, á dormir que hoy te la pego*. Y pasando de una cosa á otra, imaginaba encontrarse en medio del patio, dentro del cuartel, y miraba alrededor atentamente, para ver si estaban los centinelas en su puesto. Todos estaban. En esto descubrió á uno que no le era desconocido, un soldado de su compañía, el más torpe, perezoso y holgazán, y por añadidura, corto de vista y duro de oído. ¡Vaya una ocurrencia! pensaba, parece que han puesto ahí adrede á ese zopenco, que para nada sirve; y lo espiaba. El centinela sacó las narices fuera de la garita, miró á diestra y siniestra, por si venía alguien, dejó el fusil en un rincón, envolvióse bien en el capote, se sentó, dobló la cabeza sobre las rodillas, y se quedó dormido. El oficial se irritó tanto en sueños contra aquel dormilón, que se le acercó calladamente, lo cogió de una oreja, abrió la boca, y una imprecación...

En aquel punto parecióle sentir leve rumor sobre su cabeza y levantó los ojos á las ventanas. De una de ellas bajaba, moviéndose confusamente, una cosa negra, que se fué alargando, y llegó á tierra: era una cuerda. Después de acompañarla con los ojos hasta el suelo, los dirigió á la ventana. Vió aparecer una cabeza, dos hombros,

todo un cuerpo humano, dar una vuelta sobre sí mismo, cogerse á la cuerda, bajar y desaparecer; y echó á correr tras de aquel fugitivo. Ya está cerca de él, ya lo alcanza, ya extiende las manos para agarrarle la ropa...

En aquel instante tropieza con una puerta, la puerta de la cantina. La toca ligeramente con la mano, y cede. ¡Oh! ¡qué alboroto! Un estruendo de platos, un continuo chocar de vasos y botellas, una confusión de voces roncadas y disonantes, una Babel de canciones y blasfemias, y un olor á tabaco, que le hace retroceder. Detiénese un momento, empuja otra vez la puerta, y se abre. ¡Qué espectáculo! La estancia está repleta de soldados, unos vestidos, otros en paños menores, otros con el capote en los hombros, á guisa de mantilla española, y la gorra tapando el cogote; unos sentados sobre las mesas, otros cabalgando en los bancos, ó tendidos en el suelo, los ojos resplandecientes, vidriosos ó estupefactos, y los semblantes encendidos; unos estaban alegres, otros enteramente borrachos; unos sonrientes, otros profundamente dormidos; algunos probaban á ponerse en pié y caían pesadamente sobre los bancos y las sillas; algun otro, que lograba sostenerse sobre sus piernas, andaba tambaleándose, tropezando con las mesas y derribando vasos y botellas. En todas partes gran movimiento de mugrientos naipes, y un manoteo á

modo de cabalístico conjuro, y gritos y carcajadas, y todo ello envuelto en una nube de humo tan espesa que en diez minutos quedaria cualquiera asfixiado...

—¡Fuera, fuera,—le parecia gritar en sueños al oficial,—sargento, apuntad el nombre de todos los que están aquí, y ponedlos á buen recaudo!...

En aquel momento parecióle oír detrás un ruido como de pesada puerta que lentamente girase sobre sus goznes. Volvióse; miró en torno, y vió que estaba en el corredor de entrada, cerca de la puerta del cuartel. Una sombra negra sospechosa avanzaba rasante al muro, como figura de bajo relieve ambulante; daba dos pasos, se detenía, y al poco rato volvía á andar, y se paraba de nuevo, como si temiera algo. Llegó á la puerta, tosió, y apareció al umbral del cuerpo de guardia otra figura como la primera, recelosa y solitaria. Cruzaron pocas palabras en voz baja, la puerta se abrió despacio, muy despacio, y uno de los dos desapareció.—¡Ah! lo reconocí—pensó el dormido oficial.—Es el sargento de la 8.<sup>a</sup>—y se volvió, y vió á otro, y detrás de este un tercero, y despues un cuarto.—El sargento de la 5.<sup>a</sup>, el furriel de la 6.<sup>a</sup>, el furriel de la 3.<sup>a</sup>—¡Ah, traidores! pensó gritar,—al arresto todos, todos arrestados. ¡Sargento de guardia, sargento!...

En aquel instante le pareció que tropezaba su mano con alguna cosa flexible, que cedía y se ahon-

daba. Se vuelve: es una cama. Detrás de aquella, otra, y despues otra, y otra, una larga fila de camas. Mira alrededor, y advierte que está en un dormitorio. Una mezuquina luz, en el fondo del aposento, ilumina confusamente los objetos. Todo estaba en silencio. Hubiérase oído el vuelo de una mosca. De pronto, uno de los durmientes, comienza á roncar: moderadamente al principio, despues con mayor sonoridad, y finalmente con un estruendo que se oiria desde la calle. Algunos se despiertan, uno que estaba cerca extiende los brazos, se restrega los ojos, y salta del lecho, gritando:—Diablo, ¿no podrias dormir como duermen los cristianos?—Nada, no se da por entendido el roncador.—¿No lo entiendes? ¿No puedes dormir como los cristianos?—le grita más fuerte el vecino. Nada, es como si hablase á la pared.—Ahora verás como te ajusto las cuentas, —y diciendo y haciendo, se le echa encima, le coge con ambos brazos, y lo sacude tan gentilmente, que se descoyunta su cama y se estremecen las de uno y otro lado. El roncador se mueve, se despierta, abre un poco los ojos, comprende la situacion, se pone en pié de un brinco y tira la almohada á la cabeza del importuno. Este le responde con un puñetazo, el otro replica de igual manera, acude un tercero en discordia á sostener al más debil; un cuarto vuela en defensa del primero, empéñase la batalla, saltan todos de la

cama, crece el tumulto, apágase la luz, las filas se confunden, cruge un vidrio hecho pedazos, caen los jergones de la cama, vuelan las tablas por el aire, ya están los fusiles en las manos... El pobre oficial, aturdido, convulso, ciego de ira, quiere arrojar de sus pulmones un grito poderoso, que cubra aquel tumulto de los infiernos, y se incorpora en la cama para lanzarse en medio de la lid...

En aquel punto, oyó repicar valientemente á la puerta, y parecióle que le llamaban por su nombre. Anheloso, palpitante, cubierto de sudor, se sentó como pudo, y atendió, conteniendo la respiracion.

—¡Teniente, mi teniente, el capitan de inspeccion!—dijo otra vez aquella voz.

—Dios mio, pronto, los calcetines, los calcetines, ¿dónde están los calcetines? No, no importa; los pantalones... ¿Dónde están? ¡Ah! Aquí están... Pronto, las botas, ¡uf! no pueden entrar, á ver, ¡ah! ya están. La levita, un brazo, el otro... Ya está la levita; el sable... ¿pero dónde demonios estará este sable? La bandolera, sí, ¿dónde estará ahora la bandolera?... ¡Ah! ya está aquí, ya estoy...

Y así, á medio vestir, con la levita desabrochada, sin calcetines, sin corbata, llegóse tiritando á la puerta. Abrió, miró quien era, y vió... Vió al capitan de inspeccion, en pié, inmóvil,

tieso, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la visera del k epis calada sobre los ojos, y los ojos fulgurantes bajo el entrecejo, y el entrecejo fruncido y amenazador.

—¿Habeis hecho la ronda?

Ahora pregunto: ¿qué es peor, tener un sueño de este jaez,   atrapar un resfriado haciendo la ronda y aunque sea hacerse algun cardenal al tropezar en las tinieblas con una mesa   una cama desarreglada? Yo estoy por el cardenal y el resfriado, y creo que la mayoría de los lectores estar  conmigo.



## HOSPITALIDAD.



CIERTA noche de Octubre del año 1866, un regimiento de infantería fué sorprendido   mitad del camino, entre San Donnino y Plasencia, por un aguacero tan fuerte, que en pocos minutos los soldados, estuvieron calados hasta los huesos, convirtiéndose en pantano la carretera. Serian las nueve de la noche. Los soldados con la cabeza y los hombros envueltos en las mantas de camino y los lienzos de las tiendas, seguian la marcha lenta y difícilmente, y ninguno hablaba. Al poco rato el regimiento se detuvo. La mayor parte de los soldados se guareci  como pudo en las márgenes y los setos de los campos, y otros bajo los árboles que flanqueaban el arrecife.

Tronaba y relampagueaba horriblemente.

tieso, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la visera del k epis calada sobre los ojos, y los ojos fulgurantes bajo el entrecejo, y el entrecejo fruncido y amenazador.

—¿Habeis hecho la ronda?

Ahora pregunto: ¿qué es peor, tener un sueño de este jaez,   atrapar un resfriado haciendo la ronda y aunque sea hacerse algun cardenal al tropezar en las tinieblas con una mesa   una cama desarreglada? Yo estoy por el cardenal y el resfriado, y creo que la mayoría de los lectores estar  conmigo.



## HOSPITALIDAD.



CIERTA noche de Octubre del año 1866, un regimiento de infantería fué sorprendido   mitad del camino, entre San Donnino y Plasencia, por un aguacero tan fuerte, que en pocos minutos los soldados, estuvieron calados hasta los huesos, convirtiéndose en pantano la carretera. Serian las nueve de la noche. Los soldados con la cabeza y los hombros envueltos en las mantas de camino y los lienzos de las tiendas, seguian la marcha lenta y difícilmente, y ninguno hablaba. Al poco rato el regimiento se detuvo. La mayor parte de los soldados se guareci  como pudo en las márgenes y los setos de los campos, y otros bajo los árboles que flanqueaban el arrecife.

Tronaba y relampagueaba horriblemente.

Cuando cesó la primera furia del temporal, levantóse un viento que arrojaba oblicuamente menuda y fría lluvia, de la cual en vano trataban los soldados de librar el rostro con la esclavina del capote ó las mantas. A poco distancia de la carretera veíase de vez en cuando á la luz de los relámpagos, una hermosa quinta, y entre ésta y el camino un jardincillo dividido en cuadros, llenos de arbustos y de flores. Entre un relámpago y otro se distinguía el movimiento de la sombra de dos personas tras la vidriera de una ventana iluminada.

En aquel aposento estaba reunida la familia de un rico propietario de Plasencia, que solía prolongar la temporada de campo hasta fines de Octubre en compañía de sus hijos y de una hermana viuda, algo tiesa y rebosando humos aristocráticos, pero en el fondo de buena índole y sano corazón. La sala estaba lujosamente amueblada, é iluminada por elegante lámpara que pendía de la techumbre. Dos hermosos niños jugueteaban alrededor de la mesa; un joven leía un periódico en un rincón; al otro lado dos muchachas de diez y ocho á veinte años estaban sentadas junto á la mesilla de costura, discurrendo con el hermano mayor; el amo de casa y su hermana, de pié junto á la ventana, hallábanse engolfados en animada conversacion.

—Con tu permiso, decia la hermana, no parti-

cipo ni poco ni mucho, de tu sublime entusiasmo.

—Tanto peor para ti; tendrás muchos consuelos ménos.

—¡Vaya unos consuelos! Mira cómo han puesto nuestra posesion con este continuo ir y venir de las tropas. ¿Has estado en las viñas?

—He estado, ¿y qué? Podrían haberlo hecho peor. Me parece que lo más que habrá tomado cada soldado es un racimo; porque una mano la tienen empleada con el fusil, y en el morral no pueden poner la uva sin estrujarla.

—Entonces debias haberlos invitado á hurtarnos las uvas.

—A servirse de ellas, habrás querido decir.

—Eso hubiera sido más generoso.

—Es verdad, y me arrepiento de no haberlo hecho.

—Me das coraje.

El hermano se echó á reir.

—Me das coraje; te repito: tienes unas filosofías que no comprendo. Concedido que son soldados, defensores de la patria, mártires, héroes, todo lo que quieras; estimémoslos, incensémoslos, adorémoslos, idolatrémoslos, pero de léjos, sí, de léjos, y en conjunto. El ejército, así de esa manera considerado, es respetable, y yo tambien lo respeto; pero los soldados, uno á uno... esa es harina de otro costal. Al fin y al cabo no son más que labriegos con uniforme. ¿Qué necesidad tie-



nes de salirles al encuentro por esos trigos de Dios, para darles las gracias por haber merodeado las viñas y los frutales, y traerlos á casa para darles un trago, y hartarlos de pastelillos y acompañarlos hasta el umbral, como si fueran príncipes?

Y el hermano continuaba riendo.

—Ríe, ríe, y cada vez que pase un regimiento, continúa yendo allá abajo con toda tu familia para verlo pasar, y permanece allí á la puerta con dos muchachas de esa edad, y oirás buenos pitopos de tus heroicos guerreros, acostumbrados á perseguir mujerzuelas, masticar tabaco y emborracharse con aguardiente. El otro día sin ir más léjos...

—Has armado gran ruido por una cosa insignificante. Si aquella palabra la hubiese dicho otro que no fuese soldado, no la hubieras tomado en cuenta. Hay que dispensar alguna cosa á la juventud, y al fin y al cabo son *guerreros* y no monjes.

—Sí, sí, continúa prestando culto al képis, que algun día lo pagarás.

—Bueno, pero has de comprender que no es el képis lo que yo aprecio, sino esos toscos labriegos que lo llevan, zafios, como tú dices, incultos y soeces, y aquellas manos encallecidas, y aquellos rostros juanetudos y tostados por el sol, y aquellas frentes que tanto tiempo estuvieron encorvadas sobre los surcos, y ahora...

—Ahora, me das más coraje que al principio. En aquel momento se oyó llamar á la puerta. Un minuto despues, presentóse un criado para decir que un soldado extraviado pedia albergue.

—Vamos á ver como lo haces subir aquí para ofrecerle la casa, dijo la hermana.

—Hacedlo subir al instante, dijo con aire de mando el amo de la casa.

—¡ Oh !

—Al instante, aquí, á esta sala.

El criado desapareció.

Óyense pasos lentos y fatigosos subir por la escalera. Luego, un golpe como de cuerpo pesado cayendo sobre el pavimento: ha dejado caer la mochila; despues el sonido del fusil apoyado á la pared. Al momento la puerta del salon se abre: ahí está el huésped. Pálido, vacilante, chorreando agua, sucios de lodo el rostro y las manos, y la cabeza inclinada lánguidamente hácia atrás, mira alrededor, maravillado y sorprendido.

Primero el dueño de casa y todos los demás despues, rodéanle solícitos.

—Adelante, adelante, muchacho, adelante sin temor.

El soldado da un paso, baja los ojos, ve la alfombra, y se retira murmurando.

—Dispénsenme ustedes no había visto...

—¿Qué?— exclama el dueño, y cogiéndolo del brazo, lo hace entrar en la sala y le obliga á sen-

tarse. Palidece, deja caer atrás la cabeza, y deja caer también los brazos inertes.

¡Dios mío! gritan todos asustados; el amo de casa le sostiene la cabeza, uno de los hijos le enjuga la frente, el otro le desabrocha el capote, y le hace aspirar vinagre; las muchachas y las criadas corren á un lado y otro y sin saber qué hacer. Afortunadamente, al poco rato volvió en sí, y su primera palabra fué un *gracias*, dicho con voz apagada, pero que parecía salir del corazón. Mientras tanto, haciéndole algo de violencia, quitáronle el capote y el corbatín, hiciéronle poner una chaqueta, y le echaron al cuello una bufanda.—¡Gracias! repetía el soldado oponiendo tímida resistencia, gracias.

—¡Oh qué escena! pensaba en su interior la hermana del propietario. Pero no decía enteramente lo que sentía. Mostraba á la hija mayor las huellas de lodo que manchaban la alfombra, pero al mismo tiempo, se incomodaba consigo misma porque notaba que no se incomodaba con el soldado.

—¿Y qué le ha pasado, militar?—preguntaba con viva solicitud el amo de casa.—¿Está V. enfermo? ¿Se ha caído? ¿Iba solo? ¿de dónde venía.

Con voz baja y lenta, interrumpiéndose, como si le faltase la respiración, contó el pobre soldado todo lo que le había sucedido. Al salir de San

Donnino ya se encontraba malo: en el camino había sentido fuertes dolores de estómago y de cabeza, y á cada breve descanso que hicieron, habíase tendido en el suelo, temiendo no poder levantarse; pero se levantó y siguió adelante con mucho trabajo, hasta la última parada, cerca de aquella casa. Allí se había tendido en una zanja, y dejándose vencer por el sueño, se apoderó de todos sus miembros un sopor profundo; de modo que no oyó la corneta cuando dió la señal, de marcha, ni había visto partir al regimiento. Despertóse media hora después, y encontrándose solo, probó á seguir el camino, y cayó otra vez al suelo... ¿Qué hacer, adónde dirigirse? Vió allí cerca una casa, llegóse á ella como pudo, llamó y suplicó que lo dejaran albergarse por un cuarto de hora en la cuadra, en el pajar, ó donde fuese.

Este relato duró un buen cuarto de hora: mientras tanto se repuso recobrando parte de las perdidas fuerzas. Pero á medida que su cabeza se despejaba, adquiriendo una idea más distinta del lugar en que estaba y de las personas que le rodeaban, más crecían su embarazo, su timidez y su confusión, y respondía á lo que le preguntaban, balbuceando y ruborizándose como un niño.

Siendo hora de cenar, la sirvienta, durante aquella conversacion, había dispuesto la mesa, sin que el pobre huésped, confuso y aturdido como estaba, apercibiérase de ello. De pronto, el

amo de casa dió la señal, y todos se levantaron y se acercaron á la mesa. El soldado se levantó también, echó una rápida mirada á la mesa y á los comensales, y volvió á sentarse, bajando los ojos y avergonzándose de haber mirado.

—Vamos á la mesa,—le dijo amablemente el buen anciano, aproximándose á él.

—¡Ah! es verdad, pensó el soldado; levántese, y murmurando algunas palabras de excusa, se dirigió hácia la puerta.

—¿Adónde va V.?—preguntó vivamente el dueño. Todos los demás se miraron sorprendidos. El soldado se detuvo y se volvió.

—¿Adónde va V.?—repitió el dueño.

—He oído que van á sentarse á la mesa..., respondió el soldado tímidamente.

—Pues bien, venga á la mesa con nosotros.

La hermana del propietario alargó el labio inferior. El soldado permaneció con la boca abierta.

—Sí, venga á la mesa, siéntese aquí, si no tiene inconveniente, y con una mano acercó á la mesa una silla, haciendo con la otra ademán de que se sentase.

—Pero... preguntó el soldado dirigiendo ambas manos con el índice extendido sobre su propio pecho: ¿á la mesa yo? y sonrió.

—¿Y por qué no?

El pobre jóven no podía creer lo que oía. To-

dos lo miraban con aire de curiosidad y de afectuosa compasion, hasta la hermana del propietario.

—No... Oiga, señor (prorumpió el soldado con voz dulce y trémula, y poniéndose muy serio), yo no merezco... yo no soy digno de estar... voy así (y se miró la ropa)... y despues, yo no sabré estar como se debe, porque..., y añadió con resolucion: hágame este obsequio, señor, déjeme andar allá, á la entrada de la casa: yo estaré mas á gusto allí, esperaré que hayan concluido. No es menester que enciendan luz, aguardaré á oscuras, para mí es lo mismo...

—¡Oh! no, no, exclamaron á coro el padre y los hijos, despues de escucharle con una atención en la que se mezclaban la sorpresa y el enternecimiento; no lo podemos permitir, no...

—Sí, sí, déjenme ir, déjenme ir, yo no quiero incomodarles... y trató nuevamente de marcharse.

—Pero oiga V., repusieron los demás deteniéndolo; tiene necesidad de comer algo, quédese aquí, háganos este favor...

—No, gracias, gracias, no necesito nada; tengo aún el pan entero en la mochila y me basta...

—Pero, escuche V...

—Pero, miren ustedes...

Salió de la sala, tomó el pan y volvió enseñándolo con gran complacencia. ¿Lo ven?

Todos callaron y se miraron unos á otros.

—Venga acá, gritó de súbito el amo de casa con la voz conmovida, arrancando de manos del soldado aquel pan, y poniéndolo en la mesa. Lo comeremos juntos. Siéntese V.

Su actitud, su voz, su semblante, estaban revelando un afecto y una emoción tan viva, que el soldado creyó imposible resistir más, y se sentó á la mesa.

No sabía donde poner las manos, no se atrevía á mirar á nadie, ni tan siquiera se decidía á mirar la mesa; contemplaba fijamente el plato que tenía delante; apretó las rodillas y los piés recogidos bajo la silla. Y aunque no la mirase, toda aquella cristalería resplandeciente lo deslumbraba; aquellos manteles, aquellas servilletas tan finas, tan blancas, que oían á ropa recién lavada, y no se atrevía á tocarlos con sus manos ásperas y negras, y comenzaron á despertarle en la mente ciertos recuerdos vagos y confusos, luego tiempo adormecidos, ciertos hábitos, ciertos modales, ciertas reglas de buena educación y cortesía, de los que muchos años antes, cuando era muchacho todavía, su hermana mayor que había estado una temporada en la ciudad, le hablaba, sermoneándole cuando iban algún domingo á casa del procurador, que les convidaba á comer: y se esforzaba por traer á la memoria aquellas reglas, aquellos hábitos, y trataba de ponerlos en prác-

tica con toda la soltura y aplomo de que fuese capaz; y miraba á hurtadillas de vez en cuando con el rabo del ojo al amo de la casa, que se había sentado al lado suyo, para tomar ejemplo de él sobre la manera de ponerse la servilleta y de cortar el pan y de manejar el cuchillo, etc.

A cada plato que le servían, creíase obligado á decir que no quería, y lo decía tres ó cuatro veces, y hacia ademán de rechazarlo, y volvía la cabeza, hasta que concluía por admitirlo murmurando:—¡Gracias! y haciendo un visaje compungido que quería decir: esto es demasiado. Y cuando comía tomaba unos bocaditos tan menudos que se le colaban por el gajate casi sin advertirlo, y á cada sorbo de agua ó de vino que bebía, restregaba dos ó tres veces los labios con la servilleta. Con gran solicitud entregaba á la doméstica que servía la mesa, los platos que ella iba recogiendo, y se guardaba muy bien de echar el ojo á los manjares que sacaban, antes de tener el plato delante, y cuando su patron le ofrecía vino, no se contentaba con decir que no, sino que extendía la mano para apartar la botella; de la sal, del aceite, de la pimienta, de todo daba gracias particulares y expresivas, como si ofrecerle cada una de aquellas cosas fuese un especial favor, distinto de los otros.

Si hubiese mirado alguna á vez á sus comensales, hubiéranse abstenido estos de mirarle para

no ponerlo en mayor sujecion, para dejarlo comer en paz, para no hacerlo padecer. Pero, como él no miraba á nadie, todos lo miraban á él, observaban todos sus movimientos, todas sus acciones, leían en su frente lo que pasaba en su alma, y aquella rusticidad ingénuo y temerosa, aquel estupor, aquel aturdimiento, aquella tierna y reverente gratitud, que de vez en cuando resplandecían en una leve sonrisa ó en una mirada fugaz, les inspiraba una especie de suave compasion y grata complacencia.

El generoso anciano le preguntaba sobre las vicisitudes de la guerra, el campamento, las marchas, el cuerpo en que servía, y él contestaba con un lacónico sí ó no, con una sonrisa, con un gesto que comenzaba y no sabía concluir, entre una pregunta y otra. Cuando suponía que todos los ojos estaban fijos en él, tomaba el cuchillo ó el tenedor, y hacia como que lo observaba atentamente. Al final de la comida, al tomar café, dejó caer una gota en el mantel.

—¡Ay, Dios mio! exclamó enteramente turbado, dispéñenme, no lo hice de propósito.—Y volviéndose hácia el amo de casa, llevóse una mano al pecho.—Pobre muchacho,—dijo en su interior la hermana: y llevó el vaso á los labios para ocultar la pequeña alteracion que aquella idea compasiva hubiera podido producir en la austera gravedad de su semblante.

Levantáronse de la mesa.—Ahora... dijo el soldado, en actitud de marcharse.

—¿Ahora?... preguntaron los demás, aguardando que concluyese la frase.

—Me es preciso...

—¿Qué?—preguntó cariñosamente el patron.

—Me es preciso partir.

—¡Oh!

—De toda precision.

—¿Cómo, cómo? ¿y por qué?—prorumpieron el padre y los hijos. Tendrá que quedarse aquí esta noche. No se halla aún en estado de ponerse en camino. Necesita dormir y descansar, y despues, con este tiempo, es imposible...

—Dispéñenme...

—Pero con este tiempo es imposible que se ponga V. en marcha: ¡oiga!...

Y todos callaron. La lluvia caía á cántaros. Oíase la golpear los cristales de las ventanas, y soplaba un viento de mil diablos.

—¿Ha oído? ¿Cómo quiere partir con este diluvio y con esta oscuridad, que no se ve un palmo mas allá de las narices?...

—Escuchen ustedes: he estado ya aquí demasiado tiempo; sabe el cielo que permanecería aún... ¡Ya lo creo!—y se sonrió;—pero si mañana bien temprano no estoy en Plasencia, me meterán en el calabozo... Y ahora, caminando á

buen paso, todavía tendré tiempo de alcanzar al regimiento... Si tardo un poco más...

—Pero, no se siente bien, se le conoce en la cara...

—Sí que me siento bien; de veras, me siento bien ahora: déjenme ir...

—No, no puede ser, haría muy mal en dejarle ir. ¿Y si perdiese el camino? ¿y si le faltan las fuerzas á mitad del viaje? Quédese, siga V. mi consejo. Se lo doy por su bien. Si creyera que podía partir sin riesgo, yo sería el primero en aconsejarle que se marchara; pero cansado y enfermo como está, con este tiempo, á esta hora, créame, no le conviene ponerse en camino. Permanezca aquí con nosotros, dénos este gusto; se lo pedimos por su bien.

El soldado estuvo un momento pensativo.

—No, no—prorumpió despues de repente.—No puedo, señor: mañana temprano tengo que estar con mi regimiento; puedo alcanzarlo aún. Escúsenme: no puedo; tengo que partir.

Y se dirigió apresuradamente á la sala de entrada; detrás de él la familia con luces. Púsose el capote, calóse el képiš, ajustóse el cinturón, echóse á la espalda la mochila... pero, de improviso, las rodillas se le doblaron, dejó caer la mochila al suelo, y apoyóse á la pared.

—¿Lo ve V.? ¿lo ve V.?—se apresuraron á decir todos.—¡Ve V. cómo no está bien, como no

se encuentra en estado de marchar, que tiene necesidad de dormir!

El soldado calló.

—Quédese—repuso el dueño de casa, cogiéndolo por un brazo.—Duerma aquí. Mañana le despertaré temprano y le daremos una carta para el coronel, á fin de justificar el retraso...

El soldado sonrió.

—Quédese V., se lo rogamos por su salud; es necesario que descanse. ¿No es verdad que se queda V.?

El soldado estuvo un rato meditando, y luego quitándose el képiš y el cinturón, exhaló un suspiro, y dijo:

—Me quedaré.

—¡Loado sea Dios!—exclamó el patron, y le estrechó la mano.—Pobre muchacho, pensó su hermana, y previendo una mirada del buen viejo, volvióse hácia la ventana como para ver si llovía aún.

Pocos minutos despues, el amo de casa, precediendo al soldado con una luz en la mano, lo condujo á la puerta de un elegante gabinete, y dijo:

—Entre usted.

El soldado entró, y despues de mirar aquel aposento, volvióse á su patron y le clavó los ojos en el rostro, interrogándolo.

—Dormirá V. aquí, le dijo sonriendo el anciano.

—¿Aquí?

—Sí.

El soldado hizo un ademán de sorpresa y casi de disgusto.

—Este no es sitio para mí, señor patron, hágame dormir en otro cuarto. Aquí no podré atrapar el sueño: créalo, estoy acostumbrado á dormir en el suelo; se lo ensuciaria todo; ¿aquí?... Déjeme que duerma en otro sitio.

Y estos ruegos estaban proferidos con acento tan humilde y suave, que llegaban al alma. El patron lo miró un momento, y despues, disimulando su emocion contestóle que no había otro cuarto disponible, y que tenía que dormir en aquel gabinete.

—Dormiré en la cocina.

—¿Qué os parece? Enviaros á dormir á la cocina, yo que os cederia mi cama, si no tuviera otra que daros; y despues... en la cocina duerme la criada.

—Entonces... entonces dormiré allá afuera.

—¿Dónde, allá afuera?

—En el patio.

—¡Oh!

—Estaré bien, no lo dude. En primer lugar, me encontraré á cubierto, y despues, llevo la manta y la mochila para apoyar la cabeza, y luego, yo estoy acostumbrado á dormir al fresco y... y por la mañana estaré más dispuesto á

marchar. Sí, hágame el favor de dejarme dormir allí.

Y estuvo esperando la respuesta en una actitud de timidez y de ansiedad pueril, y con tal expresion de súplica que el anciano se sintió conmovido hasta el fondo del alma, miró á su huésped, y sintió que el corazon le palpitaba como si quisiera salirse del pecho. Experimentó un impulso como de una mano generosa que lo empujase hácia el soldado, extendió los brazos, los retiró, y estrechando rápidamente su mano:

—Buenas noches, le dijo con voz ahogada, y desapareció.

—Buenas noches, repitió el soldado, y quedó atónito en medio del gabinete, con los ojos clavados en la puerta. Sacólo del ensimismamiento un leve rumor que oyó á sus espaldas; volvióse, era un hermoso reloj de pared. Lo miró un rato y despues volvió los ojos á la cama: una hermosa cama, con sábanas muy limpias y cortinas de indiana. Miró la mesa de noche: sobre ella habia una elegante lamparilla que, esparciendo por las paredes y los muebles templado resplandor, embellecia con aquel velo de misterio su esplendor. Contemplábalo todo con la boca abierta y los brazos colgando; parecíale soñar.

Cuando se repuso de aquel asombro, pensó detenidamente en sus patrones. Acordóse de todas las galanterías que le dispensaron. Parecióle que

le sonaban de nuevo en su oído todas las palabras afectuosas que le habían dirigido. Se acordó del regimiento, de la marcha, de la lluvia, de su desmayo, miró otra vez alrededor, juntó las manos con ímpetu, lanzó del pecho un acento convulso, que tenía algo del gemido y algo de la risa. Su corazón estaba tan lleno de ternura, que para hacerlo desbordar no le faltaba más que una idea. Aquella idea se le presentó. Pensó en otra casa, en la suya, y aquel pensamiento promovió en su corazón una emoción tan profunda, que cayó á la orilla de la cama con el rostro entre las manos.

Poco despues estaba cómodamente tendido, y dormía. Aquel semblante tosco y bronceado, bañado por la suave luz de la lámpara, hacia singular contraste con la blancura purísima de la almohada en que descansaba, y aquel capote lleno de lodo y las otras pobres ropas resaltaban de un modo extraño sobre una silla tapizada de seda en aquel gabinete lujoso y coqueton.

Dormía con sueño tranquilo y reposado. Tenía la frente ligeramente fruncida, quizás soñaba en el gesto airado con que le recibiría su capitán á la mañana siguiente. Pero en sus labios vagaba leve sonrisa: quizás junto al capitán parecióle ver á sus patronos en actitud de pedir gracia por él.

—Duerme en paz, pobre soldado, no irás mañana al calabozo. No, no fué tuya la culpa, si

has faltado fué... una desgracia; sí, pobre soldado, sí, duermé en paz. —Y bien, ¿qué te parece? preguntó el amo de casa á su hermana, despues de hacerle una descripción enfática de la escena que acababa de ocurrir. Probó ella á sonreír, y contestó:

—No está mal.

—¿Nada más que eso?

—Nada más; ¿qué otra cosa quieres que te diga?

El anciano se dirigió á su alcoba, moviendo la cabeza en actitud compasiva. Ella quedó un momento meditabunda, despues movió también la cabeza, murmurando:

—¡Pobre muchacho!—y se fué á dormir.

Al día siguiente, cuando el magnífico reloj del salón tocaba las siete, nuestro soldado, completamente vestido y armado, despedíase de sus patronos, que le rodeaban en la sala de entrada.

—Con que...

—Con que buen viaje, dijeron á la vez el padre y los hijos.

—¡Buen viaje!—repitió maquinalmente el soldado suspirando.

—Y cuídese, mire por la salud, y si algún día vuelve por aquí, venga á hacernos una visita. Tendremos en ello mucho gusto. Y si no vuelve á pasar por aquí... entónces, entónces, acuérdesse alguna vez de nosotros.



—¡Sí me acordaré!... siempre, siempre me acordaré de esta casa, siempre!...

—Y si necesita alguna cosa, si pudiéramos ser útiles en algo, cuente con nosotros como si fuese de la familia, sea para lo que fuere, sin temor ni cumplimientos.

El soldado estaba oyendo con el semblante atónito y convulso.

—¿Ha oído V.? Escriba cuanto le ocurra ó haga que le escriban cuatro renglones...

—Yo sé escribir algo, dijo muy contento el soldado.

—Magnífico, me alegro, nos entenderemos mejor; pero... ¡cuán distraído soy! Olvidaba preguntarle el nombre, y sacó del bolsillo una cartera.

—Yo lo escribiré, yo lo escribiré, prorumpió el soldado, contento y orgulloso de demostrar que sabía escribir. Dejó el fusil á un lado, registróse la faldriquera, sacó una carterita mugrienta y un pedacito de lápiz, que apenas podía tenerlo entre los dedos; apoyó los codos en el ángulo de una mesilla, y se puso á escribir su nombre con letras como lentejas. Cuando concluyó, arrancó la hoja, echóle una última mirada, y alargando el brazo, la entregó al patron.

—¡Magnífico! gracias, respondió éste, y escribiendo su nombre, dióselo al soldado. Él se metió el papel en la faldriquera, con la actitud y el

semblante de un devoto que recibe la reliquia de un santo, y despues balbuceó:—Ahora...

Tenía algo que decir; pero no se atrevía.

—Diga, diga, sin empacho.

—Yo... escuchen... son tan buenos, que me dispensarán... comprendo que soy un atrevido en pedirlo... despues de tanto como han hecho por mí... pero... me parece que no puedo pasar sin ello, ¿qué sé yo?... porque..., y sonreía, y bajaba la cabeza, y se apretaba los dedos, y abría la boca para hablar, y en seguida la cerraba, porque no estaba satisfecho de la frase que iba á pronunciar, y buscaba otra, y no la encontraba...

—No tenga temor, amigo, ¿no se le ha dicho que debe considerarse como de la familia?

—Pues, bien... quisiera pedirle un favor (y miró al patron); si pudiera hacérmelo... un favor que... se echará á reír y con razon, pero, ¿qué quiere?... no puedo dejar de pedírselo. No lo echaré á perder, lo pondré en la mochila, en medio de la ropa blanca, lo conservaré con cuidado, no lo enseñaré á nadie, me contentaré con mirarlo yo solo...

—¿Pero, de qué se trata?

El soldado extendió la mano hácia el patron y retirándola en seguida é inclinando la cabeza, como hacen los niños cuando piden algun juguete precioso, con la seguridad de que no se les ha de dar, murmuró rápidamente:—Su retrato.

—En seguida, en seguida,—exclamó el anciano, marchó, volvió con la fotografía y se la entregó. El pobre soldado parecía estar fuera de sí, y mirábanlo enternecidos todos los demás.

Despidióse pronunciando algunas palabras sueltas y sin sentido. Bajó rápidamente la escalera, cruzó el jardín, llegó á la puerta, se detuvo, se volvió para dar el último adiós á aquella casa bendecida, y vió... á toda la familia asomada á las ventanas, que lo miraba y lo saludaba con la mano, gritando:—¡Buen viaje, adios, adios!

Permaneció un momento inmóvil, como ahogado por la emoción; después se repuso, buscó una manera de responder á aquella última é inesperada salutación, pensó, pensó...

—¡Ah! gritó luego con trasporte de júbilo; metió la mano en la faldriquera, sacó el retrato; lo enseñó extendiendo el brazo, lo besó tres veces y echó á correr.

—¿Y bien, hermana?—preguntó el amo de casa sonriendo, pero con la voz insegura.

La hermana sacó del bolsillo el pañuelo.

—Lo habría jurado; exclamó el viejo golpeándose con el puño la palma de la mano.



### UNA PÉDRADA.

**P**RINCIPIABA á oscurecer; todas las calles de la ciudad hormigueaban de gente; las tiendas que por la noche suelen quedar abiertas, estaban ya casi todas cerradas, y las demás se iban cerrando una tras otra. Acá y allá, en las plazuelas, en las encrucijadas de las calles, á la puerta de los cafés, en las gradas de las iglesias, había grupos de hombres y muchachos, que hablaban en voz baja, volviéndose de vez en cuando para ver si algún rostro sospechoso atendía á la conversación. A cada momento salía gente de las casas, deteníase un momento en el umbral, miraba á un lado y á otro, como incierta de la dirección que debía de tomar, y después se mezclaba perdiéndose en la muchedumbre.

—En seguida, en seguida,—exclamó el anciano, marchó, volvió con la fotografía y se la entregó. El pobre soldado parecía estar fuera de sí, y mirábanlo enternecidos todos los demás.

Despidióse pronunciando algunas palabras sueltas y sin sentido. Bajó rápidamente la escalera, cruzó el jardín, llegó á la puerta, se detuvo, se volvió para dar el último adiós á aquella casa bendecida, y vió... á toda la familia asomada á las ventanas, que lo miraba y lo saludaba con la mano, gritando:—¡Buen viaje, adios, adios!

Permaneció un momento inmóvil, como ahogado por la emoción; después se repuso, buscó una manera de responder á aquella última é inesperada salutación, pensó, pensó...

—¡Ah! gritó luego con trasporte de júbilo; metió la mano en la faldriquera, sacó el retrato; lo enseñó extendiendo el brazo, lo besó tres veces y echó á correr.

—¿Y bien, hermana?—preguntó el amo de casa sonriendo, pero con la voz insegura.

La hermana sacó del bolsillo el pañuelo.

—Lo habría jurado; exclamó el viejo golpeándose con el puño la palma de la mano.



### UNA PÉDRADA.

**P**RINCIPIABA á oscurecer; todas las calles de la ciudad hormigueaban de gente; las tiendas que por la noche suelen quedar abiertas, estaban ya casi todas cerradas, y las demás se iban cerrando una tras otra. Acá y allá, en las plazuelas, en las encrucijadas de las calles, á la puerta de los cafés, en las gradas de las iglesias, había grupos de hombres y muchachos, que hablaban en voz baja, volviéndose de vez en cuando para ver si algún rostro sospechoso atendía á la conversacion. A cada momento salía gente de las casas, deteníase un momento en el umbral, miraba á un lado y á otro, como incierta de la dirección que debía de tomar, y después se mezclaba perdiéndose en la muchedumbre.

Era un movimiento insólito, un ruido extraño; pero en aquel rumor de la multitud, aunque más fuerte y más continuado que de ordinario, se advertía no sé qué de sumiso y aún respetuoso. De cuando en cuando un grupo de hombres cruzaba la calle con paso apresurado, y detrás de ellos una larga cola de muchachos, que se abrían paso por entre las piernas de la gente mayor á empujones y puñetazos, dando gritos y agudos silbidos. A cada voz que se oía de un modo algo distinto entre el general rumor, muchos se detenían y volvían atrás, preguntando qué era, y era uno que había dicho una palabra más alta que otra y nada más. Luégo que la gente lo miraba por unos segundos, y él miraba á la gente, cada cual seguía su camino. De allí á un momento, sonaba un ruidoso golpe y todos se volvían hácia aquel lado. — ¿Qué es, qué pasa, qué ha sucedido? — Un tendero que había cerrado la puerta de la tienda. Los carruajes andaban poco á poco, y los cocheros rogaban que se apartase la gente con extraña sonrisa de amabilidad y con ademanes extraordinariamente corteses. En las esquinas, á la luz de los faroles, veíanse los pobres vendedores de periódicos, acometidos á la vez por cinco, siete, diez personas, que poniéndoles la moneda en la mano, atrapaban con la otra el papel, y retirándose aparte, lo desplegaban afanosos y recorrían las columnas con ávidos ojos, buscando

alguna noticia gorda. Los transeúntes se detenían y formaban corro alrededor del dueño del periódico. Este leía en voz baja, y escuchaban atentos los otros.

De improviso se ve correr toda la gente á la entrada de una calle. Se reúne allí una multitud tumultuosa; oyesse una ruidosa gritería; sobre las cabezas se ven cuatro ó cinco fusiles que oscilan y resplandecen. Se oye un estallido de aplausos, se pone en movimiento el apretado grupo, se abre por una parte, salen con paso precipitado cuatro ó cinco figuras siniestras, con un fusil en la mano cada una, miran alrededor con aire triunfal, métense por el callejon que primero encuentran y echan á correr. Un enjambre de chiquillos les sigue silbando y aullando. — ¿Qué ha sido? ¿qué ha pasado? — Nada, nada, han desarmado á una patrulla de milicia nacional. — A los pocos momentos la muchedumbre se abre por otra parte, y salen del grupo cuatro ó cinco desgraciados con el rostro pálido, la cabeza descubierta, los cabellos desgrenados; levántase alrededor de ellos un murmullo de compasión, algunas personas benévolas los toman del brazo, los conduce fuera del tumulto, y los acompañan á su casa, infundiéndoles ánimo con ademanes y palabras.

Entre tanto se eleva entre la multitud un gran estrépito, y reina por todas partes convulsiva

agitacion.—¡Paso, paso!—gritan de una parte de la calle. Todos se vuelven hácia aquel lado.—¿Quién es? ¿quién es? ¿quién viene?—¡Paso, paso! La turba se aclara, se separa, se agrupa y se aprieta á ambos lados de la calle, y pasa por ella una compañía de cazadores á paso ligero. Una retaguardia de chiquillos la sigue corriendo. La multitud vuelve á llenar la calle y á juntarse y apretarse.

De repente, surge en otro punto un rumor confuso de muchas voces indignadas y amenazantes; la gente corre y se amotina en aquel sitio, sobre las cabezas se ven dos ó tres veces aparecer y desaparecer dos tricorrios de guardia civil; despues se oye una salva de aplausos. La multitud se divide, sale corriendo un hombre pálido, anhelante, destrozado; la gente le abre paso; ya desapareció.—¡Y querian atarlo! murmuran algunos con acento de satisfaccion; pero no lo han conseguido. Se ha puesto por medio gente de buenos puños. Vamos á ver cosas grandes y gordas.—La multitud camina lentamente en una misma direccion; pero de pronto la gente que va delante se detiene; la que va detrás se le echa encima; aquella retrocede algunos pasos; esta es empujada atrás violentamente. Despues, aprieta hácia adelante, y luego retrocede otra vez, produciendo confusion inexplicable.—¿Qué es, qué es eso? ¿qué es lo que impide seguir adelante?—

¡Adelante, adelante!—Oh, sí, es muy fácil decir adelante; es nada ménos que una compañía de tropa, con la bayoneta calada, que cierra el paso.—Gritos, silbidos, juramentos, imprecaciones, blasfemias, ¡mueran los esbirros! ¡abajo esos fusiles! ¡paso libre! ¡fuera de ahí!; y en un momento la turba multa vuelve la espalda á los soldados, comienza una fuga precipitada, dejando el suelo cubierto, no de muertos y heridos, sino de gente atropellada ó caída, é invade las vías laterales, los cafés, los patios y vestíbulos de las casas inmediatas.

¿Qué habia pasado? La tropa habia preparado las armas.

—¡Paso, paso! gritan por otra parte. Por una de las callejuelas laterales se oye ruido de caballos, un escuadron que se acerca. Ya se ven resplandecer los primeros cascos; ya desembocan los primeros caballos; ya está en la calle todo el escuadron. La multitud se precipita á derecha é izquierda contra las paredes de las casas. Pasa el escuadron; silencio general. Cuando ya casi habia pasado, se oye acá y allá alguna voz, algun silbido. Cuando ya ha pasado del todo, gritos, improperios, aullidos y una lluvia de tronchos de col, cortezas de melon y otros proyectiles del mercado contiguo, que caen sobre los últimos caballos. El escuadron se detiene; los últimos caballos dan media vuelta; la turba enseña las

espaldas y despeja las calles, alejándose más de cien metros.

En la encrucijada más próxima oíese al mismo tiempo una confusión de rabiosos gritos, un ruido alarmante de palos, una queja agudísima, un lamento ronco y después un largo murmullo, y después un silencio pavoroso.—¿Qué ha pasado? ¿qué ha sido?—Nada, nada; no se trata más que de cuatro dedos de navaja, que le han metido por la espalda á un agente de orden público.—El gentío se retira á derecha é izquierda, y un guardia con la cabeza descubierta, cruza la calle bamboleándose como un beodo.—¿Qué tiene? ¿qué le han hecho?—Nada, nada; no le han dado más que un par de bastonazos en la cabeza.—¡A la plaza, á la plaza!—grita de pronto una voz estentórea;—¡A la plaza!—responden de todas partes; y la multitud inunda bulliciosa la calle más inmediata, y se dirige hácia la plaza.

Sucedía todo esto, no hace muchos años, en una de las principales ciudades de Italia, mientras por una de las calles cercanas al centro del alboroto, pasaba un piquete de ocho soldados, un cabo y un sargento de infantería de línea, para

mudar la guardia de un edificio público, en una próxima plazuela. El piquete iba hácia su destino á paso lento, y los soldados miraban con curiosidad á un lado y otro. Precisamente, en aquella calle parecía más viva la efervescencia de los ánimos, y más fiero y decidido el aspecto de las gentes.

La patrulla pasó junto á un grupo de esos siniestros personajes que solamente salen á luz en noches como aquella, los que con torva faz y encendidas facciones, hablaban clamorosamente, en medio de un círculo de muchachones, á los cuales rodeaba otro círculo de muchachines. Uno de los del grupo ve la patrulla, se vuelve hácia ella, y señalando con el dedo á los soldados, dice á media voz:—Miradlos allí.—Todo el grupo se vuelve hácia aquella parte, y uno tras otro, alzando gradualmente la voz, comienzan á decir:—Sí, esos son, los que siempre aparecen cuando el pueblo quiere hacer valer sus derechos. Ellos no conocen más derechos que las culatas de los fusiles. Las bayonetas siempre sirven para horadar la panza á los que se mueren de hambre.—Como ellos tienen siempre el rancho listo ¿qué les importa que mueran de hambre los demás? Para los que gritan, tienen la cartuchera llena de cartuchos.

Los soldados se alejaban sin volverse. El grupo se movió y precedido de una vanguardia de mu-

chachos los siguió, alcanzólos pronto y fué detrás de ellos picándoles la retaguardia. Los soldados seguían su paso sin volver la cabeza. Uno de los del grupo comienza á toser, otro estornuda, un tercero tose más fuerte, un cuarto escupe con violencia, dirigiéndose hácia la patrulla, y arroja una burlona carcajada. Los demás aplauden. Los muchachos silban, chillan, é instigados y sostenidos por los mayores, se van aproximando poco á poco á los soldados. Estos siguen su camino, aparentando no notar nada. Los otros se les acercan entónces, y caminan al lado de los soldados, mirándolos con aire de mofa. Uno de ellos comienza á imitar groseramente el paso de instrucción, gritando con voz nasal:—Uno, dos, tres, cuatro; uno, dos, tres, cuatro;—otro se pone á remedar el paso fatigado de los soldados que caminan bajo el peso de la mochila; un tercero, metiéndose entre las piernas de los que van detrás de la patrulla, coge por los faldones el capote del cabo, tira y echa á correr. El cabo se vuelve y levanta la mano en actitud de darle un mojicon.

—¡Eh! ¡eh! gritan en torno, ¿qué es lo que hace? ¿No le da vergüenza de pegar á un muchacho? Pasó ya el tiempo de los austriacos: ¡pobre chico! pruebe otra vez á levantar la mano.

Uno de los soldados, al oír aquellas palabras, se mordió un dedo suspirando de rabia, y en

aquel mismo momento sintió que le daban un puñetazo en la mochila. Subiósele la sangre á la cabeza, se volvió, extendió el brazo y dió un empujón al insolente muchacho que le golpeara, tirándolo atrás algunos pasos.

—¡Cómo se entiende! prorumpió la turba amenazando. Mirad, ¡los esbirros! ¡son peores que los austriacos, peores, peores!... ¡La que se va á armar!... Ya la pagaréis, perros malditos, esbirros, ¡peores que los austriacos! ¡Qué vergüenza! ¡pegar á un muchacho inerte!...

Y los chicos, envalentonadas por el apoyo de aquella gentuza, atrevíanse ya á meter la cabeza entre los soldados, diciéndoles con voz ronca y ofensiva:—¡Bárbaros! ¡esbirros! ¡traidores!

Y la gente seguía detrás diciendo:—¡Qué vergüenza! ¡pegar á un muchacho!

—¡Villanos!—decía entre sí mientras tanto el pobre soldado, mordiéndose los labios con tal fuerza, que saltaba la sangre.—¡Villanos! ¿un muchacho inerte, eh? Pero ¿no sabéis que hay palabras que hacen salir al hombre de sus casillas? ¿Esbirro á mí?... ¿Austriaco á mí?—Y se mordía otra vez los dedos, moviendo la cabeza en actitud desesperada.

A los pocos minutos el reten, seguido siempre de aquella gente, llegaba á la plazuela y entraba en el cuerpo de guardia, un cuartucho bajo y desmantelado, que apenas iluminaba un turbio

farol. Mudaron en seguida el centinela, á la puerta del edificio, á unos veinte ó treinta pasos del cuerpo de guardia; marchóse el reten anterior, y los recién llegados se pusieron á arreglar las mochilas en los bancos y á colgar de la pared morrales y cantimploras.

Llegada á unos cincuenta pasos del cuerpo de guardia la gente que á los soldados seguía, se detuvo, y desde allí les provocaba con ademanes y palabras burlescas, que ellos dejaban pasar como inadvertidas. Viendo que no había manera de provocar un escándalo, estaban á punto de alejarse, cuando uno de la patulea observó que el centinela era precisamente el soldado que poco antes empujara al chico.

—¿Es el mismo?

—El mismo es.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo! sí, sí, él es.

—¡Ah canalla! ¡ahora la pagarás!

Y todos se dirigieron hácia el centinela. A unos treinta pasos se detuvieron, se formaron en fila y se pusieron á mirarle con aire de perdonavidas. El soldado estaba allí, junto á su garita, inmóvil, erguido, con la cabeza alta y los ojos fijos en aquellos repugnantes personajes, que se pararon enfrente de él. De repente, sale del grupo un muchachote andrajoso, con el sombrero ladeado sobre una oreja y una punta de cigarro en la

boca, se adelanta con las manos en las faldriqueras, tarareando una cancion grotesca, y viene á plantarse á unos quince pasos enfrente del centinela, clavándole en la cara una mirada insolente, cruzando los brazos y contoneando el cuerpo con provocativas actitudes.

El soldado lo miró.

Entónces el buen mozo dió una vuelta súbita sobre los tacones, mostrándole la espalda, y prorumpió en una estrepitosa carcajada, á la que hicieron coro los demás.

El soldado movió dos ó tres veces la cabeza; apretó los labios y exhaló un largo suspiro, golpeando repetidas veces el suelo con el pié, como diciendo:—¡Dura obligacion es tener que sufrir todo esto!

El muchachote volvióse otra vez de frente al soldado, y despues de un instante de vacilacion, se quitó de la boca el cigarro y se lo tiró á los piés, haciéndose atrás ocho ó diez pasos, para ponerse al abrigo de una explosion de ira y de un ataque imprevisto.

El soldado tembló, y palideció y alzó los ojos al cielo, apretando los puños y rechinando los dientes. Comenzaba á perder los estribos.—¿Pero, por qué me tratáis así?—decía despues en su interior, volviendo los ojos hácia aquella gente, como si hablase con ella en realidad.—¿Por qué me tratáis así? ¿Qué teneis que ver conmigo?



¿Os he hecho algun mal? No, no os he hecho nada. ¿Es porque he dado un puñetazo á aquel chico? ¿Por qué vino á insultarme? ¿Quién le había provocado? ¿Y quién os había congregado á vosotros? ¿Qué queréis de mí? Yo no he ofendido á nadie ni tan siquiera os conozco. Soy un pobre soldado, cumplo mi deber, y estoy aquí porque me lo mandan. Sí, sí, silbadme, insultadme; está muy bien, os honra mucho tratar á vuestros soldados de esa manera... como si fuesen bandidos, como si...

En aquel momento, un troncho de col, lanzado con gran violencia, vino, rasante al suelo, á caer á los pies del centinela.—¡Santo Dios!—exclamó desesperado, cubriéndose el rostro con una mano y doblando la frente sobre la otra que tenía apoyada en la boca del fusil,—se me va la cabeza.—No puedo aguantar mas... ¿Será inútil, pues, añadió con voz sofocada y temblorosa, será inútil que nos hagan llevar estas...?—Y dió un fuerte manoton sobre las dos medallas que ostentaba en el pecho, haciéndolas chocar entre sí y sonar.—¿Será inútil que nos den estas medallas por haber hecho la guerra en defensa de la patria puesto que despues nos arrojan al rostro puntas de cigarro y tronchos de col? ¿Es que queréis que abandone mi sitio? ¿Es que queréis que falte á la consigna? Aunque fuéseis cincuenta, aunque fuéseis ciento, no me haríais mover

de aquí. Venid á atacarme todos juntos, si queréis: me matareis como un perro, pero al primero que venga, yo le prometo una bala en el corazon, y á los dos que sigan, á dos por lo menos un bayonetazo en el vientre. ¡Venid, acercaos, cobardes! No insulteis de lejos. Sí, sí, yo os comprendo: es inútil que me provoquéis desde ahí, ya sé que llevais la navaja en la faldriquera; pero no sois hombres para venir á darme un navajazo de frente... Quereis herir por detrás, á la sombra...

Diciendo esto entre sí, rompió en un agudísimo grito, dejó caer el fusil, llevó ambas manos al rostro, vaciló y cayó junto á la garita. Había recibido una fuerte pedrada en la frente.

Todos los soldados acuden. La turba se dispersa y desaparece. El herido es trasportado al cuerpo de guardia con el rostro, las manos y la ropa ensangrentados. Le lavan la herida en el acto, le vendan la frente, le ofrecen de beber y le preparan una mala cama sobre un banco, con las mantas de sus camaradas. Mientras todos le rodean y lo agobian con preguntas y palabras de consuelo, y el sargento lo reprende porque no ha pedido auxilio, al ver que se insolentaba aquella chusma, entra de improviso un oficial, y detrás de él las primeras filas de un peloton de soldados, y al mismo tiempo, empujado por un vigoroso empellon, cae en medio de aquella estancia

un hombre con el rostro lívido de terror, los cabellos desgredados y el traje súcio y desgarrado. Habíanlo detenido en aquella misma plazuela los soldados del pelotón que acababa de llegar, habiendo opuesto él una resistencia desesperada.

Al ver al prisionero, el soldado herido levantóse presuroso del banco donde estaba echado, dió un salto hácia él, se le puso delante cara á cara, lo contempló un instante con los ojos encendidos, arrojó un grito, dió un paso atrás, y apoyándose energicamente sobre el pié derecho, y levantando la mano izquierda con el índice extendido hácia el rostro de aquel miserable, que lo miraba espantado:—¡Eres tú! prorumpió con una voz terrible que le heló la sangre. ¡Eres tú! ¡Te reconozco! tú eres el que me llamabas *esbirro* en la calle; tú eres el que en la plaza me has abierto la cabeza de una pedrada. ¡Esbirro á mí! ¡A un soldado! ¡Ah!...—Echósele encima, lo cogió por el cuello, lo aseguró contra la pared, levantó el puño cerrado, feroz y convulso, le apuntó á la cabeza con ojo siniestro y ensangrentado... Todo esto fué un relámpago. Los que estaban más cerca se interpusieron y los separaron; dos soldados cogieron por los brazos y detuvieron al herido; un cabo apartó á aquel otro desdichado, que estaba á punto de caer, y ambos permanecieron un rato mirándose con ojos estupefactos y amenazadores. El uno,

pálido como la cera, con los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre uno de los hombros. El otro con el semblante erguido y purpúreo, los puños cerrados y todo su cuerpo agitado por un continuo estremecimiento de ira. Entre tanto, una multitud de curiosos se habia reunido á la puerta del cuerpo de guardia.

Asombrado miraba el oficial á unos y otros, y preguntaba con la mirada y el ademán al sargento y al cabo la razon de lo ocurrido. El sargento, en medio de un silencio general, refirió todo lo que sabia. El oficial escuchó atento, reflexionó un instante, paseó una mirada sobre el tropel de ciudadanos que avanzaron hasta el dintel del cuerpo de guardia, y despues volviéndose al prisionero como para decir *escuchad*:

—¿Qué harías tú, —le preguntó—á un soldado que te hubiese dado una pedrada en la cabeza?... No tengas miedo, por nuestra parte no se te arancará un cabello. Los soldados no se vengán, puedes estar seguro. ¿Ves ese que está ahí?—y señaló al soldado herido:—si ahora sus compañeros arremetiesen contigo y se echaran encima de ti se arrojaría entre ellos para defenderte, á riesgo de recibir otra pedrada. Pero ten presente una cosa, y esto lo digo para todos los que me escuchan—y se dirigió hácia la puerta,—ten presente esta verdad: que hay álguien más malvado, más infame y despreciable que el asesino que salta á la car-

retera y hunde el puñal en el pecho del viajero indefenso: el que tira una pedrada á un soldado y corre á esconderse entre la multitud del público curioso y de la gente pacífica, donde sabe que no pueden penetrar las bayonetas, y despues, si las bayonetas se abren paso... « Estábamos desarmados, » exclaman, « estábamos desarmados, » y cruzan los brazos sobre el pecho, y doblan la frente y se hacen los víctimas. ¡Estábamos desarmados! ¡Mentira!, bien conocéis que hay insultos que llegan al alma, que ofuscan la razon y que, para nosotros, vuestros tronchos de col son lo mismo que mortales puñaladas... Creedlo, para que los soldados vayan valerosamente al encuentro de las balas enemigas, es preciso que marchen á la guerra sin llevar manchado su capote con el lodo que les arrojan sus conciudadanos. El soldado que se acostumbre á los silbidos del pueblo, en las calles ó las plazas, no se acostumbrará á los silbidos de las balas en el campo de batalla... No creáis por eso que os guarde rencor, ni que vuestras ofensas puedan entibiar en su corazon el amor á la patria. Si mañana la patria lo envia á la guerra, irá á ella contento y alegre con las cicatrices de vuestras pedradas en el rostro, y al oír los aplausos y las aclamaciones, olvidará los silbidos del día anterior y estrechará las manos que le han maltratado. Pero, pensad que ese soldado que pone su pecho entre

vosotros y vuestros enemigos, que corre á vuestra cabecera en los días de epidemia, que apaga el incendio de vuestra casa, que vigila por la noche los caminos para defender vuestras tierras y vuestras familias, de ladrones y asesinos, pensad que ese soldado no tiene más que un consuelo, una recompensa de tantas fatigas, de tantos peligros, de tantos sacrificios, y esa recompensa es la estimacion y el afecto de sus conciudadanos... ¡Ay, si se lo quitais! Las fatigas serán para él insoportables, los peligros le asustarán, la virtud del sacrificio encontrará su corazon cerrado y frío, y entónces... Entónces, pensad que en ese ejército están vuestros hermanos, vuestros amigos, que mañana estareis quizás vosotros mismos, que un día teneis que mandar á él vuestros hijos... .Y, basta ya! Ahora levántate, ¡desdichado!

El prisionero habia caído á los piés del oficial.

—Dice bien, es verdad, tiene razon—iban exclamando con acento conmovido las gentes que estaban á la puerta, y que poco á poco habian entrado dentro.

—Levántate—dijo el oficial.

El prisionero se levantó.

—Dispense, señor teniente, dijo uno del pueblo, adelantándose y llevando una mano al pecho; ese hombre debe pedir perdon al soldado á quien ha herido.

Todos asintieron á aquellas palabras.

El oficial interrogó con la mirada al soldado. Este se encogió de hombros. La gente insistió. El oficial y el soldado dijeron que no otra vez. La multitud, vivamente conmovida por la generosidad de entrambos, reiteró con mucho calor sus instancias. Entonces el prisionero se postró espontáneamente á los pies del soldado.

¡Daba lástima! Tenía el rostro desfigurado y temblaba de pies á cabeza. Escondía la frente entre las manos, respiraba con violencia, y no podía pronunciar aquella palabra, que más que la voluntad de los presentes le imponía quizás su propio corazón. El soldado lo miró con aire compasivo.

—Perdónale,—le dijo el oficial.

—Por mí—respondió el soldado, con un acento que quería parecer indiferente y no lo era, ¡por mí... perdonado está una y mil veces!

—¡Bravo!—dijeron á la vez los soldados, los ciudadanos y el oficial.

Entre tanto, había encendido éste un cigarro y lo tenía entre los dedos. Salió el prisionero escoltado por el sargento y cuatro soldados, enjugándose los ojos con la manga de la chaqueta: toda la gente, murmurando lo siguió.

—¿Estás ya contento, no es verdad?—dijo el oficial al herido, poniéndole una mano sobre el hombro, y el cigarro en los labios con la otra.

El soldado mordió el cigarro sonriendo, arrojó

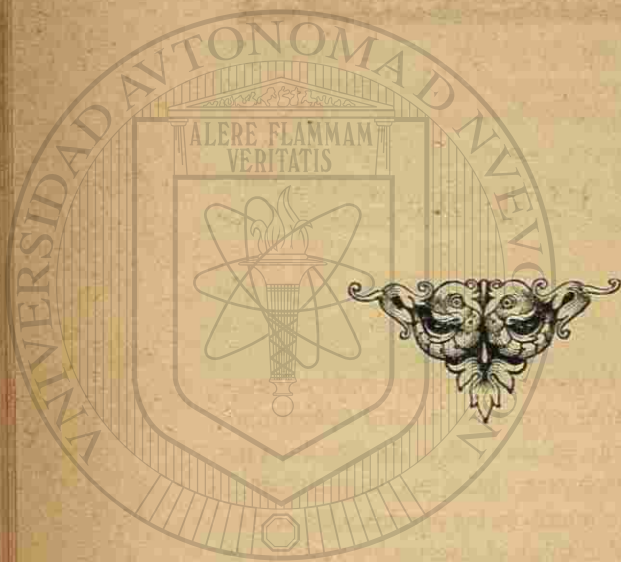
dos ó tres bocanadas de humo, y despues cogiéndolo entre el índice y el pulgar, para fumarlo mejor, contestó con el rostro perfectamente tranquilo.—Sí que estoy contento... mas comprenderá bien mi teniente, que, al fin y al cabo, estas no son cosas muy divertidas.

—Tienes razon,—contestó el oficial riendo.

Rieron todos los soldados, rió tambien el infeliz descalabrado, y continuaron charlando un par de horas.

De manera que, despues de todo, fué aquella una de las más alegres veladas... de las que se pueden pasar en un cuerpo de guardia.





## LA MADRE.

**U**LLÁ cuando el invierno muere lentamente para dejar el sitio á la primavera, en las noches de aquellos días claros y tranquilos en que permanecen abiertas por primera vez las puertas y las ventanas, y se tienden sobre el alfeizar los vestidos de verano, y se sacan á la galería las macetas de flores; en aquellas noches límpidas y estrelladas, no solamente la campiña, cantada eternamente por los poetas, sino las mismas ciudades, ofrecen un espectáculo hermoso, placentero, lleno de alegría y de animación.

Al pasear por las calles, sentimos de vez en cuando en el rostro un soplo de aire tibio, aromatizado: ¿de qué flores? ¿de que hierbas? no se sabe; son perfumes indistintos é ignotos, pero



lentos de frescura, de juventud, de vida. Y aquel ambiente se aspira con placer, abriendo la boca y dilatando las narices, y parece que nos refresca la sangre y nos renueva la existencia, ¡Qué aire tan bueno! exclamamos á menudo y casi sin quererlo, casi sin advertirlo; y de calle en calle, de esquina en esquina, nos encontramos fuera de los muros, en los senderos que rodean la ciudad, en los jardines, y descubrimos y levantamos la cabeza para sentir resbalar por nuestra frente y correr entre nuestros cabellos aquel aire tan suave y tan grato.

Aquellas noches no se puede estar en casa, y si tenemos que permanecer en ella, estamos asomados á la ventana, mirando allá abajo, en la calle, el extraordinario movimiento, y lamentándonos de no poder bajar á mezclarnos entre la gente; porque acostarnos temprano, sin gozar aunque sólo sea desde la ventana, de tan hermosa velada, nos parecería pecado mortal.

En las calles principales hay un verdadero hormigueo de personas. Las casas se hallan vacías: las familias, hasta las más caseras, se decidieron á salir del agujero. El amo de casa asomóse á la ventana, miró hacia abajo, miró hacia arriba, —hermoso tiempo!— exclamó, y volviéndose á la familia, que estaba detrás de él, esperando sus órdenes—salgamos,—dice alegremente, y despues de mucho correr y de mucho vocear por to-

das las habitaciones, desordenando toda la casa para buscar á oscuras los trajes y los sombreros, los chiquillos están prontos y la tropa se pone en movimiento. Hasta la abuela, pobre vieja, siente que le pesan menos los años aquella noche, y á pesar de sus habituales achaques, sale tambien cogida del brazo del nieto más juicioso. La comitiva se extiende por la calle, dos á dos; los muchachos, que van delante, saltan y brincan, dando manotazos á los transeuntes. Los viejos, que van detrás, tropezando y tosiendo, tienen cuidado de los carruajes que pasan y no pierden de vista á la gente menuda. Los recién casados y los novios pasean muy pausados por las calles más retiradas, estrechamente cogidos del brazo, inclinadas las cabezas una sobre otra, juntando quizas las manos, y hablando sin cesar ó cambiando lánguidas miradas y profundos suspiros con añadidura de románticas interjecciones:—¡Oh! ¡cuán hermosa está la luna esta noche!

La costurera regresa del taller, balanceando gallardamente su ligero talle á lo largo de la pared, y haciendo como que nota que alguien le sigue los pasos y la alcanzará á la revuelta de una esquina, deliciosamente oscura. Las muchachas más pobres, que han trabajado en casa desde la salida hasta la puesta del sol, bajan brincando la escalera, encuentran en el umbral de la puerta á las vecinas que estaban aguardándolas, hacen

corro y empieza una charla gárrula y vivaz, agrupando las cabecitas como las flores en la maceta, y respondiendo á los requiebros atrevidos de los mocitos que pasan:—¡Qué gracioso! ¡vaya un monigote!—y vuelven la espalda, pero no tanto que con el rabillo del ojo no los midan de piés á cabeza y se enteren perfectamente de quiénes son; otras, reunidas cuatro ó cinco en una sola fila, cogidas del brazo, con la cabeza descubierta recorren las calles, hurgándose con el codo al pasar éste ó aquél, hablandose al oído, riendo á carcajadas, y volviéndose de vez en cuando para reprender con severidad materna á las pequeñas, que corretean en torno.

Entre tanto, los mozos vienen de las fábricas y los talleres con el sombrero caído sobre una oreja, la chaqueta echada con descuido sobre el hombro, una punta de cigarro colgado del labio ennegrecido; vienen por las calles en grupos, contoneándose y cantando el estribillo de moda, y encuentran quizás á aquellas muchachas, y se acercan á ellas y les dan algun codazo ó les echan alguna bocanada de humo á la cara, y las pobrecillas se dispersan gritando, tosiendo y pasando la mano por los ojos lacrimosos.

Los chiquillos arrancan con las uñas y desgarran en las paredes los anuncios de los teatros; los más menudos corren y chillan por las plazuelas, y las madres, de pié á las puertas, con los recién

nacidos en brazos, formando círculo con las vecinas, olvidan el acostumbrado llamamiento á la cama, gracias á lo templado del ambiente y á la serenidad purísima del cielo.

Permanecen abiertas las tiendas, iluminadas, resplandecientes, llenas de compradores ó de curiosos, notándose entre las demás, las librerías, consistorio de anticuarios literatos, oliendo á polvillo, con las melenas descuidadas, que allí se reunen para murmurar de la política ó del oficio. Los cafés están repletos de parroquianos, inundados por una niebla de humo y resonando continuamente con estrepitoso rumor, que cada vez que se abre ó cierra la puerta de cristales, se esperece á oleadas por la calle.

Era una de estas hermosas noches, cuando mi regimiento, que había llegado por la mañana á una de las principales ciudades de Italia, estaba diseminado por las calles, aguardando á que se desocupase el cuartel en que debía alojarse, y tocasen á retiro los tambores.

Los soldados estaban aún con el completo atavío de la marcha, los botines abrochados sobre el pantalon, la mochila y el saco de pan á la

espalda, y la cantimplora al costado. Fatigados de la marcha y aún blancos de polvo uniforme y cabellos, formaban grupos en las esquinas, arribaban la espalda contra la pared, cruzaban los brazos sobre el pecho, se sentaban echando una pierna sobre otra, ó permanecían inmóviles ante las tiendas de los plateros, contemplando con la boca abierta los escaparates, henchidos de medallas y de cruces de todas clases y colores, á las que hasta los más antiguos comandantes suelen dirigir, al pasar, amorosas miradas y tiernos suspiros. Algunos se habían detenido en los bodegones para reponerse con un trago de vino. Otros, los ménos cansados, vagaban por las calles; pero todos, ó casi todos tenían el aire serio, algo fosco, y hablaban poco y este poco en voz baja, algo por cansancio y soñolencia, y más por el asombro y aturdimiento que suele producir el encontrarse por vez primera en medio de una ciudad desconocida y rumorosa.

En medio de la seriedad taciturna de un corto grupo de soldados, que estaban sentados en la escalinata de una iglesia junto al cuartel, resaltaba de singular manera la alegría inquieta y la incesante charla de uno de ellos, bajo de estatura, delgadillo y ligero, de rostro imberbe y fisonomía simpática por sus grandes ojos azules, el cual subía y bajaba y volvía á subir continuamente la escalinata, saltando como un muchacho.

Ora se detenía junto á uno de ellos, otra junto á otro, y les llenaba á todos los oídos de alegre chacota, tirándole al uno de los faldones del capote, quitándole á otro de la cabeza el képis para ponérselo en las rodillas, ó tapándole los ojos á un tercero con las manos, y diciendo:—¡Adivina quien te dió! Parecía que tuviese azogue en el cuerpo. Al pasar por delante de la iglesia reparé en él, me detuve frente á la pared opuesta, y estuve mirándolo de hito en hito y pensando cuál pudiera ser la razón de tanto y tan extraño regocijo. La fisonomía abierta y festiva de aquel soldado se me quedó grabada en la memoria.

Al día siguiente pude saber por mera casualidad lo que me preguntara á mí mismo la víspera. Aquel soldado estaba en el cuarto año del servicio. Por una serie fortuita de circunstancias, que no importa referir, desde que salió de su casa hasta aquel día no había obtenido ni la más mínima licencia para regresar á su país y ver á su familia. Cuatro años, para un soldado como supe que aquel era, muy amante de sus padres y del lugar donde naciera, de índole buena, humilde y pacata, cuatro años transcurridos sin ver á su familia ni á su pueblo, debían haberle parecido extraordinariamente largos. Y así le habían parecido con efecto, porque siempre se mostró algo melancólico: taciturno en el cuartel y fuera, casi siempre solo. En las horas de descanso, mientras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

CARILLA  
V. 11  
P. 111  
A. 1111



sus camaradas daban vueltas por los paseos públicos, haciendo interesadas caricias á los niños que llevaban de la mano graciosas niñeras, solía él medir á lo largo y á lo ancho la plaza de armas, con la barba clavada en el pecho, ó se sentaba sobre algún poyo de piedra en el extremo de una senda solitaria, trazando líneas en la arena con la punta de la bayoneta, y pensaba siempre en sus parientes, en sus amigos, en los lugares que no había visto hacia cuatro años, y sobre todo: pensaba en su madre.

Su madre era una pobre campesina anciana, enfermiza, pero de carácter jovial y muy cariñosa: un corazón de ángel. De sus hijos, aquel á quien amaba con más viva ternura, y también con un sentimiento especial de solicitud y compasión generosa, era el hijo soldado, cosa muy natural, y le escribía y le hacía escribir con frecuencia, y sus cartas, leídas y releídas, besadas y rebesadas, y llevadas largo tiempo en el pecho como santa reliquia, tenían la virtud de mitigarle bastante la amargura de aquella ausencia, y lo mismo al hijo las cartas de la madre. Pero, no basta esto, no. Las cartas, al fin y al cabo, no son más que cartas, y las madres amorosas quieren ver á sus hijos, quieren tenerlos á su vista, quieren tocarlos con sus propias manos, y besarles la frente diez ó doce veces seguidas; y á los hijos no les basta saber que aquella querida cabeza, cubierta

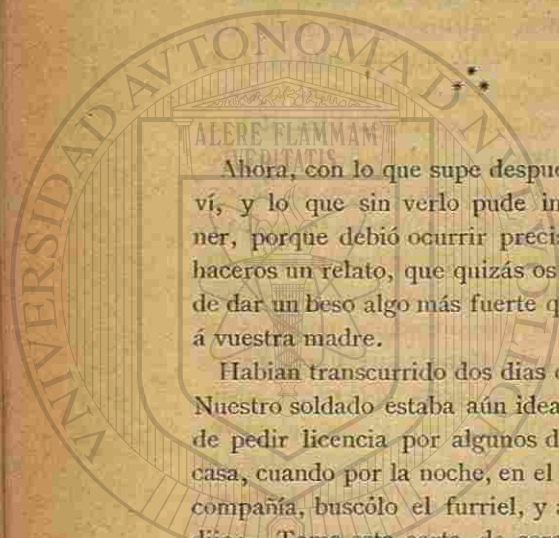
de canas, está en casa y piensa en ellos; quieren estrechar entre sus brazos aquella cabeza, quieren posar sus labios sobre aquellas canas. Y por eso, tanto la buena vieja como su querido soldado arrastraron en aquellos cuatro años una vida de continuas esperanzas y expectativas frustradas, de melancolías, ansiedades y disgustos. El hijo, partiendo de una aldea del Norte de Italia, había ido con su regimiento á Sicilia, donde permaneció dos años. ¡En Sicilia, pobre madre, con aquel mar tan grande por medio! De Sicilia había pasado á Calabria, donde había estado un año, y otro año en la Italia central. Finalmente, cierto día esparcióse en el regimiento la voz de próxima marcha.—¿Adónde vamos? preguntó nuestro soldado al sargento de su compañía, y aguardó la respuesta con la respiración en suspenso y con la mano en el corazón, que quería saltar del pecho.—A la Italia septentrional, le respondieron. Se le removió toda la sangre.—¿Y á qué punto? preguntó otra vez cambiándole el júbilo el semblante. El sargento le dijo la ciudad. ¡Era la más próxima á su pueblo! Lloró. Aquella misma noche, apenas pudo, escribió á su casa.

Y ahí teneis la razón de la alegría de aquella noche. ¡Aquella ciudad estaba á pocas millas de su aldehuela!



UNIVERSIDAD AVILA. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS. INSTITUTO VASCO-LEONÉS DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS. INSTITUTO VASCO-LEONÉS DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS.





Ahora, con lo que supe despues, con lo que yo ví, y lo que sin verlo pude imaginar ó suponer, porque debió ocurrir precisamente, quiero haceros un relato, que quizás os inspire el deseo de dar un beso algo más fuerte que de costumbre á vuestra madre.

Habian transcurrido dos días desde la llegada. Nuestro soldado estaba aún ideando el proyecto de pedir licencia por algunos días para ir á su casa, cuando por la noche, en el dormitorio de la compañía, buscólo el furriel, y al encontrarle le dijo:—Toma esta carta, de cerca viene.—Apénas se la habia dado, ya estaba abierta y desplegada á la luz de un farol, entre dos manos temblorosas, y bajo dos ojos muy abiertos y resplandecientes con dos gruesas lágrimas. Leyó la carta rapidísimamente, siguiendo con el movimiento de la cabeza el vaiven de los ojos, y balbuceando confusamente las palabras. Luégo de leida, dejó caer los brazos, levantando los ojos al cielo, y aquellos dos lagrimones, despues de haberse detenido temblando en las pestañas, desprendiéronse, corrieron por las mejillas sin deshacerse, y

vinieron á caer, calientes aún, en sus manos. La carta era de su madre, y decia: «Mañana iré á la ciudad á pié. Hace cuatro años que no te veo. ¡Ay, hijo mío, ya no puedo aguantar más! ¡Tengo tanta necesidad de echarte los brazos al cuello!»

Aquella noche no pudo cerrar los ojos. Metióse en la cama inquieto y no pudo descansar. No hizo otra cosa más que volverse de un lado á otro, tenderse boca arriba, tenderse boca abajo; pero siempre en vano, porque le pesaba la manta, y sentía como una fiebre interior, como una opresion al pecho, una necesidad continua de moverse, y un penoso afan de aire libre. A cada momento apartaba la cubierta de la cama, suspirando, dando resoplidos, como si estuviese acostado á la boca de un horno. De vez en cuando se incorporaba y permanecía sentado en la cama, mirando á sus camaradas: todos dormian profunda y tranquilamente, como se suele dormir en primavera. Contemplaba un pedacito de cielo estrellado, que se divisaba por una estrecha ventana de la pared opuesta y en su interior decia:—¡Oh si estuvise yo en el campo respirando aquel ambiente!—Miraba una linterna colocada en un lejano rincon, la cual esparcía en torno suyo un resplandor trémulo, que á intervalos crecía y menguaba, y parecía que aquella claridad le aumentaba el afan y se le hacia el tiempo más largo. Despues, se extendia de nuevo en la

cama, y se ponía á pensar en el día siguiente, cerrando los ojos y permaneciendo inmóvil, para ver si se adormecía con aquel grato pensamiento. Pero siempre en vano. Aquel grato pensamiento no le daba reposo: inmóvil estaba su cuerpo, cerrados estaban sus ojos, pero el corazón palpitaba y palpitaba, como si le dijese:—No dormirás, no dormirás;—y al poco rato tenía que abrir de nuevo los ojos y mirar de nuevo alrededor, y así pasaron muchas horas y muy largas.

Por fin venciólo el cansancio, acallóse el corazón, tranquilizóse la inquieta fantasía. Durmióse. Soñó el día siguiente, soñó á su madre, pareciale verla allí, en pié junto á su cabecera, sonriente; pareciale sentir que le pasaba su mano por la frente, y soñaba que cogía aquella mano y que la besaba. Después, de pronto, parecióle haberse vuelto niño, y que estaba en su casa, y viniéronle á las mientes una por una cien insignificantes escenas de la vida doméstica en sus primeros años. En aquellas escenas siempre aparecía su madre; consolándolo si lloraba, defendiéndolo si lo amenazaba su padre, curándolo si se había aporreado, asistiéndolo si estaba enfermo, siempre solícita, siempre cariñosa, siempre madre. Después, soñó que era mozo, acórdose del día de la partida, del llanto materno, de los largos y renovados abrazos, de las palabras de despedida y de consuelo, y sintió que se le desgarraba el

corazón lo mismo que aquel día, sintió que lo estrechaban los brazos de su madre y no lo querían dejar partir; trató de soltarse, no pudo, exhaló un sollozo...: estaba despierto. Miró alrededor, pensó, aclarósele su situación, y aquel fué un momento de alegría que puede quizás imaginarse alguna vez, pero que no podrá expresarse jamás.

Abajo, en el patio del cuartel, estalló un fragoroso redoble de tambores. Todos saltaron de la cama. Vistióse nuestro soldado apresuradamente, é hizo como los demás las acostumbradas faenas de la mañana, con el rostro sereno y alegre, pero con la calentura encima y el corazón violentamente agitado. Mordíase los labios, pasaba y repasaba la mano por la frente, que le quemaba; preguntaba á cada paso á sus compañeros qué hora era, y se miraba continuamente de cabeza á pies para ver si estaba aseado y limpio.

Finalmente, llegó aquel suspirado mediodía, suspirado porque su madre, saliendo de casa, como le decía en la carta, á las nueve de la mañana, debía llegar á la ciudad después de mediodía, teniendo en cuenta el camino que tenía que hacer y la lentitud con que la pobre vieja debía de recorrerlo. Precisamente, á aquella hora saldrían los soldados del cuartel para hacer ejercicio. Nuestro buen hijo, haciendo valer la carta de su madre, obtuvo dispensa de aquel ejercicio.

Salieron los soldados, quedaron desiertas las cuerdas, y él subió la escalera, corrió á su cama, apoyóse en ella, y se detuvo un instante en pié, pero no podían sostenerle las piernas y sentía muy agitada la respiración.

Al poco rato, se sentó en la cama. Apuntaló los codos sobre las rodillas, apoyó el rostro sobre las palmas, clavó los ojos en el suelo; y pensó:—Vendrá, vendrá aquí, aquí mismo, á este cuartel. ¡Dios mio!—y riendo de una manera ahogada é interrumpida, rascábase la frente con ambas manos.—Cuatro años que no la veo, cuatro años, y señalaba con los cuatro dedos de la mano.—¡Cuán largos han sido! y le venían á la mente las tristezas, los desalientos y las angustias padecidas.—¡Oh! exclamaba despues con acento suave y trémulo de amorosa compasion, juntando las manos y moviendo ligeramente la cabeza, con los ojos fijos en un punto de la pared, como diciendo: ¡pobre madre mia! ¡y tú partes de tan léjos para venir á verme, y vienes sola, vienes á pié, y haces tantas horas de camino con este sol, y llegarás á esta ciudad tan grande, en medio de tanta gente, sin saber donde estoy yo, y tendrás que preguntar acá y allá donde pára mi cuartel, y tendrás que andar por esas calles sola, vieja, enferma, y quizás te perderás é irás por ahí sin saber adónde, y se te oprimirá el corazon por no encontrarme...! ¡Oh pobrecita vieja!—y conti-

nuaba con las manos juntas y los ojos fijos en la pared, y apretaba con los dientes alternativa y rápidamente el labio superior y el inferior, y abría y cerraba muy deprisa los párpados, como para detener las lágrimas que estaban á punto de salir, y repetía de vez en cuando:—¡Pobrecilla vieja!

Despues, se pasaba ambas manos por la cara, sacudía la cabeza, exhalaba un suspiro, levantábase impetuosamente y paseaba por la estancia con pasos precipitados. Al poco rato se detenía de pronto.—¿Será ya hora?—corría á la ventana que daba á la calle, asomábase todo lo que podia, miraba á derecha é izquierda, una, dos, tres veces: nada. La sangre se le subía á la cabeza. Pensemos en otra cosa, decía para su colete, y se esforzaba en arrojar de la mente la imágen de su madre, para engañar así el tiempo. ¡Arrojar aquella imágen, pobrecillo, era imposible! y renunció á ello, y se colocó al lado de la cama.

—Mira, madre, decía despues en voz alta, extendiendo las manos abiertas; yo te quiero tanto, ¿sabes? tanto... Miró en derredor: no habia nadie; prosiguió:—tanto, que en este mundo no se puede querer más, y dejando caer las manos juntas sobre la cama, seguía moviendo suavemente la cabeza, como para significar con mayor claridad el sentido de sus últimas palabras:—No se

puede querer más.—Después, de improviso, estremeciase, y—¿será hora?—preguntábase de nuevo, y de nuevo se dirigía á la ventana, y al llegar á ella se detenía de súbito y daba media vuelta, diciendo en su interior,—no, no debes mirar,—y golpeaba el pavimento con el pié como para repetir, no; pero sonreía y aquella sonrisa quería decir—¿y por qué no he de mirar?—y en efecto, después de un instante de vacilacion, asomábase á la ventana y miraba: nada.

Volví al lado de la cama y estudiaba alguna manera de matar el tiempo. Doblab un brazo, con el índice extendido contra la barba, sostenía el codo de aquel brazo con la palma de la otra mano, y fijando los ojos en la cama y apoyando en ella la rodilla, volaba con el pensamiento á su casa, veía á su madre hacer un envoltorio de camisas y pañuelos para llevárselo á él; la veía despedirse de los suyos, ponerse en camino; la acompañaba con la vista de la mente á lo largo de la carretera ¡aquella carretera tan larga! en toda la fuerza del sol, en medio de la polvareda que levantaban los carros y los coches corriendo rápidamente, veía cómo pasaban aquellos carruajes, rozándole las faldas á la pobre vieja, y ella, insegura sobre sus débiles piernas, no tenía tiempo para apartarse. Uno de ellos llega más veloz que los otros, ya está cerca de ella, ya va á atropellarla:—¡Apártate!—iba á exclamar el hijo, ha-

ciendo sin advertirlo la acción de cogerla de un brazo y separarla á un lado. Y le señalaba con el dedo los peligros que tenía que evitar, los sitios de la carretera llenos de piedras, los trozos resbaladizos de las márgenes, y después de andar y más andar, parecíale ver á la pobre mujer, que venía vacilante, cargada con el fardo de la ropa, fatigada, sedienta, y se le partía el corazón y sollozaba y decía entre sí:—¡Oh! ¡pobre madre mía! Dame ese fardo; deja que yo te lo lleve; dame el brazo.—Y apartaba del cuerpo el codo derecho y le parecía sentir introducirse entre el brazo y el costado otro brazo tembloroso, y con la mano izquierda, manteniendo siempre los ojos inmóviles y atónitos, iba palpando el aire en busca de la mano de su madre...

Luégo, volvía en sí: la idea de que dentro de pocos momentos abrazaría á su madre, le venía de nuevo á las mientes, y saboreaba, como la vez primera, toda su dulzura; se le animaban los ojos, los labios le temblaban, todas las facciones se le transfiguraban de la alegría. Entrecabía sus labios una leve sonrisa, después una sonrisa abierta y franca, por fin, un sollozo de convulsiva risa; el pecho y la espalda se le levantaban y bajaban, como si hubiese dado una larga carrera; otro sollozo, otro más fuerte, otro aún, una explosión de llanto, y se dejaba caer sobre el lecho, con el rostro entre las manos, y sofocaba contra

las mantas de la cama aquella mezcla de lloro y risa, sacudiendo todavía la cabeza, como si dijese:—¡Pobre madre mía!

—¿Te vuelves imbécil?—gritó un cabo, atravesando el aposento y deteniéndose al umbral de la puerta por donde tenía que salir.

El soldado se estremeció, se levantó en pié, se volvió y lo miró con los ojos húmedos de lágrimas y la boca abierta á la sonrisa. No había comprendido. El cabo marchóse murmurando:—¡Qué estúpido!

Al quedar solo, estuvo un minuto pensativo; luego, como impulsado por una idea súbita, cogió la mochila, púsola sobre la cama, la abrió, después de haber tentado algún rato con los dedos trémulos las hebillas de las correas! metió dentro furiosamente las dos manos, sacó de prisa cepillos, peines, cuchara, todos sus enseres; los ordenó sobre la cubierta; empuñó un cepillo, apoyó un pié sobre uno de los banquillos de la cama, inclinóse y comenzó á cepillar con toda su fuerza los botines, deteniéndose de vez en cuando para ver si quedaban bien.—Quiero estar más limpio que un espejo—decía entre sí, poniendo la cara muy seria y continuando el cepilleo.—Quiero parecerle bien.—Limpios ya los botines, siguió cepillando todo el uniforme; después registró otra vez la mochila, y sacó un espejito redondo, abriólo, se miró...

Cuando el ánimo está profundamente agitado por un sentimiento fuerte y generoso, y la imaginación llena de risueños pensamientos, los ojos y la sonrisa se impregnan también de la nobleza de aquel afecto y de la serenidad de aquellas ideas, hasta el punto de que el rostro ménos bello se ilumina en aquel instante con un resplandor de hermosura. No es extraño, pues, que el buen soldado, mirándose en el espejo, y viendo resplandecer el alma en el semblante, sonriese con ingenua complacencia...

Se oye abajo, en la escalera, rumor de pasos precipitados: el soldado atiende; el rumor se acerca; se oyen los pasos en la próxima estancia; es el cabo de guardia; entra, mira alrededor, ve á nuestro jóven.

—Oye, exclama, llamándolo por su nombre; á la puerta hay una mujer que te busca.

—¡Madre mía!—gritó con súbito impulso el hijo, y echó á correr; atravesó volando las cuerdas; precipitose por la escalera, devoró el patio, se lanzó á la calle, entrevió una figura de mujer, se dirigió á ella, deslumbrado y ciego; ella le abrió los brazos, él cayó en los suyos, y los dos dieron un grito. El hijo posó las abiertas palmas sobre las sienes de la madre, clavó los dedos entre sus cabellos canosos, le inclinó la cabeza hácia atrás, le miró á los ojos que estaban fijos en los suyos; después apretó aquella cabeza querida

sobre su hombro, la cubrió con sus brazos, pegó los labios á sus cabellos, que habian quedado descubiertos al caer la campesina toca. La buena mujer ahogaba sus sollozos contra el hombro del hijo, y abrazándolo por la cintura, dejaba correr las descarnadas manos sobre el tosco capote, que para ella en aquel momento valia más que un manto real.

Los soldados de guardia, separándose á respetuosa distancia, contemplaban inmóviles y silenciosos aquel sagrado abrazo, aquel semblante animado por profundísima impresion.

Yo, que aquel día estaba de guardia en el cuartel, hallábame allí cerca, á la puerta de mi pabellon, y miraba tambien.

—Repóngase, madre, hágase ánimo; no llore así. ¡Dios mío! ¿Es este motivo para llorar?—decía el hijo con voz cariñosa, y con ambas manos le colocaba tras las orejas los cabellos, que en el ímpetu del primer abrazo se habían descompuesto y enmarañado. La vieja continuaba sollozando, sin lágrimas ni palabras, hasta que levantando los ojos al rostro del hijo, sonrió, dió un gran suspiro, como si le quitasen un peso del corazon, y murmurando:

—¡Hijo mío!—abrazóle de nuevo.

—¿Está V. cansada?—preguntóle el soldado, desenlazándose de sus brazos.

—Un poco —respondió ella, sonriendo. Y vol-

vió los ojos y miró alrededor, buscando donde dejar el voluminoso fardo que traía.

—Entre V. aquí,—dije yo, abriendo la puerta de mi pabellon.

—¡Oh, señor oficial!—exclamó, volviéndose hácia mí, y saludándome con una reverencia,—gracias, señor oficial.

—Su hijo quedó algo confuso.

—Entrad, repetí; entrad.

Entraron tímidamente y se acercaron á la mesa; la vieja dejó sobre ella el bulto; yo me separé á alguna distancia.

—Deja que te vea, hijo mio; vuélvete del otro lado.

El soldado, sonriendo, se volvía á un lado y otro, para que ella lo contemplase. Y ella, haciéndose atrás, midiéndolo de piés á cabeza y juntando las manos exclamaba afectuosamente: —¡Qué bien estás así!—Y se sentia rejuvenecer la pobrecilla, y casi le entraban ganas de ponerse á brincar. Se acercaba, se alejaba, volvía á acercarse y lo devoraba con los ojos. Le ponía las manos sobre los hombros, y las dejaba correr á lo largo de los brazos hasta cogerle las manos; aproximaba el rostro á su pecho para examinar los botones; despues, notando que le habia empañado con el hálito la chapa del cinturón, se la limpiaba con la punta del delantal; finalmente, despues de haberlo mirado y remirado un buen

rato, le echó amorosamente una vez más los brazos al cuello, llamándolo por su nombre.

Luégo, separóse repentinamente de él, preguntándole:

—¿Y la guerra?

El hijo sonrió, y ella repitió:

—¿Y la guerra, cuándo vais á la guerra?

—Pero, ¿quién habla de guerra?

—¿Qué? ¿De veras? ¿No hay guerra? preguntó muy contenta; ¿no hay guerra ni la habrá?

—Si la habrá ó no la habrá, no es cosa que puede saberse...

—Luégo la habrá. Dime la verdad, hijo mio.

—Pero ¿qué quiere V. que sepamos nosotros, pobres soldados?

—Pues, si no lo sabeis vosotros, que haceis la guerra, replicó con acento de profunda convicción, ¿quién lo ha de saber?

Y dicho esto, permaneció inmóvil, aguardando contestacion, con tal aspecto y actitud de curiosidad, con una sonrisa tan afectuosa en los labios, y con un resplandor tan inefable en los ojos, que su hijo, sonriendo tambien, quedóse extático mirándola, y le pareció tan bien en aquel momento, sintió en las entrañas un nuevo y tan vigoroso impulso que le arrojaba hácia ella, que se le echó encima de un salto, le apretó la cabeza entre las manos, se la besó, se la meneó jugueteantemente como se hace á los niños, y poniéndole

otra vez los labios en la frente, murmuró sonriendo:—¡Viejecita mia!

Y yo, mirando aquello, apoyado de espaldas á la pared, pensaba así:

—Ahí teneis un hombre que adora á su madre. No puede dejar de ser un buen soldado, respetuoso, dócil, pundonoroso y valiente. Valiente, sí, porque las almas que sienten el amor de una manera profunda y firme, no pueden ser cobardes. Ese soldado, si va á la guerra, se hará matar en el campo de batalla y espirará con el nombre de su madre en los labios. Enseñadle lo que es la patria, hacédle comprender que la patria son cien mil madres y cien mil familias como la suya, y amará la patria con entusiasmo. Pero hay que comenzar por la madre. ¡Oh! si se pudiera descubrir el primero y verdadero gérmen de todas las acciones honradas y generosas de que nos enorgullecemos, lo descubriríamos siempre en el corazón de nuestra madre. ¡Cuántas medallas del Valor Militar debieran brillar sobre el pecho, no de los hijos, sino de las madres, y cuántas coronas de laurel, en vez de ceñir una frente juvenil, debieran colocarse sobre alguna cabeza calva! ¡Madres, no debierais morir nunca! Ó debierais, por lo menos, estar al lado de vuestros hijos y acompañarles hasta el fin en el camino de la vida. Ante vosotras, aunque fuésemos ancianos, seríamos siempre niños, y os amaríamos con



el mismo amor. Y vosotras nos dejais solos... ¡Oh, no, solos no! Nos queda vuestra grata memoria; vuestra querida imagen está siempre ante nuestros ojos; vuestros cariñosos consejos están siempre presentes en nuestro espíritu. Y esto nos basta. Cada vez que nos asalta el tedio de la existencia, ó algun cruel desengaño hace nacer en el corazon un sentimiento de odio á los hombres, entre los hombres y nosotros surgirá vuestra imagen santa, pacificadora; nos parecerá que nos llama por nuestro nombre vuestra dulce voz con la cual nos reprendíais y amonestábais cuando éramos pequenuelos, y doblaremos irresistiblemente las rodillas, y juntaremos las manos ante vuestra imagen y os pediremos perdon!...

En aquel momento llegó al cuartel, refunfuñando, el capitán inspector.

—¿Dónde está el oficial de guardia?—preguntó á alguien fuera de la puerta.

Vilo, salí de mi ensimismamiento, adelantéme hácia la puerta, me planté delante de él, tieso, rígido, con la mano en la visera:—¡Presente!

Me miró fijamente é hizo cierto gesto como para preguntarme: ¿qué diablos tiene?



## EL HIJO DEL REGIMIENTO.

### I.



MIENTRAS no hay apariencia diferente en las formas, existe entre los chicos y las chicas, una comunidad completa de juegos y solaces infantiles; pero cuando se queda para las niñas la suavidad y blandura de los contornos, y empiezan en los niños á pronunciarse las formas del hombre, entonces aquella comunidad se rompe y desaparece poco á poco. El un sexo se dirige y atiene definitivamente á las muñecas, y el otro se entrega por entero á los fusiles, á las cornetas y á los tambores.

Unida á la pasión de las armas suele crecer en los niños la pasión por los soldados; pasión tem-

el mismo amor. Y vosotras nos dejais solos... ¡Oh, no, solos no! Nos queda vuestra grata memoria; vuestra querida imagen está siempre ante nuestros ojos; vuestros cariñosos consejos están siempre presentes en nuestro espíritu. Y esto nos basta. Cada vez que nos asalta el tedio de la existencia, ó algun cruel desengaño hace nacer en el corazon un sentimiento de odio á los hombres, entre los hombres y nosotros surgirá vuestra imagen santa, pacificadora; nos parecerá que nos llama por nuestro nombre vuestra dulce voz con la cual nos reprendíais y amonestábais cuando éramos pequenuelos, y doblaremos irresistiblemente las rodillas, y juntaremos las manos ante vuestra imagen y os pediremos perdon!...

En aquel momento llegó al cuartel, refunfuñando, el capitán inspector.

—¿Dónde está el oficial de guardia?—preguntó á alguien fuera de la puerta.

Vilo, salí de mi ensimismamiento, adelantéme hácia la puerta, me planté delante de él, tieso, rígido, con la mano en la visera:—¡Presente!

Me miró fijamente é hizo cierto gesto como para preguntarme: ¿qué diablos tiene?



## EL HIJO DEL REGIMIENTO.

I.



MIENTRAS no hay apariencia diferente en las formas, existe entre los chicos y las chicas, una comunidad completa de juegos y solaces infantiles; pero cuando se queda para las niñas la suavidad y blandura de los contornos, y empiezan en los niños á pronunciarse las formas del hombre, entonces aquella comunidad se rompe y desaparece poco á poco. El un sexo se dirige y atiene definitivamente á las muñecas, y el otro se entrega por entero á los fusiles, á las cornetas y á los tambores.

Unida á la pasión de las armas suele crecer en los niños la pasión por los soldados; pasión tem-

plada y fugaz en algunos; en otros vehemente, irresistible y duradera. Y en esto precisamente estriba el que se manifieste de un modo palmario la diversidad de naturaleza desde el principio; pues mientras la mujer busca y ama todo aquello que significa paz, debilidad y amor, el hombre se lanza con trasporte loco á cuanto representa fuerza, poderío y gloria.

Después de las personas de la familia, de la casa, nuestro primer afecto, nuestro primer entusiasmo es el soldado. Son soldados los monigotes que pintarrachamos en las paredes de la escuela y en los forros de los libros; soldados, las primeras personas que nos hacen volver la cara cuando vamos por la calle, obligándonos á pararnos y á que se paren los que nos conducen de la mano; la primera moneda de cinco céntimos que nos regalan, la empleamos en comprar soldados pintados, de papel; y todo lo que pertenece á los soldados, armas, galones, plumeros, correas, fajas, tercerolas, todo, se convierte en objeto deseado, en ilusión de nuestros sueños, y en asunto de nuestras esperanzas. Hasta tal punto, que nos decidimos interiormente de un modo resuelto, á que á pesar de todas las contrariedades y pese á quien pese y cueste lo que cueste, hemos de ser soldados tan pronto como lleguemos á la edad requerida.—¡Sí, sí, soldados á todo trance; mamá llorará, y nuestro padre gritará con aquellos voce-

jónes que saca en las ocasiones solemnes de reñir, pero, nada, no importa: soldado, soldado!

Y aquí comienza la manía de las armas; y busca que busca, hasta que no quede en casa baston, pata de mesa rota, caña de escoba, libre de los arreglos del cortaplumas, instrumento indispensable para la construcción del armamento, esto que, espada, daga ó fusil.

¿Quién no ha pasado largas horas cabalgando en una silla con el pecho contra el respaldo y taconeándola como si le aplicásemos sendos espolazos, agitando el sable de madera en alto, y pronunciando con acento fingido y ronco las voces de mando propias de un general á la cabeza de su división? ¿Quién no se acuerda del primer sable que nos regaló el tío ó el padrino, ó el viejo oficial retirado con ocasión del día de nuestro santo, ó en premio de nuestro comportamiento en la escuela ó por el examen sufrido y las notas obtenidas? Y, ¡cuenta, que no se trata ya de sables de madera, con funda de carton plateado, ni de hoja de lata, de aquellos con que nos engañaban cuando éramos chiquirritines! no, sino verdaderamente sable *de verdad*, con su hoja de verdad... en fin propio para la guerra... ¡Oh, el primer sable es una inmensa felicidad!

Y en aquellas bellas mañanas de primavera (que despiertan la querencia á los libros, como dice Giusti, y vuelven locas las piernas), cuando sen-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 UNIVERSIDAD AVILA

tados á la mesa procurábamos traducir una fábula de Fedro, buscando *los significados*, y escuchábamos de pronto el ruido de los tambores y trompetas en la calle, corríamos á asomarnos para ver desfilar la tropa y mandábamos al diablo libros y cuadernos... ¡Con qué gusto seguíamos tras los soldados hasta la plaza de armas, y nos parábamos á contemplar extáticos, los uniformes y las caras, y el vivo cabrilleo de las bayonetas reluciendo como relámpagos por encima de las cabezas de los batallones! ¡Con qué placer escuchábamos aquel clamoroso y prolongado grito de los ataques que desde el primer momento agitaba la sangre en nuestras venas é involuntariamente cerrábamos nuestros puños y redoblábamos nuestras fuerzas! ¿Quién no recuerda aquellas bellas mañanas? Cierto que al volver á casa había que sufrir las miradas hoscas del padre y aún algo peor que las miradas; pero ¿y el poder decir: he estado en la plaza de armas?—¡Ah, aquello servía como de desagravio de conciencia y era una razon que se podía aducir sin humildad y sin miedo!

¿Y quién ha olvidado el primer militar que á fuerza de andar á su alrededor se ha hecho nuestro amigo? ¿Quién no recuerda la primera vez que en el tiro al blanco hemos tenido el honor de ir á traerle en su propia gamella un poco de agua? Se la traíamos llena, rebosando, y sin embargo no

derramábamos una gota en el camino: tal era la atención que prestábamos al oficio de aguador, intentando salir airosos del honroso encargo. Y luégo dejarse ver en paseo con un cabo de cazadores, por ejemplo... ¡ah! es una de aquellas felicidades que cuando yo me pongo á pensar en ella, querría volverme muchacho para poder experimentarla otra vez, aún permaneciendo hombre y aún á costa de que se rieran de mis chiquilladas!

Y nosotros por la noche, á la hora de la retreta, acompañando á nuestro cabo llegábamos hasta la puerta del cuartel, y al despedirnos en alta voz nos citábamos para pasear al día siguiente, gritando para que lo oyeran bien los otros chicos que estaban allí parados. Y con efecto, al siguiente día se iba uno de paseo fuera de puertas y al llegar á un sitio solitario rogaba al amigo que le enseñase la bayoneta; y él le respondía á uno que estaba prohibido, y uno continuaba suplicando y ofreciendo que sólo sería un instante; y el pobre cabo miraba alrededor para ver si alguno se acercaba; y sacaba la bayoneta de la vaina con aire de misterio; y la vista de aquella hermosa hoja desnuda y brillante nos hacia estremecer; y tocaba uno ligeramente la punta con el dedo, preguntando si estaba afilada y si con un solo bayonetazo se podía matar á un hombre...

Además, la amistad de un cabo produce á

veces frutos inestimables. Entre otros el de tener siempre en el bolsillo alguna cápsula nueva, pólvora á las veces, en tal cual ocasion una cruz, botones de metal abollados, y hasta—aunque son fortunas que pocas veces se logran—hasta es posible que se llegue á conseguir un par de galones, acaso en no muy buen uso, pero siempre bastante buenos para que resalten perfectamente sobre las mangas de la chaqueta de casa: y claro, los muchachos de la vecindad despues de verlos le tienen á uno mucho respeto!!

El concepto que se tiene de muchachos acerca de la autoridad y de la prepotencia física y moral de los soldados con respecto á los demás ciudadanos, es un concepto inmensurable. Soldados que no sean un prodigio de valor y de heroismo, no pueden existir; soldados ménos fuertes que uno cualquiera de los más fuertes paisanos, es absolutamente imposible; nadie en el mundo pudo correr lo que corre un cazador; las más hermosas barbas de la ciudad son las de los gastadores; nada hay tan terrible en el mundo como un oficial con el sable desenvainado.

Y con efecto, en los teatros de muñecos ó cuando se improvisaban las comedias, podía verificarse en la escena una lucha encarnizada entre diez individuos armados; podían intervenir en la contienda príncipes y reyes, pero con sólo aparecer dos soldados con sus carabinas, todas las cabe-

zas entraban en razon y se aquietaban las gentes, y en ocasiones hasta los reyes,—si señores, sí,—hasta las coronas se inclinaban delante de los képis.

Y cuando por la noche á las altas horas oíamos de repente en la calle gritos y clamoreo amenazador á la puerta de una taberna, resonando las blasfemias é imprecaciones entre el llanto de las mujeres y los chillidos de los niños; al asomarnos á la ventana y ver brillar los sables, comprendíamos que se habia empeñado una batalla entre tropa y paisanos, ¿quién no habria hecho votos porque aquellos venciesen saliendo ileso de la contienda? Si sucedia lo contrario, ¡qué fastidio y qué disgusto!

En cuanto á la autoridad, no suponen los chicos que haya una superior al coronel, ó al comandante militar de la plaza ¡es natural! Recuerdo una ocasion en que, miéntras pasaban por delante de casa con motivo de una solemnidad, el intendente civil, y un teniente coronel de cazadores, seguidos de una nube de empleados y oficiales de todas graduaciones, mi hermano que conocía mi flaco me dijo señalándome al intendente y para herirme en lo vivo:—mira, aquel que ves vestido de negro, manda más, mucho más que todos aquellos juntos, que llevan tantos galones de oro encima.—¡Qué disparate—contesté encogiéndome de hombros,—eso no puede ser verdad, es imposible!

Este vivísimo afecto de los niños hacia los soldados lo paga la tropa con un afecto ménos entusiasta pero no ménos profundo. Quintos apenas llegados al cuerpo, y hasta soldados veteranos, tan pronto como llegan á una ciudad desconocida buscan sus primeros amigos, sus primeros deleites, y las primeras satisfacciones para confortar su ánimo, en aquellos pelotones de pilluelos que saltan alrededor de los tambores ó preceden á los gastadores cuando el regimiento se dirige á la plaza de armas. Para ellos son las primeras sonrisas, los primeros apretones de mano; con ellos se celebran las primeras citas, los primeros coloquios confidentes y geniales, las primeras caminatas solitarias en el campo, los primeros desahogos de rabia y de amargura contra los superiores déspotas; las primeras lamentaciones sobre la dureza de la disciplina, y de ellos se reciben las primeras palabras de consuelo y las primeras reflexiones para confortar el ánimo. Ellos les escriben las cartas y ellos les leen las contestaciones que llegan de casa; ellos les cuentan las más insignificantes particularidades de la vida de familia, escuchándolos los soldados con gran placer, y á veces con una cierta ternura melancólica, porque alejados como se hallan de sus propios padres, aquellas narraciones resucitan en sus corazones sentimientos análogos, y siempre delicados, suaves y de cierta índole, que

no se experimentan en las rumorosas cuadras del cuartel. Por medio de aquellos pilluelos va poco á poco la tropa estrechando amistades con porteros y artesanos, y por medio de éstos se llega en corto tiempo á ampliar la red de las relaciones amistosas; de suerte que saben adonde recurrir á la primera necesidad si se presenta el caso, y con quién cambiar cuatro palabras en intimidad, á la buena de Dios, especialmente si entre el círculo de las amistades hay alguna buena mujer madre de un soldado.

De aquí que en el corazón de la tropa se reuna á la simpatía y al afecto por los muchachos un sentimiento de gratitud; y por medio de ellos, de sus pequeños amigos, estrechan ó contraen nuevas relaciones; y poco á poco en tal compañía ó en cual batallón no hay para ellos cara desconocida ó indiferente, y su afecto, pasado el primer impulso del entusiasmo, se hace más tranquilo pero también echa raíces profundas y persistentes. Y cuando el regimiento se va... lo he comprobado, lo he experimentado: cuando el regimiento se va, entonces buscamos á nuestras madres y vamos á colocarnos á su lado con la cara seria y provocando una pregunta que á su vez provoque un desahogo á nuestro dolor.

—¿Qué tienes, hijo?

No se responde; se aprietan los labios.

—¿Qué tienes, vamos, habla; díselo á tu madre?

No se responde; mas se desprende una lágrima que temblaba en los párpados.

—¡Oh, por Dios, dime qué es eso y no me tengas en esta ansiedad! ¿Qué te ha sucedido?—Entonces se rompe á llorar y se echa uno en brazos de la madre, contándole el caso; y ella conmovida, nos pasa la mano por la frente, exclamando:

—¡Bah, pobre hijo mio, tranquilízate; ya vendrán otros!

Con cuyas seguridades se calman nuestros dolores y se cambia la excitacion en un sentimiento de resignada tristeza.

¡Oh, madres! dejad venir con nosotros á vuestros hijos; los trataremos como si fueran nuestros, los amaremos como hermanos; salidos de entre nosotros, volverán á vuestro seno más amantes y expansivos, más fuertes y resueltos; porque entre los soldados se aprende á fortalecer el ánimo, sin que la ternura desaparezca del corazón; se aprende á amar con una clase de afecto que fortifica precozmente el espíritu.

Y en prueba de ello, os narraré un hecho ocurrido en cierto regimiento de nuestro ejército, no hace muchos años, y que me contó un amigo que tomó en él alguna parte. Procuraré recordar sus mismas palabras. Escuchad pues; pero entendámonos:

Habla mi amigo; no soy yo quien habla.

## II.

Una de las últimas noches de Julio del año de 1866, nuestra division, que habia salido desde Batalla, poblachon situado en la falda oriental de las colinas Eugubianas, entraba en la ciudad de Pádua por la puerta de Santa Cruz debiendo atravesar sólo la poblacion para proseguir su camino hácia Venecia.

Aunque otros varios cuerpos del ejército hubieron ya pasado por aquella ciudad, y las rutas por nosotros atravesadas fuesen las más remotas del centro, y comunmente las menos frecuentadas, sin embargo, la acogida que nos hizo el pueblo excede á toda ponderacion. Yo sin embargo, me acuerdo de esto como de un sueño; conservo sólo confusa reminiscencia, semejante á la que se tiene de los primeros coloquios con la mujer amada allá en los tiempos de la adolescencia, cuando tiemblan las piernas y nos ponemos pálidos del color de la ropa sacada de la colada, y se nos oscurece todo lo que nos rodea...

No se responde; mas se desprende una lágrima que temblaba en los párpados.

—¡Oh, por Dios, dime qué es eso y no me tengas en esta ansiedad! ¿Qué te ha sucedido?—Entonces se rompe á llorar y se echa uno en brazos de la madre, contándole el caso; y ella conmovida, nos pasa la mano por la frente, exclamando:

—¡Bah, pobre hijo mio, tranquilízate; ya vendrán otros!

Con cuyas seguridades se calman nuestros dolores y se cambia la excitacion en un sentimiento de resignada tristeza.

¡Oh, madres! dejad venir con nosotros á vuestros hijos; los trataremos como si fueran nuestros, los amaremos como hermanos; salidos de entre nosotros, volverán á vuestro seno más amantes y expansivos, más fuertes y resueltos; porque entre los soldados se aprende á fortalecer el ánimo, sin que la ternura desaparezca del corazón; se aprende á amar con una clase de afecto que fortifica precozmente el espíritu.

Y en prueba de ello, os narraré un hecho ocurrido en cierto regimiento de nuestro ejército, no hace muchos años, y que me contó un amigo que tomó en él alguna parte. Procuraré recordar sus mismas palabras. Escuchad pues; pero entendámonos:

Habla mi amigo; no soy yo quien habla.

## II.

Una de las últimas noches de Julio del año de 1866, nuestra division, que habia salido desde Batalla, poblachon situado en la falda oriental de las colinas Eugubianas, entraba en la ciudad de Pádua por la puerta de Santa Cruz debiendo atravesar sólo la poblacion para proseguir su camino hácia Venecia.

Aunque otros varios cuerpos del ejército hubieron ya pasado por aquella ciudad, y las rutas por nosotros atravesadas fuesen las más remotas del centro, y comunmente las menos frecuentadas, sin embargo, la acogida que nos hizo el pueblo excede á toda ponderacion. Yo sin embargo, me acuerdo de esto como de un sueño; conservo sólo confusa reminiscencia, semejante á la que se tiene de los primeros coloquios con la mujer amada allá en los tiempos de la adolescencia, cuando tiemblan las piernas y nos ponemos pálidos del color de la ropa sacada de la colada, y se nos oscurece todo lo que nos rodea...



Al acercarnos á Pádua, la primera gran ciudad del Véneto que encontrábamos sobre la marcha, el corazón me latía fuertemente, y los pensamientos principiaban á confundirse un poco. Cuando entramos y una muchedumbre inmensa prorumpiendo en altisonantes gritos se precipitó entre nuestras filas, rompiéndolas y rodeándolas, de tal modo que no quedó huellas de la formación en orden de columna en que caminábamos, entonces mi vista se nubló y aún algo más de la vista, se nubló también mi mente. Recuerdo que me sentí estrechar el cuello y la cintura por dos brazos convulsos, palparme los hombros y las manos por dos manos que temblaban; recuerdo que me sentí besar por muchos labios ardientes, con la misma furia con que besaría una madre á su hijo en el momento de volverlo á ver después de larga ausencia; recuerdo haber sentido el contacto de muchas mejillas bañadas en llanto; haberme parado más de una vez para librar mi sable de las manos de un chicuelo que cogiéndome la hoja la sacudía con violencia á fin de que me volviese y reparase también en su humilde ¡viva! haber andado por espacio de algún tiempo cargado de flores y de ramitos que me iban colocando en los ojales del uniforme, como si fuera un esposo campesino; recuerdo por último haber escuchado á mi alrededor un continuado y resonante *vivaaa...*

Pero que no eran vivas, sino gritos inarticulados, sollozos sofocados, gemidos de oprimidos pechos abiertos repentinamente en incomparable expansion por la fuga de la alegría, voces de tal acento que mi oído jamás escuchara hasta entonces, pero que muchas veces había oído allá en el fondo de mi imaginación al explicarme á mí mismo lo que sería la expresión suprema de un placer infinito en toda la fuerza humana.

La muchedumbre se mezclaba con vertiginosa rapidez; ondeando, serpeando para arrastrar consigo á los soldados de acá para allá aunque avanzando en la misma dirección emprendida por la columna desde que entró. Por encima de las cabezas de la multitud se notaba una agitación constante de brazos, de fusiles y de banderas, agrupándose y separándose con ímpetu, dividiéndose y desparramándose súbitamente al compás de los violentos abrazos y de las rápidas separaciones de paisanos y de soldados; los muchachos aferraban á la tropa por los faldones del capote y las vainas de las bayonetas, disputándose celosamente las manos para besárselas; las mujeres jóvenes ó viejas, pobres ó ricas estrechaban las manos de los militares colocándoles flores en el correaje y abrumándolos de preguntas sobre si venían de muy lejos y venían cansados, ofreciéndoles cigarros y frutas, casa y comida, mostrándose ofendidas con amable afectación porque se

rechazase la oferta, renovando calurosamente las invitaciones y los ruegos; no se veía una sola faz que no estuviese trasfigurada por la emoción profunda: ojos dilatados y encendidos, mejillas pálidas humedecidas por las lágrimas, labios trémulos, y en cada acto además, en cada gesto, en todos los movimientos algo febril y convulso que se infundía en la sangre, sacudiendo violentamente nuestros miembros, hasta tal punto que á los saludos y bendiciones de la gente intentaba uno corresponder y no conseguía articular palabra.

Las casas se hallaban cubiertas de banderas; en cada ventana un grupo de personas apiñadas alargando el cuello, y en última fila se veían otras subidas en sillas apoyando sus manos en las espaldas de las primeras, quedando éstas aprisionadas contra los antepechos hasta reventar. Quién agitaba el pañuelo, quién los brazos saludando, quién arrojaba flores, y todos con el cuello alargado y la boca abierta con un continuo gritar semejante al piar de los pajarillos en el nido, en el instante de aparecer la madre. Ciertos chiquillos en brazos, agitaban también las manecitas hácia nosotros lanzando al aire pequeños gritos que se perdían entre los altos clamores de la muchedumbre. Las embocaduras de las calles á derecha é izquierda, las puertas de las tiendas y de las casas rebosaban gente. Vi muchos de aquellos buenos obreros que daban

un cigarro á los chicos que estaban en brazos y les señalaban al soldado al cual querían que se lo echasen; vi ciertas buenas mujeres que presentaban sus pequeñines á los oficiales para que los abrazasen, como si aquel abrazo fuera una bendición del cielo; vi tal cual viejo estrechar contra su pecho la cabeza de un soldado manteniéndola en aquella posición como si no quisiese que la separase de allí jamás...

En medio de tantas y tales demostraciones de gratitud, de afecto y de entusiasmo, los soldados, pobres jóvenes, se quedaban estupefactos y reían ó se les saltaban las lágrimas al mismo tiempo sin encontrar palabras con que dar gracias, ó si las encontraban no las podían pronunciar, ingeniándose de la mejor manera para expresar con el gesto:—¡Esto es demasiado, no podemos soportarlo, queréis hacernos morir de alegría!

A medida que nos acercábamos á la puerta por la cual debíamos salir, el gentío se aclaraba y los soldados iban poco á poco recuperando sus puestos en el orden de columna.

La puerta por la cual debíamos salir era la que los paduanos llaman el Portillo. Hasta allí nos acompañaron muchos ciudadanos, la mayor parte de la clase acomodada, entremezclados con los soldados, del brazo y todos dedicados á una conversación viva, clamorosa y rápida, porque al desahogo del primer entusiasmo que no en-

contraba palabras sino lágrimas y gritos, había sucedido una gran necesidad de desahogarse con frases, haciéndose mil preguntas, y mil protestas de afecto y gratitud, interrumpiéndose de cuando en cuando para mirarse, con sonrisa que equivalía á este razonamiento:—¿Con que es verdad que voy del brazo de un soldado italiano?—¿Con que es cierto que estamos en medio de estos benditos paduanos?—Y de aquí se seguía un apretón de manos ó un oprimirse el brazo que significaba:

—Estás aquí, te siento, no te dejo escapar.

En aquella media hora que se había empleado en atravesar la ciudad se habían ya establecido y estrechado muchas amistades, cambiado muchas promesas de escribirse y hecho muchos propósitos de volverse á ver al regreso, fijándose lo convenido, y anotándose en la cartera nombres y señas.

—¿Me escribirá V. primero?

—En cuanto llegue al campo.

—¿Me lo promete V.?

—Sin duda.

—Gracias.—Y otra vez se juntaban las manos y otra vez se estrechaban los brazos.

Y á medida que el regimiento se acercaba á la puerta, los diálogos se convertían cada vez en más rápidos, más expresivos, más calientes, más rumorosos, y los gestos se animaban renovándose los vivas que cesaron, y los soldados tornaban á desparramarse, hasta que ya en la puerta el grue-

so de la muchedumbre se detuvo para dejarnos pasar. Allí se renovó una confusión indescribible: abrazos sin número y apretones de mano sin cuento se cambiaron sucesivamente entre augurios de próspera fortuna, saludos y bendiciones. Por último, el regimiento fuera de puertas se distribuyó en orden de marcha, dos filas á la derecha y dos á la izquierda del camino. Por un poco de tiempo los soldados volvían el rostro de cuando en cuando hacía la puerta donde la multitud permanecía agitando los pañuelos y lanzando al viento las últimas saluciones; pero poco á poco empezó á oscurecer y el gentío apenas si se distinguía y las aclamaciones apenas si llegaban débiles hasta nuestro oído... luego ruido y personas desaparecieron por completo, y la tropa principió á marchar en orden yendo los oficiales que hasta entónces caminaban por grupos á ocupar sus respectivos puestos.

Ya llevábamos de camino muchas horas, ántes de entrar en Pádua, y penetramos cansados y á paso lento; mas al salir de la ciudad caminábamos como si hubiésemos salido al campo en aquel momento despues de largas horas de reposo. Los soldados iban derechos, separados y expeditos, las órdenes se sucedían cumpliéndose en medio de una vivísima charla: es natural, ¡había tantas cosas que decirse!

Yo permanecí largo rato como absorto. Cuando

fui dueño de mí mismo sentí crecer la alegría en el corazón; una alegría pura, límpida, causada por aquella admiración de sorpresa que había sacudido mi sentimiento; era una alegría verdadera é intensa que me invitaba á llorar, y lloré. — Lloré tres veces durante toda la guerra. La primera, lágrimas de entusiasmo, el día que se pasó el Mincio, el 23 de Junio, cuando hallándose todavía mi regimiento á la izquierda del río cerca del puente de Ferri, ya se veían relampaguear á la orilla opuesta las bayonetas de la 7.<sup>a</sup> division, y sentía á mi alrededor el estremecimiento de los soldados impacientes y percibía el rumor seco del puente que trepidaba bajo el peso de nuestra artillería. — La segunda vez lloré en Villafranca lágrimas de ira y de dolor. — La tercera vez lloré por ti Pádua querida, Pádua ilustre y generosa, lágrimas de gozo y gratitud; de gozo divino, de gratitud eterna: — ¡ Ah, por qué no se podrán abrazar las ciudades! — pensé entre otras mil y mil cosas extrañas en aquella noche.

Habiéndose hecho noche cerrada se encendieron las linternas. La aparicion de la luz reclamó mi imaginacion llevándola á la realidad desde las elucubraciones que la habían ocupado al salir de Pádua, mirando de pronto de aquí á allá con los ojos dilatados como cuando despertamos en el cuarto de un hotel, donde no sabemos ni nos damos cuenta exacta de lo que hay alrededor, ni por qué ni

cómo nos encontramos allí, divisé al dudoso resplandor de una linterna dos muchachos que llevaban de la mano dos soldados. Volvíme al lado opuesto y vi otro, miré más allá y reparé en otros dos, iban muchos; todos eran conducidos por soldados y hablaban en voz baja, ocultándose en la sombra hasta donde les era posible para no ser descubiertos por los oficiales, que acaso los mandarian á sus casas bruscamente, puesto que aquellas no eran horas de alejarse de la ciudad y tener en cuidado á sus madres. Á la mayor parte de aquellos muchachos se les veían las carnes; eran pobrecillos é iban derrotados; pero tambien había algunos de clase acomodada, de maneras finas y vestidos con cierto aseo. Cada diez ó doce pasos se paraba alguno y daba ó recibía apretones de mano, cambiaba afectuosos saludos y se volvía atrás. Es imposible significar cuánta dulzura, cuánta efusion y qué delicado sentido de tristeza se percibía en aquellas despedidas. Contribuía y no poco á dar melancolía á estas separaciones el acento particular del dialecto que tanto se presta á la expresion de los afectos suaves, y á la conmocion profunda de los momentos anteriores. El silencio, además, de la noche y el compás de la marcha... todo hacia que cada palabra de aquellos chicuelos llegase hasta el fondo de mi corazón conmoviendo las fibras más vivas del alma. Siempre recordaré á uno de

aquellos que al despedirse saludando á su alrededor á todos los soldados, exclamó con una voz cilla trémula en la cual se percibía claramente los movimientos del corazón:—*¡Que Dios os salve á todos!*

—¡Oh, gracias, querido!—dije para mí, que Dios te bendiga con toda suerte de bienes; que no se muera jamás tu madre; que goces cada día de tu vida de una felicidad como esta que siento en mi alma esta noche. Adios, buen muchacho.

Pero poco á poco todos aquellos chicos volvieron á casa; primero los más pequeñines y tímidos, después los más crecidos y arriesgados, y quedó en el regimiento un silencio profundo; no escuchándose otro rumor que el de los pasos cansados y el monótono tic-tac de las fornituras y armamentos. Y empezaban todos á caminar dando traspieses y empujándose unos á otros como los borrachos que van del brazo. Y yo soñaba y tropezaba más que todos.

De pronto sentí que me hurgaban en un brazo; me volví; era un muchacho.

—¿Quién eres? le pregunté parándome y con voz soñolienta.

Titubeó antes de contestarme, porque él también se iba durmiendo.

—Carletes—me contestó con voz baja y temblorosa.

—¿De dónde vienes?

—De Pádua.

—¿Y adónde caminas?

—Con los soldados.

—¡Con los soldados! ¿Sabes tú donde van los soldados?

No—respondió; y yo repuse:—Vuélvete á casa, anda, vuélvete pronto, te has alejado mucho. Quién sabe cómo estarán tu padre y tu madre á estas horas. Dame gusto, vuelve á tu casa.

No me respondió ni se movió siquiera.

—¿No te quieres volver?

—No.

—¿Y por qué?

No me respondió.

—¿Tienes sueño?

—Un poco.

—Trae acá la mano, pues.

Lo cogí de la mano y alcancé mi compañía que había ya pasado un buen trecho, pensando que el hacerle volver á la casa por fuerza, obligándole á deshacer todo el camino, solo y de noche, era exponerlo á que pasase gran miedo; y así decidí conducirlo conmigo hasta el término de la jornada. Llegado á este punto, pensaba yo encontraría manera de hacerle tornar á su casa.

—Tenemos un recluta, dije á un compañero mio al pasar á su lado. El se acercó y luego algunos otros que escucharon mis palabras; mientras rodeaban al chico y me preguntaban quién

era y dónde lo encontré, se oyó un toque de corneta y el regimiento hizo alto. Mientras se rompian filas y los soldados se echaban á descansar, yo, conduciendo á mi pequeño fugitivo, crucé el camino en union de otros oficiales deteniéndonos en la cuneta. Llegó un soldado con una linterna, hicimos corro al chico y acercándole la luz á la cara nos inclinamos para verlo. Era bello, pero pálido y seco; tenía dos grandes ojos oscuros, y en el semblante una expresion de tristeza bastante extraña para un chicuelo de su edad, que no podía pasar de doce años. Gran contraste formaba con su aspecto delicado su traje remendado y andrajoso. Un sombrero de paja cubria su cabeza, al cual faltaba una parte del ala; un pañuelo azul rodeaba su cuello y una chaqueta de paño burdo hecha para las espaldas de un hombre cubrian aquellos hombros; un par de pantalones que apenas si le pasaban de la pantorrilla enfundaban sus piernecitas, y dos zapatones en bastante mal estado completaban el traje del infeliz. Mas á pesar de todo el chico tenía un aire distinguido y llevaba el pañuelo del cuello con un lazo hecho con bastante gracia; iba peinado, y la cara, las manos y la camisa las llevaba limpias. Lo observamos en silencio por algunos instantes, y él nos miraba sucesivamente á todos con ojos de asombro.

—¿Pero no sabes que vas solo?—le pregunté. Me miró y no contestó palabra.

—Todos los otros chicos se han vuelto ya, añadió un amigo mio, ¿y tú por qué no te has vuelto con ellos?

Y un tercero:—¿qué quieres hacer con nosotros, adónde quieres ir?

El chico miró otra vez á todos siempre con los ojos desmesuradamente abiertos; despues bajó la vista al suelo y siguió callando.

—Habla, di algo—repuso uno de los compañeros tocándole ligeramente en un hombro—¿te has quedado mudo?

Y él siempre callado, siempre con los ojos clavados en el suelo quedó inmóvil. Intenté yo otra prueba tomándole la barba entre el índice y el pulgar, y levantándole la cabeza suavemente le pregunté: ¿qué dirá tu madre cuando no te vea volver?

Alzó entónces la vista y me miró no con aquella cara atónita del principio, sino con las cejas fruncidas y la boca entreabierta como si en aquel punto empezase á comprender nuestras palabras, y esperase que interrogándole todavía le hiciésemos decir aquello que necesitaba y que no tenía valor para comunicárnoslo por sí mismo.

—¿Por qué has huido de casa?—le pregunté de nuevo con dulzura.

Apretó los labios, parpaguó con celeridad repetidas veces, hizo un movimiento de los hombros embebiendo el cuello, y como si tragase

algo, y por toda contestacion volvió á plantarme sus dos hermosos ojos en los míos.

—Vamos, dí algo, ánimo ¿tienes miedo de nosotros? vamos, por qué has huido de casa.

Permaneció un instante mudo y luego se echó á llorar murmurando entre sollozo y sollozo:

—Me... pe... gan...

—¡Oh, pobrecillo!—exclamamos todos á la vez poniéndole las manos en la cabeza y los hombros y acariciándole la barba y las mejillas; —¡pobre chico! ¿y quién te pega?

—La... mamá.

—¿Tu madre? —le preguntamos todos admirados—¿pero cómo es eso?

—Por... porque no es mi madre.

Y aquí el pobre muchacho, á fuerza de interrogaciones, nos fué relatando á medida que nosotros completábamos su pensamiento y arrancábamos sus confesiones, que su padre habia muerto hacia tiempo; que no tenía sino madrastra, la cual sólo queria á sus hijos, y no podia verlo, y lo maltrataba, y que no pudiendo sufrir más se habia escapado para venirse con nosotros.

No habia concluido de hablar cuando ya todos le abrumamos con caricias y consuelos.

—Vendrás con nosotros, buen chico; no te preocupes por nada. Tendrás tantos padres como soldados. Te querremos por tu madre y por tu padre y por todos; tranquilízate. Y queriendo se-

renarlo y hacerle reír le añadí: —y á quien te pregunte de quién eres hijo y de dónde has venido, le contestarás que eres hijo del regimiento y que te hemos encontrado en la funda de la bandera: ¿has entendido?

El muchacho sonriendo ligeramente hizo un signo afirmativo.

—Y en el ínterin, proseguí, apenas nos pongamos en camino te vienes conmigo ó con otro de los presentes, é irás á pié mientras te sostengan las piernas; y cuando te canses, nos lo dices, ¿has oído? y haremos que subas en uno de los carros.

El pobre Carletes que no podia creer en tantas demostraciones de benevolencia y creía estar soñando, movía la cabeza en señal de haber comprendido el programa y nos miraba con ojos admirados.

—¿Y ahora como estás?

—¿Estás cansado?

—¿Tienes sed?

—¿Tienes hambre?

—¿Quieres un poco de café?

—¿Un poco de licor?

—¿Oye tú, chico, donde has puesto el frasco del rosoli?—Tómalo.

—Vamos; bebe un sorbo.

—No gracias, no tengo sed,—y rechazaba el frasco con la mano.

—Bebe, bebe, que te sentará bien, te dará fuerzas. Y bebió.

—¿Quieres comer algo? Por ahora no hay más que pan.—¡Eh, tú, linterna, tráele un pedazo de pan!

El soldado que tenía la linterna le presentó un trozo de pan.

—No, gracias... no tengo hambre.

—Come, come; hace mucho tiempo que andas; necesitas vigorizar el estómago.

Dudó un momento; después cogió con las dos manos el pan y empezó á morder por un lado con la avidez de un hambriento.

Nos miramos todos.

—Dí la verdad ¿cuánto tiempo hace que no comes?

—Desde esta mañana temprano.

—¡Oh!

En aquel punto sonó un toque de corneta, y volvimos á emprender la marcha. Pasada media hora, Carletes fué presa del sueño. Le preguntamos si quería acurrucarse en el carro, y repetidamente nos contestaba que no con una insistencia y una tenacidad increíbles. Y sin embargo la prueba de su sueño la teníamos en que de vez en cuando caminaba describiendo un continuado zigzag, yendo á dar con la cabeza en el codo de algun soldado. A veces se paraba quedándose derecho é inmóvil como una estatua, y luego ins-

tintivamente y sin darse cuenta, con los ojos cerrados, proseguía la marcha.

—Eh, Cárlos, ven conmigo—le dije tomándolo de la mano; y lo conduje á la cola de la columna, donde venían los carros, y cambiando una palabra con el cantinero lo hice allí acostar, mientras el pobrecillo continuaba replicándome todavía:

—Pero si no tengo sueño, si no estoy cansado... quiero andar todavía...—Y se durmió con un sueño profundo, murmurando que no tenía sueño y que deseaba andar.

Poco más de una hora seguimos la marcha, deteniéndonos otra vez por espacio de algunos minutos. Apenas sonó la corneta, los soldados de la última compañía que me habían visto conducir á Carletes al carro, rodearon éste. Uno de ellos aproximó una linterna á la cara del chico y los otros se inclinaron para verlo. Seguía durmiendo con la cabeza apoyada en un saco de pan y los ojos y las mejillas aún enrojecidas por las lágrimas.

—¡Qué hermoso chico!—dijo un soldado á media voz.

—Cómo duerme,—murmuró otro.

Un tercero alargó la mano para hacerle una caricia.

—Quita allá, gritaron los demás, déjalo dormir.

Carletes se despertó y en el momento de verse rodeado por aquellas caras tuvo miedo por el



pronto; mas se tranquilizó y sonrió plácidamente.

—¿De quién eres hijo?—le preguntó uno.

Carlos vaciló un instante y despues acordándose de mi consejo contestó muy serio:

—Soy hijo del regimiento.

Todos los soldados se echaron á reir.

—¿Quién te ha conducido con nosotros? ¿Dónde te han encontrado?

Despues de otra vacilacion contestó con la misma seriedad:

—Me han encontrado en la funda de la bandera.

Los soldados lanzaron una gran carcajada.

—Daca la mano, camarada,—gritó un cabo alargándole la diestra.

Carletes cogió la mano que le ofrecían y la estrechó.

—Echa esos cinco,—dijo otro.

—A mí también, y á mí, á mí,—y Carletes dió la mano á todos los presentes.

El último le dijo:

—Por siempre amigos, ¿no es cierto?

Y él repuso gravemente:

—Amigos por toda la vida.

En aquel punto sonó de nuevo la corneta y los soldados se alejaron riendo, y yo que aparecí de repente ante Carletes le pregunté:

—Y bien, ¿qué me dices?

Me miró sonriente y respondiome:

—Los soldados me quieren mucho.

## III.

Llegamos al campo hácia media noche; no recuerdo cuantas millas hicimos desde Pádua, ni en qué punto sobre poco más ó ménos se situaron las tiendas. Alguna aldea había de seguro cerca del campamento; pero por mucho que se mirase no se distinguía punta alguna de campanario ni lejano ni próximo. El cielo ántes nebuloso y oscuro hasta el punto de no distinguirse una estrella, se habia serenado y hecho claro. El prado donde el regimiento plantó las tiendas hallábase iluminado por la luna y circundado por grande y espesa arboleda que le daba sombra oscurísima. Reinaba un silencio y una quietud de cementerio; era un paraje lleno de severa belleza, y mi ánimo de tal modo fué impresionado por el espectáculo, que entré en aquellos lugares como si penetrase en un jardín encantado.

En una hora quedó plantado el campo conduciendo los carros á su puesto y colocando los centinelas; las compañías se ordenaron sin armas

pronto; mas se tranquilizó y sonrió plácidamente.

—¿De quién eres hijo?—le preguntó uno.

Carlos vaciló un instante y despues acordándose de mi consejo contestó muy serio:

—Soy hijo del regimiento.

Todos los soldados se echaron á reir.

—¿Quién te ha conducido con nosotros? ¿Dónde te han encontrado?

Despues de otra vacilacion contestó con la misma seriedad:

—Me han encontrado en la funda de la bandera.

Los soldados lanzaron una gran carcajada.

—Daca la mano, camarada,—gritó un cabo alargándole la diestra.

Carletes cogió la mano que le ofrecían y la estrechó.

—Echa esos cinco,—dijo otro.

—A mí también, y á mí, á mí,—y Carletes dió la mano á todos los presentes.

El último le dijo:

—Por siempre amigos, ¿no es cierto?

Y él repuso gravemente:

—Amigos por toda la vida.

En aquel punto sonó de nuevo la corneta y los soldados se alejaron riendo, y yo que aparecí de repente ante Carletes le pregunté:

—Y bien, ¿qué me dices?

Me miró sonriente y respondiome:

—Los soldados me quieren mucho.

## III.

Llegamos al campo hácia media noche; no recuerdo cuantas millas hicimos desde Pádua, ni en qué punto sobre poco más ó ménos se situaron las tiendas. Alguna aldea había de seguro cerca del campamento; pero por mucho que se mirase no se distinguía punta alguna de campanario ni lejano ni próximo. El cielo ántes nebuloso y oscuro hasta el punto de no distinguirse una estrella, se habia serenado y hecho claro. El prado donde el regimiento plantó las tiendas hallábase iluminado por la luna y circundado por grande y espesa arboleda que le daba sombra oscurísima. Reinaba un silencio y una quietud de cementerio; era un paraje lleno de severa belleza, y mi ánimo de tal modo fué impresionado por el espectáculo, que entré en aquellos lugares como si penetrase en un jardín encantado.

En una hora quedó plantado el campo conduciendo los carros á su puesto y colocando los centinelas; las compañías se ordenaron sin armas

en medio de las respectivas tiendas; los diez y seis furrieles empezaron á pasar lista cada uno enfrente de su compañía, teniendo á un lado á los oficiales y al otro á un soldado que le alumbraba con la linterna, entre tanto Carletes que me lo trajo el vivandero, habia venido á colocarse entre dos tiendas y allí seguia entre atónito y medroso contemplando el espectáculo de un campamento iluminado por la luna.

Aquella muchedumbre de tiendas que blanquea en largas filas hasta perderse en las sombras de los árboles lejanos; aquellos quinientos pabellones de brillantes bayonetas; tanta gente y sin embargo tanto silencio; aquella voz monótona de los furrieles, gradualmente ménos distinta y más débil á medida que están más léjos las compañías; las linternas cuyas lucecillas tambien se debilitan á lo largo de la fila apareciendo la última como un punto; y despues el callar sucesivo de estas voces y el misterioso silencio roto de pronto á un toque de corneta que rompe las filas y derrama rumorosos los grupos de soldados; y bajo las tiendas, en la oscuridad, aquel confuso gritar y aquel afanarse precipitado para arreglar las camas con los capotes, las mantas y los mofrales, hasta que poco á poco en todo el vasto campamento se restablece la quietud, y la corneta de órdenes no vista, impone de léjos silencio con prolongado y casi lamentable sonido... todo esto

es un espectáculo que conmueve. Carletes no habia visto jamás un campamento y permanecia profundamente admirado y casi conmovido. Y verdaderamente hay con que conmoverse á poder ver todo lo que ocurre dentro de aquellas tiendas. Cuántos cabos de vela encendidos secretamente entre dos mochilas, teniendo al lado un pliego de papel ante el cual se inclina una cara donde se revela á un tiempo el cansancio de la larga caminata y el temor de que el oficial de vigilancia advierta que hay luz; y la lucha penosa entablada entre el afecto que prorrumpe impaciente y la palabra que se obstina en no salir á la punta de la pluma...; aquella es la hora y aquel el sitio de los recuerdos melancólicos. Allí, bajo aquellas tiendas, cuando todo calla alrededor, allí se atropellan las imágenes de los padres y de los amigos, vivas y parlantes: querida sobre todas la de las madres que viene á arreglar la almohada bajo la cabeza del hijo rogando en el fondo de su corazon y pidiendo á Dios que no sea aquel el último sueño... ¿quién no ha derramado una lágrima por la noche bajo la tienda y en aquella hora?

—Ven aquí, Carletes.

Vino y le conduje bajo la tienda cónica de mi compañía, donde me habian precedido los otros dos oficiales subalternos (el capitán estaba enfermo), dos de aquellos jóvenes de gran corazon,

que bajo la apariencia de índole dulce y llena de mansedumbre encierran un alma capaz de grandes cosas; de aquellos bravos soldados que pasan ignorados y sin ser notados en la mayor parte de las coyunturas de la vida ordinaria, y que se agigantan de pronto en la vida del combate revelándose héroes y haciendo decir á la gente, ¡quién lo habría dicho!; gente, en fin, de esas que aman la vida sólo porque cuando ocurre, se la puede sacrificar á un buen fin.

La tienda estaba iluminada por una bujía clavada en el suelo, y mis dos amigos se sentaron uno enfrente de otro con las piernas cruzadas sobre un monton de broza que nuestros ordenanzas habian cogido precipitadamente en una escapada al campo. Apenas entramos nos sentamos tambien y se empezó á charlar. Carletes tenía la vista baja y apenas cuando se le interrogaba osaba levantar los ojos para volver á clavarlos en tierra. Todavía se le veían los ojos hinchados por el llanto, y le temblaban las manos y la voz, sin saber cómo mover ó tener quietas aquellas, mientras la palabra le salía ronca y flaca y hasta el punto de dar compasion el escucharlo: el pobre chico se hallaba embarazado y confuso como si fuera un culpable. A fuerza de interrogarlo y rogarle que tuviese ánimos para hablar, desatamos los nudos de aquella lengua consiguiendo arrancarle de la boca declaraciones relativas á su

familia. Despues poco á poco cobró alientos y se animó en la conversacion confortado por los actos de sentimiento y de conmiseracion con que acogíamos sus frases, llegando á encontrarnos pendientes de sus labios admirados y conmovidos.

—No es mi madre, decia, por eso no me quiere bien. La otra, que era mi madre verdadera y que murió, me quería mucho; pero ésta que tengo ahora... es lo mismo que si no estuviese yo en casa; me da de comer, eso sí, y tambien de dormir; pero no me mira casi nunca, y cuando me habla, me habla siempre como si fuese un... como si yo hubiese hecho algo malo; y yo no hago nunca nada malo, ni á ninguno hago mal, y todos pueden decirlo, y los vecinos de la casa me quieren más que ella...; los otros dos muchachos que son más pequeños que yo, ¡oh! aquellos no hay ocasion en que les haga llorar. Están siempre bien vestidos, mientras que yo parezco uno de esos que van á pedir limosna...

—Pobrecillo, le dijo uno de mis amigos, acañiciándole.

—Y además, ella no me conducia nunca á paseo con los otros dos. Algunas veces me dejaba encerrado en casa solo, en las noches de los domingos, que se ve pasar tanta gente por la calle, y yo me estaba en la ventana esperando que volviesen, y ellos no volvían nunca y yo me dormia con la cabeza en el antepecho de la ventana.

Después cuando volvían, me reñía; yo me había quedado encerrado en casa y ellos habían ido al teatro ó al café, y los otros dos muchachos me lo venían á contar á mí;— hemos estado en el teatro ó en el café ¡y tú no, y tú no!—y después me hacían burla para que yo me enrabiasé, y si me echaba á llorar se burlaban más y más y la mamá no decía nada. Y á mí aquellas cosas me disgustaban, porque yo no les hacía nunca nada y siempre que uno ú otro venía á molestarme me daban ganas de darles un...; pero me contenía siempre, y tenía paciencia. Cuando la mamá, después que habíamos comido me hacía quitar los platos, mientras los quitaba, los chicos me decían:—¡fregona, fregona!—¡Oh, Dios mío! si me hubiesen pegado un puñetazo en la cabeza no me hubiera dolido tanto como que me dijeran esas palabras... Una vez, la noche de un día de fiesta, volvió la mamá á casa tarde, muy tarde y traía la cara muy encarnada y los ojos muy relucientes, y hablaba y reía con los otros á voces, y se pusieron los tres á cenar y la mamá se bebió toda la botella del vino. Y cuando hubieron acabado, me llamó, me dió todos los platos sucios y me dijo, toma, llévate esto á la cocina, fullero, que ese es tu oficio. Y me dió un puntapié y se echaron á reír los tres. Yo no dije nada, pero cuando me fuí á la cocina, dejé los platos, me senté en una silla y me estuve allí llorando en la oscuridad

hasta que se fueron á dormir. Si no hubiera sido por Juanilla, una jóven vecina nuestra, sastra, que me quería mucho, siempre hubiese estado derrotado y en cueros...

—Pobre chico, repitió mi amigo. Y le preguntó cómo se había decidido á huir.

—Al principio—respondió—quise escaparme con una compañía de charlatanes de esos que hacen juegos de manos y que cuando encuentran chicos de esos que nadie los quiere se los llevan consigo; pero después me dijeron que para algunos juegos y ejercicios de volatines necesitan los charlatanes dislocar los huesos de las espaldas á los chicos y que es preciso tenerlos dislocados desde pequeños, y yo ya era demasiado grande y por eso no me he escapado. La mamá entre tanto continuaba tratándome mal y dándome poco de comer. Pero un día empezaron á pasar los soldados de Italia y toda la gente festejaba á aquellos soldados y los muchachos los acompañaban fueran del pueblo y algunos iban con ellos hasta muy lejos; y yo he sabido que dos ó tres se habían escapado de su casa y habían estado con la tropa algunos días, y después han vuelto á casa y decían que habían comido el pan de munición y dormido bajo las tiendas. Entonces pensé yo en seguida escaparme con ellos. Probé dos ó tres veces, pero cuando oscurecía me daba miedo y me volvía á casa. Pero ayer por la ma-

nana mi madre me pegó con un baston y me hizo mucho daño; miren ustedes aquí las señales en las manos y tambien en la cara, y todo porque le había contestado á uno de los chicos que se burlaba de mí diciendo que tengo los zapatos que parecen barcas, diciéndole:—¿Sí? pues revienta;—y entónces no me dieron ni un pedazo de pan en todo el dia y por la tarde me dejaron solo en la casa. Yo estaba en la ventana con las lágrimas en los ojos y desesperado, cuando de pronto he oido la música del regimiento, he salido en seguida y al ver que eran soldados del Rey que hay ahora, de ese que ha venido á libertarnos, me he metido entre ellos y no los dejaré nunca más... Despues V. me habló...—y me miraba.— Despues me han dicho que no tenga miedo y me han dado de comer... yo tenía un hambre... y me dijeron que si yo queria estaria siempre con ellos... pero yo no quiero estar aquí como un pobre, comiendo pan sin trabajar... limpiaré la ropa...—y me tocaba el uniforme—traeré de beber, iré á buscar la paja para dor...

Alzó los ojos é hizo un acto de sorpresa, quedándose atónito al mirar que lo mirábamos. Uno de mis amigos le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su pecho murmurando:—¡pobre muchacho!

Y estuvieron así los dos inmóviles, por un buen rato.

## IV.

Al despuntar el día y ántes que sonase el toque de diana, sentimos el ruido de una lluvia espesísima y un violento trueno. Saqué la cabeza el primero fuera de la tienda y no se veía en el campo, excepcion hecha del centinela, alma viva; pero todos ó casi todos los soldados estaban ya despiertos. Con efecto, al fulgar cada relámpago resonaba por todo el campamento un agudísimo y prolongado *rrrr* como hacen los saltimbanquis para anunciar la aparicion y desaparicion del diablo y á cada trueno otro fragoroso y prolongado grito con que imitaban los soldados el ruido de la tormenta.

De allí á poco se tocó diana y el capitán de guardia llamó á los oficiales de semana para comunicarles la órden de que á las tres horas emprenderíamos la marcha. Este anuncio me hizo pensar inmediatamente en Carlos. Yo no me había aún dado cuenta ni preguntado á mí mismo lo que íbamos hacer con aquel muchacho. ¡El hijo

nana mi madre me pegó con un baston y me hizo mucho daño; miren ustedes aquí las señales en las manos y tambien en la cara, y todo porque le había contestado á uno de los chicos que se burlaba de mí diciendo que tengo los zapatos que parecen barcas, diciéndole:—¿Sí? pues revienta;—y entónces no me dieron ni un pedazo de pan en todo el dia y por la tarde me dejaron solo en la casa. Yo estaba en la ventana con las lágrimas en los ojos y desesperado, cuando de pronto he oido la música del regimiento, he salido en seguida y al ver que eran soldados del Rey que hay ahora, de ese que ha venido á libertarnos, me he metido entre ellos y no los dejaré nunca más... Despues V. me habló...—y me miraba.— Despues me han dicho que no tenga miedo y me han dado de comer... yo tenía un hambre... y me dijeron que si yo queria estaria siempre con ellos... pero yo no quiero estar aquí como un pobre, comiendo pan sin trabajar... limpiaré la ropa...—y me tocaba el uniforme—traeré de beber, iré á buscar la paja para dor...

Alzó los ojos é hizo un acto de sorpresa, quedándose atónito al mirar que lo mirábamos. Uno de mis amigos le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su pecho murmurando:—¡pobre muchacho!

Y estuvieron así los dos inmóviles, por un buen rato.

## IV.

Al despuntar el día y ántes que sonase el toque de diana, sentimos el ruido de una lluvia espesísima y un violento trueno. Saqué la cabeza el primero fuera de la tienda y no se veía en el campo, excepcion hecha del centinela, alma viva; pero todos ó casi todos los soldados estaban ya despiertos. Con efecto, al fulgar cada relámpago resonaba por todo el campamento un agudísimo y prolongado *rrrr* como hacen los saltimbanquis para anunciar la aparicion y desaparicion del diablo y á cada trueno otro fragoroso y prolongado grito con que imitaban los soldados el ruido de la tormenta.

De allí á poco se tocó diana y el capitán de guardia llamó á los oficiales de semana para comunicales la órden de que á las tres horas entenderíamos la marcha. Este anuncio me hizo pensar inmediatamente en Carlos. Yo no me había aún dado cuenta ni preguntado á mí mismo lo que íbamos hacer con aquel muchacho. ¡El hijo

del regimiento! Son dos hermosas palabras que se dicen pronto; mas ¿teníamos nosotros el derecho de retenerlo lejos de casa? ¿Y quién era capaz de echarse encima tamaña responsabilidad, si es que alguno había pensado en aceptarla? Hablé con los amigos y todos convinieron en que era forzoso enviar de nuevo á Carletes, escribiendo al alcalde de Pádua por medio de la autoridad del pueblo más próximo. Era una decision dolorosa, ¡pero cómo no llevarla á cabo! Quedábame sin embargo una esperanza: que no respondiesen de Pádua. Y por otra parte ¿y si la madrastra no queria recibir al hijastro? La comision de escribir á Pádua la acepté yo mismo, aunque de mala gana, y escribí; mas el otro encargo de conducir á Carletes al próximo pueblo entregándolo á las autoridades, este no quise aceptarlo. Que piensen los demás, dije para mí; yo ya he hecho lo que me concernía. Y rogué á mis amigos uno por uno para que llevasen á cabo lo que faltaba.—Qué tengo yo que ver, me fueron respondiendo sucesivamente.—¿Y yo? preguntaba á mi vez.—Y bien, quiere decir que ninguno de los dos. Y el diálogo concluía así.

Volví á la tienda descorazonado.

—Carletes.

—Que quiere V., señor oficial.

—Es preciso que vengas conmigo hasta el pueblo próximo, que está á cuatro pasos.

Una sospecha repentina cruzó por su mente; se puso serio, serio y se quedó mirándome. Yo no habia sabido disimular mis intenciones ni con el tono de la voz ni en la expresion de la fisonomía; me volví de otro lado y fingí que buscaba algo en mi bolsa de viaje.

—Quieren mandarme á casa—exclamó de repente y rompió á llorar desesperado, hincándose de rodillas delante de mí y empezó á aferrarme por las manos, por las piernas, y principió á decir con vivísimo ímpetu de pasion:—no, no señor oficial, que no me manden á casa; por piedad, por piedad se lo pido; yo no puedo volver á casa, yo quiero mejor morir; llévenme ustedes con el regimiento, ocúpenme en todo lo que quieran, haré todo lo que sea preciso y yo me buscaré la comida; no piensen ustedes en eso... pero por compasion, señor oficial, por amor de Dios no me hagan volver á casa...

Yo sentía destrozárseme el corazon; y me contuve un instante y despues exclamé:—Ea, bueno, bueno, tranquilízate Carlos, no llores, no tengas miedo que no te mandamos á tu casa, seguirás con nosotros, siempre con nosotros y te querremos siempre... te lo prometo; puedes estar seguro, pero no llores más, pobrecillo, no llores...

Poco á poco se tranquilizó.

—Está visto que no he nacido, dije para mí, saliendo de la tienda, para hacer el papel de tí-



rano. No hay remedio, esperemos la respuesta de Pádua y despues... despues veremos lo que se ha de hacer.

Dos dias más tarde acampamos cerca de Mestre donde permanecemos casi un mes hasta la estipulacion del último armisticio; es decir hasta cuando volvimos atrás hacia Ferrara.

Pasaron cinco dias, pasaron siete, pasaron diez y la respuesta de Pádua sin venir. Escribimos de nuevo, esperamos cinco, siete, diez dias inútilmente.—¡Qué bueno que su hubieran perdido las cartas! pensaba. ¿Y si las han recibido, y ocupados en asuntos de mayor importancia no se han dado por entendidos? ¿Será acaso que habiéndose cundido la voz, la madrastra aunque reconociendo por los antecedentes que el muchacho en cuestion era el suyo, ha hecho sin embargo oidos de mercader, satisfecha de que el ejército libertador la haya librado tambien de un huésped inoportuno? ¡Ah! esto es más que probable. Es casi seguro. Y con esta certidumbre no se volvió á escribir ni á Pádua ni á parte alguna. Y además ¿cómo era posible escribir cuando no pudimos conseguir de Carletes ni por las buenas ni por las malas, que dijese su apellido, ni el nombre de su madrastra, ni las señas de su casa, ni el oficio y condicion de la familia, ni ningún indicio de ninguna especie por el cual se pudiese venir en conocimiento de lo que se deseaba?

## V.

Carlos continuó con nosotros. Se proveyó á renovarle los vestidos, porque los suyos destrozados de antemano se le caían á pedazos despues de los dos ó tres dias de marcha. Un sombrerillo de paja, una chaquetilla, unos calzones de hilo, una corbata encarnada, dos zapatitos que venian bien á sus diminutos piés, fué el traje que le presentamos y se volvió loco de alegría el pobre muchacho; se puso encarnado, volvió la cabeza casi con la sospecha de que se le quería dar una broma, rechazó con el codo el inesperado regalo y por último clavó la barba en el pecho. Pero cuando vió que empezábamos á incomodarnos de su tenaz incredulidad y nos preparábamos á marcharnos diciendo:—vestiremos á otro chico, alzó entónces la cabeza, dió un paso hacia nosotros y alargando el brazo exclamó con voz insegura:—no, no;—pero se avergonzó pronto de la súplica, inclinó de nuevo la cerviz y permaneció inmóvil con los ojos bajos y llenos de lágrimas.

Cuando despues se puso la ropa se quedó tan embarazado que no sabia ni andar, ni accionar, ni hablar.

—¡Caramba, Carletes—le decian los soldados abriéndole paso cuando atravesaba furtivamente entre ellos;—caramba qué lujo!—y él se ponía encarnado como la grana y salía corriendo.

Pero al cabo de una semana se avisó haciéndose desenvuelto y atrevido como un tamborcillo; se hizo amigo de todos los soldados de nuestra compañía y de gran parte de los de las otras y de todos los oficiales del regimiento; y de entónces y en adelante emprendió una vida continuamente laboriosa y útil para él y para nosotros.

Dormía bajo nuestra tienda. Por la mañana al primer redoble de tambor se levantaba y desaparecía; no estábamos enteramente despiertos cuando ya habia vuelto de la cocina de nuestro batallón con el rom y el café y:—Señor oficial, decia con aquella vocecilla respetuosa, es hora...—Hora de qué, contestábamos con voz áspera restregándonos los ojos.—Hora de que se levanten.—Ah, ¿eres tú, Carletes? toca esos cinco.—Y se quedaba con aquel apretón de manos contento para todo el día.

Competía con nuestros ordenanzas en querer cepillar la ropa, limpiar los sables, los botones y los zapatos, y lavar la ropa blanca; queria hacerlo todo y rogaba humildemente á los soldados

que le dejasen hacer algo, diciéndoles que lo haría con mucho gusto, que procuraria hacerlo bien y que necesitaba aprender á toda costa. Algunas veces nos veíamos obligados á quitarle los objetos de las manos y á decirle con cierta severidad:—haz lo que se te diga y no trates de hacer más.—Y era preciso mostrarse rigurosos con él porque no podíamos permitir que trabajase tanto, sirviéndonos de criado. ¡Pobre chico! ¿lo habíamos acaso conducido con nosotros para colocarlo en en tal condicion?

Tenía un gran recelo de que poco á poco le aborreciésemos, por más que no hacíamos sino colmarlo de caricias y rodearlo de cuidados y atenciones; le parecia que no trabajando acabaria por sernos gravoso é inútil, y así se esforzaba por demostrarnos que servía para algo ó que cuando ménos no le faltaba buen deseo. El temor de parecernos importuno tambien le asaltaba de vez en cuando y se ponía triste. Miéntas comía con nosotros sentado en el suelo alrededor de un mantel extendido sobre la hierba, al advertir de pronto que lo mirábamos se avergonzaba de comer, se ruborizaba, y bajaba los ojos y tomaba pedacitos pequeños sin atreverse á llenar el vaso si nosotros no le escanciábamos durante la comida. Bajo la tienda miéntas se reconciliaba el sueño saltaba á veces de repente de su cama, avergonzándose de ocupar tanto espacio y de

dormir sobre tanta paja; y entónces mermaba su lecho por todos lados, añadiendo á los de los demás y reservándose una pequeña parte para sí, donde se acurrucaba más tranquilo y pegando con la tela de la tienda.

No se me pasaba, sin embargo, inadvertido ninguno de estos actos suyos, ninguno de sus pensamientos y me apresuraba siempre á disipar su vergüenza, apostrofándolo alegremente y con esas caricias que indican con pocas palabras la protección que uno presta y que tanto animan al que las recibe. ¡Oh, qué placida y amorosa compasion sentia en el fondo de mi alma por aquellos rubores delicados! Pobre Carlos, pensaba yo, cuando ardiendo todavía la luz bajo la tienda lo veia dormir envuelto en mi capote y con la cara escondida por mitad dentro de la gorra de cuartel de algun soldado, ¡pobre Carlos! porque no tenías madre te creias solo sobre el haz de la tierra sin imaginar que alguien te pudiese querer bien. No, Carlos; para los niños sin madre y sin padre están los soldados; ellos no tienen más que un pedazo de pan en el bolsillo; pero en cambio encierran muchos tesoros de afecto en el corazon, y dispensan generosamente el afecto y el pan á quien tiene necesidad de una u otra cosa. Duerme tranquilo, Carlos, sueña con tu madre; que ella seguramente te mira desde allá arriba y está contenta de verte entre nosotros, porque

sabe que debajo de nuestros bastos capotes late un corazon tan cariñoso como el suyo!

De día estaba continuamente ocupado. Iba fuera del campamento á coger agua para los soldados cuando estaba prohibido salir; y allá se le veia dar vueltas por las tiendas cargado de cantimploras y de gamellas, rojo como un tomate, sudando y acompañado de un grupo que lo ase-diaba rodeándolo y sin darle respiro.

—Carletes, mi gamella;—mi cantimplora;—la mia primero;—no, la mia, que te la he dado ántes;—sí, no,—y él les hacia señales de que se aquietasen y cejaba para evitar los empellones:—Uno á uno como gente formal; hacedme el favor, dejadme en paz; poco á poco. Y puestos en el suelo todos los objetos que traia se enjugaba la frente y tomaba alientos, que bien lo necesitaba.

De cuando en cuando algun soldado lo buscaba para que le escribiese una carta á su casa, ó para que le leyese y explicase otra recibida. Este favor lo desempeñaba con mucha gravedad. Se quedaba un momento como meditando y despues decia muy serio:—Veamos.—Sentábanse, y despues de haber discutido mucho ambos con el dedo índice señalando al papel escrito ó en qué habia de escribirse, Carletes se remangaba las mangas de la chaqueta y ponía manos á la obra arrugando el entrecejo, apretando los labios y exhalando un

sonido inarticulado que equivalía á:— ¡es un asunto importante; pero lo desempeñaré lo mejor que pueda!

Ayudaba á unos y otros á arreglar las tiendas, dándose mucho arte para atar las cuerdas y clavar en el suelo las estacas, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida.

Cuando se hacia el ejercicio se colocaba en un extremo del campo, y permanecía allí mirando extático cuanto tiempo duraban las maniobras. Cuando todo el regimiento en fila ejecutaba el manejo de las armas, aquel pobre muchacho se ponía nervioso. Aquel golpe en tierra de mil quinientos fusiles á la vez como si fuera uno solo; aquel largo y agudo retintín de mil quinientas bayonetas caladas ó quitadas para volverlas á la vaina en un momento; aquel poderoso gritar de las voces de mando, y aquel profundo silencio de las filas y todas aquellas caras inmóviles como estatuas; el espectáculo de todas estas novedades, lo llenaba de entusiasmo y le daba una inquietud y un deseo de agitarse, gritar, correr, saltar, y todo esto lo verificaba siempre tan pronto como el regimiento rompía filas; pero nunca ántes. Antes se contentaba con adoptar actitudes heroicas y mirarnos con la cabeza alta y la vista fiera, sin darse cuenta de que se le observaba; secundaba inconscientemente con los movimientos y con los gestos todas las actitudes de la tropa y de los

jefes de igual manera que, cuando uno oye contar alguna narracion interesante, y expresamos con los movimientos del rostro los afectos que las cosas relatadas causan en nosotros.

Cuando escuchaba la música del regimiento, parecía loco.

Aquellas noches que cualquiera de nosotros debía ir á las avanzadas, se mostraba de un humor ménos alegre que el habitual.— Buenas noches, señor oficial, nos decia dedicándonos una larga mirada al partir; y cuando salíamos de la tienda, se nos quedaba mirando hasta tanto que habíamos desaparecido.

Estos modos tan afectuosos y tan espontáneamente usados con todos los soldados y oficiales, hacia que lo amasen del primero al último todos. Cuando pasaba por entre las tiendas de una compañía cualquiera, era un llamarlo de todas partes, un alargar los brazos para detenerlo, un levantarse y correr detrás de él de los soldados con las cartas en la mano, que era cosa digna de verse.— Carletes, un momento, un instante sólo, una palabra únicamente, tan sólo una palabra.— A los oficiales los saludaba militarmente y con expresion de más ó ménos profundo respeto, segun los grados, que habia aprendido á distinguir desde los primeros dias. Tenía gran miedo al coronel. Cuando lo veía de léjos, ó echaba á correr ó se acurrucaba en una tienda; el por qué no

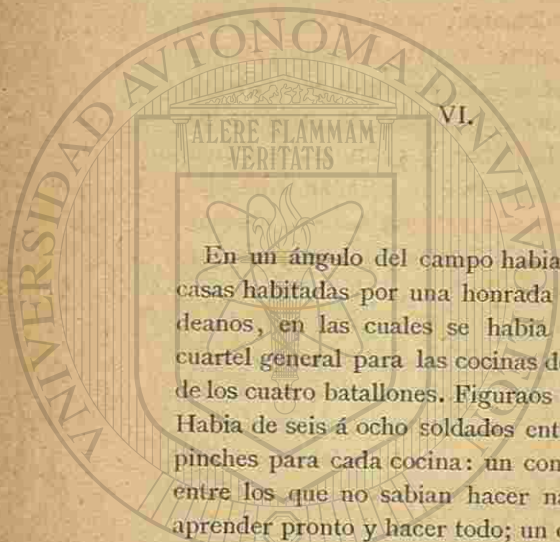
lo sabía ni él mismo. Pero un día mientras estaba hablando con dos ó tres soldados cerca de la tienda del ayudante se presentó de pronto el coronel. Tembló de piés á cabeza; no tenía tiempo para esconderse, era preciso mirarlo frente á frente y saludarlo; alzó los ojos con timidez y se llevó la mano al sombrero. El coronel lo miró, le pasó la mano por bajo de la barba y le dijo al salir:—Adios, buen chico.—Cárlos estuvo á punto de volverse loco. Voló instantáneamente á buscarnos y anhelante y balbuceando nos contó lo que le había ocurrido.

Cosa extraña en un muchacho de su edad: no abusó jamás de nosotros ni se tomó la más mínima libertad ni familiaridad con quien trataba. Siempre fué dócil, humilde, respetuoso, lo mismo que el primer día que lo recogimos en el camino. Y de aquel afortunado día solía él hablarnos, no sin que brillase en sus ojos alguna lágrima. Tenía también sus horas melancólicas, especialmente en los días de lluvia cuando todos los soldados se encierran en las tiendas y el campo queda silencioso y desierto. En aquellas horas se sentaba bajo la tienda con la cara hácia la puerta y los ojos fijos en la tierra removida de la entrada, como si contase las gotas de agua que caían dentro.

—Cárlos, en qué piensas, le preguntaba.

—¿Yo? en nada.

—No es verdad, ven aquí, pobre Carletes, ven aquí á mi lado; no soy uno de tantos de los que te quieren, si no que te quiero más que todos juntos. Siéntate aquí á mi lado, y vamos á charlar echando fuera del pecho las tristezas.—Él lloraba... pero estas melancolías se desvanecían pronto.



En un ángulo del campo había dos pequeñas casas habitadas por una honrada familia de aldeanos, en las cuales se había establecido el cuartel general para las cocinas de la oficialidad de los cuatro batallones. Figuraos qué confusión. Había de seis á ocho soldados entre cocineros y pinches para cada cocina: un continuo pelearse entre los que no sabían hacer nada y querían aprender pronto y hacer todo; un continuo duelo entre los otros que rivalizaban para llegar á ser pronto grandes cocineros; un continuo ir y venir de ordenanzas que iban á recoger la comida para los oficiales de la vanguardia, y un montón de aldeanos, de vendedores y de chiquillos de las comarcas circunvecinas: ¡una babilonia!

En uno de aquellos cuartuchos de la casa, se recogió á Carlos cuando le dieron las fiebres, las cuales hacía días castigaban al regimiento de tal manera, que diariamente enfermaban tres, cinco y siete soldados por compañía. Carletes las tuvo

tan fuertes, que se temió su muerte. El médico del regimiento lo curó con una solicitud que excede á toda ponderación; todos nosotros lo asistimos con un cuidado verdaderamente paternal.

Entre las tiendas y la puerta de su cuarto, se estableció un incesante cordón de soldados que iban y venían. Entraban de puntillas, se acercaban despacio á su cama, le miraban á los ojos, que él movía graves y entornados ó que los mantenía inmóviles por largo espacio sobre la cara de las personas sin dar señales de conocerlas; lo llamaban por su nombre, le tocaban la frente, se hacían unos á otros ciertos signos para comunicarse las particulares impresiones sobre el estado del pequeño enfermo, después se alejaban silenciosamente, se paraban en el dintel de la puerta para mirarlo todavía y salían moviendo la cabeza en ademán de decir:—pobrecillo.

—Carletes, cómo estás, le pregunté un día cuando empezaba á mejorarse.

—Me duele... respondió, y dejó la respuesta sin concluir.

—¿Qué te duele?

—No puedo...

—Pero ¿qué no puedes?

—Hacer nada. Y bajó los ojos y me miró los zapatos y los pantalones, y añadió:—...hacen todo los demás...

Quería aludir á los ordenanzas que limpiaban

nuestra ropa ellos solos sin que él los pudiese ayudar.

—Y yo estoy aquí...—dijo todavía con voz llorosa...—estoy aquí... sin hacer nada... sirviendo de incomodidad... Quiero...—é hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse en la cama; no lo consiguió y volvió á caer con la cabeza sobre la almohada y se echó á llorar.

—¡Oh, qué hermoso corazón!—exclamé, y dije é hice cuanto supe por consolarlo.

## VII.

—¿Cómo se hacen las retiradas en los dias de batalla? ¿Es cierto que los soldados no marchan en sus puestos y anda cada uno por donde le parece?

Esta pregunta la dirigía Carlos una noche á uno de aquellos oficiales de mi compañía, que sentado junto á su cama, lo entretenía con aquellos cuentos fantásticos de guerras y batallas que se suelen narrar á los chiquillos. El interrogado sonrió pensando sin duda cuánto encerraria tal pregunta de sutil y de burlona si no la hubiese formulado un chico de aquella edad, y que hasta se podria tomar por sarcástica si no la hubiese hecho un amigo.

Y sonrieron tambien otras dos personas que se encontraban allí, al lado del enfermo; una era un concejal de un pueblo vecino, y la otra el propietario de aquellos mismos terrenos que ocupaba nuestro regimiento; dos hombrecillos de edad mediana, muy joviales, regordetes, muy

nuestra ropa ellos solos sin que él los pudiese ayudar.

—Y yo estoy aquí...—dijo todavía con voz llorosa...—estoy aquí... sin hacer nada... sirviendo de incomodidad... Quiero...—é hizo un esfuerzo para levantarse y sentarse en la cama; no lo consiguió y volvió á caer con la cabeza sobre la almohada y se echó á llorar.

—¡Oh, qué hermoso corazón!—exclamé, y dije é hice cuanto supe por consolarlo.

## VII.

—¿Cómo se hacen las retiradas en los dias de batalla? ¿Es cierto que los soldados no marchan en sus puestos y anda cada uno por donde le parece?

Esta pregunta la dirigía Carlos una noche á uno de aquellos oficiales de mi compañía, que sentado junto á su cama, lo entretenía con aquellos cuentos fantásticos de guerras y batallas que se suelen narrar á los chiquillos. El interrogado sonrió pensando sin duda cuánto encerraria tal pregunta de sutil y de burlona si no la hubiese formulado un chico de aquella edad, y que hasta se podria tomar por sarcástica si no la hubiese hecho un amigo.

Y sonrieron tambien otras dos personas que se encontraban allí, al lado del enfermo; una era un concejal de un pueblo vecino, y la otra el propietario de aquellos mismos terrenos que ocupaba nuestro regimiento; dos hombrecillos de edad mediana, muy joviales, regordetes, muy



entusiastas de la causa italiana, por supuesto, que acostumbraban venir por las noches allí para charlar con los *valientes* oficiales del ejército; gente de campo, á la buena de Dios, cuya buena fe se le leía en la cara y que ántes de despedirse diariamente no dejaban nunca de repetir con mucho énfasis, que con soldados como los nuestros se podía tomar á la bayoneta en un solo asalto la fortaleza más inexpugnable.

—La cosa no sería tan fácil como les parece, decíamos nosotros.

—¡Oh! respondían sonriendo con aire de incredulidad, el empuje del soldado italiano... y concluían la frase con un gesto que equivalía á un: ¡bah, bah! puede hacer milagros.

—Conque ¿cómo se llevan á cabo las retiradas? preguntó á su vez el oficial interrogado. Es una pregunta un poco...

—Vaga... repuso el concejal.

—Precisamente.

Carletes calló y se puso á pensar en qué otra cosa preguntaría. Entre tanto el concejal, que habia estado meditando un momento, añadió:

—Y sin embargo debe ser, bien pensado, un doloroso espectáculo el de las retiradas.

Y calló, esperando una contestación.

—Escuchen ustedes, replicó el oficial contrayendo la fisonomía como aquel que se prepara á recoger sus ideas.

Los otros dos, presintiendo un discurso largo, aproximaron sus sillas á la de mi amigo y compusieron su cara como para no perder detalle de lo que iban á escuchar.

—Escuchen ustedes,—repitió el oficial con voz vibrante:—hay un dolor, que comparado con él, la muerte de nuestras personas más queridas, comparado con él, la pérdida de nuestras más bellas esperanzas, los más inesperados y fieros engaños de la vida, todo ello no es sino tristeza pasajera, ligera turbacion, nada en fin; y este dolor es el que oprime el alma la tarde de una retirada... Por la mañana, felices, ébrios de alegría, ardiendo en un entusiasmo que nos arrancaba las lágrimas y nos hacía prorumpir en gritos de locura, impacientes en la batalla, seguros de la victoria...; y pocas horas despues... hé aquí que aquel ejército tan fresco y jóven que rebosaba lozanía, tan lleno de vida, tan fuerte de ardimiento y de fe, aquel ejército idolatrado por la patria, fruto de tantos sacrificios, objeto de tantos cuidados, asunto de tantos temores y de tantas esperanzas: hélo ahí pocas horas despues, vencido, desordenado y esparcido por el campo, volviendo á deshacer tristemente el camino recorrido por la mañana con aire de vencedor... ¡Ah! es un espectáculo que destroza el alma, que aterra, que anonada; es dolor que no hay palabra humana con que significarlo.—¿Quién nos

devolverá, nos preguntábamos desoladamente á nosotros mismos? ¿Quién nos devolverá nuestros ánimos de esta mañana, nuestro orgullo, nuestra fe, nuestra fuerza? ¿Quién volverá á traernos á los ojos aquellas lágrimas de entusiasmo? ¿Quién volverá á levantar el edificio sobre estas dolorosas ruinas? ¿Y qué dirá el país?... ¡Oh, la nación!—El pensamiento permanecía aterrado; nos parecía oír los gritos y los aplausos con los cuales el pueblo en las ciudades, nos había acompañado hasta las puertas, y aquellos aplausos y aquellos gritos bajaban hasta nuestro corazón, sacudiéndolo dolorosa y terriblemente.—¡Oh, callad, decíamos para nosotros mismos, callad, somos soldados y nuestro pobre corazón se destroza!...

Siguió un minuto de silencio. El concejal deslizó en voz muy baja:

—¡Y qué desconcierto habrá habido aquella tarde...

El oficial respondió con un movimiento de cabeza. Otro minuto de silencio.

—¿Y su división?—interrogó con mucha dulzura el dueño de la casa, —¿á qué hora sobre poco más ó menos, empezó á retirarse?

El acento de la pregunta y el gesto de la cara, expresaban abiertamente su vivo deseo de saber cómo habían ocurrido las cosas, en realidad, y no como las dijeron y describieron los periódicos.

cos. El oficial comprendió la intención, y como era un orador de gran facundia, empezó de la siguiente manera:

—Si la memoria no me es infiel, mi división empezó á retirarse del campo poco después de la caída de la tarde. Los diversos cuerpos llegaban precipitadamente de las distintas partes de la campiña sobre el camino que conduce á Villafranca; aquí las filas se deshacían, los regimientos se mezclaban, toda apariencia de orden se desvanecía, y una turba tumultuosa se derramaba á la carrera en dirección hacia la ciudad, anegando rápidamente la calle principal, y la plaza, y los callejones, y los patios de la mayoría de las casas. Ardiendo por la larga y contenida sed, una gran parte de los soldados se lanzó á los pozos con avidez rabiosa y con ciertos gritos de salvaje alegría que daban espanto. Diez, veinte, treinta, los primeros con el vientre pegado al brocal, los otros con el pecho sobre la espalda de los primeros, se amontonaban alrededor de un pozo, sin tocar con los pies á tierra, á riesgo de caer dentro de cabeza, y se disputaban con manos convulsas el cubo, la cuerda, rechazándose á codazos y amenazándose con echar mano á las bayonetas y dirigiéndose al oído imprecaciones y blasfemias; hasta que el caldero sacado por diez brazos vigorosos empezaba á verse brillar y entonces las iras y los gritos y las sacudidas se re-

doblaban, todos los brazos se extendían para atraerlo, y por último, veinte manos lo aferraban, diez bocas hirvientes clavaban en su borde los quemados labios, y entre tirones y sacudidas más agua se derramaba que se bebía y más agua llenaba la cara y los trajes que satisficiera las ardorosas entrañas. ¿Quién ha bebido? ninguno. Y así se repetía la operación...

Tomado un momento de respiro, prosiguió:

—La mayor parte de los soldados se habían distribuido por el país; algunos batallones según las órdenes que recibieron no habían acabado de entrar en Villafranca cuando ya habían emprendido el camino de Goito á través de los campos; así es que no quedaba de los cuerpos, se puede decir, sino el núcleo; el coronel, el abanderado, gran parte de los oficiales y pocos soldados; bandas de música, ninguna. La muchedumbre que llenaba las calles, lanzaba gritos ensordecedores, llamándose en alta voz unos á otros y tropezando sin cesar; los oficiales corrían de uno á otro lado para obligar á los soldados á reunirse y dirigirlos alrededor de la bandera, corriendo los ayudantes de campo á caballo llevando y trayendo órdenes; en el centro de la plaza se agrupaban precipitadamente coroneles y oficiales de Estado Mayor, interrogándose con ansia y revocando órdenes; todos anhelantes, con el rostro encendido; las miradas, los actos y los acentos impregnados de

una profunda consternación: ¡Ah! era un espectáculo desolador. Por último, como Dios quiso, seguido por una veintena de soldados que debieron desfilar uno á uno entre los carros y las casas, salió fuera, á campo abierto, al camino que conduce á Goito. Encontré mi batallón reducido á un puñado de doscientos soldados y con ellos proseguí la marcha. Poco á poco cerró la noche; no se veían los dedos de la mano; el camino estaba lleno de carros de artillería y de provisiones que se paraban á cada paso, así es que había necesidad de tener mucho cuidado para no ir sufriendo contusiones por todas partes ó rompiéndose la cabeza contra tales obstáculos; á derecha é izquierda se tropezaba á cada instante con pedazos de ruedas y carros volcados, viéndose por el suelo montones de municiones de guerra y boca. De trecho en trecho, el carretoncillo de un vivandero con su lucecilla, parado y rodeado de soldados impedía el paso á los que iban llegando. A cada momento, un comandante ú oficial de Estado Mayor, que lo atropellaba á uno cuando ménos se lo pensaba; y á lo mejor le saltaban á uno los ojos con el cañón de un fusil los que iban y venían arremolinados. Denso polvo cegaba la vista y ahogaba las frases, sin poder mirar ni respirar; la tropa increpaba á los bagajeros ignorantes que desconocían, como era natural, la manera de moverse entre tanto y tamaño laberinto. Inútil-

mente se esforzaban los subalternos por reunir los pelotones y cuartas de sus respectivas compañías; los soldados se salían de la carretera para desparramarse en el campo ó tornaban del campo á la carretera llenando los fosos laterales en sin igual desórden: un ruido, en fin, una confusion, un trastorno indescriptible era aquello, que no hay voz humana capaz de dibujarlo: era una noche del infierno. ¡Oh, nada hay tan triste como una retirada!...

...El cansancio de la jornada, la fatiga no sólo corporal, si que tambien del ánimo despues de tantos accidentes habian agotado mis fuerzas por completo: estaba muerto...

...Dí con mi cuerpo en un carro de artillería; habia un sitio desocupado; los soldados me hicieron lado; subí, me coloqué lo mejor que pude, y me quedé profundamente dormido. Cuando desperté comenzaba á despuntar la aurora...

...Nos hallábamos á pocos pasos del puente de Goito. Llovía. Me toqué la ropa y estaba helada. Miré al alto: el cielo estaba cubierto por un nubarron oscuro, igual, y que pronosticaba agua para todo el dia. Volví la vista á mi alrededor: por todas partes soldados en grupos, con los ojos en el suelo, y la cabeza baja. Muchos de ellos habian deslizado el lienzo de las tiendas y se las habian echado encima, para resguardarse del agua; algunos que antes extraviaron morral y tiendas se cobijaban

bajo el amparo de los compañeros; otros que perdieron el kópis se ataron un pañuelo á la cabeza; otros en lugar de morral formaron un lio y lo cargaron en la punta de la bayoneta; todos marchaban rendidos y como anonadados, tropezando á cada instante. De vez en cuando se veia detenerse un soldado, echarse á tierra, apoyarse en un árbol y proseguir, luego de tomado aliento...  
...Pasé el puente: aquel puente donde poco ántes se miraban frente á frente el centinela austriaco y el centinela italiano como perros rabiosos; entré en Goito, volví á la derecha por la calle principal... y ¡qué espectáculo! á derecha é izquierda, en las puertas, apoyados en las paredes, agrupados en las esquinas, tirados por el suelo, dentro de las tiendas, por todas partes, soldados aniquilados por el hambre, por el cansancio y por el sueño; acurrucados, apoyados, como si las fuerzas y la energía hubieran huido de aquellos cuerpos por completo... sentados en el suelo, con las rodillas pegando con la barba, la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas, la vista perdida, medio muertos en fin... alguno que otro comía, devoraba un pedazo de pan, aferrándolo con entrambas manos y llevando alternativamente ojos y dientes en él, girando despues de cada mordisco la vista por todas partes, temeroso de que alguien lo acechase para arrebatárle la preciada presa... Quién se entretenia en sacar y meter los

objetos de la mochila; quién mataba el tiempo limpiando las armas y acomodando las hebillas del correaje... Y entre tanto el camino hormigueaba de soldados que se dirigían hácia Cerlun-go; pasaban estos mirando con aire de disgusto ó estupor; aquellos se acercaban á la pared, se descargaban el morral con movimientos de contorsion propios de la falta de actividad, dejándolo resbalar al suelo, y echándose sobre los mismos, para permanecer inmóviles en la primera postura en que caían; estos otros, al divisar un camarada, le hacían seña de que esperase y apoyando los codos contra la pared, y las manos contra el suelo se levantaban penosamente y cogiéndose del brazo emprendían la nueva marcha... En las puertas de las tiendas, se veían grupos de tropa que se disputaban el mostrador, y preguntaban furiosos los soldados si había que comer y enseñaban el dinero en la mano en prueba de buena paga...

—No muchachos, no, no hay ya nada, lo siento,—contestaba la voz de los dueños de los comercios, con tono compasivo,—lo siento, pero no queda nada. Llegaban á otra tienda, lo mismo; á una tercera, lo propio, y así sucesivamente... Al cruzar por delante de los cafés, se distinguían los oficiales durmiendo con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza echada sobre los brazos por toda almohada; y en cada velador tres ó cuatro individuos durmiendo así y formando las cabezas co-

rona á botellas y vasos y á pedazos de pan llenos de mordiscos. Aquel miraba á la calle fijamente sujetándose la cabeza con una mano; y sin darse cuenta de la operacion ni tener conciencia del tiempo, ni de su actitud, pasaba minuto tras minuto como verdadero idiota; éste, pálido y desencajado parecia salido del sepulcro ó de larga enfermedad; todos ofrecían el aspecto de convalecientes.—El dueño del establecimiento, miraba á sus parroquianos compasivamente y meditaba echado de bruces en el mostrador... En las calles se amontonaban carros de los regimientos, bagajes sin orden ni concierto alguno, y saliendo de cada atropello lo mejor que podía cada cual, tiraban adelante sin gritar ni insultarse, sin ánimos para reñir, como si no les dolieran las contrariedades, en medio de un silencio aterrador... Por la calle Mayor atravesaba en el ínterin la artillería rodada. Aquella marcha lenta y grave, aquel rumor monótono y sordo de los carros que hacia sonar los vidrios de las ventanas; aquellos robustos artilleros, cabizbajos y pensativos, envueltos en sus capotes grises, el conjunto en suma de aquel tremendo convoy llevaba al ánimo profunda tristeza. Muchos vehículos seguían á la artillería conduciendo oficiales heridos, parándose á cada paso que la columna que los precedía detenía su marcha. Y á pesar de una muchedumbre tan inmensa que hormigueaba por todas

partes, á pesar del ruido de carros y cureñas é impedimentas, reinaba en Goito un silencio asolador, propio de una ciudad deshabitada...

...Los cuerpos de mi division se habian acampado á la izquierda del camino que conduce desde Goito á Cerlungo y que flanquea la orilla derecha del Mincio. Los campos tenian un aspecto melancólico. No se veian sino pocos grupos de soldados esparcidos aquí y allá que desplegaban sus tiendas ó limpiaban las armas; el resto hallábase bajo tiendas de campaña; á cada momento llegaban nuevos soldados errando por el campo en busca de sus compañías respectivas y se detenian alrededor de las tiendas de sus compañeros porque ellos habian perdido mochila, morrales y los pies derechos de la armadura de las tiendas, y permanecian contrariados mano sobre mano sin saber qué hacerse. En aquellos campos no se escuchaba voz alguna ni rumor de ninguna especie: reinaba una quietud cansada y severa...

...Llegado al campo mi regimiento, fuí á echarme bajo mi tienda sentándome sin hablar al lado de mis compañeros que hacia más de una hora se encontraban allí. No nos saludamos ni cambiamos palabra, ni nos miramos siquiera á la cara: permaneciamos todos allí mudos é inmóviles como desmemoriados...

...De repente oimos un grito agudo á pocos

pasos de la tienda; otro grito más lejano, un tercero más próximo: diez, ciento, mil voces prorumpen como en concierto por todas partes y se oye rumor confuso de precipitados pasos. ¿Qué es esto? Nos lanzamos fuera de la tienda. ¡Oh, que magnífico espectáculo! Todo el regimiento se dirigía corriendo hácia el camino de Goito; y no solamente el nuestro, sino el de la derecha, el de la izquierda, todos los que nos rodeaban, hasta los más alejados, volaban en direccion de la carretera corriendo como á un asalto. Miré á la cara de los soldados; eran rostros convulsos y radiantes; lanzaban al aire gritos de alegría y fragorosas y prolongadas salvas de aplausos. Corrimos hácia el camino, pasaron dos carabineros á caballo con el sable desnudo; apareció un carruaje...; todas las cabezas se descubrieron, todos los brazos se levantaron en alto, y un solo y potente grito salió de aquellas mil bocas de la muchedumbre apiñada; pasó el carruaje y los soldados volvieron todos á sus puestos... Pero el campo cambió de aspecto repentinamente; se encendió en todos la esperanza y la fe; ninguno volvió á entrar en las tiendas; en cada parte del campo resonó y duró hasta la noche un estrépito constante lleno de jovialidad y de animacion; las bandas tocaron marchas conocidas, viejas y queridas compañeras de nuestros entusiasmos, y nuestro corazon volvió á sentir por un momento

los latidos divinos de dos días antes. ¡Oh todavía se combatirá, se combatirá aún!

—¿Quién iba en aquel carruaje?—preguntó Carletes con viva curiosidad.

—El Rey.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### VIII.

—Señores míos—nos dijo el médico la primera vez que se levantó Carletes,—me creo en el deber de deciros que este chico está en la imperiosa necesidad de volverse á casa. Está curado; pero la más insignificante cosa puede serle fatal. Acaso dentro de pocos días, hecha la paz, volveremos la espalda á Venecia é iremos á Ferrara, y desde Ferrara Dios sabe donde; nos echaremos al cuerpo la friolera de quince ó veinte días de marcha y acaso más, y es imposible que este chico nos siga; necesita quietud, reposo y no marchar siete horas al día y dormir sobre la hierba. Esta no es vida propia para un muchacho convaleciente, convendrán ustedes, supongo, conmigo.

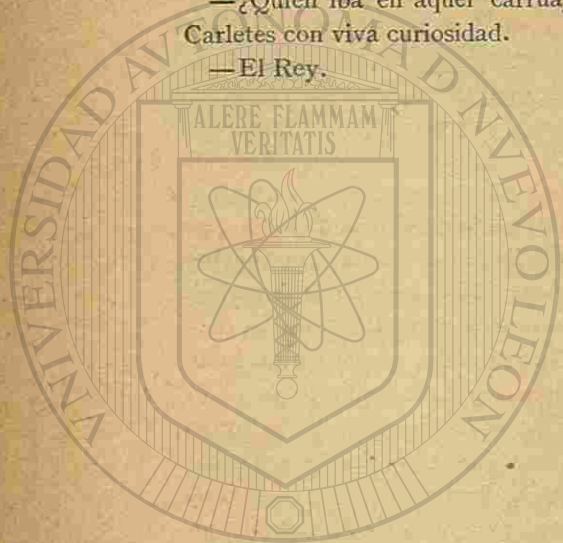
Y nos dejó.

Permanecemos algun tiempo pensativos. Pero á las palabras del médico por mucho que se tratase de buscarles contestacion, no habia razones que oponer. Que volviese á casa era una necesi-

los latidos divinos de dos días antes. ¡Oh todavía se combatirá, se combatirá aún!

—¿Quién iba en aquel carruaje?—preguntó Carletes con viva curiosidad.

—El Rey.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### VIII.

—Señores míos—nos dijo el médico la primera vez que se levantó Carletes,—me creo en el deber de deciros que este chico está en la imperiosa necesidad de volverse á casa. Está curado; pero la más insignificante cosa puede serle fatal. Acaso dentro de pocos días, hecha la paz, volveremos la espalda á Venecia é iremos á Ferrara, y desde Ferrara Dios sabe donde; nos echaremos al cuerpo la friolera de quince ó veinte días de marcha y acaso más, y es imposible que este chico nos siga; necesita quietud, reposo y no marchar siete horas al día y dormir sobre la hierba. Esta no es vida propia para un muchacho convaleciente, convendrán ustedes, supongo, conmigo.

Y nos dejó.

Permanecemos algun tiempo pensativos. Pero á las palabras del médico por mucho que se tratase de buscarles contestacion, no habia razones que oponer. Que volviese á casa era una necesi-



dad evidente é imperiosa: pero ¿cómo hacerlo volver? ¿A qué casa volvería aquel pobre infeliz? ¿A la suya para dejarlo morir de dolor? No, ciertamente: ¿dónde pues? Se pensó, se consultó, se discutió, y no se llegó á acordar nada en resumidas cuentas, y casi se estaba al borde de no hacer caso á los consejos del médico cuando un oficial paduano, un jovencillo con tanto corazon, que aunque lo repartiese en todo el regimiento todavía le sobrarian ánimos y bondad de alma, exclamó:

—Yo me encargo de él, pero necesito saber su nombre y donde vive. Lo pondré bajo la proteccion de mi familia; hoy mismo escribiré á mi casa. Protegido por los míos podrá volver con la madrastra, y si fuese preciso nos quedaremos con él en casa y allí lo tendremos hasta que nos parezca conveniente: palabra de honor. ¿Conviene?

La proposicion fué acogida con un «bravo» general y un aplauso no ménos unánime, y una descarga de palmadas de felicitacion de todos los concurrentes sobre las espaldas del proponente, que le quitaron el polvo á la ropa en un abrir y cerrar ojos.

—Ahora queda lo más difícil, sin embargo, añadió libertándose de nosotros á fuerza de empujones y codazos.

—¿Qué?

—Convencerlo.

Resolví encargarme yo del particular y nos separamos.

La tarde de aquel mismo dia antes de ponerse el sol mientras estábamos en grupos de diez ó doce charlando alrededor de la tienda del vivandero, aquel mismo oficial paduano de quien acabo de hablar, alzó la voz sobre el tumulto de la brigada y gritó:

—¿Quién viene á ver Venecia?, se ha concluido un nuevo armisticio; podemos alejarnos del campo; ¿quién me acompaña?

—Yo, respondieron todos.

—Vamos.

—¡Vamos!

Y todos emprendieron la marcha.

—Carletes, ven conmigo vamos á ver Venecia.

Desde nuestro campo situado en los alrededores de Mestre no se veia Venecia; pero á poco ménos de una hora de camino podiamos llegar hasta un punto desde donde se la divisaba perfectamente; aquel punto es un grupo de casas, un grupo de alquerías y una posada muy conocida en el ejército porque encierra las dos caras más bonitas que he visto en el mundo desde que llevo estos ojos.

Tomamos el camino de Pádua y nos dirigimos á aquellas casas. Apenas pasado el meson, que

era la última de ellas, debía presentárenos de repente Venecia. La mayor parte de nosotros no la habia visto jamás; y á todos nos palpitaba el corazón á medida que nos aproximábamos. ¡La veremos al fin, pensábamos, veremos esta bendita ciudad!—Faltan todavía cincuenta pasos; cuarenta...; todavía... ¡Oh, cómo me tiemblan las piernas! Veinte pasos..., diez... Alguno se paró y miró á su alrededor como para decirnos:—Mirad, ¡si todavía soy un chiquillo!... Cinco pasos aún... ¡Ya!—¡Miradla, héla ahí!...

Un temblor general corrió por todos mis miembros, y me dió un vuelco el corazón.

Todos permanecemos inmóviles y mudos.

Ante nosotros se extendía un vasto espacio de terreno inculto y desnudo, salpicado de anchos pantanos, tras del cual se distinguía en lontananza, muy brillante, un pedazo de laguna, y más allá, Venecia. Venecia se nos aparecía á través de vaga niebla, bañada en un tono azulado que le daba aspecto entre delicado y misterioso. A la izquierda, su estupendo é inmenso puente; á la derecha, léjos, muy léjos, el puente de San Jorge, y más allá otros puentes esparcidos por las lagunas como puntos negros. ¡Era un espectáculo maravilloso! El sitio donde nos hallábamos se encontraba enteramente desierto, y corría un airecillo que sacudía los cercanos árboles, produciendo el único ruido perceptible.

Nadie hablaba: todos contemplaban atónitos á Venecia.

—¡Ea!—gritó uno de mis compañeros de buen humor, demasiado tierno en sus afectos y en sus aficiones á Baco y Vénus, pero excelente chico en el fondo—¡Ea!—repitió—no estemos aquí echándola de sentimentales. ¿Quién bebe dos dedos de vino?

Unos gritaron:—¡Yo!— otros inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y Carletes corrió á la posada mientras nos sentábamos al borde de una loma, mirando á Venecia.

—Hé ahí el amigo de los hombres de pró—continó el que habia tomado la palabra ántes, señalando al vino que venía;—¡mano á la botella y arriba los vasos! Ya se sabe, nosotros los militares en campaña, no bebemos gota á gota, sino que tragamos á ojos cerrados, y no es raro que al cabo de unos cuantos minutos no salte alguno cantando. Oye tú, compadre, enséñanos alguna barcarola bonita, de esas que tú sabes y que nos propinas, que queramos ó no, horas y horas en la tienda.

Y todos contestaban á coro:

—Sí, sí, enséñanos una barcarola bonita.

—Dirigíos á éste—respondió el interpelado, señalando á otro que presumía de poeta y de tenor,—hacedle improvisar una canción, puesto que es de los dos oficios, tenor y poeta.

- ¡Bravo, ya lo creo!  
 —¡Animo, señor poeta!  
 —¡Venga esa romanza!  
 —¡Vamos, no se haga de rogar!  
 —¡Oigamos esa hermosa voz!

Creo que mi amigo tenía ya una poesía en la imaginación, porque aceptó demasiado pronto la invitación que se le hacía, con sonrisa de complacencia; de todos modos no nos regaló sino versos campestres, es decir, adocenados y detestables.

- Se necesitaría una guitarra...  
 —¿Pero dónde se va á encontrar aquí una guitarra?

—Espera, espera—gritó un tercero, dirigiéndose hacia la posada.

De allí á poco volvió con una guitarra en la mano:

—¡Cómo era posible no encontrar una guitarra aquí, á cuatro pasos de las góndolas y de los amores nocturnos, bah!

El poeta (si se me permite la palabra), tomó el instrumento y se preparó á tocar.

Todos le rodearon, callaron y esperaron.

—Escuchad: primero recito los versos, copla y estribillo; despues canto yo la copla y vosotros el estribillo. ¿Os parece bien?

—¡Perfectamente! Vamos á ver.

Y empezó así:

¡Yo te saludo extático,  
 Venecia la inmortal!  
 ¡Con qué amor infinito,  
 con qué infinito amor,  
 guardaba tu recuerdo  
 mi pobre corazon!

—¡Qué es eso! ¡Qué es eso!—interrumpió el que propuso echar una *copa* y no una *copla*,—queremos una barcarola, una barcarola buena; pero no versos melancólicos; y nada de *inmortal*, ni de *corazon*, ni de *extático*, ni de *amor infinito*; déjate de fantasías, caro poeta, ¿ó es que te parecen nuestras fisonomías propias para que te la echés de sentimental?

Todos los que habian empuinado el codo más de lo regular aprobaron clamorosamente las palabras del orador.

—¡Vaya un gusto!—exclamé yo á mi vez—¡echarla de graciosos y bufones! ¡Ah, ya tenemos bastante con la probabilidad de envainar los sables ahora y volver á emprender gloriosamente el camino de Ferrara y tornar, Dios sabe adonde, á llevar la vida insulsa de la guarnicion en un pueblo! ¡Bah, pues no hay duda que debemos tener humor para echarla de graciosos!

Los *sentimentales* se declararon mis partidarios; los *bebedores* insistieron; el *poeta* se mantuvo tieso, y la brigada se dividió en dos: una mitad se retiró á alguna distancia; encendieron los cigarros

y continuaron libando el mostillo; la otra mitad prestó oído, encantada, á la interrumpida cantinela.

—Tambien cantaremos nosotros, señores llorones de la musa plañidera—gritó uno de los que rendian tributo á Baco, alzando el vaso en actitud de brindar, siendo acogidas aquellas palabras con general carcajada.

—Cantad, pues—respondimos.

Y el poeta (si se me permite la palabra) volvió á empezar:

¡Yo te saludo extático,  
Venecia la inmortal!  
¡Floron del Adriático,  
divina capital!

Y en coro repetimos:

¡Floron del Adriático,  
divina capital!

Y los borrachos respondieron:

¡Que bien que va saliendo,  
tenor piramidal!

La risotada entónces se comunicó al grupo de los serios. La voz de Carletes se percibia clara y penetrante en medio de todas, trémula y armoniosa.

Y volvió á entonar:

¡Por qué miéntras te miro  
exhalo yo un suspiro  
como de triste amor,  
y no en gritos de gozo  
prorumpo el corazon?

El coro:

¡Y no en gritos de gozo  
prorumpo el corazon?

Y los otros respondieron:

Yo río á pierna suelta  
y pienso que es mejor.

A estas palabras signió gran ruido de vasos y estridentes carcajadas.

El sol habia desaparecido, y la brisa refrescaba el ambiente.

¡Ay! ¡De esta comarca  
que en nos ahora confía,  
la extraña tiranía,  
no el ítalo valor,  
sino virtù extranjera  
lanzaré al opresor!

Y el coro:

¡No el ítalo valor,  
sino virtù extranjera  
lanzaré al opresor!

Y los alegres repusieron:

¡Qué rico vino es éste!  
¡Qué espuma, qué color!

Este último estribillo fué improvisado ya con ménos viveza y ménos alegría. ¿Era que la soledad del paraje, el morir del día, y la vista de Venecia poblándose de luceillas, empezaba á verter la melancolía áun en los espíritus más alegres?

¡Oh, madre! ¡Sí, en tu seno  
quiero inclinar la frente;  
derrámese en torrente  
mi llanto sin temor;  
que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Y el coro:

¡Que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Y dos voces del otro grupo añadieron:

¡No me rompáis el cráneo,  
hacedme este favor!

Los otros no rieron ya esta vez.

La última estrofa fué repetida dos veces más, y los bebedores no contestaron, sino que se volvieron hácia Venecia. Cantamos por cuarta vez la

estrofa, y sólo Carletes se calló. Habia comprendido sin duda todo su sentido, y se le habia oprimido el corazon al pobre muchacho. La hora, el sitio y la música lenta y continuada de la cancion, despertaron en su alma repentina ternura.

—¿Qué tienes, Carletes?—susurré á su oído—  
¿Qué tienes que has escondido la cara entre las manos?

—Nada.

—Escucha... ¿Y si nosotros te diéramos otra madre que te quisiese mucho y de verdad?

Me miró con los ojos desmesuradamente abiertos, y miéntras yo le hablaba, escuchaba con atencion suma sin parpadear.

—¿Y bien?—le pregunté cuando concluí mi sermon.

No me respondió. Estaba recogiendo las hierbas que habia alrededor y al alcance de su mano.

—Y bien...

Se levantó bruscamente, echó á correr en direccion de la vecina hondonada y fué á ocultarse en ella. Al cabo de algunos segundos percibí un sollozo y un llanto luego que hizo estremecerse mi corazon.

—¿Qué es eso?—preguntaron los compañeros.

—Es, ¡lo que podíamos prever! Todos callaron y se oyeron clara y distintamente los sollozos de Carletes.

—Es preciso dejar que se desahogue; lo necesita, le hará bien.

Y volvieron á entonar la cancion:

¡Oh, madre, sí, en tu seno  
quiero inclinar la frente  
derrámese en torrente  
mi llanto sin temor;  
que esta tristeza dulce  
seméjase al dolor!

Entre verso y verso se escuchaba el llanto del pobrecillo Carlos.

El espectáculo de Venecia desde aquel punto y en aquel instante era encantador.

—¡Silencio!—gritó de improviso uno. Todos callaron y prestaron atención. El viento nos traía con intervalos el sonido de una banda militar.

—Es la charanga de los croatas de Malguera—indicó el paduano.

Jamás olvidaré el sentimiento de profunda melancolía que experimenté en aquel instante.

\*\*\*

Es inútil que repita los lloros, los lamentos, la desesperacion y las súplicas del pobre Carletes; baste decir, que más de una vez la compasion que

nos inspiró nos puso al borde de mandar á paseo las prescripciones facultativas. Pero se trataba de su salud y nos mantuvimos enérgicos. La idea, sin embargo, de una buena familia que lo iba á proteger, que lo enviaría á la escuela y á paseo diariamente con los hermanos pequeños del oficial, y que en todo caso lo consideraría como un hijo; y de otra parte, la lectura de la carta de la madre del oficial en que se hacian mil protestas de que sería el objeto más querido y predilecto en la casa, todo contribuyó á que, despues de habernos asegurado mil y mil veces que no, que nunca volvería á su casa, exclamase al fin:—¡Y bien, á casa volveré!

Trascurridos algunos dias, levantamos el campo, y nos pusimos en camino, dirigiéndonos á Pádua. Allí llegamos una hermosa mañana al despuntar el sol. Entramos por el Portillo y atravesamos todas aquellas mismas calles que cruzamos al venir. Llegados á un cierto punto, vimos de repente que salian de las filas el oficial paduano y Carlos (que con entrambas manos mantenía el pañuelo sobre sus ojos), dirigiéndose al ancho zaguan de un caseron antiguo. Al pisar el umbral, Carletes se volvió un momento, torció hácia nosotros la cara convulsa y lagrimosa, y alzando los brazos, pronunció entre sollozos una palabra que ninguno comprendió; los soldados le devolvieron el saludo y desapareció.

Después de aquel día no le vimos más; sin embargo, á los quince, supimos que conducido á casa de aquel amigo, fué recibido con verdaderos transportes de alegría y de cariño y solicitud; su madrastra había ido á verlo, llorando y haciendo muchos extremos; no ciertamente por el cariño que le inspiraba, sino porque esperaba sin duda conseguir algún socorro de dinero de aquella familia acomodada, llevándosele consigo; y con efecto, aquel socorro y aquella protección no le faltaron á la madrastra ni á Carlos mensualmente.

Se nos dijo que Carletes seguía bien, y que sólo se le notaba que en ocasiones se encontraba melancólico, sobre todo cuando iba á la plaza del pueblo á ver formar los soldados, ó cuando iba la guarnición al ejercicio precedida de la banda, ó cuando oía el toque de las cornetas y tambores. En tales casos se le había visto tan triste, que hasta se escondía en un rincón de la casa y se echaba á llorar, permaneciendo así por espacio de mucho tiempo.

## IX.

Cinco meses habían transcurrido desde la última vez que vimos á Carletes.

Mi regimiento estaba de guarnición en una pequeña ciudad de Lombardía. Una mañana al salir de casa, encontré á mi amigo de Pádua, el cual acercándoseme con el semblante descompuesto, me presentó una carta, diciendo:

—Lee. Y sin añadir palabra se alejó.

Desdoblé el papel y miré: eran dos cartas, una de Carlos, cuyos gruesos caracteres reconocí en el acto, y otra suscrita por *tu amantísima hermana*. Era de la familia de mi compañero. La epístola de Carletes era de fecha atrasada; la había escrito diez días ántes; la otra estaba escrita la víspera. Dí la preferencia á la más reciente.



Dos horas despues estaba en el cuartel.

Mi compañía hallábase dividida en siete ú ocho grupos, distribuidos en diversos departamentos y sentados los números delante de grandes cartones con gruesos caracteres, donde se veía el abecedario. Un cabo en cada grupo enseñaba las letras á las soldados señalándolas con una baqueta de fusil. Dos soldados sentados detrás del grupo, y sin ser vistos del cabo, en un rincon, hallábanse con la cabeza inclinada sobre un pedazo de papel, donde escribian ó pintaban algo con un pedacillo de lápiz. Al aproximarme á ellos lo advirtieron de repente; pero no les dí tiempo para que ocultasen el papel, y se levantaron y me lo presentaron á la primera indicacion, esperando militarmente á que les echara una peluca.

En el papel se veía el boceto de una cabeza informe, pero que por su redondez en los contornos y por cierta boquita pequeña se podía venir en conocimiento de que aquello era la cabeza de un muchacho.

—¿Qué es lo que habeis querido hacer con este mamarracho?

Al oír mi voz, todos los soldados se pusieron de pie.

—Pero, decid, ¿á quién habeis querido retratar?

—Pues... á... Carletes.

—¡Carletes!... ¡Carletes ha muerto!

—¡Cómo! exclamaron todos á una, mirándose alternativamente los unos á los otros.

—Sí, ha muerto el pobrecillo á consecuencia de aquellas malditas calenturas. Mirad, esta es precisamente una carta que escribió hace pocos días para dirigirla á todos los soldados de la compañía. A ver, cabo, tome V. y léala en alta voz.

Yo me separé, retirándome á un extremo de la habitacion.

Tan pronto como la carta empezó á ser leída, todos los soldados rodearon al cabo; pero á los pocos renglones la carta pasó á otras manos, porque el cabo no podía seguir leyendo: el segundo lector se la pasó á otro tercero, porque él necesitaba tambien sacar el pañuelo para limpiarse las lágrimas... y á poco casi todos ó lloraban ó disimulaban su lloro.

—¡Buenos chicos! pensaba yo mientras tanto en el rincon donde me hallaba.—Ya no existe Carlos; habeis perdido todos un amigo á quien queráis y que os quería; cierto, es cierto, pobres soldados, yo tambien sufro, como vosotros, tambien yo adoraba á aquel chiquillo... Bien está; yo



lo amaré en la persona de vosotros; de hoy más os quiero doble. Y tú, pobre Carlos, puedes estar seguro de que tu memoria no se borrará entre nosotros; te juro en nombre de los soldados que te amaron tanto, te juro en su nombre, que el tuyo quedará impreso en la bandera del regimiento, como una preciosa tradición como un recuerdo de ternura, y con objeto de que mantenga en nosotros el sentimiento de cariño á los infelices, y de amor para con los niños desvalidos.

—¿Y la moraleja? pregunté yo al amigo que me relataba lo anterior, tan pronto como hubo pronunciado la última palabra.

—La moraleja, respondió, es ésta. Hay un secreto con el cual podemos hacer que la vida del soldado por mala y penosa que sea le parezca bella y alegre; secreto que nos da vigor en las fatigas, constancia en los sacrificios, valor en los peligros, y una fuerte y tranquila serenidad para afrontar la muerte. Este secreto se dice con una sola palabra: ¡amar! ¡Consiste en eso, en amar!

Yo le apreté la mano.

—Si alguna vez te viene á las mientes, añadió, el deseo de escribir este cuento; y si una vez escrito, te lo alaban, te ruego que no trates de agradecérmelo; yo no te habria contado nada ó te habria contado una narracion fría y sin interés de ninguna especie, si no tuviese á mi lado como tengo ahora por fortuna, otro muchacho como Carletes, á quien adoro como á un hijo y que me interesa tanto como Carlos; y él me ha avivado mi memoria, y me ha despertado vivo el recuerdo del *hijo del regimiento*, para que yo te lo haya narrado con los colores frescos como si hubiese ocurrido ayer de mañana. El mérito pues del trabajo, si mérito tiene, le pertenece á este chico en parte, y te pertenece en la otra parte á ti, si sabes contarlo. Este muchacho se llama Rodolfo; te lo digo para el caso de que quisieras, al escribir *el hijo del regimiento* usar de su nombre, y á fin de que si llega á leerlo el día de mañana, aquí ó allá, en un colegio militar, por ejemplo, que se acuerde de mí.

—Está bien, respondí.

Conque, yo dedico este cuento á ti, querido Rodolfo; es poca cosa; pero tú que eres tan bueno, miraras en él lo que en él hay mejor: el corazón.

Quiéreme á mí tambien un poco, querido chico, y quedare pagado. Gracias, y adios.



## LOS AMIGOS DE COLEGIO.

### I.



SE ABIDO es que hay quien escribe todas las noches lo que hizo durante el dia; quien recuerda por la noche el asunto de la comedia vista la víspera, ó el libro que leyera, ó los cigarros que fumara; pero ¿hay siquiera un uno por ciento, un uno por mil que haya formado en su vida la lista de las personas que conoció ó conoce?

Y no ya de las personas, reducidas en número con las cuales se habla ó á quienes se ve á menudo; sino de aquellas que conocimos en otro tiempo y que probablemente no se volverán á ver más: y de estas ¿quién no ha perdido el rastro de cien y cien nombres de mil y mil fisonomías?

Conque, yo dedico este cuento á ti, querido Rodolfo; es poca cosa; pero tú que eres tan bueno, miraras en él lo que en él hay mejor: el corazón.

Quiéreme á mí tambien un poco, querido chico, y quedare pagado. Gracias, y adios.



## LOS AMIGOS DE COLEGIO.

### I.



SE ABIDO es que hay quien escribe todas las noches lo que hizo durante el dia; quien recuerda por la noche el asunto de la comedia vista la víspera, ó el libro que leyera, ó los cigarros que fumara; pero ¿hay siquiera un uno por ciento, un uno por mil que haya formado en su vida la lista de las personas que conoció ó conoce?

Y no ya de las personas, reducidas en número con las cuales se habla ó á quienes se ve á menudo; sino de aquellas que conocimos en otro tiempo y que probablemente no se volverán á ver más: y de estas ¿quién no ha perdido el rastro de cien y cien nombres de mil y mil fisonomías?

¡Y es gran pérdida á la verdad! Tan grande, que si volviese yo á nacer, dedicaría media hora diariamente á anotar nombres y apuntar cualidades y pormenores de las personas con las cuales se traba conocimiento cada dia en el intrincado laberinto de las múltiples relaciones sociales.

¡Qué historia tan extraña no formaría yo, si tuviese á la mano en este momento un libro de apuntes, como el que acabo de mencionar, en el cual se consignasen todos los detalles y minucias de mis compañeros de la escuela de primeras letras! Ahora en cambio de aquellos dos ó tres centenares de chicos que conocía, sólo me quedan en la memoria dos ó tres docenas, y de ellos sólo puedo dar cuenta. Algunos años sin embargo, he conservado la imágen viva de todos: eran trescientos semblantes encarnados que me sonreían y trescientas chaquetas que más ó ménos determinaban claramente la condicion de los respectivos padres (de los niños, no de las chaquetas), desde la de terciopelo del hijo del alcalde, hasta la enharinada del hijo del tahonero; y hasta he conservado en el oído la voz de todos aquellos camaradas, una por una; y hasta veía el sitio de cada uno en los bancos de la escuela; y me acordaba de las palabras, de las frases habituales y peculiares de cada cual, y hasta de sus ademanes, de sus gestos y sus actitudes comu-

nes... Pero poco á poco todo se ha ido borrando, confundiéndose en una sola franja de color uniforme, de rosa todos los rostros, todas las chaquetas fueron asimilándose en un solo tono ceniciento, todos los gestos y modales se mezclaron, dejando huella indefinida, todas las voces se redujeron á cierto murmullo indistinto y vago, hasta que espesa nube envolvió todos los recuerdos y se calló el murmullo y desapareció la vision.

Lo siento ¡ay de mí! ¡Cuántas veces me entran ganas de resucitar la perdida imágen! Pero, qué, no los encontraría juntos al romper el velo de aquella niebla: Dios sabe cuántas vueltas y revueltas tendría que dar... Quizá habría de pasar desde la sacristía al cuartel, desde el cuartel á la oficina, desde la oficina á la fábrica, al despacho del abogado, á la cárcel, entre bastidores, y... al campo santo, y al buque mercante, y á América y á las Indias... ¡Quién sabe cuántas aventuras, cuántas desgracias, cuántas tragedias domésticas, cuántos cambios de costumbres, de vidas, de caras, de... en tan corto número de gentes y en tan breve espacio de tiempo!

Y sin embargo no son aquellos los amigos que más se desea volver á ver. Y si tratamos de hallar la causa en nosotros mismos, por la cual no son estos compañeros de la infancia los que con mayor deseo volveríamos á encontrar, nos admiramos del discernimiento y separacion que hace-

mos en el fondo de la conciencia entre la fuerza con que los años y recuerdos de la infancia nos interesan, y los pequeños amigos que no nos emocionan. ¿Por qué? ¿Por qué es tan débil este sentimiento de amistad infantil en nuestros corazones actualmente, cuando verificamos semejante exámen de conciencia?

Porque recordamos sin duda las alegrías producto de nuestras reuniones y el deseo de vivir juntos. Pero en aquella edad nuestras amistades se ataban y desataban con facilidad suma. Necesitábamos un compeñero que sirviera de eco á nuestras carcajadas y nos ayudase á trepar por los árboles ó que nos devolviese la pelota con empuje vigoroso, y para todo esto el que mejor servía era el más alegre, el más atrevido, el más diestro, y era el preferido en el acto. Mas ¿queríamos al débil? ¿Preguntábamos á los melancólicos: qué tienes? Y si se nos decía:—Fulano ha muerto, — ¿llorábamos? ¡Ah, no, no éramos amigos!

Ciertamente que á muchos les habrá ocurrido volver á tropezar despues de quince años á un amigo de la infancia y compañero de la escuela.

Se recibe una carta de la cual no se reconoce el carácter de letra. Pero se mira la firma, y exclamamos al punto:—¡Cómo! ¡Él! ¡Vive!—Pillamos el sombrero, y corremos á la fonda. Durante la travesía, el corazón late precipitadamen-

te, se suben las escaleras de dos en dos, y se goza al extremo de no cambiar aquellos instantes por todo el oro del mundo... ¡Aquellos, sin embargo, son los más hermosos momentos!—Se entra con ímpetu en la habitacion; se abraza á un hombre; se le mira luego atentamente y con efecto en alguna ocasion conserva aquella cara alguna que otra reminiscencia de la cara conocida, y en seguida se pregunta el uno al otro:—Y bien ¿qué haces?—Y se recuerdan mutuamente pequeñas tonterías de los primeros años... y... ¡se acabó!

Empezais acto continuo á pensar:—¿Quién es éste? ¿Qué clase de hombre se ha formado? ¿Cómo ha vivido en todo este tiempo? ¿Qué ha pasado por aquel alma? ¿Es bueno, triste, alegre, creyente, incrédulo?... Y luego:—no tengo nada de comun con él; no le conozco, ni me interesa. Sería preciso escrutar su pensamiento, escudriñar su manera de sentir, estudiarlo para que interesara: ¿luego no es un amigo?—No.

Y lo que pensais, lo piensa él juntamente, con lo que la conversacion languidece y se enfría, comprendiendo ámbos de corrido que cada cual ha caminado por opuestos senderos.—Él os deja ver la punta del gorro frigio, y vosotros le enseñáis el ribete de monárquico reaccionario; segun él le daís un recorrido en literatura y os da á su vez una capuana en asuntos de intereses mate-

riales; le preguntais, ántes de decirle que os habéis casado, si se casó, y os contesta:—¡soy yo estúpido!—y acabáis en fin estrechándoos apénas las puntas de los dedos al despediros, y apagando un débil destello de una sonrisa apénas en flor.

¡Los amigos de la infancia!

¡Oh, sí, muy queridos cuando se ha vivido con ellos consumiendo algo de la juventud!; pero si no ¿qué son sino fantasmas?

Y la infancia misma ¿qué es?—¡No comprendo cómo se recuerdan con amargura aquellos años! Años en los cuales se sufre, cierto, pero en los cuales no se piensa, no se trabaja, no se cree en nada, racionalmente, no se devoran aquellas lágrimas acerbas y ardientes que purifican el alma y hacen levantar despues la frente altanera llena de esperanzas y de valor! ¡Oh, mil veces mejor es sufrir, trabajar, combatir, llorar, que dejar deslizarse la existencia sonriendo y alegres, con una risa y una alegría que nace de nada, que de nada se alimenta y por nada se turba!

¡Es preferible estar en la brecha sangrientos y ensangrentados, que entre flores soñando, sin saber en qué se sueña!

## II.

Los primeros y más grandes amigos los encontré á los diez y siete años en un soberbio palacio que tengo constantemente delante de los ojos como si hubiese salido ayer de él.

Veo sus grandes patios, sus grandes pórticos, sus salones poblados de columnas, de estatuas y de bajo-relieves; y en medio de estas cosas bellas y magníficas que recuerdan la antigua residencia Real, largas filas de camas, de bancos, de mesas, de prendas colgadas, de fusiles y machetes.

Quinientos jóvenes se hallan derramados por los patios, las galerías y las escaleras; sordo rumor interrumpido por sonoras carcajadas y agudas voces se esparce por todos los ámbitos hasta por los más ocultos rincones del vastísimo edificio. ¡Qué movimiento, qué vida! ¡Qué variedad de tipos, de modales, de actitudes, de acentos! Jóvenes de atléticas formas con largos bigotes retorcidos y estentóreas voces; jovencillos delgados y elegantes como señoritas; semblantes mo-

renos y ojos sicilianos negrísimos; cabellos rubios y azules pupilas del Norte; gesticulaciones exajeradas de napolitanos, argentino vocerío de toscanos, hablar acelerado de venecianos, cien dialectos en fin, y cantos y conversaciones clamorosas, y saltos y brincos, y gentes de todas clases sociales, hijos de duques, de senadores, de tenderos, de empleados, de generales. Una sociedad rara con algo de colegio, de convento y de cuartel; donde se charla de mujeres, de guerra, de novelas, de reglamentos; donde se ejecutan actos pueriles dignos de damiselas, y se descubren ambiciones secretas viriles, una vida repleta de aburrimientos mortales y de desenfrenadas alegrías, una confusión de sentimientos, de hechos y casos dolorosos, extravagantes, amenísimos, de los cuales sacaría gran partido para crear una obra maestra la pluma de cualquier gran escritor humorista.

Esa era la Escuela militar de Módena el año de 1865.

## III.

No puedo pensar en aquellos dos años trascurridos allí, sin que me asalte un tropel de reminiscencias, de las cuales no me libro sino despues de haberles pasado revista á todas una por una, como si se tratara de linterna mágica; ora riendo, ora suspirando, ora moviendo la cabeza; pero comprendiendo que todas aquellas imágenes me son queridas, y que mientras viva jamás se borrarán de la mente y del corazón.

Me acuerdo perfectamente del primer dolor experimentado en la vida militar, pocos dias despues de entrado en el colegio, ardiendo en bética poesía.

Una mañana se nos repartió á los alumnos los casquetillos. Todos mis compañeros de escuadra encontraron uno que les estaba bien: yo sólo no hallé ninguno que me viniera: todos eran chicos para mí.

El capitán, incomodado, se volvió y encarándose conmigo, me dijo:

—Pero, hombre, ¿sabe usted que es curioso el caso de que sea preciso abrir de nuevo el almacén para usted solo?

Y un momento después, añadió:

—¡Qué cabezota!

¡Dios eterno! ¿Qué pasó entonces por todo mi ser? ¿Y yo voy á ser soldado? ¡Cá, ni por pienso; primero pedir limosna; primero morir!...

También me acuerdo de otro oficial, soldado viejo, bueno en el fondo, pero algo corto de luces, que me miraba siempre sonriendo desde los primeros días, y tanto me llegó á cargar que me disponía yo á pedirle una explicación de aquella burla, haciéndole saber que no estaba dispuesto á servir de dominguillo á nadie, cuando una tarde me llamó, y después de darme á entender que le habían dicho *cierta cosa* de mí, y que quería cerciorarse de si era verdad, y que le respondiese con franqueza, porque después de todo no era *una cosa* que me deshonrase, añadió después de mil ambages y rodeos, bajando la voz, mirando á todos lados y casi murmurando á mi oído:

—¿Pero es verdad que es usted poeta?...

Tampoco se me olvidan las insuperables dificultades que se me ofrecían en el cumplimiento de mis deberes manuales, especialmente en el recosido y pegado de los botones. La aguja se me escapaba de los dedos y acababa por cons-

truir una red de puntadas, una tela de araña, casi un ovillo, y el botón permanecía colgando como antes, con gran desesperación mía, gran jolgorio de mis camaradas y gran escándalo del sargento de escuadra, que me decía:

—Usted será bueno para hallar los consonantes, pero maldito si sirve usted para pegar un botón. En este punto está usted *cien años atrasado*.

¡Terrible sentencia que me trasportaba al siglo XVIII y que robaba la paz al alma!

Aún veo el vasto refectorio donde habría podido hacer el ejercicio un batallón con entera comodidad. Distingo las largas mesas, las quinientas cabezas inclinadas sobre los platos, aquel movimiento acelerado de quinientos tenedores; de mil manos y de diez y seis mil huesos entre dientes y muelas; aquellos pelotones de asistentes y ordenanzas y mozos que corren de acá para allá, solícitos; y oigo aquel rumor, aquel ensordecedor ruido, aquel metal de voces truncadas por los bocados y mordiscos:—¡Pan! ¡Pan!... y hasta me parece que al recordarlo, escribiendo estas líneas, se me abre el apetito de un modo terrible, sintiendo aquel vigor hercúleo de mandíbulas y aquella exuberancia de vida, de alegría y de actividad, que inundaba entonces todo mi ser.

Cambia la escena, me encuentro encerrado en



estrecha celdilla del quinto piso, poco más alta y más ancha que yo; con un puchero de agua al lado y un pedazo de pan negro en las manos, el pelo enmarañado, la barba larga y el retrato de Silvio Pellico ante la vista; condenado á diez días de prision por haber dirigido un discurso de gracias al profesor de química el día de su última lección, *contraviniendo lo dispuesto en el artículo tantos del Reglamento, que prohíbe usar en público de la palabra* en nombre de los compañeros. Y escucho todavía al Comandante, que me dice:

—¡No se deje nunca llevar de la imaginación; sírvale de ejemplo mi antiguo condiscípulo Regaldi, al cual le ocurrieron algunos contratiempos por motivos análogos al que ocasiona su castigo: la poesía no ha producido jamás sino barbaridades!

Y por último, veo á mi alrededor, como si realmente permaneciese en aquella vida, las compañías, que atraviesan en silencio por la noche, á lo largo de los corredores, iluminados allá en el fondo por tenue lucecilla; á los profesores en la cátedra, que nos aturden los oídos con Gustavo Adolfo, Federico el Grande y Napoleon; las amplias áulas atestadas de figuras inmóviles; los grandes dormitorios oscuros, donde se siente la respiración de cien individuos; el jardín, los corrales, la plaza de armas, los bastiones de la muralla, las calles tortuosas de Módena, los cafés

llenos de alumnos que devoran pastas y bebidas, las puertecillas enfiladas en las galerías, los almuerzos campestres, las escapadas en carruaje á los pueblos comarcanos, las intriguillas, los estudios, las rivalidades, las melancolías, los odios y los afectos.

## IV.

Pocos días antes del examen para ser promovidos á oficiales, se nos concedió la libertad de estudiar donde quisiéramos. Éramos doscientos en el segundo curso, y nos desparramamos por el inmenso palacio formando grupos de cinco en cinco ó de seis en seis, tal como las simpatías lo reclamaba, empezando á trabajar desesperadamente cada grupo en su cuarto día y noche, no dejando por eso de charlar constantemente de los exámenes y del porvenir.

¡Cuánta alegría en nuestros discursos y qué risueño futuro! Despues de dos años de prision, la libertad de repente, las espadas al cinto y la vuelta al seno de las familias. Cada uno de nosotros, además de la satisfacción de ser promovido á oficial, que era comun, tenía una satisfaccion particular. Para uno consistia en llevar un empleo á la familia que vivia estrechamente para poderlo mantener en el colegio, pudiendo decir de allí á poco: «¡Tengo diez y ocho años y ya no necesito de nadie!»

Para otro era el placer de entrar un día vestido de gran uniforme taconeando y arrastrando el sable en una casa tranquila y silenciosa, donde le esperaba un anciano tío guerrero, que lo había siempre amado y protegido.

Para un tercero era la alegría por poder subir una escalera, harto conocida, con el Real despacho en el bolsillo, llamar imperiosamente á una puerta tras de la cual se escucharía la voz de una muchacha gritando:—«Es él,» una prima quizá, de la cual se despidió dos años ántes en presencia de los pádres, y que lo animaron en sus amores con aquellas palabras sacramentales de:—«Vé, estudia, hazte hombre, y despues veremos.»

A todos nos parecía ya vernos rodeados de chicuelos que nos tocaban el sable, de muchachas que nos hacian gestos de inteligencia, de viejos que nos echaban el brazo por el hombro, de madres que nos contemplaban diciendo:—«¡Qué bien estás!» Y teníamos necesidad de grandes esfuerzos para libertarnos de todos estos fantasmas y de todos estos cuadros, con objeto de volver á los libros, exclamando cada uno á su vez:

—Sí, sí, tienes razon, veremos; pero déjame ahora estudiar en paz.

—Despues cada uno segun su índole, sus hábitos ó sus caprichos, comunicaba á los demás el regimiento, la provincia, la ciudad que elegiría para guarnicion.

Habia quien descaba el estrépito y la alegría de Milan, y no soñaba más que en teatros, en máscaras, en bailes y en ruidosas cenas de amigos. Otro fantaseaba con una amena aldea de Toscana, colocada en la cumbre de una colina, donde gozaria de bella y tranquila primavera, con sus treinta soldados, recogiendo proverbios y cantos de los aldeanos de los contornos. Otros preferían ser mandados á un solitario fuerte de los Alpes, entre las escarpadas rocas, donde poderse entregar á sus estudios favoritos con profundo recogimiento. Cuál, elegía la vida aventurera de los bosques de Calabria; tal otro, el espectáculo de grande y comercial ciudad marítima; tal otro, un islote del mar Tirreno.

Recorríamos y nos repartíamos toda Italia trozo á trozo cien veces, como habríamos hecho con nuestro jardín, y cada cual contaba á los demás las maravillas de su rincón, encontrando todos bellos y queridos los panoramas, cada uno á su manera.

Y despues... ¡la guerra!

¡Tambien era preciso entrar en batalla una vez siquiera!

Bastaba proferir aquella palabra para arrojar todos los libros y empezar á charlar, alzando la voz poco á poco y acabando por dar voces, con la cara encarnada como la grana hasta las orejas. La guerra era para nosotros como una vision so-

brehumana, en la cual la mente se perdía con fantástica embriaguez; significaba un lejano horizonte color de rosa sobre el cual se dibujaban perfiles negros de gigantescas montañas, por cuyos flancos subian impetuosas interminables huestes de soldados con bandera desplegada, al son de alegre música; y entre miles de los que asaltaban, en las primeras filas de la vanguardia, en los puntos culminantes, se destacaban nuestras figuras claras y distintas, por largo trecho delante de los primeros, con el sable en la mano dando por igual, órdenes y cuchilladas; y sobre la opuesta pendiente descendian con espantosa precipitacion soldados desalojados de las cimas, y caballos, y cañones, en direccion de un ignoto abismo entre densas tinieblas.

¡Una medalla al valor militar! ¿Pero quién no la habría ganado? ¿Perder la batalla? ¿Pero pueden perder los italianos?

¡Morir! ¿Qué importa morir por la patria? ¿Y quién piensa morir á los diez y nueve años! ¿Quién sabe los extraños y maravillosos casos que nos esperaban!

¡Quién sabe las cosas que habríamos de ver!

Acaso nos esperaba lejana expedicion; una guerra en Oriente; la cuestion de Oriente no podia haber concluido... Y se espaciaba el ánimo con la imaginacion, vagando por mares y montañas, y se notaban grandes aprestos militares de

ejércitos y flotas, y se ardía de impaciencia exclamando á cada paso:

— ¡Oh, esperad los que os examineis primero á los que nos examinemos despues, para ir todos juntos á la batalla!

Y finalmente, sufrimos los exámenes, fuimos promovidos á oficiales, y una bella mañana del mes de Julio se nos abrieron las puertas del palacio ducal, diciéndonos:— ¡A vuestro destino!

Y nosotros arrojando agudísimo y unísono grito de alegría, nos lanzamos fuera desparramándonos por toda Italia como bandada de pájaros.

V.

¿Y ahora?

Han pasado seis años no más y ya se podría escribir una larga novela si se quisiesen recoger y enlazar las más notables vicisitudes ocurridas en la vida de estos doscientos compañeros.

Yo, que en este espacio de tiempo ví á muchos y tuve ocasion de proporcionarme noticias de otros, suelo reclamar todos á mi memoria, reanimando pasados recuerdos, é interrogando una por una á todas aquellas imágenes; y lo que veo y siento deja siempre en mi alma una impresion de maravilla, mezclada de melancolía.

Y hé aquí en tropel algunas de estas impresiones:

Las primeras que saltan á mi vista son las producidas por ciertos hombres morenos y barbudos, de ancha espalda, y que yo no recuerdo haber conocido por el momento. Sin embargo, ellos me sonrieron, y si son verdaderamente aquellos jovencuelos que parecian damiselas, pregunto: —

¿Sois vosotros? —Y ellos me responden: — Sí; — y doy un paso atrás sorprendido de aquel *si* sonoro y profundo, en cuyo timbre no reconozco la antigua voz infantil.

— ¿Y estos otros? Los lineamentos en estos no cambiaron, las formas son siempre las mismas, atrevidas y robustas; pero la sonrisa ha desaparecido y los ojos no brillan como ántes. — ¿Qué os ha ocurrido? — pregunto. — ¿A nosotros? — responden — nada. — ¡Oh, habría preferido que os hubiese sucedido algo, para no ver que el tiempo, tan breve tiempo, puede por sí solo mudar un rostro de tal manera!

Hé aquí otros. ¡Dios mío! ¡Es posible! uno, dos, tres, cinco, dejadme mirar mejor: cierto, canas; á los veintisiete años el cabello blanco. — Pero decidme: ¿Cómo ha sucedido? Se encogen de hombros y pasan adelante.

Después veo larga fila de amigos de los más calaveras; los unos con un niño en brazos, otros llevándolos de las manos.

Aquel se casó; aquel es padre de familia; ¡quién lo habría creído!

Otros llegan con la cabeza baja y los ojos enrojecidos, me saludan con una leve indicación de cabeza y una sonrisa amarga. Lo comprendo: ¡Llevan un lazo negro de gasa en el brazo izquierdo!

Aquél pasa con la frente alta, revolviendo la

mirada radiante á todas partes y tocándose al lado del corazón con la mano derecha... ¡Ah, es el sueño de nuestras noches de colegio; la medalla al valor militar: afortunados!

Éste cruza con paso lento, pálido, chupado, apenas si se le reconoce. — ¿Qué tiene? ¿Qué le sucedió? — ¡Ay de mí! En aquellos brazos y en aquellas piernas hercúleas de que se galardonaba en las orillas del Panaro; en aquellos miembros torneados, de acero, que parecía que jamás llegarían á envejecer; en aquel cuerpo que pudiera servir de modelo representando la salud, la lozanía, la agilidad, la fuerza, ¡ay de mí! los instrumentos de los cirujanos penetraron en busca de las balas austriacas, y de las laceradas carnes surgió la sangre á borbotones y se amputaron los miembros. ¡Pobres amigos! ¡Pero, no obstante, sobrevivieron para recoger entre nosotros afectos y gratitud general en premio de su sacrificio por la patria!

— Pero ¿y Fulano?

— Murió en una marcha por Lombardía.

— ¿Y Zutano?

— Murió de una herida de metralla en Monte Croce.

— ¿Y aquel otro amigo?

— Muerto del cólera en Sicilia.

— ¡Oh, basta! ¡No me digais más!

Todos pasaron. Se alejaron, y yo me lancé en

alas de mi fantasía hacía el opuesto lado, sobre el camino por ellos recorrido, á fin de buscar las huellas de sus pasos... y ¡cuántos rastros encuentro, y qué rastros!

Aquí libros y mapas por el suelo, sobre cuyos planos se hallan trazados los rasgos de la batalla y los apuntes estratégicos de los movimientos y maniobras; versos empezados y composiciones largas por concluir; un velador derribado por tierra; una punta de cigarro aún humeante; signos indelebles todos de la vigilia. Aquí sillas rotas, piés de copas, algún que otro resto de trajes de mujer desparramado por el suelo. Más allá un espacio de terreno enteramente llano y pelado; dos sables ensangrentados; trazas de pisadas humanas llegadas hasta allí, y en la arena, grande charco de sangre y la señal de un cuerpo que cayó de golpe y dejó grabado un hueco en contorno. A estotra parte, un tapete verde hecho girones, y naipes, y dados. Hé ahí el billetito amoroso y perfumado, y el ramito de flores secas al lado de la crucecita, donde se halla escrito con un corta-plumas: *¡A mi madre!*

Y mientras más revuelve la imaginación sus ojos, más libros se presentan á su vista, y más cuadernos, y más cartas, y más naipes, y nuevas insignias militares, y retratos de mujer, y cuentas del sastre, y letras de cambio, y sables, y flores, y sangre. ¡Ah! ¡Qué vasta tela teje la

mente con aquellos hilos perdidos y aquellas hilachas diferentes! ¡Cuántos afectos, cuántos dolores, cuántas luchas, cuánta poesía, cuánta locura, cuántas desgracias entreveo y cuántas desventuras concibo! Ciertamente que también levantan su cerviz, para que las recuerde, muchas virtudes, y mucha generosidad y mucho heroísmo; pero ¡cuánto derroche de fuerzas y de porvenir!

Y aún cuando no se hubiese perdido ni una hora; aunque en estos seis años no se hubiere gastado nada, ni nada desperdiciado para el trabajo; aún cuando no hubiésemos abierto el corazón á otros afectos que á los que elevan la inteligencia y purifican la vida, siempre, no obstante, habríamos perdido una grande y cara ilusión, la cual, al borrar, arrastró consigo gran parte de nuestra fuerza y de nuestro porvenir: la ilusión de aquel lejano horizonte color de rosa, sobre el cual se diseñaban los negros perfiles de gigantes montañas y aquellas interminables filas de lanzas, de asaltos, de banderas desplegadas al viento al son de alegres músicas... ¡Una guerra perdida!

Y si todavía no hubiésemos perdido esta ilusión, ¿acaso no habríamos perdido otras cosas?

Pienso conmigo mismo, y me digo:

— ¡Qué distancia tan grande la que media de diez y nueve á veinticinco años!

Entonces, donde quiera que fuese era yo el más joven, puesto que los más jóvenes que yo, no mostraban aún su imberbe rostro entre los hombres, y no me hallaba jamás en parte alguna donde no pudiera afirmar que todos me envidiaban algo: la juventud, la alegría, ó las esperanzas.

Y ahora, donde quiera que vaya, me veo al lado jóvenes que me miran y me hablan con la respetuosa reserva usada para con los hermanos mayores. Y al discurrir con ellos, me penetro al punto que necesito esforzarme para dar á mi conversacion cierto aire de alegría que corresponda á la suya, y no me sé dar reposo, y los miro y me pregunto:

— ¿De dónde salieron éstos?

Días pasados bromeando con un amigo, padre

de una niña de seis años, le dije, contemplando la belleza de la chiquilla:— ¡Hombre, quién sabe si... Y al punto respondió la chicuela:— No, no señor, usted es muy viejo.

Callé, conté por los dedos, y repuse:

— ¡Es cierto! Antes, á los diez y nueve años, de todas las niñas bonitas de seis años, pensaba yo: será mi mujer; tengo poco que esperar. La generacion que adelantaba pisándome los talones, todavía me pertenecía por completo, es decir, me pertenecía virtualmente, ó lo que es lo mismo, podía pertenecerme; y ahora... ¡Ah, estoy demasiado delantero en el camino de mi vida para que me pertenezca ó pueda pertenecerme sino una pequeñísima parte!

¿Y el porvenir?— ¡Oh, entonces se me aparecía aunque vago é indeterminado, brillante y poético! miéntras que hoy, ya se ha delineado, se ha coloreado, está próximo á terminarse en forma correcta y acabada, sin que nada reste por distinguirse y dibujarse; adiviné ya qué puede ser este porvenir; en tanto que antes no pensaba sino con su ideal, y noto con claridad trazado mi camino, la meta fijada, y ¡adios maravillas, adios esperanzas, adios ilusiones!

¿Y los hombres? ¡Dios de Dios! Yo que nunca fuí inclinado á desconfiar, ni á ver el triunfo del mal sobre el bien en las cosas de la vida; yo que en el reducido círculo en que viví siempre, tuve

la fortuna de no sufrir desencantos bajo este punto de vista; yo que siempre he censurado á mis compañeros pesimistas porque reían de mi adoración al género humano, y que me incomodaba cuando me emplazaban para mi cambio de ideas, diciéndome: «Espera, que ya te llegará la hora en que los desencantos te hagan borrar ese optimismo... ¡ay de mí! dos ó tres ejemplos de tal desencanto, me bastaron para perder aquella credulidad propia de los diez y nueve años, aquellas amistades puras y sinceras, aquellos entusiasmos hácia todo lo grande, hombres ó cosas... y me pregunto todavía en muchas ocasiones como rebelándome contra la impura realidad:—¡Pero, será verdad, cielo santo! y la duda, ya que no la certidumbre hace que me trague las palabras afectuosas y los sentimientos apasionados que en otro tiempo, mal de mi grado, brotaban de mis labios.

Muchos libros que me hicieron derramar lágrimas, no me conmueven lo más mínimo ahora. Rarísima vez me tiembla la voz cuando leo versos en voz alta para mí. No río con aquella risa franca y sonora, que hacía resonar los más apartados cuartos de mi casa. Y cuando me miro al espejo... ¿es ilusión ó realidad? encuentro un algo en los ojos, en el conjunto, en la expresión, que no tenía ciertamente á los diez y nueve años, que no noto en los demás, pero que clara-

mente advierto en mi semblante y exclamo con Leopardi:—*A los vinticinco años principia á declinar la flor de la juventud.*

¿Pero cómo? ¿Yo declino? ¿Estoy en la pendiente de la vida? ¿Tanto anduve?

¡Ah, sí! De la escuela militar de Módena han salido otros mil oficiales más jóvenes que yo. Los escucho á mis espaldas murmurar, casi pisarme, y siento que me gritan empujándome:—¡Adelante!—Mas es una cosa que espanta. Esperad; dejadme un minuto de respiro; paraos un poco; ¿qué necesidad hay de devorar la vida? Quiero ahora estar aquí, inmóvil, tieso como una columna; atrás...—pero el piso está pendiente y se resbala uno y va deslizándose á su pesar sin hallar donde agarrarse; compañeros, amigos de diez y nueve años, venid, estrechémonos, aferrémonos los unos á los otros, no nos dejemos arrastrar, resistamos...

¡Ah! ¡Falta el terreno á mis plantas! ¡Maldición!



## VII.

¡Bah! ¡Son negros espectros de días tristes y lluviosos!

Despunta el sol. El alma se serena.

¡Al breve descorazonamiento sucede un estado de ánimo, en el cual me parece cobarde y loca la desanimación causada por turbaciones inverosímiles! ¡Bah! ¡Quién llora la pérdida de la alegría irreflexiva de la juventud; quién se lamenta por esos desahogos de amargo despecho contra las leyes de la naturaleza...; me avergüenzo de mí mismo! Sacudamos estas sensiblerías; aferrémonos á la fe, á las esperanzas, á los propósitos, á los proyectos no realizados, á la idea de mis trabajos... manos á la obra con resolución, con altanería, con regocijo.

Y en estos momentos me siento capaz de esperar tranquilo y contento los treinta años, los desencuentros, las desilusiones, las canas, los dolores, los achaques, la vejez, mirando fijo en el porvenir lejano con los ojos de la inteligencia, un punto luminoso que se agranda á medida que avanzo.

Y marchó adelante con valor, diciendo *no* á un grupo de gente embriagada y clamorosa que me invita á ir con ellos. Y á un tropel de jóvenes melancólicos que exclaman á mi paso, «¡quizás no es verdad!» contesto *no* igualmente, sin quitar la vista de aquel punto luminoso. A otro peloton de hombres graves y soberbios, que señalando libros y escritos, aventuran la frase «¡es un sueño!» les respondo, *¡no!* con voz que me sale de lo más profundo de la conciencia...

¡Ah! En estos momentos de seguridad y convicción, que se me venga á asegurar que no hay ideal, que voy envejeciendo y que he de morir. ¿Y qué?

Trabajo, creo, y espero: ¡basta!

## VIII.

Lo propio ocurre con la mayor parte de mis antiguos camaradas.

Los semblantes se han hecho más serios, ó como quiere Leopardi que se diga: más tristes. A la par de los rostros se han hecho serios los espíritus.

Dije los cambios que me dolieran. Pero callé las mudanzas que me confortaron.

Encuentro por ejemplo camaradas de aquellos más locos é impremeditados que hablan de patria, de trabajo, de deberes que es menester cumplir, de futuro que es preciso preparar, y me causan admiración sus argumentos.

Grande revolución operóse en los ánimos, acaso en virtud de los acontecimientos sucedidos en la patria durante los últimos años. La secreta ambición, los cuidados de la familia, el hastío de la vida disipada, la definida pasión por el estudio nacida tal vez de repente en el aburrimiento del ocio propio de la guarnición en un

destacamento, determinaron en unos ó en otros, los vagos pensamientos, recomponiendo fuerzas perdidas ántes, al parecer, para la nación. De ellas nació el hábito de la reflexion, encaminando la mente á graves problemas de la vida, señalando á cada cual la senda que debe recorrer, y no dejando tiempo para llorar lastimeramente el pasado.

Hemos entrado en la segunda juventud, con algunos desengaños á la espalda, con un poco de experiencia, y un mucho de persuasión acerca de que la felicidad—lo poco que de ella se puede gozar aquí abajo—no se obtiene tempestuosamente á fuerza de gritar «quiero,» sino que se consigue arrancándola poco á poco de lo más íntimo del alma mediante larga constancia de operosa quietud aunque parezca paradoja.

¡A las espléndidas visiones sucedieron las modestas esperanzas, á los grandes designios los claros propósitos, á las imágenes fulgurantes de la guerra, diosa que promete gloria y embriaguez, la imagen de la madre Italia, la cual no promete,—y nos basta,—sino el altivo consuelo de haberla amado y servido!

## IX.

Y nuestro ánimo ha salido más fuerte del dolor de la guerra perdida.

Me parece ver llegar el día en el cual de un extremo á otro del país, se repita el terrible grito: —¡Ya vienen!— y nosotros saltando en pié rápidamente contestaremos: —¡Los esperamos!

Entonces, por las calles de nuestras ciudades llenas de pueblo, de soldados, de caballos y carros, al son del nombre de Italia, en medio del estrépito de las armas y los toques de las trompetas, mis doscientos compañeros volverán á verse, los volveré á ver, muchos se verán solo por una hora, algunos quizá por un momento, por la noche, en cualquiera grande estacion de ferrocarril, á la luz de las linternas; nos veremos, nos reconoceremos, nos saludaremos en silencio, nos apretaremos la mano fuertemente y nos miraremos fijos cara á cara un instante.

No más gritos, no más canciones, no más clamorosa alegría, no más sueños de marchas triun-

fales, no más aquel saludo de intimidad y ligero, «hasta la vista» —con el cual se vela la imagen de la muerte y se alimenta más bien la esperanza que el valor:— «adios,» diremos, ya que el *adios* será promesa recíproca, pacto tácito, voto solemne que querrá decir: «Esta vez no se *debe* volver á bajar la pendiente de la montaña, una vez ganada la cumbre; yo permaneceré en la cresta, y tú tambien: allí se *debe* morir y moriremos ántes que descender!»

Y á menudo, discurriendo largo espacio de tiempo, fantaseo lejanos campos de batalla, en los cuales se juega la suerte de Italia. Vuelo con el pensamiento, de valle en valle, de colina en colina, y en todos los pasos más difíciles, en todos los puntos más peligrosos, me figuro á un amigo de colegio con la cabeza blanca ya, coronel ó general, al frente de su regimiento ó de su brigada; y me complazco en figurármelo en el instante en que asaltado por fuerza enemiga, dirige la resistencia.

Ambas partes contendientes se hallan encarnizadas, y dudosa se presenta la victoria. Él desde la cima del monte vigila y dirige los movimientos en el fondo de la cuenca donde entrambos ejércitos se despedazan, acudiendo solícito á todo y á todos...

¡Pobre amigo, en aquel minuto se decide de su vida, y lo que es más aún, de su honor!

Treinta años de estudio, de sacrificios, de esperanzas, están para ser coronados de gloria, ó perdidos como puñado de polvo lanzado al viento desde aquella cima donde preside su suerte y la suerte acaso de la patria!... Todo depende de... nada. Mira inmóvil, pálido y arde en sus pupilas todo el fuego de su alma. ¡El sable le tiembla en la mano convulsa! Yo estoy á su lado, y recojo todos sus sentimientos, todas sus impresiones, sus sensaciones todas, y me estremezco con él involuntariamente: vivo dentro de su espíritu!

—¡Ánimo, amigo! No te turbes, que has sabido infundir en tus soldados tu valor, tu generosidad y tu nobleza. Aquel movimiento incierto que ves allí abajo en el ala derecha, no es sino un desorden momentáneo producido por la desigualdad del terreno; no retroceden, no; ¡escucha! los gritos resuenan más agudos, los tiros y los golpes son más rápidos; el último batallón ha entrado ya en fuego, todos tus soldados combaten con ardor!... ¡Ah, ahora sí que brillan tus ojos, bravo, cómo recorren tus pupilas toda la línea!... ¿Eh? ¡Qué pálido se pone, hé aquí llegado el instante supremo!... ¿Qué gritos son estos? ¿Qué significa esa llama que ilumina tu rostro? ¿Qué sonrisa es esa?... ¡Ah, qué mirada al cielo tan expresiva! ¡Oh, sí, han vencido, vencieron, bravo!

—Pero, oye, mira, pára tu caballo, por Dios,

antes de partir; detente un segundo, que soy yo, tu amigo, tu camarada de colegio... ¡Venga, bueno, un abrazo, un abrazo no más y vuela ahora con tus soldados, con tus héroes, que Dios te acompañe!

Lanzó su caballo á escape; ¡ya llegó al fondo del valle; ya desapareció!... ¡Ah, con qué desahogo respiro, qué peso me quité de encima!

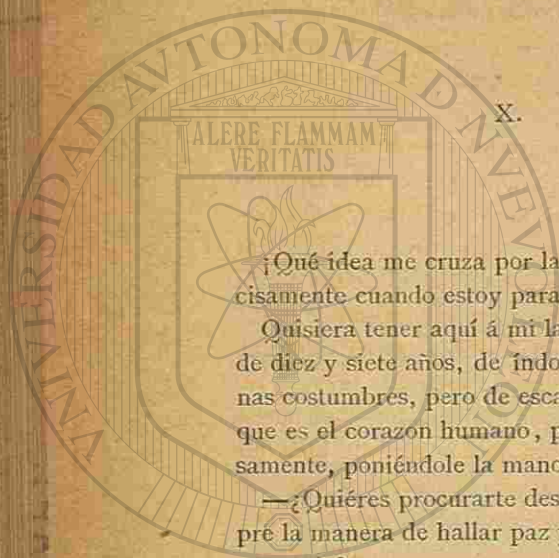
¡Y quién sabe cuántos de mis compañeros se encontrarán en un día, en una hora de su vida, en aquel momento supremo! ¡Quién sabe cuántos no ilustrarán su nombre con algún señalado servicio prestado á la nación, llegando á ser sus nombres queridos al pueblo; y que yo mismo los vea pasear por la calle mayor de alguna ciudad italiana, vestidos de gran uniforme, de general, jinetes en magnífico caballo blanco, cubierto de flores que le arrojarán las damas desde los balcones, por entre dos apiñadas filas de gente del pueblo que lo victorea!...

¡Quién sabe, en cambio, si tendré que ir á llamar á la puerta de alguno de ellos y echarle los brazos al cuello apenas aparezca, encontrándolo pálido, envejecido, como si hubieran trascurrido en pocos meses muchos años! ¡Quién sabe, si no iré en su busca para confortarlo en su desconsuelo, para afirmarle que la sentencia del país que sobre él pesa fué injusta, que son escasísimos en número aquellos sobre cuyas cabezas no

cae toda la culpa de un desastre ; y que día llegará en que se calmen las pasiones y se otorguen honores á las víctimas de las condenas populares precipitadas ; que su nombre todavía se respeta y se estima ; que espere , que no se abata , que se anime y que tenga confianza en la justicia de la Providencia, y en la justicia de los hombres, á la larga!!!

Cuando pienso en las duras pruebas que muchos de ellos tendrán que soportar durante la existencia ; en los bienes que podrán derramar sobre el país ; en el inestimable precio á que deberán pagar su gloria ; cuando pienso en estas cosas, yo, que dejé el ejército, siento que por no quedarme atrás, cesando de pagar mi deuda de gratitud á la patria, debería trabajar sin reposo, pasar las noches en vela sobre los libros, conservar con rigurosa templanza de costumbres mi vigor juvenil, para entregarlo fresco, lozano é íntegro á los trabajos intelectuales ; hacer una vida immaculada para conquistar el derecho de predicar la virtud, y mantener viva y pura esta llama de afecto, de la cual consigo alguna que otra vez infundir una chispa en el ánimo de los demás ; estudiar al pueblo, á los niños, á los pobres, á fin de escribir para ellos ; no dejar escapar nunca de mi pluma una palabra innoble ; sacrificar todos mis caprichos y mis gustos al bien comun ; no desanimarme jamás por las contra-

riedades ; no ambicionar las alabanzas ; no desear, no esperar nada, á no ser el día en el cual me pudiese decir á mí mismo : He hecho cuanto podía ; no fuí enteramente inútil en la vida ; ¡esto me basta !



¡Qué idea me cruza por la cabeza, ahora precisamente cuando estoy para acabar!

Quisiera tener aquí á mi lado á un jovencuelo de diez y siete años, de índole buena y de buenas costumbres, pero de escasa experiencia de lo que es el corazón humano, para decirle amistosamente, poniéndole la mano en el hombro:

—¿Quiéres procurarte desde ahora para siempre la manera de hallar paz y tranquilidad en el porvenir?

Pues bien; trata á tus amigos con los mismos miramientos que guardarías á una dama; porque, créelo, no hay palabra amarga, acto descortés ó frase dura pronunciada ó ejecutada con cualquiera de ellos (aunque sea disculpable, aunque se olvide despues por largo tiempo), que no vuelva á la memoria un día, el ménos pensado, y que no nos duela y nos perturbe.

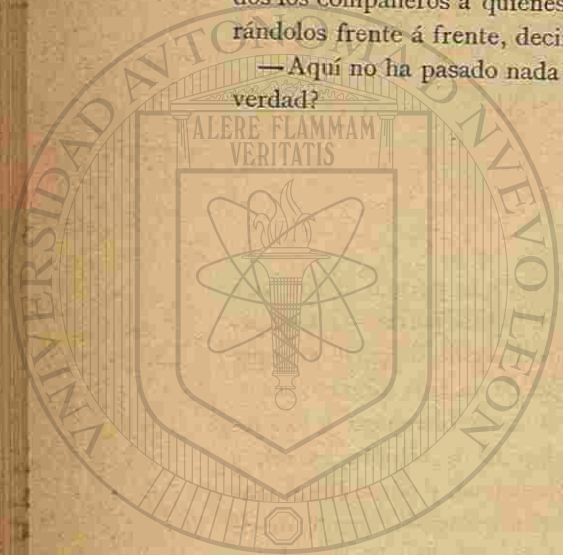
Despues de muchos años, recordando á mis amigos alejados de mí, me acuerdo de cierta co-

lision habida entre uno de ellos y yo; de algun dicterio que cambié con otro; del propósito formal mantenido por varios meses de no hablar con un tercero—tonterías;—pero que ¡cuánto me alegraría de no tener que echarme en cara el haberlas verificado!

Y aunque estoy seguro de que no dejaron huellas en ninguno, igualmente que en mí mismo no las dejaron, me pesan tales acciones y tales palabras, y ¡ojalá que nunca las pronunciara ó las verificara! Cuando se llega á aquella edad donde empieza á aparecer próximo el término de la juventud y se piensa en los años trascurridos tan presto, y en los que trascurrirán más presto aún; cuando se reflexiona en el poquísimo bien que se ha hecho, en la poquísima cantidad de bien que nos queda por realizar, nos parece una cosa tan mezquina, risible y despreciable aquel sentimiento de orgullo empleado con los antiguos camaradas, que, si pudiésemos, volveríamos con gusto atrás, con objeto de emprender de nuevo todas las discusiones, todas las disputas, para conversar con nuestros amigos, exponiendo los argumentos en el tono de voz más suave posible, y para alargar la mano en señal de paz ó de reconciliación, si no conseguíamos convencerlos, dándonos nosotros, con placer, por convencidos; con el fin, por último, de borrar el recuerdo de todas las veces que contestamos á los razonamientos

de aquéllos encogiéndonos de hombros... ¡Ah!  
¡Cuánto daríamos por buscar en esta edad á todos los compañeros á quienes ofendimos! y mirándolos frente á frente, decirles:

—Aquí no ha pasado nada, se acabó, ¿no es verdad?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XI.

¡Caros amigos!

Aunque no fuese más que porque ví con vosotros por vez primera toda la patria,—¿cómo podría mi pensamiento dejar de dirigirse siempre hácia vosotros y dejar de amaros mi corazón?

Cuando ví desde el buque blanquear á lo léjos la inmensa curva del golfo de Nápoles, y reí, y crucé con ímpetu mis manos, y pensé en mi madre, y exclamé: ¡Es un sueño!—Cuando desde las alturas del monte del Noviciado abracé por vez primera con una sola mirada la ciudad de Mesina, el estrecho, los Apeninos, el cabo Spartivento, y dije para mí, con sentimiento de casi tristeza: ¡Aquí acaba la Italia!—Cuando sobre la cresta de Monte Croce ví más allá de la vasta campiña rebosar regimientos austriacos, y las torres de Verona, y extendí los brazos en un arranque de alegría, gritando y como si temiese que huyeran: ¡Esperad!—Cuando contemplé desde las orillas de Fusina la ciudad de Venecia

lejana, azulada, fantástica, y exclamé con lágrimas en los ojos: ¡Divina!—Cuando surgió Roma ante mi vista tras las alturas de Monterotondo, circundada por el humo de nuestras baterías, y prorumpí en un arrebato de entusiasmo: ¡Es nuestra!—Siempre tuve á mi lado á uno de vosotros, queridos amigos, presa de mi misma emoción, y siempre aferrándonos el brazo uno á otro en los ataques, acordaos, nos decíamos: ¡Cuán bella es nuestra Italia!—Siempre alguno de vosotros compartió conmigo las lágrimas, las risas, los versos. No hay punto en Italia, ni caso alegre, ni conmoción profunda que yo no recuerde sin sentir á mi lado el ruido de un sable y una voz que dice: ¡Aquí estoy!—sin que me parezca que me aprieta la mano uno de vosotros; sin que me pregunte á cada paso dónde se encuentra éste uno, y qué hace, y qué piensa, y sin que él también se acuerde de los bellos días que pasamos juntos!

¡Oh! podré hallar en la vida otros muchos amigos íntimos, fieles, generosos, cuyas imágenes me visitan á cada instante; pero de este tropel, sobre aquellas cabezas, veré constantemente ondear vuestros penachos, brillar el número de vuestros képis, y me lanzaré corriendo á vuestro encuentro, diciéndoos:

—¡Hablemos de nuestro colegio, de nuestros viajes, de guerra, de soldados, de Italia!

## XII.

Gran número de nosotros llegará ciertamente á ver el siglo xx.

¡Extraña idea! Comprendo perfectamente cómo se pasará del 1900 al 1901, de igual modo que se habrá pasado del 99 al 100, y como se pasa del presente año al año venidero.

Y, sin embargo, me parece que al despuntar el alba del primer día del nuevo siglo, deberá experimentarse sensación análoga á la del que llegado al pico de alta montaña descubre á su vista nuevas tierras y nuevos horizontes.

Paréceme que aquella mañana se revelará algo imprevisto y maravilloso; que se apoderará de nosotros un sentimiento de casi pavora al encontrar tanto delante de nosotros; que creemos haber sido lanzados por arcana fuerza de una á otra orilla de desmesurado abismo. ¡Fantasías!

Presiento perfectamente lo que seremos nosotros en aquellos años; no sólo lo presiento: lo veo.



Veo una sala con su chimenea en un lado, ó mejor, muchas salas con muchas chimeneas, y muchos ancianos delante del fuego, sentados en sus sillones y con la barba sobre el pecho. Poco más allá un velador y en él una luz encendida, y alrededor del viejo una corona de chiquillos que podrán ser hijos, ó nietos, ó sobrinos, los cuales en un momento dado señalarán al padre, al tío ó al abuelo, diendo en voz baja: «Duerme;» y reirán candorosamente de la expresión grotesca que habrá tomado nuestro rugoso somblante.

Los chicos luégo querrán escuchar de nuestros labios cuentos de sucesos de épocas lejanas, *remotas*, y nos abrumarán á preguntas.

—Tío, ¿conoció V. al general Garibaldi?

—Papá, ¿viste de cerca alguna vez al Rey Víctor Manuel II?

—Abuelo, ¿oyó V. hablar al conde de Cavour?

—Sí, sí, sí, y tantas veces; ¡ya lo creo!

—Y diga V.: ¿se parecían á los retratos?

—¿Cómo eran?

—¿De qué manera hablaban?

Y nosotros charlaremos de todo y de todos, recordando, y contando, y describiendo, animándose poco á poco nuestra voz, inflamándose con las pasadas memorias nuestros espíritus, enrojeciéndose nuestras mejillas, y gozaremos al ver que se interesan en el relato aquellas criaturitas, y que se iluminan sus puras frentes, y que siguen

sin pestañear nuestros gestos, y oyen con los labios entreabiertos nuestras palabras, y al comprender que vamos á terminar la narracion, ya se prepararán impacientes á gritar:

—Siga V., siga V.; ¡más, más!

¿Qué se habrá operado en aquel entónces sobre la haz de la tierra? ¿Será Rey de Italia Víctor Manuel III? ¿Estarán los cazadores en Trento? ¿Gobernará Túnez algun amigo nuestro empleado hoy en el ministerio de la Gobernacion? ¿Habrá pasado Francia por otra serie de imperios, repúblicas, *commune* y reinos? ¿Se habrá verificado la amenazante invasion de los pueblos del Norte? ¿Inglaterra sufrirá tambien á su vez su derrota? ¿Habremos experimentado hasta nosotros mismos un poco de *Canton*? ¿Habrá aparecido un gran poeta? ¿Se habrá reformado la Iglesia? ¿Se habrá reconstruido Roma? ¿Existirán todavía ejércitos? ¿Qué seremos nosotros á la sazón en nuestro propio país? ¿Cómo habremos vivido?

¡Ah! Cualquier cosa que suceda, cualquiera que sea la suerte que nos espere, si hemos trabajado, si hemos amado y si hemos creído—las tardes que, sentados en un sillón en la azotea de nuestra casa, á los últimos rayos del sol poniente, pensemos en nuestras familias, en nuestros amigos, en los montes, en las colinas, en los Carnavales, en los islotes del mar Tirreno, con que soñábamos en el colegio;—cuando esto pase, nos

perturbará, sí, ciertamente, el pensamiento de tener que abandonar en breve tantas almas queridas y tan bella patria; pero brillará, no obstante, nuestro rostro iluminado por la sonrisa tranquila y serena, que es como el alba de una nueva juventud, y que temple la amargura del *adios* con la fácil promesa de: «Adios, sí, pero no para siempre!»



## CARMELA.

## I.



Lo que voy á contaros sucedió en una isleta, distante 70 leguas de Sicilia. En aquella isleta no hay más que una poblacion que cuenta, unos dos mil habitantes, y donde en la época de mi relato habia de 300 á 400 presidiarios. Tenía, pues, por esta causa un destacamento de cuarenta soldados, que se relevaba de tres en tres meses, mandado por un oficial subalterno. Los soldados disfrutaban allí una vida placidísima, por dos razones: primera, porque fuera de la guardia del cuartel y del presidio, y algun día de ejercicio, nada tenían que hacer; y segunda, porque el vino estaba á cuatro cuartos la azumbre y era muy bueno. No hablo

perturbará, sí, ciertamente, el pensamiento de tener que abandonar en breve tantas almas queridas y tan bella patria; pero brillará, no obstante, nuestro rostro iluminado por la sonrisa tranquila y serena, que es como el alba de una nueva juventud, y que temple la amargura del *adios* con la fácil promesa de: «¡Adios, sí, pero no para siempre!»



## CARMELA.

## I.



Lo que voy á contaros sucedió en una isleta, distante 70 leguas de Sicilia. En aquella isleta no hay más que una poblacion que cuenta, unos dos mil habitantes, y donde en la época de mi relato habia de 300 á 400 presidiarios. Tenía, pues, por esta causa un destacamento de cuarenta soldados, que se relevaba de tres en tres meses, mandado por un oficial subalterno. Los soldados disfrutaban allí una vida placidísima, por dos razones: primera, porque fuera de la guardia del cuartel y del presidio, y algun día de ejercicio, nada tenían que hacer; y segunda, porque el vino estaba á cuatro cuartos la azumbre y era muy bueno. No hablo

del oficial, que gozaba amplísima libertad y la satisfacción de poder decir: ¡soy el comandante general de todas las fuerzas militares de la isla!

Tenía á su disposición dos gendarmes, agregados al mando de la plaza; dábanle habitación gratuita en el mejor sitio de la población; pasaba la mañana cazando en el monte; mataba el tiempo, después de comer, en un modesto gabinete de lectura con los principales personajes del país, y al caer la tarde, paseaba en barca por el mar, fumando excelentes cigarros de dos céntimos, vestido á su gusto sin temor del coronel, y siempre más alegre que unas pascuas. Sólo una contrariedad oscurecía su satisfacción, pensar que vida tan holgada no había de durar sino tres meses.

El pueblo está situado á la orilla del mar y tiene un puertecillo, junto al cual deteníase cada quince días el vapor-correo que va de Trapani á Túnez. Raras veces se detenían otros buques; tan raras, que al distinguirse alguno que hacía rumbo al puerto, lo anunciaban al pueblo á son de campana, y gran parte del vecindario corría á la playa, como si se tratase de una fiesta.

El aspecto del pueblo es muy modesto, pero alegre y risueño, especialmente en la ancha plaza que se halla en el centro, la cual, como en todas las aldeas, viene á ser lo que el patio

para los inquilinos de una misma casa. Comunícase esta plaza con la playa por la calle principal, larga, recta y estrecha. Las tiendas y los establecimientos públicos están todos en la plaza. Hay allí, ó había entónces por lo ménos, dos cafés, frecuentado el uno por el alcalde y demás autoridades y por las personas de pro; el otro, por la gente popular. La casa donde habitaba el comandante del destacamento, hallábase situada en el lado de la plaza que mira al mar, y como desde la playa hasta el centro de la isleta el terreno se levanta considerablemente, desde las ventanas de su habitación, que eran dos, veíase el puerto, un largo espacio de playa, el mar y los lejanos montes de Sicilia.

La isla es toda de montañas volcánicas y está cubierta de grandes y selváticos bosques resinosos.

Hace tres años, una hermosa mañana de Abril, el vapor-correo que iba á Túnez, se detenía á la embocadura del puerto de aquella pequeña población. Desde que apareció en el horizonte había sonado la campana y acudido toda la gente, entre ella el comandante del destacamento, los

soldados, el alcalde, el juez, el cura párroco, el inspector de orden público, el capitán del puerto, el recaudador de contribuciones, el sargento de carabineros y un joven médico militar, agregado al destacamento, para el servicio sanitario del presidio.

Dos barcazas se acercaron al vapor y transportaron á tierra 32 soldados de infantería y un oficial, un gallardo mozo, blanco y rubio, quien después de dar un apretón de manos á su camarada, y de contestar cortesmente á la bienvenida de las autoridades, en medio de dos grupos de curiosos, entró en el pueblo al frente de su pelotón. Así que lo hubo acuartelado, dirigióse al grupo de los personajes que le aguardaban en medio de la plaza, y el alcalde se los fué presentando uno por uno, con aire entre serio y festivo, lleno de cordial familiaridad. Terminada la ceremonia, el grupo se deshizo, y el oficial, que quedó solo con su camarada, hizo se conducir á su alojamiento. Allí el asistente del oficial relevado estaba arreglando unos baules, y el del recién venido apresuraba el momento de abrir los suyos, ayudando á su compañero. Pasada una hora todo estuvo dispuesto.

El destacamento que tenía que marchar, partió aquella misma noche, á las ocho, acompañado hasta el puerto por el destacamento que lo reemplazaba, y nuestro oficial, apenas dijo adios

al camarada, se retiró á su albergue, y se echó en la cama.

Cansado como estaba del viaje, y de haber pasado todo el día atareado, sentía gran necesidad de dormir, y durmió á pierna suelta.

## II.

La mañana siguiente, apenas amaneció, salió de casa.

No había dado diez pasos por la plaza, sintió que le tiraban suavemente del capote. Se detuvo, volvióse, y vió á dos pasos detrás de él inmóvil y rígida en la actitud del soldado que saluda, una muchacha con cabellos encrespados, vestido descompuesto, alta, delgada y de bellísimas formas. Tenía fijos en el rostro del oficial sus grandes y vivísimos ojos negros, y sonreía.

—¿Qué quereis?—preguntóle el oficial, mirándola con sorpresa y curiosidad.

La muchacha no contestó, pero siguió sonriendo y con la mano junto á la frente, en la posición del saludo militar.

El oficial levantó los hombros, y siguió adelante. Á los diez pasos, nuevo tironcito del capote. Se detuvo y se volvió otra vez, y ella siempre tesa é inmóvil, como un recluta en filas. Miró alrededor, y vió á algunos que cerca de allí observaban aquella escena, y reían.

—¿Qué quereis?—le preguntó otra vez.

La muchacha dirigió la mano con el índice extendido hácia el oficial, y dijo sonriendo:

—Te quiero á ti.

—Comprendo, comprendo, pensó, pedirá limosna;—y buscando en la faldriquera una moneda de cobre, se la entregó y trató de seguir adelante; pero la jóven, doblando uno de los brazos sobre el pecho, como para defenderse con el codo de la mano que le daba el dinero, repuso otra vez:

—Te quiero á ti.

Y se puso á patear el suelo y á mesarse los cabellos con ambas manos, exhalando un lamento sordo y monótono, como hacen los niños cuando fingen llorar; y la gente que presenciaba la escena reía. El oficial miró á la gente, despues á la muchacha, despues á la gente de nuevo, y al fin siguió su camino. Atravesó libremente casi toda la plaza, pero al llegar á la entrada de la calle que conduce al puerto, sintió tras sí pasos rápidos y ligeros, como de alguien que corriese de puntillas, y cuando iba á volverse, una voz cariñosa le murmuró al oído con extraño acento:

—¡Amor mio!

Sintió un estremecimiento de piés á cabeza, pero no se volvió, y apretó el paso. Otra vez repitió aquella voz:—¡Amor mio!

—¡Oh! basta ya,—gritó entónces despedido,

volviéndose de pronto á la muchacha, que dió un paso atrás tímidamente.—Dejadme en paz: andad á vuestros quehaceres: ¿lo habeis entendido?

La jóven puso una cara afligidísima; despues sonrió, adelantó un paso y alargó una mano, como para acariciar al oficial; pero la retiró al punto, diciendo:

—No te incomodes, ¡por la Virgen Santa!

—Déjame estar, te repito.

—Tú eres el amor mio.

—Déjame estar, ó llamo á los soldados y te llevan á la cárcel;—y señaló á algunos soldados que estaban en la esquina. Entónces la muchacha se alejó á lentos pasos, volviendo siempre los ojos al oficial, y repitiendo de vez en cuando á media voz:—¡Amor mio! ¡Amor mio!

—Pardiez—decia entre sí el teniente, enfilando la calle del Puerto—¡qué lástima! Es muy hermosa.

Era hermosa, en verdad. Magnífico modelo de la altiva y espléndida hermosura de las mujeres sicilianas, que más bien que inspirar amor, lo imponen, y las más veces, con una sola de aquellas miradas sostenidas é intensas, parece que nos escudriñan las profundidades del alma y nos roban el valor que ellas expresan. Los cabellos y los ojos eran negrísimos; la frente ancha y pensativa; los movimientos del entrecejo y de los la-

bios, súbitos, bruscos, llenos de vida y de expresion. Su voz tenía algo de cansada y ronca, y su risa era un tanto convulsiva. Despues de haber reído, continuaba por algun tiempo con la boca entreabierta y los ojos asombrados.

## III.

—¿Por qué no la tienen encerrada?— preguntaba el oficial aquella noche misma al médico, entrando con él en el café de la gente de pro, después de referirle el suceso de la mañana.

—Y ¿dónde han de encerrarla? Allá en el hospital ha estado más de un año, mantenida á espensas del municipio. Pero en vista de que era tiempo perdido y dinero mal gastado, la han vuelto á su casa. No adelantaba allí nada, ni daba esperanza alguna. Los médicos del establecimiento lo han reconocido así. Aquí, por lo ménos es libre como el aire la pobrecilla, y bien se le puede conceder la libertad, porque fuera de los militares, no incomoda á nadie.

—Y ¿por qué á los militares sí?

—¡Oh! Es una historia algo confusa y dudosa. Cada cual la cuenta á su manera, sobre todo entre el vulgo, á quien no basta la verdad desnuda y quiere añadir siempre algo de su cosecha. Pero lo más probable, y lo que confirman las personas más distinguidas del país... se lo contaré á V.:

Hace tres años, un oficial, comandante aquí del destacamento, como V. ahora, gallardo jóven que tañía magistralmente la guitarra y cantaba como un ángel, enamoróse de esa muchacha, que entónces era, como continúa siendo, la más hermosa de la isla.

—Lo creo.

—Y la muchacha, naturalmente, en parte por su buena voz (porque aquí son aficionadísimos al canto y á la música); algo también por efecto de su prestigio como comandante superior de todas las fuerzas militares, y principalmente porque era muy buen mozo, se enamoró también de él. Pero, ¡cómo se enamoró! Uno de esos amores de este país; una pasión que, comparada con ella, es fría la lava de los volcanes: celos, furros, frenesí, cosas de tragedia. De su familia no le quedaba más que la madre, pobre mujer, que sólo por los ojos de la hija veía, y á quien ésta manejaba á su antojo. Figúrese V., pues, de qué libertad gozaría... Y en el país se murmuraba; pero los hechos parece que han probado la sinrazón de las sospechas á que daba lugar la conducta de la jóven, tanto, que ahora todos creen y aseguran que no hubo nada de malo... Es extraño, en verdad, y hasta inverosímil, porque dicen que estaban juntos casi todo el día; pero la verdad es que existen caracteres de este temple, especialmente en estos países, pocos, pero los hay. Hay



unas muchachas apasionadas y libérrimas que están todo el día á los piés de su galán, y que parece que nunca han sabido qué cosa sea el recato; y, sin embargo, son severas é inexpugnables como vestales. Sea de ello lo que fuere, el caso es que el oficial le había prometido casarse con ella, y ella lo había creído y estuvo á punto de volverse loca de alegría. Dicen que ya entónces temieron que se le trastornase la razón, y lo creo: ¿Quién puede saber hasta qué punto llega el amor en mujeres de ese temperamento? Un día, si no le quitan de las manos á una muchachuela, de quien andaba celosa, por no sé qué motivo, acaba con ella. Ahí mismo, frente al café, la había atrapado delante de todos, y hubo una escena muy seria; y no fué esa la única. No había modo de que cualquiera vecina levantase los ojos á las ventanas, al pasar por casa de su oficial, ó se volviese á mirarlo si lo encontraba por la calle, sin que ella amenazase con hacer alguna barbaridad. Para abreviar: llegó el día de cambio de guarnición; el oficial prometió que volvería dentro de dos meses; la jóven lo creyó; él partió, y nadie lo ha visto más. La pobrecilla cayó enferma. Quizás si hubiera curado y hubiese perdido poco á poco aquel resto de esperanza que le quedaba, habría logrado olvidar; pero ántes de restablecerse de la enfermedad, supo, no sé cómo, que su amante se había casado. El golpe llegó de improviso y fué terri-

ble. La infeliz se volvió loca. Esa es la historia.

—¿Y despues?...

—Despues, como le dije, la enviaron al hospital de Sicilia; luégo volvió, y aquí está hace ya más de un año.

En aquel momento se asomó un soldado á la puerta del café y preguntó por el doctor.

—Le diré á usted lo demás en otra ocasion. Hasta la vista.

Y diciendo esto desapareció.

El oficial, al levantarse para saludarlo, dió con el sable en la mesa é hizo ruido; al instante se oyó una voz en la plaza, que gritaba:

—¡Lo he oído, lo he oído, está allí dentro!

Y al mismo tiempo apareció la loca al umbral de la puerta.

—¡Echadla fuera!—gritó el oficial, levantándose irritado como si le hubiese picado una víbora.

Y la hicieron salir.

—Iré á esperarlo á casa—se le oía decir, alejándose;—iré á esperarlo á casa.

Entre los pocos parroquianos del café, presentes al lance, hubo uno que, notando aquel arranque impetuoso y aquel rostro demudado, dijo, al oído de otro camarada:

—¿Qué apostamos á que ha tenido miedo el teniente?

## IV.

La madre de Carmela habitaba una casucha al extremo del pueblo, juntamente con dos ó tres familias de campesinos, y se mantenía cosiendo ropa blanca. Al principio recibía de vez en cuando algún socorro en metálico de las familias más acomodadas; pero, á lo último, ya no recibía nada. Los bienhechores habían notado que sus socorros eran casi inútiles, porque la muchacha no quería dormir ni comer en casa, ni podía obtenerse de ella que conservase entero un vestido nuevo ni tan siquiera una semana.

No hay que decir si padecería su madre y si procuraría todos los días, con incansable perseverancia, lograr algo de su hija, pero siempre en vano. A veces, tras largas súplicas, se dejaba poner un vestido nuevo; pero á lo mejor lo hacía trizas. Otras veces, apenas salida de manos de su madre bien peinada y trenzada, metía las suyas entre los cabellos, y en un momento se los enmarañaba como una furia.

Gran parte del día pasábalo vagando por los montes más agrestes y solitarios, gesticulando ó hablando sola, y riendo á carcajadas. Muchas veces los carabineros, al pasar por aquellos lugares selváticos, veíanla de léjos, ocupadísima en construir torrecillas de pedruscos ó sentada inmóvil en la cumbre de un peñón, con el rostro vuelto hácia el mar, ó echada en tierra y dormida. Si ella los veía, acompañábalos con la mirada hasta que habían desaparecido, sin responder con palabras, ademanes ni sonrisas á nada de lo que le decían ó á cualquier señal que le hiciesen. Todo lo más, alguna vez, cuando estaban ya muy léjos, hacía con los dos brazos ademán de disparar el fusil contra ellos; pero siempre con el rostro serio y grave. Lo mismo hacía con los soldados, con quienes nadie la había visto detenerse, ni hablar, ni reír. Pasaba por su lado ó por medio de ellos sin responder palabra á las chanzas que le gastaban, ni mirar á ninguno. Nadie se atrevía á tocarle un pelo de la ropa, porque se decía que había señalado los dedos en la cara á algunos que se habían atrevido á propasarse.

Apenas oía un redoble de tambor, llegaba corriendo: cuando los soldados salían del pueblo para hacer el ejercicio en la playa, siempre los seguía. Mientras los sargentos mandaban las maniobras y el oficial miraba á cierta distancia, ella retirábase aparte é imitaba con la mayor seriedad la

marcha de los soldados, simulando tambien con un baston los movimientos de los fusiles y repitiendo las voces de mando. Despues, de improviso, echaba al aire el baston, y se acercaba al oficial girando en torno de él, mirándolo sonriendo cariñosamente, y llamándolo con los nombres más dulces y suaves.

Cuando se hallaba en el pueblo, estaba casi siempre en la plaza, frente á la casa del oficial, en medio de un círculo de chiquillos, á quienes divertía con toda especie de bufonadas. A veces se encasquetaba un sombrero viejo que recogía por la calle, y apoyándose en un grueso baston y perorando con voz nasal, remedaba los ademanes y las palabras del alcalde. Otras veces, con unos rizos de papel en la cabeza, con los ojos bajos, la boca apretada, moviendo una mano como para abanicarse, y contoneándose ridículamente, hacia la caricatura de las pocas señoras del pueblo, cuando van á la iglesia los dias festivos. Alguna vez recogía á la puerta del cuartel una gorra vieja, desechada por algun soldado, se la calaba hasta las orejas, escondiendo dentro de ella los cabellos, y despues, con los brazos rígidos y apretados al cuerpo, daba dos ó tres vueltas á toda la plaza, con paso lento y cadencioso, imitando con la voz el redoble del tambor, tan tiesa como los más torpes reclutas. Pero hiciera lo que quisiera, no llamaba ya la atencion. Los chiquillos eran sus

únicos espectadores; y las madres procuraban alejarlos de ella, porque un dia, contra su costumbre, y Dios sabe por qué, habia cogido á un niño de ocho años, el más hermoso y limpio de sus espectadores, y le habia dado tantos y tan furiosos besos en la cara y en el cuello, que el chico se asustó y echó á llorar por miedo de que quisiera ahogarlo.

Alguna que otra vez entraba en la iglesia, se arrodillaba y juntaba las manos en actitud devota, como todos los demás, pronunciando entre dientes palabras que parecian rezos; pero á los pocos instantes echábase á reir ó hacía gestos extraños é incoherentes, de modo que el sacristan concluía por cogerla del brazo y ponerla á la puerta.

Teñía muy buena voz, y cuando estaba en su cabal juicio cantaba bastante bien; pero desde que se le trastornó el seso no hacía más que tararear un aire monótono é inarticulado, especialmente cuando estaba sentada en el umbral de su casa ó al pié de la escalera que conducia á la habitacion del teniente, engullendo higos chumbos, que eran casi su único alimento.

No le faltaban tampoco sus horas de melancolía, en las cuales no hablaba palabra ni reía con nadie, ni siquiera con los chicos, y solia permanecer acurrucada como un perro, á la puerta de su casa, con la cabeza envuelta en el delantal ó el

rostro cubierto con el pañuelo, sin moverse aunque hiciesen ruido á su alrededor ó la llamasen por su nombre. Ni su madre podía sacarla de aquel ensimismamiento. Pero esto sucedía raras veces. Casi siempre estaba alegre.

A los soldados, como he indicado, no les decía nunca nada, ni los miraba siquiera. Todas sus ternezas las reservaba para los oficiales. Pero no las concedía á todos en la misma medida. Desde que había vuelto del hospital había habido seis ú ocho cambios de destacamentos, y habían venido oficiales de todas edades, de distinta fisonomía y de diferente humor. Notóse que mostraba más viva simpatía por los más jóvenes, aunque la diferencia fuese de pocos años, y que sabía distinguir muy bien quién era más gallardo y quién ménos, aunque á todos los calificase igualmente de *mi amor* y *mi tesoro*. A cierto teniente, que era hombre de cuarenta años, con nariz de papagayo, panza de botijo y voz estentórea, nunca le puso buena cara. Le había dicho alguna palabra amorosa la vez primera que lo encontró; pero le contestó de mal talante, acompañando las palabras con ademán amenazador, y ella no le volvió á dirigir ningun requiebro, siguiéndolo, sin embargo, cuando lo encontraba en la calle, y continuando su costumbre de sentarse al pié de su escalera. Entrase ó saliese el teniente, no le decía palabra, pero no se movía de su sitio; y se portó de la mis-

ma manera con dos ó tres oficiales que vinieron despues de aquél, de índole, aspecto ó modales bastante parecidos. Pero llegaron tambien otros muy jóvenes, agraciados y elegantes, y por estos pudiera decirse que estaba loca, si no lo estuviese ya.

Alguno de ellos se propuso curarla, fingiendo corresponder á su amor; pero tomó la cosa á la ligera, se fastidió á los dos ó tres días de aquella prueba y la dejó estar. Algun otro, ménos filántropo y más positivista, se había preguntado: ¿para qué es necesario que esté en su cabal juicio una muchacha, si es tan bonita como ésta? Y había tratado de persuadir á Carmela de que para hacer el amor no era la razon requisito indispensable; pero con gran extrañeza suya, encontró una resistencia obstinada. No decía *sí* ni *no* de un modo claro y terminante, porque quizás no entendía bien lo que el oficial le proponía; pero casi por instinto, cuando quería pasar de los dichos á los hechos, cruzaba los brazos sobre el pecho en actitud de defensa, y reía con extraña risa; como los niños cuando creen que quieren burlarse de ellos, sin saber cuál sea la broma, y riendo quieren demostrar que la han comprendido, con el objeto de que se la digan; y en aquellos momentos, como se le animaba el rostro y relampagueaban sus ojos, estaba hermosísima y no parecía loca. Aquella reserva; aquel instintivo decoro, imprimiendo

á sus ademanes y á sus actitudes cierta compostura y gallardía, hacian resaltar de un modo extraordinario la esbeltez escultural de sus formas; en una palabra, los que se atrevieron á ella, comprendieron que era empresa insensata. Dijéronme que álguien, relatando un día sus inútiles tentativas al doctor, exclamó: «Mujeres con la virtud en la conciencia, en el corazon ó en la cabeza, he visto muchas; pero mujeres como ésta, que tengan la virtud en la sangre, confieso que no habia visto ninguna.»

Decian algunos que en cada oficial que le gustaba creía ella encontrar el suyo, el que la habia amado y abandonado. Quizás no era cierto, porque alguna vez hubiese dicho algo alusivo á lo que habia pasado, y nunca hacia la menor referencia á ello. A veces le preguntaban tambien sobre aquel asunto, y nunca daba indicios de entenderlo ni de recordar nada. Escuchaba con mucha atencion y despues reía. Cuando un destacamento se marchaba, iba á acompañarlo hasta el puerto, y cuando el buque se alejaba, lo saludaba agitando el pañuelo; pero no lloraba ni daba muestras de dolor, é iba en seguida á hacer sus protestas amorosas al nuevo oficial.

## V.

El doctor volvió poco despues y contó lo que acabamos de referir al oficial. Este, despidiéndose, exclamó por segunda vez:

— ¡Qué lástima, tan hermosa como es!

— ¡Ya lo creo! ¡Y qué altivo y noble carácter debia tener! — añadió el doctor.

El oficial salió. Era ya muy de noche y en la plaza no se veía á nadie. Su casa estaba al lado opuesto del café. Dirigióse á ella lentamente y como si lo hiciera de mala gana. — Estará allí — pensaba suspirando, y aguzaba los ojos, alargando el cuello é inclinando la cabeza á derecha é izquierda por ver si habia álguien en la puerta; pero inútilmente, porque la oscuridad era completa. Avanzando y avanzando más, siempre á paso lento, deteniéndose, torciendo la marcha, acechando... — Si supiese que me espera allí un malandrin, con navaja en mano, pareceme que iria á su encuentro más resuelto, dijo entre sí, y dió con decision diez ó doce pasos. — ¡Ah! allí

está.—La había descubierto. Hallábase sentada en el umbral, á la parte de fuera de la puerta, pero como estaba tan oscuro no podía verle la cara.

—¿Qué haceis aquí?—le preguntó, acercándosele.

No respondió ella al pronto; levantóse, se le puso delante, y apoyando las manos en sus hombros, con una vocecita suave y un acento que parecía revelar el juicio más sano del mundo, díjole:

—Te esperaba... dormía.

—¿Y por qué me esperabas?—preguntó el oficial, apartando de los hombros aquellas dos manos, que descendieron para oprimirle los brazos.

—Porque quiero estar contigo—respondió ella.

—¿Qué acento!—murmuró entre sí el oficial.—Cualquiera diría que está en su cabal razon.

Y sacando de la faldriquera un fósforo, encendiólo, acercándolo al rostro de Carmela para ver bien sus ojos.

El cansancio, porque había estado todo el día corriendo por el monte, y despues, aquel breve sueño, del que á la sazón despertaba, habían apagado en su fisonomía algo de aquella viveza extravagante y convulsa que le era habitual, derramando sobre su rostro un tinte de languidez y melancolía, que daba encanto. Estaba muy lejos de parecer una loca en aquel momento.

—¡Querido mio!—exclamó Carmela, apenas vió á la luz del fósforo el rostro del teniente; y alargando la mano trató de cogerle la barba entre el índice y el pulgar.

Él la detuvo por un brazo, ella á la vez cogió con el otro el del oficial, acercó los labios á su mano, se la besó, y despues se la mordió.

El teniente desprendióse como pudo, metióse en casa y cerró la puerta.

—¡Bien mio!—gritó todavía Carmela.

Y despues, sin añadir palabra, se volvió á sentar en el umbral, con los brazos cruzados sobre las rodillas y la cabeza inclinada á un lado.

Al poco rato estaba durmiendo.

Apénas entrado en su casa, y encendida luz, el oficial se miró el dorso de la mano derecha y vió la ligera huella de ocho menudos dientes, en torno de los cuales brillaba aún el húmedo hálito de aquella boca convulsa. ¿Qué especie de amor es éste? pensaba quizá; y encendiendo un cigarro, púsose á pasear por la habitacion.

—Pensaremos mañana en ello—dijo despues, y pensó en otra cosa.

Sentóse, abrió un libro, leyó algunas páginas y púsose de nuevo á pasear; despues otra vez á leer; finalmente, se decidió á acostarse.

Había concluido casi de desnudarse, cuando le asaltó una idea. Estuvo pensando un instante, corrió á la ventana, extendió la mano para

abrirlo... la retiró, levantó los hombros y se echó en la cama.

A la mañana siguiente, el asistente, cuando entró de puntillas en su cuarto, asombróse de verlo ya despierto, pues no era su costumbre despertarse por sí solo, y le dijo, sonriendo:

—Ahí bajo, á la puerta, está aquella loca...

—¿Y qué hace?

—Nada, dice que espera al señor teniente.

El oficial se esforzó en sonreír, y mirando al asistente mientras le cepillaba la ropa, decía entre sí:

—Hoy trabaja al vapor este mozo.

Cuando estuvo vestido, añadió:

—Mira si está aún.

El soldado abrió la ventana, miró hacia abajo, y dijo que sí.

—¿Y qué es lo que hace?

—Está jugando en el suelo con unos guijarros.

—¿Mira hacia arriba?

—No.

—¿Está delante de la puerta ó á un lado?

—A un lado.

—Podré librarme de ella.

Y bajó, pero el ruido del sable le vendió.

—¡Buenos días, buenos días!—gritó la muchacha saliendo á su encuentro en la escalera.

Y cuando estuvo á su lado, arrodillándose ante él, sacó un pañuelo, y sujetándole con la otra

mano una pierna, púsose á quitar el polvo al pantalón y las botas, murmurando:

—Espera, espera un momento, un poco de paciencia, querido mio, un instante más. Así, ya está...

—¡Carmela!—gritó severamente el oficial, tentando en vano de libertad su pierna, de la prisión de aquella mano pequeña y enérgica:—¡Carmela!

Cuando se vió libre, se alejó á medio correr.

—¿Pero no habrá ningún medio de volverle el juicio?—preguntaba poco despues al doctor.

—¡Quién sabe!—contestaba éste.—¡Quizás! Con el tiempo y la paciencia...

## VI.

Al cabo de un mes, el doctor y el teniente eran muy amigos. La conformidad de su edad y su carácter, y aún más, la circunstancia de hallarse siempre juntos desde la mañana hasta la noche, en un pueblo en que puede decirse que no había otros jóvenes de su condición, hizo que en poco tiempo intimasen mucho y que se quisieran como amigos antiguos; pero durante aquel mes, uno de ellos, el oficial, había cambiado de costumbres de un modo singular.

Los primeros días hizo traer de Nápoles ciertos libracos, y por la noche, durante un par de semanas, se ocupó tan sólo de leer, tomar apuntes, y entablar con el doctor largas y abstrusas discusiones que casi siempre terminaba diciendo:

—Basta, yo creo que en este caso los médicos tienen poco ó nada que hacer.

—Veremos lo que consigue usted—respondía el doctor.

Y de este modo se separaban, para reanudar la discusión al siguiente día.

Cierta tarde, después de haber tomado informes del alcalde, el oficial llamó al único sastre del pueblo; luego había ido á la tienda del único sombrerero, y á seguida al único almacén de ropas. Pasados cuatro días salía á pasear por la orilla del mar con traje completo y flamante de lienzo, ancho sombrero de paja y corbata azul.

La misma noche, al encontrarlo, díjole el doctor:

—Y bien, ¿qué tenemos?

—Nada.

—¿Ni tan siquiera un indicio?...

—¡Nada! ¡Nada!

—No importa; perseverancia.

—¡Oh! ¡ya lo creo!

El recaudador de contribuciones había cantado durante muchos años, y sabía tocar varios instrumentos. Un día el oficial dirigióse á él, y le dijo sin preámbulos:

—¿Quiere V. hacerme el favor de enseñarme á tocar la guitarra?

Y el recaudador, á partir de aquel día, daba por mañana y tarde lección de guitarra al teniente, y éste adelantaba de un modo prodigioso; tanto, que al poco tiempo ya le acompañaba con el instrumento cuando aquél cantaba.

—Debe V. tener buena voz,—díjole un día el maestro.

Y en verdad tenía una voz muy agradable. Co-



menzó también á aprender á cantar, y al cabo de un mes, se acompañaba á la guitarra las cantinelas sicilianas, con tal garbo y dulzura, que era una delicia escucharle.

—Hemos tenido aquí otro oficial que también cantaba muy bien,—decíale á veces el recaudador. Recuerdo una cavatina, añadió un día, que tenía siempre en los labios... una cavatina... aguarde V., ¡qué bien la cantaba! Comenzaba... la había compuesto él ¿sabe V.? comenzaba así:

Carmela, yo de hinojos  
postrándome á tu planta;  
mirándome en tus ojos  
con alegría santa,  
tu aliento respirando  
dichoso viviré.

Y cuando rompa el lazo  
el Dios que nos ha unido,  
cual niño en el regazo  
materno adormecido,  
sobre tu pecho en éxtasis  
dichoso moriré.

—Decídmela otra vez.—El recaudador la repetía.—Cantádmela;—y la cantaba.

Otro día, después de haber hablado largamente con el estanquero que tenía la tienda al lado de su casa, fué á buscar al sargento de carabineros, y le dijo:

—Sargento, me han dicho que tirais muy bien el sable.

—¿Yo? ¡Si hace ya dos años que no me he ejercitado!

—¿Quereis que cambiemos de vez en cuando algunos sablazos?

—Como V. guste.

—Entonces, fijemos la hora.—Y fijaron la hora.

Desde aquel día, todas las mañanas los que pasaban por la plaza oían el repetido golpear de los sables y el ruido de pasos y voces en la casa del teniente. Eran él y el sargento, que se ejercitaban en la esgrima.

—Ese experimento podías ahorrártelo,—dijo un día el doctor al oficial.—¿Le ha producido algún efecto?

—Ninguno, pero debía probarse; me han dicho que él tiraba al sable todas las mañanas con el sargento á esta hora misma, y que ella, no gustándole verlo, bajaba á la plaza...

—¡Ay, amigo mio! Se necesita algo más: se necesita alguna otra cosa.

## VII.

Había pasado mes y medio desde la llegada del nuevo destacamento. Una noche estaba el oficial en su casa sentado á la mesa, enfrente del médico, y atizando con la pluma metálica la mecha de la bujía.

—¿Cómo quieres que concluya esto?—decía.—Me volveré yo loco también; así es como concluirá. Creo que me avergüenzo de mí mismo. Hay momentos que pienso que todos se me estarán riendo.

—¿Reir, de qué?—preguntaba el doctor.

—¿De qué?—repitió el oficial, para tomarse tiempo de contestar;—reir de esta... compasión hacia esa pobre desdichada; de mis experimentos, de mis tentativas... inútiles.

—La compasión no puede dar motivos á risas ni burlas.

Después clavó los ojos en el rostro del teniente, y continuó:

—Dime la verdad, ¿estás enamorado de Carmela?

—¿Yo?—repuso vivamente el oficial, y quedó suspenso en este interrogante, poniéndose encarnado hasta las orejas.

—Tú. Dime la verdad, sé sincero. ¿No soy tu único amigo?

—Sí que lo eres; pero por lo mismo que quiero ser sincero contigo, no debo decirte lo que no es,—contestó el otro.

Calló un momento, y después púsose á hablar apresuradamente, ora palideciendo, ora encendiéndosele el semblante, balbuceando, embrollándose y contradiciéndose, como un chiquillo cogido *in fraganti* y obligado á confesar y contar sus travesuras.

—¿Enamorado yo? ¿Y de Carmela? ¿De una loca? ¡No es mala ocurrencia, amigo mio! Pero ¿cómo te vino á las mientes una extravagancia de ese jaez? El día que eso sucediese... te autorizo para decir al coronel que me han sorbido los sesos y que hay que encerrarme en una casa de orates. ¡Enamorado!... Me haces reir sin gana. Me inspira compasión esa pobre criatura; eso sí, profunda y vivísima compasión; no sé qué daría por verla curada; haría por ello de buen grado cualquier sacrificio, y me alegraría de su curación como si fuese una persona de mi familia. Todo esto es verdad; pero de ahí á estar enamorado hay mucha distancia. La quiero bien, eso también es cierto; pero creo que tú tampoco la quer-

rás mal, porque la compasion va siempre unida al afecto... Y además, la quiero, porque dicen todos que siempre ha sido una muchacha honesta y cariñosa; que á aquel amante suyo, el primero y único, lo habia amado mucho, lo habia amado dignamente, con la idea de llegar á ser su mujer, y sin fiarle su honor ántes de llevar su nombre... Virtud es esta, amigo mio, y virtud digna de toda alabanza; no extrañes, pues, que la admire y que me inspire tanta compasion esa pobrecilla, que merecia ser feliz y á quien cupo en suerte tan inmensa desgracia. ¿Cómo no compadecerla y estimarla? El mismo carácter de su locura, ¿no es la revelacion de un alma buena, amorosa y noble? De sus labios no he escuchado más que palabras dulces y modestas, y cuando me pone las manos sobre los hombros, cuando me acaricia y besa las mías, actos de loca son los que ejecuta, pero nunca pasan los límites de la decencia. ¿La has sorprendido nunca en actitud deshonesta? Estoy seguro de que no, y por esta razon le he cobrado afecto. ¡Pobre muchacha, abandonada de todos!... ¡Sola y despreciada por esas calles como un perro! ¿No es verdad que tú la estimas tambien? Y su misma belleza... porque es muy bella... ¡bella como un ángel, esto no se puede negar, mírale bien los ojos, la boca, todas las facciones!... ¿Y las manos? ¿No has reparado nunca en las manos que tiene? ¿Y el cabello? Desgreñado

como lo lleva, parece una fiera; pero es lo cierto que tiene un pelo hermosísimos... y despues, si fuese vestida de otro modo... Pues bien, esa misma hermosura suya contribuye á aumentar mi compasion. Al mirarla, no puedo ménos de decir en mi interior: ¡qué lástima! ¡No poder amar á una criatura tan preciosa! ¿No es verdad que si esa muchacha estuviese en su sano juicio como las demás, haria enloquecer á cualquiera?... Y aún así, hay momentos en que, si no supiese que tiene trastornada la razon, haria una tontería; por ejemplo, cuando clava sus ojos en los míos y despues sonrie diciendo: «bien mio,» y por la noche, cuando no se le ve el rostro, y oigo solamente que me habla, que me dice con mucha dulzura «que me esperaba, que quiere estar conmigo hasta que amanezca, que soy su único amor...» ¿Qué sé yo? En aquellos momentos he de dominarme mucho para creer que está loca. La miro, la oigo como si estuviera en su juicio, como si sintiera realmente lo que me dice, y te aseguro que mientras me dura la ilusion, el corazon me palpita... Pero ¡cómo me palpita! como si estuviese enamorado; y pruebo á llamarla por su nombre, no sé por qué... con una vaga idea... con la ilusion de que me responda algo que me revele su curacion súbita...—¡Carmela! le digo,—y ella—¿Qué quereis?—¿No es verdad que no está usted loca?—le pregunto.—¿Loca yo?—contesta,

y me mira con un aire de sorpresa que me haría jurar que no le está.—¡Carmela!—grito entónces, exaltado por una dulce esperanza,—dime otra vez que no estás loca.—Ella me contempla atónita un corto rato, y rompe en ruidosa carcajada. ¡Ay, amigo! créelo, entónces me daría de cabezadas contra la pared. Tú sabes cuánto he hecho por ver de restituírle la razon; però no lo sabes todo. Casi todas las noches la he hecho venir á casa, he hablado con ella horas enteras; le he tocado y cantado las coplas que su amante le cantaba; he probado á decirle que estaba enamorado de ella, á colmarla de caricias, á fingir que lloraba y me desesperaba, á dejarle hacer conmigo lo que queria, abrazarme, acariciarme como las madres á sus hijos; he probado á hacer lo mismo con ella, y con qué emoci3n lo hiciera, ya te lo puedes figurar. No sé si sentia miedo ó vergüenza, ó remordimiento, ó todo esto junto: lo cierto es que, al besarla, temblaba y palidecia como si besase un cadáver, y á veces me parecia cumplir un sacrificio generoso y me regocijaba en el fondo del alma, y junto con los besos caian sobre sus mejillas mis lágrimas; y en otros momentos me parecia que perpetraba un crimen, me horrorizaba de mí mismo... ¡He sufrido cuanto se puede sufrir, querido amigo, y todo en vano; y conforme aumentaba la desesperacion, se encendia más viva y obstinada en mi pecho esta funesta fie-

bre!... Y no puedo dormir por la noche, porque sé que ella está allá abajo acurrucada ante mi puerta; y acosado continuamente por esta idea, me parece que de un momento á otro voy á oír que golpea los vidrios de la ventana y que aparece delante de mí con el rostro desencajado, y que se clavan en mis ojos aquellos dos ojos inmóviles y extraviados. Otras veces me parece que la oigo subir por la escalera, y me siento en la cama, ó creo escuchar en la plaza sus carcajadas, y aquellas risas me producen el efecto de una mano de hielo que me oprimiese el corazon; y no tengo ánimos para asórnarme á la ventana y mirar, y me pongo á leer, á escribir, pero siempre con el pensamiento fijo en ella, siempre triste, azorado, casi miedoso, sin saber de qué. Si me pregunto cuándo y cómo concluirá esta angustiosa vida y qué huella dejará en mi corazon, no me atrevo á responder; tengo miedo de mi propia contestacion y oculto las manos entre los cabellos, y dejo caer la cabeza entre las manos... como un desesperado... ¡Oh, amigo mio, dime que no me volveré loco, porque siento que el corazon se me despedaza y que el juicio se me trastorna!

Y extendió una mano para tomar la del doctor; este se le acercó más, aproximando la silla, y conmovido como estaba, hasta el punto de no encontrar palabras, púsole ambas manos sobre los hombros, contemplólo un instante y lo abrazó.

De repente el oficial separó la cabeza de los brazos del amigo, levantó el rostro lagrimoso y lo miró con una mirada en la que brillaba una incipiente sonrisa.

—Y bien, preguntó el otro con placentera ansiedad.

—¿Si se curase?—exclamó el oficial con el semblante serenado de improviso; —si volviese á ser lo que ántes era, si recobrase la razon y el sentimiento, y sus ojos perdiesen por siempre aquel extraño resplandor y aquella mirada fija que da miedo, y su boca no repitiese más aquellas horribles carcajadas, y un día en su cabal juicio me dijese: «Te doy las gracias, te bendigo, porque me has devuelto la vida; te lo agradezco y te amo...» ¡Y llorase entónces! ¡Verla llorar, sentirla hablar razonablemente, encontrarla siempre hermosa, peinada y limpia como las demás muchachas, y verla volver á la iglesia á rezar, y ruborizarse como anteriormente, y recobrar uno por uno, como en una segunda infancia, todos los afectos castos y suaves, que de su corazón han desaparecido!... ¡No encontrarla por la noche al pié de esa escalera, tener que ir á buscarla á su casa, al lado de su madre, ocupada en trabajar, tranquila, contenta!... ¡Oh, Dios mio! si pudiera decirse que yo la habia cambiado así, que la habia resucitado, que la habia vuelto á dar todas las esperanzas y afectos; que la habia restituido á la

familia, á la felicidad... ¡Ay amigo mio!—pro-rumpía asiendo estrechamente las manos al doctor y mirándole con los ojos llenos de lágrimas— me parecería ser... un Dios, me parecería haber creado yo también alguna cosa, poseer dos almas y vivir dos vidas, la mia y la suya; pareceríame mia esa criatura; pensaría que el cielo me la habia predestinado, y la presentaría á mi madre como si fuese un ángel... ¡Oh! yo no podria gozar tanta felicidad; enloqueceria de júbilo!!!

Y dejó caer la frente sobre su manos llorando.

—¡Amor mio!—se oyó gritar en aquel momento en la plaza.—Púsose en pié el oficial y dijo resueltamente al médico:

—¡Déjame!

El médico le estrechó la mano, le dijo ¡ánimo! y partió.

El teniente permaneció algunos minutos inmóvil en medio de su cuarto, dirigióse despues á la ventana, la abrió, dió un paso atrás y estuvo contemplando un instante el magnífico espectáculo que á su vista se presentaba. La noche era límpida y clara. No se movia el viento. Delante de la ventana se dibujaba la parte baja del pueblo, los tejados, las calles desiertas, el puertecillo, la playa, iluminada tan bien por la luz de la luna, que se hubiera podido ver las personas que pasasen como si fuese de dia. Y despues el mar, quieto y brillante como un estanque, y allá léjos, muy

lédjos, las montañas de Sicilia, tan distintamente dibujadas como si estuviesen á doscientos pasos, y por todas partes silencio profundísimo. ¡Oh! si pudiera yo gozar esta paz y este sosiego, pensó el oficial, midiendo con la mirada la inmensidad de aquel mar... Y se asomó palpitando á la ventana, y miró abajo. Carmela estaba sentada á la puerta.

—¡Carmela!

—¡Querido!

—¿Qué haces ahí?

—¿Qué hago?... Espero. Bien lo sabes. Espero á que me hagas subir. ¿No me quieres esta noche?

—Voy á abrirte.

Carmela, muy contenta, se puso á batir palmas y á brincar.

La puerta se abrió y apareció el oficial con la luz en la mano. Carmela entró, le tomó la luz, pasó delante de él y subió la escalera presurosa, murmurando:

—Ven, ven, pobrecillo;—y despues, volviéndose para darle la mano: — Dale la mano á tu pequeña—añadió—y lo condujo de la mano hasta la habitación.

Allí el oficial la hizo sentar delante de él, y con la paciencia de Job comenzó á repetir todas las pruebas, todas las tentativas de los dias pasados, é ideó otras, y las experimentó una y otra vez,

siempre con más atenta solicitud y con interés más vivo, simulando amor, odio, ira, dolor, desesperacion; pero siempre en vano. Ella lo miraba y lo escuchaba atentamente, y cuando había concluido, preguntábale riendo:

—¿Qué es lo que tienes? Pobrecillo, me das pena; y le tomaba las manos y se las besaba con la apariencia de la más profunda compasion.

—¡Carmela!—exclamó finalmente el oficial para intentar una nueva prueba.

—¿Qué quieres?

Hízole señal de que se acercase. Ella se aproximó lentamente, mirándolo con intenso afecto á los ojos; despues, de súbito, se dejó caer sobre su pecho estrechándole el cuello con los brazos; y poniéndole los labios al oído, prorumpió con voz sofocada:

—¡Querido mio!...

El pobre jóven, á quien se le trastornaba la cabeza, le pasó el brazo por el talle para sostenerla, y casi sin advertirlo la dejó caer sobre el canapé, junto á la mesa... Carmela se levantó súbitamente, puso el rostro serio, pareció que pensaba en algo, y despues murmuró con ligera expresion de disgusto:

—¿Qué es lo que haces?

El oficial entrevió un relámpago de esperanza y permanció mudo y ansioso contemplándola.

Carmela estuvo un momento pensativa ó pare-

ció que lo estaba, y despues, sonriendo de una manera singular, como no habia sonreido hasta entónces, dijo:

—¿Estamos ya casados nosotros?

El oficial sofocó un grito y con los ojos clavados en el cielo y el extremo del índice en los labios, pálido, convulso, pensó un momento la respuesta. Aquel momento bastó para que Carmela, levantando los ojos á la pared, viese un sombrero de copa alta colgado de una percha, y rompiese en estrepitosa carcajada; lo tomó, se lo encasquetó, y se puso á brincar por el cuarto dando voces.

—¡Carmela! — gritó dolorosamente el oficial. Y ella brinca que brinca.

—¡Carmela! — gritó otra vez, y se adelantó hacia ella. La loca, asustada, se lanzó á la escalera, y en dos minutos estuvo en medio de la plaza, siempre saltando, gritando y desternillándose de risa.

El oficial se asomó á la ventana.

—¡Carmela! — gritó una vez más con voz ahogada, y despues se cubrió el rostro con las manos, dejándose caer sobre una silla.

## VIII.

La siguiente mañana, apenas se levantó fué á casa del doctor. Este, así que lo vió con aquellos ojos enrojecidos y aquellas facciones tan descompuestas, comprendió que iba á buscar consejos y consuelos, y haciéndolo sentar, comenzó á endilgarle un sermón en debida forma. Pero el oficial no lo escuchaba, y parecia preocupado en otra idea.

—¡Ah!... — exclamó — ¡y no se me habia ocurrido aún!

—¿Qué?... — preguntó el doctor.

No contestó el oficial; tomó papel de cartas, empuñó la pluma y se puso á escribir apresuradamente. Cuando hubo concluido, leyó:

«Señor teniente: Sin preámbulos, como se acostumbra entre militares: hace mes y medio que estoy al frente del destacamento de \*\*\* , que mandó V. tres años há durante los meses de Julio, Agosto y Setiembre. He conocido en este pueblo una muchacha de diez y ocho ó veinte

años, que se llama Carmela, loca desde hace dos años, y que lo está, según se dice, por el amor que á V. profesa. ¿Qué es lo que pasó después de partir V.? Usted debe saberlo y debe conocer igualmente el carácter especial de su locura, porque me dicen que se la escribieron. La suerte infelizísima de esta criatura promovió en mí, desde que la ví por vez primera, profunda compasión, y probé todo para devolverle el juicio. Me vestí como se vestía V., aprendí á tocar y cantar como usted, me acomodé á todos sus hábitos y costumbres, que pude averiguar por los que lo han conocido aquí; manifesté que la amaba, le hablé de V., me fingí V. mismo, pero siempre en vano.

«No puede V. creer cuán doloroso me ha sido ver disipadas una tras otra todas mis esperanzas; pero falta aún un medio que probar, y está en su mano. No me lo niegue V.; atienda mi ruego, y hará una buena acción. Escúchelo: se dice que uno de los medios más eficaces de curar á los locos es representarles con los más minuciosos detalles y la más escrupulosa exactitud algún grave acontecimiento que haya precedido á su enfermedad, sea ó no la causa directa de ella. He pensado que repetir exactamente á Carmela la escena del día que V. partió, podría producir algún efecto. He preguntado á muchas personas del pueblo, y sólo he podido saber que V. se marchó de noche y que ántes de marchar cenó en su

casa en compañía del alcalde, del sargento de carabineros y otras varias personas. Las particularidades de aquella cena y de la partida no se recuerdan bien: le ruego con el interés de quien demanda una obra de caridad, que cueste poco ó nada á quien la ha de hacer, y puede devolver la vida y la felicidad á aquel por quien se hace, que me escriba todo lo que recuerde. Déme minuciosa cuenta de las personas, de lo que hicieron, de lo que hablaron, de todo, y especialmente procure decirme la hora y el minuto en que acontecieron, sobre poco más ó menos, los incidentes más notables: cuénteme las cosas con claridad y orden.

«Hágame este gran beneficio, se lo suplico; le quedaré reconocido toda la vida. No añado más; confío en la generosidad de su corazón.

«Le estrecho la mano como buen camarada, y queda á sus órdenes, etc., etc.»

—¿Qué te parece?

—Divinamente pensado—respondió el doctor, que habia oído la lectura de la carta con la mayor atención. ¿Sabes su nombre, su regimiento, su dirección?

—El alcalde lo sabe.

—¿Y crees que te contestará?

—¡Ya lo creo!

Contestó con efecto, y contestó una carta de ocho carillas en la que contaba todas las particu-



laridades solicitadas respecto á las personas, las cosas, la hora y todo. Pero no había un solo comentario, una sola alusión á su pasado amor, una sola palabra que se refiriese á otra cosa que á aquella cena y á aquella partida, una sola sílaba ajena á las preguntas que se le hacian, ni siquiera un acento de compasión para Carmela.

Pero aquella carta seca y minuciosa daba á entender que al escribirla había sentido que le apretaban mucho los remordimientos. A no ser así, hubiera encontrado por lo ménos alguna fingida expresión de lástima y de arrepentimiento. Al terminar la carta hubiese dicho por lo ménos: Espero... etc.; pero nada; «á la una de la mañana partió el vapor—decía al final.—Queda á sus órdenes...» y despues la firma.

## IX.

—Comprendo, añadió el doctor, apénas acabó de leer la carta su amigo,—comprendo ahora por qué ninguno de los reverendos personajes que asistieron á aquella cena, ha podido referir lo que en ella pasó. ¡Se conoce que empinaron bien el codo!

Aquel mismo día pusieron entrambos manos á la obra, para preparar la gran prueba. Buscaron al alcalde, al juez, al recaudador, al sargento de carabineros, á todos los demás; y el uno, el doctor, con los argumentos de la ciencia, y con los del sentimiento el otro, á fuerza de explicaciones y razonamientos lograron hacer comprender á todos de lo que se trataba, asegurarse de su cooperación é inculcar á cada uno el papel que debía representar.

—¡Loado sea Dios!—gritó el oficial saliendo de la casa del recaudador, que fué el último á quien visitó:—lo principal está hecho. Y llamaron á la madre de Carmela, que para entender el proyecto

laridades solicitadas respecto á las personas, las cosas, la hora y todo. Pero no había un solo comentario, una sola alusión á su pasado amor, una sola palabra que se refiriese á otra cosa que á aquella cena y á aquella partida, una sola sílaba ajena á las preguntas que se le hacian, ni siquiera un acento de compasión para Carmela.

Pero aquella carta seca y minuciosa daba á entender que al escribirla había sentido que le apretaban mucho los remordimientos. A no ser así, hubiera encontrado por lo ménos alguna fingida expresión de lástima y de arrepentimiento. Al terminar la carta hubiese dicho por lo ménos: Espero... etc.; pero nada; «á la una de la mañana partió el vapor—decía al final.—Queda á sus órdenes...» y despues la firma.

## IX.

—Comprendo, añadió el doctor, apénas acabó de leer la carta su amigo,—comprendo ahora por qué ninguno de los reverendos personajes que asistieron á aquella cena, ha podido referir lo que en ella pasó. ¡Se conoce que empinaron bien el codo!

Aquel mismo día pusieron entrambos manos á la obra, para preparar la gran prueba. Buscaron al alcalde, al juez, al recaudador, al sargento de carabineros, á todos los demás; y el uno, el doctor, con los argumentos de la ciencia, y con los del sentimiento el otro, á fuerza de explicaciones y razonamientos lograron hacer comprender á todos de lo que se trataba, asegurarse de su cooperación é inculcar á cada uno el papel que debía representar.

—¡Loado sea Dios!—gritó el oficial saliendo de la casa del recaudador, que fué el último á quien visitó:—lo principal está hecho. Y llamaron á la madre de Carmela, que para entender el proyecto

fué mucho más lista que el alcalde y demás prohombres, gente buena y razonable, pero de entendederas algo duras, especialmente en materias de aquella índole.

Carmela, desde aquel día, no se encontraba bien y estaba casi siempre en casa. El oficial y el médico fueron á buscarla. Se hallaba sentada en el suelo, fuera de la puerta, apoyada de espaldas á la pared. Cuando los vió, levantóse, no tan apresuradamente como solía, se dirigió hácia el teniente, como siempre, y trató de abrazarlo murmurando con voz débil los acostumbrados requiebros.

—Carmela, dijo el teniente, tenemos que darte una noticia.

—¿Una noticia? Una noticia, una noticia,—repitió suavemente Carmela, acariciando por tres veces con la palma de la mano la mejilla del oficial.

—Mañana me marcho.

—¿Mañana me marcho?

—Yo, yo soy el que me marcho. Me voy de aquí, dejo este pueblo, parto con todos mis soldados, me embarco en el buque y el buque me lleva léjos, muy léjos.

Y levantó el brazo como para indicar una gran distancia.

—Léjos, muy léjos... murmuró Carmela, mirando hácia la parte que habia señalado el oficial.

Pareció que meditaba un instante, y despues dijo con diferente acento:—El buque de vapor... que hace humo.

Y probó á abrazar otra vez al oficial, llamándolo con los nombres acostumbrados.

—¡Nada!—dijo éste en su interior, moviendo la cabeza.

—Hay que repetírselo muchas veces, murmuró el doctor; volveremos más tarde.

Y se alejaron, despues de haber interrumpido con voz severa á Carmela, que les queria seguir.

La cena se habia dispuesto para el día siguiente. Aquella misma noche Carmela, segun su costumbre, fué á sentarse á la puerta del oficial. Este, apénas volvió á casa, la hizo subir á su cuarto, donde el asistente, cumpliendo las órdenes recibidas, lo habia revuelto todo, como si en efecto hubiesen de marchar. La mesa, las sillas, el canapé estaban llenos de ropa blanca, de prendas de vestir, de libros y papeles, y en medio del aposento habia dos maletas abiertas, en las que el soldado comenzaba á colocar la ropa.

Carmela, al ver aquel desórden, hizo un ligero ademán de sorpresa y miró al oficial sonriendo.

—Preparo la ropa para marchar,—díjole el teniente.

Carmela miró otra vez á su alrededor, frunciendo las cejas, movimiento que no solía hacer nunca. El oficial la observaba atento.

—Me voy léjos, muy léjos de aquí; parto en el buque de vapor...

—¿Partes en el buque de vapor?

—Sí, mañana á la noche.

—¿Mañana á la noche?—respondió maquinalmente Carmela, y viendo la guitarra sobre una silla tocó las cuerdas con un dedo y las hizo sonar.

—¿No te sabe mal que me vaya? ¿No te disgusta dejar de verme por siempre?

Carmela clavó sus ojos en el rostro del oficial, y despues bajó la cabeza y la mirada, como si reflexionase. El oficial no añadió nada, y se puso á hablar á media voz con el asistente, ayudándole á doblar la ropa.

La muchacha permanecía mirándolo, sin hacer movimiento alguno. Al cabo de un rato, el oficial se le acercó, y le dijo:

—Ahora vete, Carmela, ya has estado aquí bastante; vete á casa.

Y tomándola por el brazo, la empujó suavemente hácia la puerta. Ella se volvió y extendió los brazos para ceñirle el cuello...

—No quiero.

Golpeó dos ó tres veces el suelo con el pié, gimió, extendió nuevamente los brazos, se los echó al cuello, le rozó la mejilla con los labios, sin besársela, como si pensase en otra cosa, y despues se marchó callada, lentamente, sin reír, sin vol-

ver los ojos, con un semblante que no expresaba nada, como el distraído que piensa al mismo tiempo en cien cosas y en ninguna.

—¿Qué es esto? pensó el oficial; ¿será un buen síntoma?... ¡Pluguiera á Dios! Esperemos.

Al dia siguiente, no salió de casa, y ni siquiera quiso ver á Carmela, aunque sabia que estaba, como siempre, sentada á la puerta. Empleó toda la tarde en preparar la prueba de la noche. Componíase su pequeña habitacion de dos cuartos y una cocina. Entre la alcoba y la puerta de entrada, habia una sala cuyas ventanas, lo mismo que las del dormitorio, daban á la plaza. En la sala hizo disponer la cena. Su patron y vecino le prestó una mesa grande, y acudió él mismo á guisar las viandas y á servir las, como habia hecho tres años antes en obsequio de aquel otro oficial. Hácia las nueve de la noche se presentó primero que todos el doctor.

—Está ahí bajo—dijo á su amigo al entrar;—se me ha quejado de no haberte visto aún. Le he preguntado si se encontraba bien, y ella, despues de haberme mirado fijamente, me ha dicho:—Buque de vapor.—Y no se ha reido. Pero, ¿quién podria decir qué es lo que pasa por aquella cabeza? Sólo Dios. ¡Ea! Vamos á preparar esta magnífica representacion.

Y despues de haber echado una ojeada á la mesa, pusieron á concertar el mejor modo de

llevar á cabo la comedia, ó por mejor decir, el drama, porque drama era, y bien serio.

Cuando estuvieron de acuerdo

—¿Han aprendido todos su papel?—preguntó el doctor.

El oficial contestó, que creía que sí.

Poco ántes de la diez, oyeron á la puerta ruido de pasos y de voces.

—Aquí están—dijo el doctor.

Y asomándose á la ventana:

—Ellos son.

El asistente bajó á abrir. El doctor encendió los cuatro candeleros que estaban á las cuatro puntas de la mesa.

—¡Cómo me palpita el corazón!—dijo el oficial.

—¡Animo!

En esto se oyó á Carmela, que clamaba:

—Yo tambien voy al buque de vapor.

Y batía las palmas.

—¡Animo!—repitió el doctor, al oído del amigo. ¿Escuchaste? Comienza á fijársele en la mente aquella idea. ¡Buen síntoma! ¡Valor! Ya están aquí los convidados.

Abrióse la puerta, y entraron sonriendo é inclinándose el alcalde, el juez y todos los demás que se habian reunido en el café. Mientras el oficial saludaba y daba las gracias á unos y á otros, el doctor deslizó una palabra al oído del asistente, que estaba inmóvil en un rincon, y éste

desapareció. Un minuto despues, sin que nadie lo advirtiera regresó con Carmela, y ambos entraron en el otro cuarto, rozando la pared y andando de puntillas.

—Sentémonos—dijo el oficial.

Sentáronse todos. El ruido de las sillas y el murmullo de complacencia que lanzaron los comensales al ocupar su puesto en la mesa, no dejó oír el movimiento que hizo el asistente para detener á Carmela, que replicando:—¡No lo he visto en todo el día!—habia abierto la puerta, y trataba de dirigirse hácia el oficial.

El asistente la contuvo, puso una silla junto á la puerta y la hizo sentar en ella; despues levantó las cortinillas, dejando un hueco de un palmo, y ella se puso á mirar por allí.

Ninguno de los convidados volvió los ojos hácia aquella parte, y Carmela no hizo movimiento alguno.

Comenzó y creció poco á poco un estrépito confuso de cuchillos y tenedores, de platos y de copas, de risas y de voces. Todos, excepto el doctor y el oficial, comian con el mejor apetito del mundo y bebían alegremente. Principiaron por tributar extraordinarias alabanzas á la disciplina, al valor y á la cortesía de los soldados, de los cabos y sargentos del destacamento. Despues ponderaron la bondad del vino y de los manjares; luégo hablaron del tiempo, que era hermosísimo,

una noche deliciosa, y del viaje, que debía ser muy agradable, y más tarde discutieron sobre política y luego hablaron otra vez de los soldados, y después discurren de nuevo sobre el viaje, y de esta manera, voceando más fuerte cada vez, y riendo con más estrépito, fueron vaciando las botellas hasta que todos los semblantes estuvieron rubicundos y todas las pupilas relampaguearon, y los labios comenzaron á balbucear, y las palabras á sucederse unas á otras sin mucha gramática ni lógica. Sin darse razon de ello, cada cual había tomado su papel por lo serio y lo representaba á las mil maravillas; pero cuanto más olvidaban los otros el objeto á que habían venido, y se entusiasmaban en su placentero regocijo, tanto más sentía el oficial aumentar los latidos del corazón y mostraba claramente en su rostro la tormenta del alma, aunque nadie lo advertía, sino el doctor, quien de vez en cuando le repetía en voz baja que tuviese valor, y miraba al mismo tiempo á Carmela. Ésta permanecía inmóvil y atenta con el rostro por entre los visillos de la puerta de cristales. El asistente habíase marchado.

En cierto instante, penetraron en el aposento tres soldados; echóse al hombro cada cual una de las tres maletas que estaban en un rincón, y salieron. Carmela siguió con los ojos sus movimientos, hasta que hubieron desaparecido, y de nuevo los fijó en la mesa.

El doctor murmuró una palabra al oído del alcalde.

—¡Brindis!—exclamó éste de súbito, con la copa en la mano.—Brindo á la salud de este valeroso teniente, que manda el bravo destacamento del pueblo, que parte, y que deja por siempre y perpetuamente en este nuestro referido pueblo una memoria imperecedera é inmortal del bravo destacamento que manda este valeroso teniente...

Y no pudiendo desenredarse de aquel embrollo de su elocuencia, calló, meditó un instante, y añadió con resolución:

—¡Viva el señor teniente que se va!

Y todos los demás, chocando ruidosamente las copas y derramando el vino por la mesa, repitieron:

—¡Viva!

El alcalde se dejó caer pesadamente sobre su silla. Había motivos para sospechar que estaba alegre de veras.

Otros comensales pronunciaron brindis de parecida elocuencia, y después volvieron á charlar todos á una, de milicia, de política, de vino y de viajes.

—Señor recaudador, una copla—gritó el médico.

Todos hicieron coro. El recaudador se excusó, se hizo rogar bastante, después sonrió, tosió, tomó la guitarra y cantó dos ó tres coplas. Los

comensales volvieron á la charla y la chacota, y lo interrumpieron.

—Ahora me toca á mí,—gritó entonces el oficial.

Y todos callaron.

Tomó la guitarra, la templó, púsose en pié y comenzó... Estaba pálido y le temblaban los dedos como si tuviese fiebre. No por eso dejó de cantar su cancioncilla con una suavidad y sentimiento verdaderamente deliciosos.

Carmela, yo de hinojos  
postrándome á tu planta,  
me miraré en tus ojos  
con alegría santa,  
tu aliento respirando  
dichoso viviré...

Carmela escuchaba cada vez más atenta, arrugando el entrecejo, como quien está absorto en profunda meditación.

—¡Bravo, bien, muy bien!—dijeron á una voz todos los comensales.

El oficial continuó:

Y cuando rompa el lazo  
el Dios que nos ha unido,  
cual niño en el regazo  
materno adormecido,  
sobre tu pecho en éxtas  
dichoso moriré.

Los versos eran los mismos, la música era la misma, todo era lo mismo que en aquella noche fatal.

—¡Bravo, bien!—repitieron los comensales.

El oficial cayó como abrumado sobre la silla. Todos comenzaron de nuevo á gritar. Carmela estaba inmóvil como una estatua, y con los ojos muy abiertos miraba de hito en hito al oficial. El doctor la miraba á ella á hurtadillas.

—¡Silencio!—gritó el teniente.

Callaron todos, y como la ventana estaba abierta, oyóse abajo, en la plaza, una alegre música de flautas y violines, y un rumor como de mucha gente reunida. Eran los diez ó doce músicos del pueblo, circundados de gran parte del vecindario, que creía que en realidad marchaba el destacamento.

Carmela se estremeció y volvióse hácia la ventana. Su rostro comenzó á animarse ligeramente y sus rasgados ojos á moverse sin descanso de la ventana al teniente, de éste á los comensales, de los comensales á la ventana, como si quisiera oír bien la música, y al mismo tiempo no perder ningún movimiento de las personas allí reunidas.

Cuando cesó la música, gran parte de la gente congregada en la plaza, se puso á palmo-tear como habia hecho en la misma ocasión tres años ántes.

En aquel momento llegó el asistente con paso apresurado.

— Señor teniente, el buque está esperando.

El teniente se levantó, diciendo en voz alta:

— ¡Hay que partir!

Carmela se levantó poco á poco, teniendo los ojos fijos sobre él y apartando lentamente la silla.

Todos los comensales se pusieron en pié y se agruparon alrededor del teniente. En el mismo instante apareció la madre de Carmela; entró sin ser vista en el otro aposento, abrazó á su hija, y le dijo afectuosamente:

— Valor, hija mía; dentro de dos meses volverá.

Carmela clavó los ojos en el rostro de su madre. Separó lentamente los brazos, que le había echado al cuello, y sin decir palabra, volviendo la cabeza poco á poco, tornó á fijar la vista en el oficial.

Todos los invitados estrecharon la mano del teniente, produciendo un rumor confuso de adioses, de gracias, de saluciones y de despedidas. Él se cinó el sable, púsose el képis, tomó la cartera de viaje...

Mientras hacía esto, Carmela, sin advertirlo, había abierto la puerta, había adelantado un paso y con los ojos relampagueantes miraba rapidísimamente, ora al oficial, ora á los convidados, ora al asistente, ora á la madre que estaba á su lado; y con ambas manos se golpeaba la fren-

te, se mesaba los cabellos, suspiraba y temblaba de un modo convulsivo.

Sonó otra vez la música en la plaza, y oyóse despues otra salva de aplausos...

— Vamos,— dijo resueltamente el oficial, y se dispuso para salir.

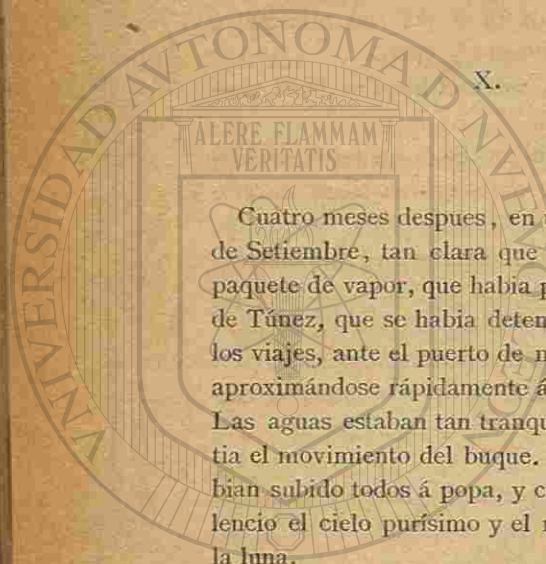
Un grito agudísimo, desesperado, desgarrador brotó del pecho de Carmela. En el mismo momento arrojóse de un salto sobre el teniente, abrazóle con fuerza sobrehumana, y púsose á besarle furiosamente en el rostro, en el cuello, en el pecho, donde podía, sollozando, gritando, gimiendo, palpándole los hombros, los brazos, la cabeza, como hubiera hecho una madre con su tierno hijo á quien hubieran sacado en salvo de las olas, en las que, sumergido poco ántes, hubiérale visto ella tenderle los brazos y pedir socorro...

Pocos momentos despues la pobre muchacha cayó al suelo sin conocimiento, con la cabeza á los piés del oficial.

¡Se había salvado!

El oficial echóse en los brazos del doctor, que estaban ya abiertos, esperándole; la madre se inclinó para besar y bañar con sus lágrimas á la hija. Todos los presentes levantaron el rostro y los brazos, en actitud de dar gracias al cielo... La música continuaba tocando...





Cuatro meses después, en una hermosa noche de Setiembre, tan clara que parecía de día, el paquete de vapor, que había partido por la tarde de Túnez, que se había detenido como en todos los viajes, ante el puerto de nuestro pueblo, iba aproximándose rápidamente á la costa siciliana. Las aguas estaban tan tranquilas que no se sentía el movimiento del buque. Los pasajeros habían subido todos á popa, y contemplaban en silencio el cielo purísimo y el mar iluminado por la luna.

Separados de los demás, y mirando á la parte opuesta de la dirección que llevaba el buque, veíanse un joven y una señorita, apoyados sobre la borda, cogidos del brazo, y con las cabezas tan juntas que casi se tocaban. A lo lejos se distinguía aún confusamente la isla de que habían partido y aquella isla era la que miraban. Estuvieron largo tiempo sin moverse en aquella actitud, hasta que la joven, levantando el rostro, dijo así en voz baja:

—Y sin embargo, siento que se me desgarran el corazón al alejarme de mi pobre país, donde he sufrido tanto, donde te ví por vez primera, y donde tú me has devuelto la vida...

Y apoyó la frente sobre el hombro de su compañero.

—Regresaremos algún día, le contestó, haciéndole volver un poco la cabeza para mirarle los ojos.

—¿Y volveremos á tu casa?—preguntó ella cariñosamente.

—Sí.

—¿Y por la noche nos pondremos á hablar en aquella ventana desde la que tú me llamaste una vez?

—Sí.

—¿Y tocarás de nuevo la guitarra y cantarás otra vez aquella canción?

—Sí, sí.

—Cántala ahora, apuntó con júbilo Carmela, cántala en voz baja.

Y el oficial, acercándole los labios al oído, murmuró:

Carmela, yo de hinojos  
postrándome...

Carmela echó los brazos al cuello de su esposo y rompió á llorar.

—¡Pobre y santa criatura!—dijole él, estre-

chándola contra su pecho;—aquí, aquí, sobre mi corazón, siempre aquí.

La pobrecilla se estremeció, miró alrededor, miró al mar, miró á la isla, miró á su esposo y exclamó:

—¡Oh! ¿es un sueño?

Y el jóven, interrumpiéndola:

—No, ángel mio, ¿es el despertar!

Y el buque volaba como si lo llevase el viento...



### DIA MEMORABLE.

**Q**UNA señorita decia á un oficial que venía de campaña:— Explíqueme usted bien lo que se siente en aquellos momentos terribles, y no exagere, se lo ruego. Ustedes los militares, cuando hablan de la guerra, se despachan á su gusto, y siempre encuentran crédulos. Yo no me cuento en este número, se lo prevengo. Dígame la verdad, nada más que la verdad, sin retóricas ni atavíos; porque descripciones enfáticas de reñidas batallas, bastantes he leído en los libros, y todas están calcadas sobre el mismo patron.

—No es poco lo que pide V. ¿Cómo quiere que así, sin prepararme?... Déme algun tiempo para reunir y ordenar mis recuerdos; si no haré un batiburrillo sin piés ni cabeza.

chándola contra su pecho;—aquí, aquí, sobre mi corazón, siempre aquí.

La pobrecilla se estremeció, miró alrededor, miró al mar, miró á la isla, miró á su esposo y exclamó:

—¡Oh! ¿es un sueño?

Y el jóven, interrumpiéndola:

—No, ángel mio, ¿es el despertar!

Y el buque volaba como si lo llevase el viento...



### DIA MEMORABLE.

**Q**UNA señorita decia á un oficial que venía de campaña:— Explíqueme usted bien lo que se siente en aquellos momentos terribles, y no exagere, se lo ruego. Ustedes los militares, cuando hablan de la guerra, se despachan á su gusto, y siempre encuentran crédulos. Yo no me cuento en este número, se lo prevengo. Dígame la verdad, nada más que la verdad, sin retóricas ni atavíos; porque descripciones enfáticas de reñidas batallas, bastantes he leído en los libros, y todas están calcadas sobre el mismo patron.

—No es poco lo que pide V. ¿Cómo quiere que así, sin prepararme?... Déme algun tiempo para reunir y ordenar mis recuerdos; si no haré un batiburrillo sin piés ni cabeza.

—No, señor capitán; nada de preparación: no quiero una disertación filosófica, ni tampoco una brillante página de historia militar. Dígame de pronto, á la buena de Dios, como se le venga á las mientes, todo lo que ha visto. Vamos, no se haga V. de rogar: hable.

—¿Lo exige V?

—Lo exijo.

—Hablaré, pues; pero le advierto que no he de decir más que lo que haya visto por mis propios ojos; si el relato no es muy divertido, no será mía toda la culpa.

—Eso es lo que yo quiero. Empiece.

—Comienzo, y en primer lugar... una idea del terreno. Atienda. Supongamos que esta es la cadena de los Alpes. — Aquel contrafuerte, que se destaca...

—¡Topografía! ¡Oh no! ¡Por caridad!

—¿No quiere V. topografía? Me explicaré de otra manera. Mejor será. Supongamos que estamos en medio del campo, al aire libre, por la mañana, en un hermoso día de verano, límpido y tranquilo. Supongamos que á partir de aquí, bajo de nuestros piés, el terreno se vaya levantando suavemente y suba y suba, hasta formar una hermosa colina, ancha, elevada, de regulares contornos, cuya cresta se dibuja en el horizonte á un cuarto de hora, á media hora de camino del punto donde estamos; una hermosa colina verde,

cubierta hasta la mitad de su pendiente de setos, árboles y largas guirnaldas de vides, surcada por numerosas zanjas, cruzada en todos sentidos por sendas y cercas de piedra amontonada, como se usa para señalar los lindes de los campos. Aquí, un espacio de terreno cubierto de verde hierba; allá otro pedazo desnudo, rojizo, lleno de peñascos; aquí una subida fácil, casi llana; allá una cuesta áspera y escabrosa. ¿Se imagina bien esa colina? ¿la ve V?

—La veo.

—Bien. Suponga ahora otra cosa. Suponga V. que una buena parte de la colina, de la cresta hacia abajo, está completamente desprovista de árboles y edificios, desnuda, rasa, y que la bate bien el sol, de modo que se descubra distintamente cada surco, cada arbusto, cada persona, si hubiese personas.

—Bueno.

—Ahora vuélvase atrás. Supongamos que allá á derecha é izquierda, léjos, al pié de los árboles, detrás de los setos, en medio de las viñas, dentro de las zanjas, en pié, sentados, acurrucados, tendidos en el suelo, unos con la cabeza descubierta, otros con el uniforme desabrochado, unos con el fusil entre las piernas, otros con el fusil en el suelo, callados, serios, taciturnos, hay muchos soldados: trescientos ó cuatrocientos; ó quizás más: un batallón. Aunque esparcidos y disemi-

nados, conservan todavía cierta apariencia de orden de columna. Los oficiales están delante, formando un grupo. Hablan entre sí en voz baja, con diálogos cortados, con monosílabos, con ademanes mudos. De cuando en cuando giran los ojos alrededor, á un lado y otro, abajo ó arriba, pero más frecuentemente hácia arriba; parece como que por allí aguardan algo. Todas las miradas se dirigen á aquella cumbre; de un momento á otro debe aparecer alguna cosa por aquella parte, y en efecto, mire V. allá, hácia la izquierda, en la cresta de la colina, donde está aquel bosquecillo de cipreses, mire aquella cosa negra, larga, que se mueve, avanza poco á poco, y parece una de esas manchas de sombra que las nubecillas aisladas dibujan sobre el terreno al pasar por delante del sol. Mire, mire cómo se acerca y cómo se alarga. Es una columna de soldados; deben ser muchos, ¿no es verdad? Parece que caminan muy despacio; pero es por efecto de la distancia: en realidad, van á paso ligero, y tan ligero! Mire V. dónde están ya. ¿Ve aquel relampagueo que corre rápidamente de un cabo al otro de la columna? Es el resplandor de las bayonetas. Llevan el fusil al hombro; se ven ya más distintamente que antes. Mire ahora la gente que tenemos detrás, junto á nosotros: todos están mudos, todos inmóviles, y con la boca medio abierta, con los ojos fijos en aquella tropa, en

aquellas bayonetas, siguen todos los pasos de la columna, notan todas sus oscilaciones; no se oye respirar á nadie, no se percibe un movimiento, todos son de mármol. De pronto grita una voz:— ¡Allá, allá por la otra partē!— Todos se vuelven al otro lado, y en efecto, miremos allá arriba, á la derecha, sobre la cumbre, donde está aquella casucha: vea lo que viene. Una columna más larga, más nutrida, más formidable, resplandeciendo tambien con sus fulgurantes bayonetas, avanza en direccion opuesta á la primera, cerrada, rápida, decidida; vuélvase V.: ¡qué ruido y qué charla!—¿Cuántos serán?—¿Un regimiento?—No, dos batallones.—O uno.—No, no, dos.—Tres.—Parecen cazadores.—Cazadores son.—¿Es tropa de línea?—Digo que cazadores.—Hombre, no.—Hombre, sí; se distinguen los peñachos.—Se detienen.—A ti te lo parece.—Se han detenido, te repito.—Pero, ¿no ves que se mueven?...

La señorita continuaba atenta sin pronunciar palabra.

—Mientras tanto, el terreno entre aquellas dos columnas disminuía. Lo medíamos estremeciendonos á cada momento. Corría sin tregua la mirada de una columna á la otra, de aquella á ésta, rápida como el pensamiento, inquieta, ávida; toda el alma estaba en los ojos; toda el alma estaba allá arriba. Y el terreno intermedio men-

guaba y menguaba, y las dos columnas estaban muy cerca, y avanzaban cada vez con mayor rapidez, cada vez con paso más ligero, algo desordenadas ya y confundidas. Nosotros permanecíamos siempre con los ojos dilatados; inmóviles, clavados allí, y el corazón palpitaba y suspendíamos la respiración...

—De pronto, casi al mismo tiempo, un vivo resplandor brilló en ambas columnas, y desapareció al momento. Habían bajado las bayonetas. Enseguida emprendieron paso de ataque. Un grito, que debía ser formidable, llegó casi apagado hasta nosotros.

Contestamos con un estremecimiento.

—Miradlos, van á chocar las dos columnas.— Han chocado ya.—Una de ellas cede, se alarga, se rompe, se esparce á derecha é izquierda... Está en retirada, está en fuga.

Un nuevo grito, un grito de triunfo llega hasta nosotros, y esta vez respondemos á él. Nuestro grito tanto tiempo preparado en las entrañas, pero comprimido y ahogado, surge por fin de lo más profundo del alma, de júbilo, prolongado y agudísimo.

La columna vencedora se detuvo un instante, emprendió de nuevo la marcha, alcanzó á los fugitivos, alejóse detrás de ellos, hízose pequeña, pequeña, convirtiéndose al fin en un punto negro y desapareció.

En aquel instante, una voz fuerte y vibrante resonó en medio de nuestro batallón.—¡Vosotros ahora; á las filas!

Era la voz de nuestro comandante.

Probad á dejar caer un pedazo de papel encendido sobre uno de esos hormigueros que como mancha negra se ven en el suelo, inmóviles al parecer, y que á primera vista no se distingue qué cosa sean. La menuda muchedumbre, asustada, se remueve vertiginosamente y se arroja furiosa hácia sus subterráneos conductos. ¡Dichos las primeras! Las otras se agrupan, se aprietan, se atropellan; está cerrada esta boca de su madriguera, pues á buscar otra en seguida; también esa la hallan cerrada, pues al punto á una tercera puerta; ¿no está expedita tampoco? pues de nuevo á la primera entrada, y cuando la mayor parte se ha metido en el hormiguero, aun corren muchas hormigas desesperadas y á ciegas, de acá para allá, más muertas que vivas, hasta que encuentran por fin algun refugio cuando se agotan ya sus fuerzas.

Aparte del terror, así sucedió al resonar aquella voz entre los soldados.

En un instante todos estuvieron en pié, todos armados. Las filas se ordenaron precipitadamente. Por todas partes movimiento y agitación, ruido y gritería; despues silencio completo. Alguno corría aún en busca de su sitio; quien lo

encontraba vacío se colocaba en él, quien no lo encontraba se hacia puesto con el manejo de los codos. Todos están ya en su lugar.

Mirad esa muchedumbre, poco ántes diseminada, tendida en el suelo, con el capote abierto, con el cinturón suelto, con las armas en tierra; miradla allí, en un abrir y cerrar de ojos, formada, inmóvil, erguida, unida, con el semblante serio y tranquilo. Miradla á la cara, y vereis que es gente dispuesta á ver las espaldas del enemigo, ó á morir. Mirad la bandera: está inmóvil, el brazo que la sostiene no tiembla; mirad bien esos soldados que en torno de ella la rodean con una muralla de aceradas bayonetas. Sólo el verlos, espanta. Hay ojos que parecen rayos.

—¡Marchen!— grita la conocida voz.

Un movimiento simultáneo en toda la columna, un estremecimiento, un murmullo; silencio y quietud despues.—¡Marchen!—repiten los capitanes.

—¡En marcha, pues; arriba, á la colina! La compañía que va al frente se detiene un instante ante el primer seto que encuentra al paso. Las compañías que siguen la empujan. La pesada columna se aprieta, oscila de un cabo al otro sobre el desigual terreno, despues se rompe, se ensancha, se estrecha, se alarga, se recompone, vuelve á detenerse, vuelve á empujarse, avanzado á pasos desiguales, á intervalos, á empellones.

Quien va á la cola siéntese de pronto lanzado atrás por la mochila del que va delante, y á los pocos pasos resbala sobre aquél, y le hace caer en una zanja. Quien va en los flancos, golpeado por derecha é izquierda, empujado por los codos de sus compañeros, avanza tambien tropezando y cayendo, con la cabeza baja y á largas zancadas. Aquí se presenta un nuevo seto: levantar las piernas, altos los fusiles. Aquí aparece un foso: hay que tomar carrera para saltarlo. Aquí las ramas de los árboles dificultan el paso: hay que bajar la cabeza y separarlas con la mano. Hierbas, arbustos, setos, vides, surcos, sendas, todo cede, todo desaparece bajo aquella oleada, bajo aquel peso, bajo aquella multitud incontrastable. De pronto el terreno se hace escabroso, y la cuesta escarpada. El pié resbala, muchos caen, —¡Arriba, apoyarse en los codos, afirmar el pié, adelante, adelante!— Los más se ayudan con las manos, con la culata del fusil, con las rodillas; los troncos, las ramas, las peñas, las raíces, todo sirve de apoyo á la mano convulsa. Unos trepan por aquí, otros saltan por allá, el que retrocede vuelve á escalar la cumbre, y las fuerzas van menguando, y el sol es cada vez más ardoroso, y falta la respiracion.—¡No importa! ¡ánimo! levantar los ojos para ver cuánto falta; ya falta poco. ¡Volvamos ahora la mirada atrás: un largo rastro de soldados caidos señala el

paso de la columna; muchos tratan de levantarse y vuelven á caer: ya estamos casi, ya vamos á llegar...

¡Oh! un silbido prolongado, agudo, estridente, rabioso pasó por encima de la columna. Un grito ahogado, un profundo estremecimiento, todos al suelo.—¡Levantad esas cabezas! grita la conocida voz. Cuando se oye silbar la bala, es que ya ha pasado. Todos en pié.—Ya estamos, ya nos han visto. Estrechémonos, abajo las bayonetas, ¡adelante, adelante! Otro silbido más prolongado, más sutil, más próximo, más espantoso. Todos al suelo.—¡Muchachos, voto á bríos! repite la misma voz, ¡mirad la muerte cara á cara! ¿quién dijo miedo? Otro silbido, otro: todos ilesos. Estamos ya en salvo, estamos en el sitio convenido. ¡Alto! ¡aguardad!

Todos vuelven los ojos alrededor, maravillados. ¡Qué llanura tan inmensa, tan magnífica! El cielo, enteramente despejado, dejaba ver hasta las últimas lontananzas. Por un lado, léjos, muy léjos, montañas, y detrás otras montañas, y detrás otras, altas, azules, resplandecientes. Al otro lado llanura, siempre llanura. Toda aquella superficie verde aparecía surcada por largas y sutiles líneas blancas, que se cortaban en muchos puntos y se perdían entre lejanos árboles, levantando en ciertos puntos nubes de polvo, que heridas por el sol, aparecían blanquísimas; aque-

llas líneas eran los caminos que habíamos seguido por la mañana; aquellas nubecillas anunciaban el avance de algunas columnas italianas. Algunas casuchas acá y allá, medio ocultas entre los árboles, como si tuvieran miedo y no quisiesen ver lo que pasaba. Bajo de nosotros, como espectador silencioso y atrevido, Villafranca; á la otra parte, hácia los enemigos, unas manchas oscuras, en medio de la verdura de los campos, y un fulgar intermitente de bayonetas; ora avanzaban, ora se detenían, ora se inclinaban á la derecha, ora á la izquierda, como si estuvieran dudosas é inciertas de la más conveniente direccion. Más cerca de nosotros, en la misma llanura, cuatro ó cinco cañones austriacos, que hacían un fuego continuo y lento. A la parte opuesta y á los mismos piés de nuestra colina, disparaban sin cesar, como los otros, pero más pausadamente, otros tantos cañones de los nuestros. Detrás de nosotros, á las faldas de una colina cercana, veíase una densa humareda blanca: era el ala extrema de otra division. Nada más veíamos, ó por lo ménos, no recuerdo haber visto otra cosa. Estábamos allí en expectativa, contemplando aquel cuadro maravilloso.

En los momentos de profunda emocion, cuando se estremece dentro de nuestro espíritu algun afecto supremo, algunas veces inconscientemente nos distraemos de aquello que tanto nos pre-



ocupa, arrebatados por las imágenes y pensamientos más pueriles y extraños, como si estuviéramos en un momento cualquiera de la vida ordinaria acostumbrada. Divisando á lo léjos un campanario, pensaba yo:

— Es domingo: aquella pobre gente se ha vestido esta mañana de gala; ha salido de su casa contenta y satisfecha, despues habrá ido á misa... Para aquellos aldeanos, es un dia como todos los demás. Ni sabrán quizás lo que aquí pasa, y sin embargo allí habrá tambien madres que tendrán hijos soldados... y fijándome en estos pensamientos, veía en la imaginacion á todas aquellas mujeres, en la iglesia, de rodillas, rezando con fervor, y me fijaba en su semblante. Aquella, sí, aquella es la madre de un soldado... y á cada cañonazo la veía palidecer y temblar.

De pronto, un sargento, que estaba sentado junto á mí, levantóse, anduvo dos ó tres pasos con la cabeza erguida, el rostro risueño y los ojos fijos en el horizonte, hacía la parte de las montañas; despues extendió el brazo, apuntó con el índice, se detuvo un instante: miró alrededor á sus compañeros, y—¡muchachos!—gritó con voz fuerte y clara,—venid acá.

—Muchos se levantaron y acudieron.—Mirad, añadió—manteniendo siempre el brazo tendido y el índice apuntando: ¿veis allá abajo, aquellas torres y aquellas casas?

—¿Dónde? ¿dónde?—preguntaron muchos otros, acercándose con pasos presurosos.

—¡Allá, allá! mirad bien donde señalo.

—Ya lo veo, dijo uno.—Tambien yo,—tambien yo.—Todos lo vemos.—¿Y bien?

—¿Y bien?—respondió él con voz sonora y estremecida, aquella es Verona.

—¡Verona, Verona!—gritaron todos batiendo palmas. Corrió la voz. Todo el batallon en un minuto estuvo allí. Todos, con el rostro vuelto hacía aquella parte, con los brazos extendidos hacía aquellas torres, con la boca entreabierta para pronunciar aquel nombre, miraban hacía allá como se mira... ¿Ha estado V. alguna vez mucho tiempo sin ver á su madre? Si ha ido á esperarla, habrá V. tendido la mirada ávidamente á lo largo del camino por donde debia llegar, y cuando en el fondo de aquel camino, léjos, muy léjos, ha descubierto un punto negro y una nubecilla de blanco humo, y ha escuchado el silbido de la locomotora, dígame V. señorita, ¿qué es lo que ha sentido en el corazon?... Pues eso, eso era lo que sentíamos nosotros allí, clavando los ojos en aquellas torres suspiradas... pronunciando aquel nombre querido...

La jóven se estremeció.

—Estaban allí los cuatro batallones del regimiento,—continuó el oficial. De improviso oyóse una voz de mando. Todos los soldados se ponen

en pié, los oficiales gritan—¡a las filas!—las compañías se forman, y todos callan. Otra voz de mando, y todos los oficiales repiten:—calen bayoneta—y los cuatro batallones calan bayoneta, y despues... nuevo silencio. ¿Qué es, qué pasa? se preguntan todos. Llega el ayudante del coronel á caballo, aproximase á nuestro comandante, y le dice algo al oído. El comandante grita,—¡adelante, marchen!—El batallón se mueve, vence la cumbre y comienza á bajar la pendiente á la parte del enemigo. Todos los que estábamos entre filas y en el centro de la columna, alargamos el cuello é inclinamos la cabeza á un lado y otro, para ver adonde vamos; pero no conseguimos descubrir nada. Tapa la vista la primera compañía. Vuelvo atrás los ojos, y diviso los otros batallones, que nos siguen de léjos á paso lento. Por fin, en el instante en que la última compañía hallábase sobre una elevacion del terreno, entreveo en lontananza, tras los árboles, un movimiento, unos resplandores...

En el mismo instante oigo un terrible estampido, y agudísimos silbidos á derecha, á izquierda, á mis piés, sobre mi cabeza, y gritos desgarradores á los pocos pasos, y á lo léjos una gran humareda blanca, y despues una voz de mando estentórea:—¡Ataque á la bayoneta!—El batallón, desordenado y revuelto, adelanta, paso de ataque. Otra voz, no ménos enérgica:—¡Saboya!

—El batallón prorumpe en agudísimo grito y se lanza á la carrera. No se ve más que humo.

Otra detonacion, otros silbidos.—Adelante, adelante...

¡Alto!—La corneta ha dado señal de detenerse.—¿Dónde estamos? ¿Dónde está el enemigo? ¿Qué pasa?—¡Oh! ¡Qué humareda!—El batallón está todo diseminado.

Allí hay una casa; parece que salga de ella fuego de fusilería.—¡Ataque á la bayoneta!—se oye gritar confusamente en medio de los disparos. El batallón se lanza de nuevo á la carrera. ¿Adónde vamos? ¿Por dónde pasamos? No se ve nada. ¡Ah! Ahí se ve una puerta. Entremos á la bayoneta. Dentro un corral, los enemigos, una bandera.—¡Animo, á ellos!—En torno de la bandera hay un baluarte de soldados y una muralla de bayonetas inmóviles. Los primeros, atacados furiosamente, caen. Sobre los otros, firmes como columnas, detiéndose la furia de los que embisten, y comienza una tempestad deshecha de golpes que se sienten y no se ven. Las bayonetas se cruzan y chocan con aguda resonancia; crujen los fusiles rotos, óyense por todas partes aullidos horribos y broncos gemidos; el grupo de los combatientes se estrecha, y ya, dejando las armas, se cogen unos á otros por la garganta, crúzanse brazos y piernas; caen y vuelven á levantarse. El grupo que rodea la bandera es cada vez más reduci-

do; el abanderado recibe un bayonetazo en el pecho.

—Toma,—grita con voz moribunda, y coge otro la bandera. Mientras tanto, se combate en todas las partes de la casa; óyense gritos lastimeros dentro de las habitaciones; se sienten temblar los pisos bajo el peso de pasos precipitados, y abrirense las puertas con estrépito á culatazos. Los defensores corren desesperadamente de una á otra parte; se parapetan tras las puertas, en los rincones; los que atacan llegan gritando y se esparcen por el interior del edificio; los persiguen, los acosan, los cosen á bayonetazos; corre la sangre por el pavimento y por las escaleras; los vencidos no se rinden; los prisioneros se sublevan, se arrojan por las ventanas y se precipitan al corral, donde son perseguidos y mueren antes de saltar las tapias. Otros buscan refugio en los tejados; otros, heridos y ensangrentados, se arrastran por el suelo huyendo del furor de la pelea. Los defensores de la bandera están en el último extremo.—¡Rendíos!—gritan los nuestros.—¡No! ¡no! responden con voz ahogada ¡guerra á muerte!—Entonces se oye un fuertísimo grito que hace retembar la casa, y en el mismo punto sale del grupo de los combatientes un soldado con la bandera enemiga en la mano, ensangrentada y rota; pero con la frente erguida y luminosa.—¡Viva!—repite cien voces por todos los lados de la casa. Se

oye un toque de corneta.—¿Qué es, qué ha pasado?—Retirada.

—¿Cómo? ¿por qué?—¡Es imposible! ¡Silencio!—Otro toque de corneta, y la voz de mando del comandante.—¡En retirada!—¿Cómo? ¿Retirada?—¿Nosotros?—¿Nosotros mismos?—¡Es imposible! ¡Es imposible!

—Estamos ya fuera de la casa. El comandante indica la dirección del camino. Los otros batallones hallanse ya en marcha.—¡Santo Dios! ¿Nos retiramos?—Mi capitán, en nombre del cielo, ¿por qué nos retiramos?—El capitán, sin decir palabra, se vuelve hácia la parte del enemigo, y extiende el brazo hácia la llanura como para señalar algo. Miro... Era una columna enemiga que avanzaba sobre nuestras espaldas, larga, interminable, perdiéndose en las lontananzas de la campiña. Quedé frío como el hielo.

—Pero, ¿y los otros cuerpos, mi capitán? ¿Y las otras divisiones? ¿Dónde están, qué hacen, por qué no vienen?

—¿Qué sé yo? contestó, levantando los hombros.

—Entonces, ¿es que hemos perdido la batalla?—exclamé con desesperado acento.

—Eso parece.

Miré mis soldados, miré de nuevo la columna austriaca, miré á Villafranca, miré aquella hermosísima llanura lombarda, aquel espléndido

cielo, aquellos soberbios montes. ¡Pobre patria mia! exclamé juntando las manos... y lloré como un chiquillo.

La jóven inclinó la frente sobre la palma de la mano y meditó.



## UNA MEDALLA.

I.



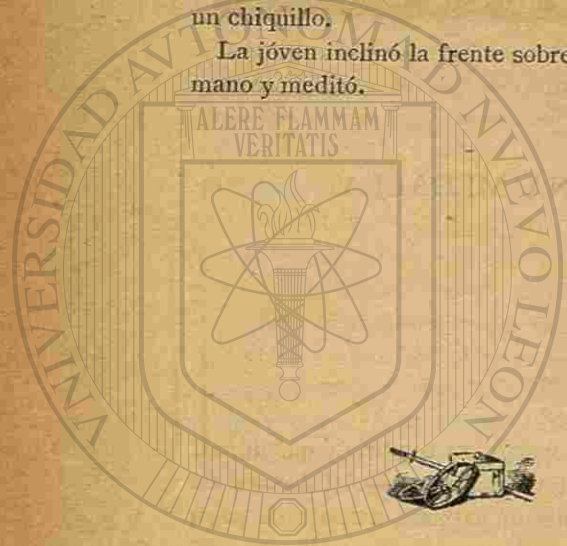
ué aspecto tan sombrío y qué mirada tan torva siempre!—Así decía entre dientes un capitán, después de pasar revista á su compañía.—¿Y por qué?

Después de todo, ¿qué es lo que yo le he hecho?

Hay caracteres duros, altaneros, selváticos, en los cuales es tan vivo y suspicaz el amor propio, que en cada sonrisa ven una burla, en cada palabra suponen una asechanza, en cualquier persona un enemigo. Quizás en el fondo es buena su índole y respetuosa; y parece por el contrario soberbia y discola. Son espíritus reservados por natural desconfianza de los hombres; no tienen afectos espontáneos; no aman de buenas á primeras;

cielo, aquellos soberbios montes. ¡Pobre patria mia! exclamé juntando las manos... y lloré como un chiquillo.

La jóven inclinó la frente sobre la palma de la mano y meditó.



## UNA MEDALLA.

I.



qué aspecto tan sombrío y qué mirada tan torva siempre!—Así decía entre dientes un capitán, después de pasar revista á su compañía.—¿Y por qué?

Después de todo, ¿qué es lo que yo le he hecho?

Hay caracteres duros, altaneros, selváticos, en los cuales es tan vivo y suspicaz el amor propio, que en cada sonrisa ven una burla, en cada palabra suponen una asechanza, en cualquier persona un enemigo. Quizás en el fondo es buena su índole y respetuosa; y parece por el contrario soberbia y discola. Son espíritus reservados por natural desconfianza de los hombres; no tienen afectos espontáneos; no aman de buenas á primeras;

pero apenas advierten una sincera amistad, corresponden á ella con mayor fineza y efusion, como si entonces pusieran en uno, todo el cariño que regatean á los demás; en cambio, cuando se aferran en la aversion y el odio, son obtinados y tenaces hasta lo imposible. Pero, no odian de veras: creen que odian. Siempre está uno á tiempo de disipar con un apretón de manos ó una amable sonrisa, la antipatía que creían invencible y el rencor que juraban eterno.

Así era el soldado de los Abruzos, que miraba con aire siniestro á su capitán.

El primer día que vino al regimiento con los demás reclutas, vestido todavía con su blusa de obrero ó su chupa de campesino, apenas se alistó en la compañía, el capitán lo había mirado de alto á bajo con cierto aire de curiosidad, murmurando al oído del teniente:

—Mira qué facha tan burda,—y había sonreído; y el soldado notó en el acto aquella sonrisa. Conducido al almacén del vestuario, se echó sobre los hombros el primer capote que le pusieron en las manos, y el capitán, al verlo pasar, envuelto en aquel ropon, con unas mangas larguísimas, que colgaban un palmo fuera de la mano, y con los desgarrados faldones que le llegaban á los tobillos, se echó á reír, exclamando:

—Pareces un costal de patatas,—y el rostro del soldado se nubló más y más, y de sus ojos

cayó sobre el capitán una mirada, que parecía un relámpago.

Otra vez en la plaza de armas, cuando enseñaban el paso militar á los reclutas, y haciéndoles salir de filas uno á uno, les obligaban á andar solos largo trecho, á son de tambor, moviendo las piernas lentas y rígidas, como los muñecos en los teatritos de los niños, el soldado de los Abruzos, al llegarle el turno, se confundió y avergonzó de tal manera, que no lograba cambiar el paso sin equivocarse, y hacía unos movimientos tan grotescos, que todos los compañeros reían. Llegó el capitán y lo reprendió, pero el soldado lo hacía cada vez peor. Entonces el capitán, en vista de que no podía sacar partido de él, se marchó, diciéndole:

—Eres el soldado más torpe de la compañía.— Estaban allí cerca unas muchachas con unos niños, mirando el ejercicio, y rieron. El soldado se puso encarnado como la amapola, y volvió á las filas, rechinando los dientes como un perro rabioso.

Así se fué arraigando en su ánimo el convencimiento de que el capitán lo tenía entre ojos, y lo reprendía por mala voluntad, y lo ponía en ridículo con el malvado propósito de hacerlo salir de sus casillas y perderlo. Y no era verdad. El capitán era todo un caballero; no tenía contra él prevención alguna, estimaba á sus soldados, era incapaz de un sentimiento de aversion ciega é

injusta, y enemigo declarado de preferencias y malevolencias en su compañía. Pero no había comprendido bien la índole de aquel soldado. Al verlo siempre arisco y fosco, lo había juzgado de carácter indómito, revoltoso, perverso, y quería domarlo; y él era muy domable, pero por medio de la persuasión y de la amabilidad: con los gritos y los castigos no; era peor.

Un día nuestro soldado estaba hablando con una muchacha junto á una esquina; pasó el capitán y él no lo vió. Creyó el capitán que había hecho como quien no lo veía, por no saludarlo, y le tiró la gorra al suelo, en presencia de la muchacha y de mucha gente que allí había. El pobre soldado tuvo tanta vergüenza, que apenas marchó el capitán desapareció también, y no volvió nunca á aquella calle. Pero el rencor contra el capitán se duplicó y cuadruplicó en su corazón; convirtióse casi en odio mortal. Lo atormentaba de continuo, no le dejaba un instante de reposo, le emponzoñaba la vida, y por más que se esforzaba, no podía disimularlo. El capitán reprendía á cualquier soldado, y él se ponía á toser y á golpear el suelo con los pies; el capitán se volvía desdenoso, y él al momento levantaba el rostro y se ponía á mirar á las nubes. En las marchas, si algún soldado estaba solícito y atento cuando el capitán quería beber, y le facilitaba la cantimplora, él sonreía con amargura,

y llamando aparte al soldado, le decía al oído:—Imbécil.—Cuando el capitán lo amonestaba, él aparentaba no entenderlo, moviendo los ojos extraviados, como un insensato, y balanceando la cabeza, ó dejaba caer de sus pupilas entornadas una especie de risa maligna, torciendo la boca, y adelantando el labio inferior; y siempre la mirada torva y el semblante sombrío.

Una tarde, en la plaza de armas, haciendo el ejercicio, el coronel censuró en alta voz al capitán. Este dirigió una mirada rápida á sus soldados. Uno solo reía; el de los Abruzos.—¡Canalla!—gritó él entonces, ciego de rabia; y adelantándose hácia el soldado con el puño cerrado le amenazó. El soldado palideció. Pocos minutos después volvióse tranquilamente al que estaba á su lado, y le dijo:

—El mejor día... (y añadió algunas palabras en voz muy baja), ó no soy yo de los Abruzos.—Apenas llegado al cuartel y junto á su cama, arrojó la mochila contra la pared. El capitán llegó en aquel instante y lo vió.

—Sargento, arrestad á ese soldado—dijo, y desapareció. El soldado, rugiendo, mordió la sábana, y con los puños cerrados se golpeó la cabeza. Tres ó cuatro compañeros echáronse encima, lo detuvieron y le sujetaron:—¿Qué tienes? ¿qué haces? ¿te has vuelto loco?

## II.

Hay en el valle del Tronto un lugar en que las rocas, aproximándose por una y otra parte hasta la orilla del río, forman una cuenca tan estrecha como selvática y melancólica. Entre el agua y las cortadas peñas, el terreno está cubierto de grandes masas de piedra, desprendidas de la montaña, y vestidas de silvestres malezas, entre las cuales serpentea algún estrecho sendero, perdiéndose en la espesura.

Era una tarde de otoño y lloviznaba. Una patrulla de pocos soldados, que marchaban uno tras otro, pasaba por aquel punto, subiendo, bajando, torciendo á derecha é izquierda, según los accidentes del terreno y los matorrales, en los que estaba casi perdida la imperceptible senda que los pasos de los caminantes en largo trascurso de años habían señalado.

Un soldado precedía á la patrulla, á unos cuarenta pasos. Otro la seguía á la misma distancia. Caminaban con la cabeza inclinada, el fusil bajo el brazo, silenciosos y lentamente.

De repente, el soldado que iba delante, oyó ruido de pasos precipitados; vió aparecer detrás de una roca tres cabezas, brillar al sol tres armas y tres relámpagos, y sintió que volaba de su cabeza el kópis y que silbaban á su oído dos balas. En el mismo instante, lanzáronse sobre él tres bandidos. Disparó el fusil, y uno de ellos dió un grito y cayó al suelo. Arrojóse sobre el otro, y con un golpe formidable del fusil separó á un lado su carabina y en seguida le metió en el vientre la bayoneta. Pero el tercero, que iba detrás, vino sobre él antes de que pudiera revolverse. Cogióle con la mano izquierda el fusil, esgrimiendo con la derecha un puñal. El soldado abandona el arma, detiene con la mano izquierda la diestra armada del bandido, le sujeta el cuello con el brazo derecho, y estrechándolo como una serpiente, le da un mordisco rabioso, que le rasga una oreja. Un horrendo aullido de espanto y de dolor brota del pecho del asesino, y se empuña espantosa lucha. Uno y otro tratan de arrojar al suelo á su enemigo: un paso en falso es la muerte. En ménos de un minuto, un ancho espacio de terreno queda marcado con las profundas huellas de sus pies. Saltan las piedras en donde pisan y ambos adversarios se abrazan, se rechazan y vuelven á asirse con una rapidez que la vista no puede seguir. Se golpean con los puños, se hieren con los dientes, se empujan con las ro-



dillas y los codos; bufidos, gritos de rabia, ojos horriblemente dilatados y encendidos, bocas espumantes y ensangrentadas, que descubren, al contraerse convulsivamente, los rechinadores dientes, todo les daba un aspecto que perdía la semejanza humana. Pero el soldado mantenía sujeta en su férrea mano la diestra del enemigo, armada del puñal... De súbito el bandido vacila y cae, golpeando terriblemente el suelo. El soldado cae encima de él, lo sujeta con ambas manos al terreno, le clava la rodilla en el pecho, y mientras el caído le infiere una profunda herida en el brazo izquierdo, él le levanta de tierra con un supremo esfuerzo la cabeza, y la golpea violentamente contra una roca. Aprovecha el aturdimiento producido por el golpe, y aprieta con las dos manos y con toda la fuerza que le queda la muñeca del brazo armado. El criminal, no pudiendo resistir más, abre la mano, y tan pronto como suelta el cuchillo, lo coge el soldado, y se lo hunde en la garganta. El cortante hierro le rompe el hueso esfenoides y una oleada de sangre brota de sus abiertas fauces, juntamente con un estertor confuso, que fué su última palabra y su último suspiro.

¡Bravo, bravo!—gritaron, llegando anhelantes los demás soldados de la patrulla; y lo rodearon presurosos y le agobiaron á preguntas, mientras él, inmóvil, con el rostro pálido y los ojos extra-

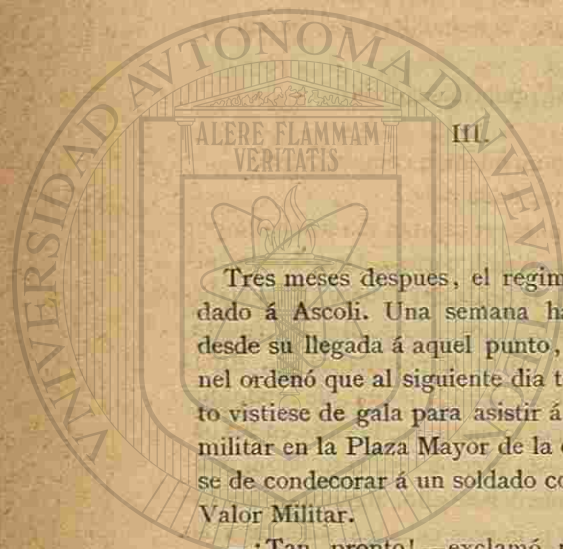
viados, miraba al bandido muerto y al ensangrentado puñal, que tenía aún en la mano.

La patrulla había sido asaltada al mismo tiempo por el grueso de la partida de bandoleros; pero estos, apenas disparadas las carabinas, echaron á correr. Los soldados los habían perseguido hasta que se perdieron en la espesura.

El soldado herido curó á los pocos días. La vez primera que le vió el capitán, al pasar revista, lo miró fijamente, y le dijo:

—¡Bravo!—El que estaba á su lado le murmuró al oído:—¡Y supones que te tiene mala voluntad!... ¿No ves que te ha dicho «bravo?»

—¡Por fuerza!—contestó moviendo la cabeza y sonriendo siniestramente.



Tres meses despues, el regimiento fué trasladado á Ascoli. Una semana habia transcurrido desde su llegada á aquel punto, cuando el coronel ordenó que al siguiente dia todo el regimiento vistiese de gala para asistir á una solemnidad militar en la Plaza Mayor de la ciudad. Tratábase de condecorar á un soldado con la medalla del Valor Militar.

—¡Tan pronto!—exclamó nuestro capitán, cuando le fué comunicada la orden del coronel, y corrió á buscar al furriel y le preguntó con ansia:

—¿Has oído la orden? ¿Lo has dispuesto todo?

—Todo está dispuesto desde hace tres dias.

—¡Oh! respiro; veamos pues. Trac papel y pluma. Quiero asegurarme bien.

Sentáronse á una mesilla, y el furriel se puso á trazar sobre un pedazo de papel líneas, que querian representar casas y calles, hablando en voz baja con el oficial.

Poco despues se levantaron ambos y el capitán, con aire de quien medita, preguntaba:

—¿Tercera casa, á mano derecha, puerta segunda?

—Tercera casa, puerta segunda.

—¿De seguro?

El furriel hizo un ademan como diciendo:

—¡Diablo! ¿qué duda cabe?

Una hora despues, el capitán iba á caballo por el camino que de Ascoli corre á Agua-Santa, aldehuela situada á la orilla del Tronto, á igual distancia, poco más ó ménos, de Ascoli y de Arquata.

Llegó á Agua-Santa al ponerse el sol. Antes de entrar, se desabrochó la levita, de modo que no se viese bien el número que llevaba en los botones. Tomada esta precaucion, entró en el pueblo. Al oír el trote del caballo, algunos de los habitantes de las primeras cabañas salieron á las puertas. Otros se asomaron á las ventanas. Los muchachos corrian por la calle. El capitán miró dudoso á derecha é izquierda, luego se dirigió hácia una puerta, donde habia un grupo de mujeres, las cuales, al acercarse él, se retiraron, apoyándose en la pared y mirándolo atónitas.

—¿Quién me da un jarro de agua, buenas mujeres?—dijo el capitán con aire cariñoso, deteniendo el caballo.

—Yo, respondió vivamente una de las mujeres, y desapareció en seguida.

—Es ella, pensó el capitán. No puede ser otra.

La mujer volvió después de un minuto con un jarro de agua, y se lo dió al capitán. Este la miró atentamente y se puso á beber á sorbos lentos; ella, entre tanto, lo miraba de pies á cabeza, inclinaba el rostro á derecha é izquierda, y se levantaba sobre la punta de los pies para descubrir el número del regimiento; y tanto restregaba las manos y balanceaba el cuerpo y no paraba ni un momento, que bien claramente demostraba un afán vivísimo, que no se resolvía á manifestar. El capitán la observaba.

—¿Ninguna de estas mujeres tiene hijos soldados?—preguntó, devolviendo el jarro y simulando completa indiferencia.

—Yo, respondió al punto la mujer que había llevado el jarro. Yo tengo uno, repitió señalando con el índice y permaneció en actitud expectante, inmóvil como una estatua.

—¿En qué regimiento?

La mujer dijo el regimiento, y añadió presurosa:—¿Dónde está, señor coronel? ¿Lo conoce? ¿le ha visto?

—Yo no... pero ¿cómo no sabeis donde está?

—¡Ah! exclamó la mujer poniendo el semblante muy triste, y cruzando y dejando caer las manos. Dos años há que no le veo. Hace un mes, no estaba muy lejos de aquí; estaba persiguiendo

á los bandidos, ¡pobre hijo mio! y me escribió; pero desde entonces no he sabido nada más. No me ha mandado ninguna otra carta. O me habrá escrito alguna y no me habrá llegado. Aquellos señores que deben enviar las cartas, ¿quién sabe lo que habrán hecho de ella? (y conforme iba hablando iba acalorándose é imprimiendo á sus palabras una creciente expresion de dolor y de despecho). Las cartas de los pobres las conocen aquellos señores por el sobre y las tiran á un rincón. Bien sé yo cómo van estas cosas. Los pobres chicos escriben, y sus familias no reciben cartas. Pero los oficiales que mandan en la tropa debían pensar en esto. Perdóneme, señor coronel, no me quejo de su señoría; pero es una cosa que no me parece justa, porque nosotras, pobres mujeres, pasamos meses y meses sin saber nada de nuestros hijos, y estamos siempre cavilando, y estas amigas mías pueden decirlo, que me ven todo el día y saben qué vida hago de algun tiempo á esta parte, las penas y los sustos que paso por aquel pobre muchacho; y hay momentos, en verdad, que no puedo contenerme. ¡Oh, no, no!, déjeme decir, señor coronel: lo que pasa no es justo,—y se cubrió el rostro con el delantal y se puso á llorar.

Las demás mujeres asintieron á lo que decía con la mirada y con el ademán. El capitán callaba.

—Mirad, buena mujer, le dijo de improviso. La mujer descubrió el semblante lloroso y lo miró.

—Mirad, repitió el capitán, y se quitó el képis y se lo entregó. Ella lo tomó muy sorprendida, lo miró por dentro y por fuera, volvió los ojos á sus amigas en actitud interrogante, y despues miró á la cara al capitán.

El capitán sonreía.

—¿No hay en esa gorrilla nada que os interese?

La mujer volvió á mirar y dió un grito.—¡Ah! su regimiento!—y cogió con ambas manos el képis y lo besó, y volvió á besarlo, con amoroso trasporte y en un instante abrumó al capitán con tantas preguntas, tantas súplicas, tantas demostraciones de gratitud, de alegría, de afecto, que él quedó conmovido hasta el punto de no poder responderle una palabra, pues la emoción le quitaba las fuerzas y le embargaba la voz.

—Mañana verá V. á su hijo, le dijo cuando se hubo serenado. Está en Ascoli y la espera.

La buena madre se arrojó sobre él para besarle la mano. Él la retiró..., y media hora despues tomaba el camino de la ciudad. Había hablado largamente con aquella pobre mujer. Pero de la medalla del Valor Militar no le había dicho palabra.

Apénas llegado á Ascoli, apénas entrado en su casa, llamó al asistente.

—Presente.

—Oye bien—y acentuando mucho las palabras, y ayudando el acento con el ademán, hizo un largo discurso, que el asistente oyó con los ojos y la boca abiertos.

—¿Has comprendido bien?

—Sí señor.

—¿Lo harás todo como te he dicho?

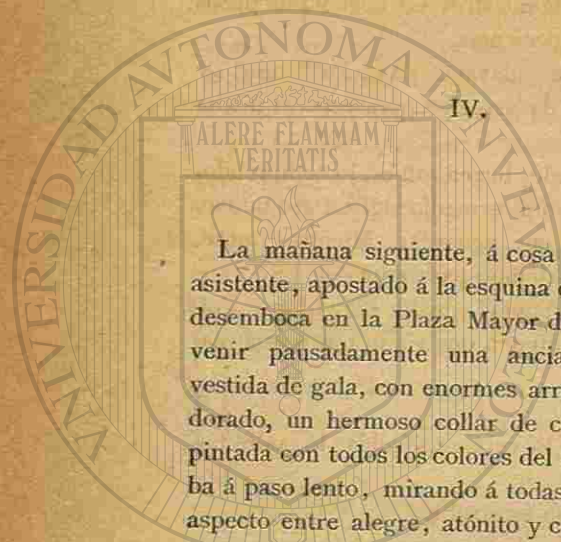
—Sin falta alguna.

—Bien. En ti confío.

Y salió.

El asistente lo siguió con la mirada hasta el umbral de la puerta, estuvo un minuto inmóvil y pensativo, y despues, cogiendo con una mano el cepillo y con la otra unas correas, se puso á limpiarlas con toda su alma, diciendo entre dientes:

—El capitán es tan bueno como valiente. Merece un premio. Mañana su correaje será el correaje más resplandeciente y lustroso de todo el regimiento.



IV.

La mañana siguiente, á cosa de las ocho, el asistente, apostado á la esquina de una calle que desemboca en la Plaza Mayor de la ciudad, vió venir pausadamente una anciana campesina, vestida de gala, con enormes arracadas de metal dorado, un hermoso collar de coral, y la falda pintada con todos los colores del arco-iris. Andaba á paso lento, mirando á todas partes, con un aspecto entre alegre, atónito y curioso. El asistente observóla atentamente y se le aproximó.

—Buena mujer...

—¡Ah! sois aquel soldado...

—El mismo.

—¡Oh! gracias, gracias. ¿Y mi hijo? ¿no está aquí? ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido á esperarme? ¿No le han dicho que vendría su madre? Dígame pronto, ¿dónde está, buen soldado?

—Aguarde un momento; hay que tener un poco de paciencia: ahora no podría V. verlo. Tiene que esperar media horita. Tiené que estar

aquí para ver una parada que tiene que hacer el regimiento. Van á dar la medalla del Valor Militar á un camarada nuestro. Es negocio de pocos minutos. Tenga paciencia.

—¡Media hora todavía... ¡Ay, Dios mío! ¿y cómo me las he de arreglar para esperar media hora?

—Lo comprendo, buena mujer, lo comprendo. Para V. media hora es medio siglo. Pero no hay remedio. Tiene que aguardar. Mientras tanto, charlaremos. El tiempo pasa muy deprisa.

—¡Ay Virgen Santa! ¡media hora! Pero... dígame, dígame, ¿tienen que venir aquí á esta plaza los soldados?

—Preciso.

—Entonces... lo veré en seguida, le podré hablar...

—Hablarle, no es posible.

—Pero, si hace dos años que no lo veo...

—Lo comprendo; pero al soldado, cuando está en filas, nadie le puede hablar. Eso ya lo debe V. saber. La ordenanza está terminante; aquí manda el coronel, buena mujer. Las madres no pueden nada, y aunque viniese la madre del coronel, ella también habría de tener paciencia, aguantarse y esperar. ¡Ya comprende V. que la ordenanza no la han hecho las mujeres!

—Comprendo, pero...

En aquel momento oyóse lejano ruido de tam-

bores, y la gente que estaba en la plaza se dirigió al punto por donde el ruido venía.

—Ya llega el regimiento, —dijo el soldado. La vieja sintió que se le oprimía el corazón, estuvo un momento perpleja, y después hizo de pronto ademán de correr hacia la tropa. —Aguarde— le gritó el soldado cogiéndola del brazo, —aguarde; hágame este favor, si él os ve, estamos perdidos. ¿Quiere V. que lo encierren en el calabozo? Poco se necesita para eso: sólo se necesita volver la cabeza á la izquierda cuando hay que volverla á la derecha.

—Es verdad.

Y se contuvo.

—No se trata más que de esperar un cuarto de hora. Es bien poca cosa. ¿No ha aguardado usted dos años?

La mujer alzó la vista al cielo, suspiró, y después fijó los ojos inmóviles en la desembocadura de la calle por donde debía venir el regimiento.

El ruido de los tambores se aproxima. La multitud se abre en dos alas. Ya están allí los gasteros. Ya está ahí la banda de tambores, detrás la música, detrás el coronel á caballo...

—¿Y los soldados?—preguntó ansiosamente la vieja.

—Un momento. Entre el coronel y los soldados, siempre hay una docena de pasos. Miradlos.

La mujer se arrojó otra vez hacia el regimiento, y otra vez la detuvo el soldado.

—Por Dios santo, tenga juicio. ¿Se ha empeñado V. en que vaya al calabozo?

El regimiento formó en parada.

—¡Le he visto! ¡Le he visto!—grita la pobre vieja batiendo palmas.—Mírelo allá.

—¿Dónde?

La mujer le indica dónde.

—No es aquél, os engaáis; de aquí no podeis conocerle; estamos muy léjos.

—Entónces es aquel otro.

—¿Cuál?

La mujer le indica cuál.

—No. Tampoco es aquél. No lo puede V. ver; está en segunda fila.

—¿En segunda fila?

—Sí.

—Y ¿qué quiere decir eso de segunda fila?

—Quiere decir detrás de los otros.

—¡Santa paciencia! —exclamó la mujer, pasándose la mano por la frente y suspirando. ¿Y qué es lo que hacen ahora?

—¿No lo ve V.? El coronel se ha puesto enfrente del regimiento para hacer un discurso. Antes de dar la medalla á un soldado se acostumbra hacer un discurso, en el cual se refiere cómo sucedió el hecho, y se dice á los otros soldados que sigan el ejemplo de su camarada, que

es un bravo militar, que ha cumplido su deber, que ha honrado á su regimiento, y otras cosas por el estilo. Oiga, oiga.

El coronel habia comenzado á hablar.

—No entiendo nada. ¿Qué dice?

—El hecho es éste. El soldado que debe recibir la medalla fué asaltado cierto día por tres bandidos, que le dispararon tres tiros. No le dieron, ni se asustó. Descargó el fusil contra uno de aquellos asesinos, y lo dejó tendido en el suelo; al otro le clavó la bayoneta en el vientre, y al tercero le cogió el cuchillo que llevaba y se lo hundió en la garganta.

—¡Dios mio!

—¿Es ó no una hazaña?

—¿Y le han dado la medalla?

—Se la van á dar.

—¡Qué contento estará el pobre muchacho!

—Figurese V. Todos sus compañeros le estiman y respetan. Sus superiores lo tratan como á un hijo; y lo merece. ¡Vaya si lo merece! Es uno de los soldados más valientes del regimiento. Hay muy pocos como él; os lo aseguro.

—¿Y dónde está ese soldado?

—Ahora lo llamará el coronel para que salga de las filas.

El coronel calló.

—Mire, mire—exclamó de pronto el asistente, haciendo volver á la campesina hácia la parte

opuesta del regimiento y señalándole las ventanas de una casa:—Mire cuánta gente hay asomada á las ventanas. Dentro de un momento palmotearán todos. Me han dicho que otras veces lo han hecho así, y ahora lo harán tambien.

Entre tanto, el soldado habia salido de filas, habia llegado adonde estaba el coronel, y se habia vuelto de frente al regimiento, por lo cual, la vieja, que miraba de frente á los soldados, no podia verle la cara.

—¿Es aquél el soldado?

—Sí.

—¿Y qué hace ahora?

—¿No lo ve V.? El coronel le pone la medalla en el pecho.

—¡Oh, Virgen santa! El corazon me salta de regocijo por él. ¡Pobre muchacho! ¡Qué contento debe estar! Y ahora ¿qué hacen?

—Ahora todo el regimiento le presenta las armas.

—¿De veras?—preguntó la mujer maravillada.

—Vaya si es de veras.

—¡Oh, qué honor!—exclamó la buena vieja, juntando las manos y permaneciendo inmóvil en aquella actitud, con los ojos resplandecientes de regocijo, asombro y afecto. El coronel se volvió hácia el regimiento, y con voz fuerte, sonora y vibrante, que estremeció toda la plaza, gritó:

—Presentad las armas.

La mujer sintió como un escalofrío por todo su cuerpo, se aproximó al soldado, y se agarró á su capote, como si tuviese miedo:

A la voz del coronel, los cuatro comandantes del regimiento se volvieron á sus respectivos batallones y repitieron con enérgico acento la orden de «presenten armas.»

En un solo punto, como si estuviesen movidos por un solo brazo, mil doscientos fusiles se levantaron del suelo relampagueando, y resonaron simultáneamente, golpeados por mil doscientas manos; y todos los semblantes permanecieron inmóviles, y todas las miradas se clavaron en el soldado. Los oficiales saludaron con el sable. La multitud de los espectadores rompió en aplausos. La banda de música rompió á tocar también.

—Pero ¿quién es ese soldado?—exclamó la pobre madre asombrada, enternecida por aquel espectáculo magnífico y conmovedor.

El asistente se volvió, la miró, abrió la boca, exhaló una voz inarticulada, volvió los ojos al soldado, y los volvió de nuevo hácia la campesina...

La música continuaba tocando. El regimiento permanecía inmóvil.

—¡Pues es su hijo!—gritó el asistente.

La vieja dió un grito y estuvo un momento inmóvil, con los ojos asombrados y la boca abierta. Metió los dedos en sus cabellos blancos, sonrió,

gimió, sollozó. Aquellos aplausos, aquella música resonaban en el fondo de su alma como una armonía celestial; aquellos mil fusiles resplandecientes se confundían á sus ojos, formando un torrente de luz. Nublóse de pronto la razón, veláronse los ojos, vaciló... La socorrieron.

Cuando volvió en sí, el regimiento había desaparecido. Su hijo le había echado los brazos al cuello, y los dos corazones estaban tan apretados el uno contra el otro, que la medalla de plata hallábase comprimida entre ellos y en ambos pechos se clavaba. Estuvieron así largo rato.

—Pero ¿cómo es esto?—dijo el soldado al cesar aquel abrazo divino.—¿Cómo sabía V. que estaba aquí? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo ha averiguado que en este día y á esta hora?...

La madre contó precipitada y afanosa que el día anterior un oficial á caballo había ido á su aldea, que se había detenido delante de su puerta, que le había dicho dónde estaba su hijo, y le había ofrecido darle dinero para que pudiera ir pronto á la ciudad en carruaje; y aquel dinero se lo había dado, y ella había venido, y había encontrado en seguida á un soldado que, por encargo del oficial, estaba en la plaza esperándola...

—¿Dónde está ese soldado?

Miraron alrededor. El asistente había desaparecido.



— Pero, ahora lo comprendo; mira,— continuó la campesina: —comprendo por qué aquel oficial quiso que viniese esta mañana; quería que viese yo misma...

Miró á su hijo, sonrió y lo abrazó.

— Quería que lo viese yo todo, y no me dijo nada, para sorprenderme, y el soldado estaba de acuerdo con él. ¡Oh, santo varón! Pero ¿cómo lo ha hecho para saber dónde estaba yo? Y ¿qué interés tenía en proporcionarme esta felicidad, si no me conocía? Dímelo tú, hijo mío.

El hijo pensaba.

— Pero ¿dónde está ese oficial? Yo quiero verle, yo quiero besarle la mano, yo le debo la vida; quiero presentarme á él. ¿No lo oyes, hijo mío? Condúceme en seguida ante él.

— En seguida,— exclamó el soldado despertando de la meditación que lo tenía absorto.

Y tomó de la mano á su madre, atravesaron la plaza con aire presuroso, siguieron la calle del cuartel, llegaron á él, se detuvieron á unos treinta pasos de la puerta, ante la cual estaban agrupados casi todos los oficiales, y la vieja comenzó á buscar ávidamente con los ojos, y el soldado á preguntarle con el ademán y con la palabra, buscando él también, instintivamente, sin saber á quién buscaba.

— ¿Quién es? ¿Le ha visto V.? Señálemelo.

— No le he encontrado aún.

— Busque, busque.

— Aquél, mira, aquél que se apoya á la pared... No, no; desvarío; no es aquél, no es aquél. Más bien será aquel otro, aquel que enciende el cigarro... Espera que se vuelva. Espera... espera... No, no es él...

— ¿Quién es, pues?

— ¡Ah! Míralo allá; ahora estoy segura: aquel que ha puesto la mano sobre el hombro del compañero suyo que está á su lado.

— ¿Qué dice V.?

— Sí, aquél, aquél es.

— ¡Madre!...

— Estoy segura, te digo.

— ¿De veras? ¿No se engaña? ¿Está V. bien segura?— gritó el soldado, aferrándose con la mano á su madre.

— Segura, como ahora es de día.

El soldado fijó los ojos en el capitán y permaneció inmóvil, contemplándolo.

Entre tanto, la madre, que más que en el capitán, tenía el corazón y el pensamiento en su hijo, se le agarró al capote, y cogiéndole la medalla entre el índice y el pulgar de la mano derecha, la acercó al rostro, la miró atentamente por arriba y por abajo, y dijo, sonriendo al soldado, que estaba aún inmóvil mirando al capitán:

— Pienso que en este mundo, despues de tu madre... el objeto más querido para ti... será

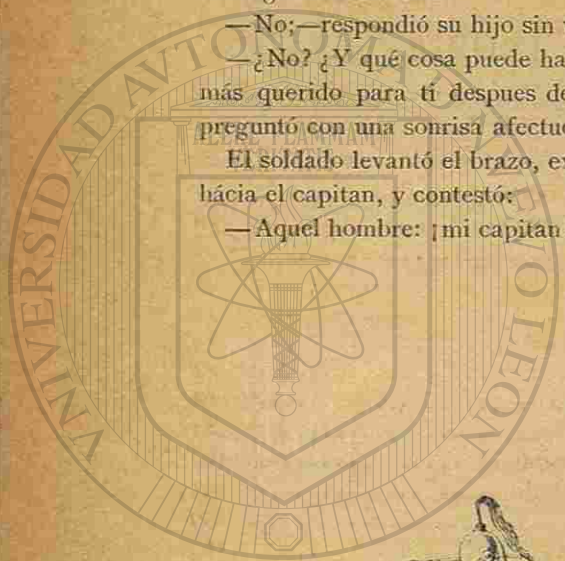
éste;—y levantó la medalla todo lo que permitía la longitud de la cinta.

—No;—respondió su hijo sin volverse.

—¿No? ¿Y qué cosa puede haber en el mundo más querido para tí despues de tu madre?—le preguntó con una sonrisa afectuosa.

El soldado levantó el brazo, extendió el índice hácia el capitán, y contestó:

—Aquel hombre: ¡mi capitán!



## ÍNDICE.

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
ADVERTENCIAS.....	IX
Una jornada en estío.....	1
El asistente.....	13
El oficial de guardia.....	29
Hospitalidad.....	41
Una pedrada.....	63
La madre.....	83
El hijo del regimiento.....	107
Los amigos de colegio.....	193
Carmela.....	239
Día memorable.....	299
Una medalla.....	317

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



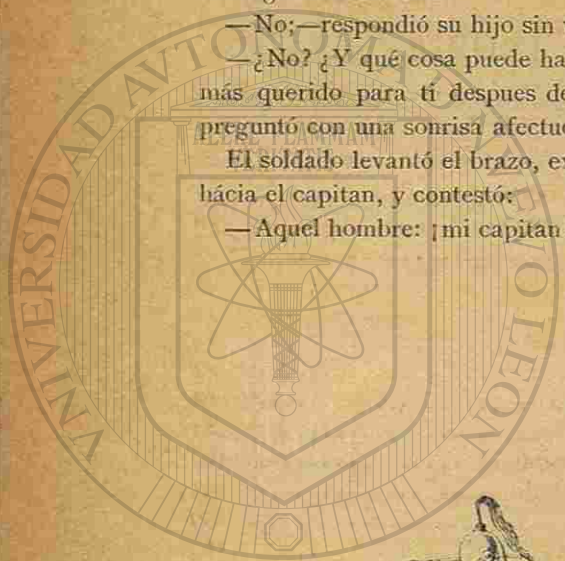
éste;—y levantó la medalla todo lo que permitía la longitud de la cinta.

—No;—respondió su hijo sin volverse.

—¿No? ¿Y qué cosa puede haber en el mundo más querido para tí despues de tu madre?—le preguntó con una sonrisa afectuosa.

El soldado levantó el brazo, extendió el índice hácia el capitán, y contestó:

—Aquel hombre: ¡mi capitán!



## ÍNDICE.

	Páginas
DEDICATORIA DEL TRADUCTOR.....	V
DEDICATORIA DEL AUTOR.....	VII
ADVERTENCIAS.....	IX
Una jornada en estío.....	1
El asistente.....	13
El oficial de guardia.....	29
Hospitalidad.....	41
Una pedrada.....	63
La madre.....	83
El hijo del regimiento.....	107
Los amigos de colegio.....	193
Carmela.....	239
Día memorable.....	299
Una medalla.....	317

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



